

El icono sagrado



Olson, Neil

Produced by calibre 0.6.26

El icono sagrado

Sobrecubierta

None

Tags: General Interest

OceanofPDF.com

Neil Olson
El icono sagrado

OceanofPDF.com

¿Qué es realmente Dios y la vida eterna en el Paraíso? El Paraíso es este fuego, y Dios es esta danza, y no duran un instante, sino que perduran para siempre.

NIKOS KAZANTZAKIS,

The Fraticides

AGRADECIMIENTOS

Mi agente, Sloan Harris, me ofreció sus innumerables soluciones a los problemas que ocuparon las primeras versiones de este libro. Sloan ha demostrado ser la personificación de la paciencia, la perseverancia y el buen humor.

Dan Conaway, mi editor, no se saltó ni una línea en su esfuerzo por sacar lo mejor de esta novela, y su manera de entender la magia que se esconde detrás de una historia es un regalo para todo escritor.

Jill Schwartzman, Kristin Ventry y Liz Farrell han superado con creces su llamada al deber.

Las numerosas personas cuyas atentas lecturas y amables consejos fueron de un valor incalculable para mí, como Katharine Cluverius, Jesse Dorris, Jake Morrissey, Mary Ann Naples, Marcia Olson, Rose Olson y Olga Vezeris. Le agradezco a Cameron Olson la información tan valiosa que me proporcionó sobre historia militar y a Sean Hemingway por acompañarme a los depósitos del Metropolitan Museum.

Los recuerdos de Vasili Andreopoulos sobre la ocupación alemana de su pueblo en Kozani fueron una de las primeras fuentes que inspiraron este libro.

El apoyo a mis iniciativas literarias que me ha brindado toda mi familia, que incluye a Brad, Laura y a papá Neil, me ha servido de aliento.

Estoy profundamente agradecido a las obras de numerosos autores, entre ellos Helen C. Evans, Dan Hofstadter, John Lowden, John Julius Norwich, David Talbot Rice, Steven Run ciman, C. M. Woodhouse y, especialmente, Mark Mazower. Cualquier error o alejamiento deliberado de los hechos reales, siempre con fines literarios, recae evidentemente sobre mf.

Quiero expresar mi más profundo agradecimiento y amor a Caroline Sutton, quien fue mi primera lectora, editora, portavoz, proveedora de nombres y colores y mi desahogo cómico: la persona que me despertaba todos los días a las seis de la mañana.

Verano de 1944

Epiro, Grecia

Desde la elevada cumbre de la colina Adelphos, sobre los cedros doblados por el viento que protegían las cuevas, podía ver cómo los montes Pindo se elevaban como una nube gris en dirección este, podía contemplar las pardas cordilleras que avanzaban en dirección norte hacia Konitsa y la frontera albanesa, casi podía imaginarse el destello del sol sobre las aguas del Jónico en el oeste. Y por debajo, escarpados y verdes valles y rocosas aldeas, delimitadas por altos campanarios de piedra. De pequeño, el capitán Elias solía subir a esa colina, cuando fantaseaba con una vida más allá de los muros montañosos: viajaría a Atenas, al sur, o cruzaría el océano hasta llegar a América, adonde había emigrado su tío. Podría ser un soldado, un médico, un músico itinerante o un espía. En realidad, la ocupación no importaba demasiado; todos sus sueños delataban su afán por huir. Pero en ninguno de ellos llegó a imaginar que regresaría a esas colinas, ni que sería un hombre perseguido en su país.

El padre Mikalis llegó a la cueva de Constantino pasada la medianoche. A pesar de que sus visitas a los grupos guerrilleros habían sido muy escasas últimamente, sabía dónde encontrarlos. Elias, que rara vez dormía, llamó la atención del joven sacerdote con el haz de luz de su linterna, que lo asaltó por la espalda. Varias semanas atrás, el capitán había advertido a Mikalis que los alemanes le estaban pisando los talones, por eso, todos los hombres entendieron que la visita de esa noche denotaba una acuciante urgencia.

—Bendíganos, padre.

Varias manos sucias asieron suavemente la amplia sotana negra a medida que ésta iba pasando junto a ellas; imploraban perdón por los actos que habían cometido y seguirían cometiendo en los próximos días contra los alemanes y sus compatriotas por igual. Eran como niños, pensó Elias mientras observaba a sus hombres. Seres crueles y asesinos hasta que el adusto padre comparecía ante ellos: en su presencia, se

volvían mansos y penitentes. En esos momentos no veían al joven religioso, sino a Dios en persona; para algunos, ése era el primer contacto con el Todopoderoso desde hacía meses, y la oscuridad de la cueva no hacía más que intensificar el efecto de su presencia.

Obtuvieron por respuesta bendiciones susurradas; pero Elias no oyó sus palabras, y se dio por satisfecho. No se sorprendió de ver al cura.

—Bien venido sea, padre -saludó el capitán mientras el rostro largo y atractivo de Mikalis surgía de la oscuridad-. ¿Has venido a soltar un sermón, o a beber un trago?

—No digas tonterías. Traigo noticias.

Elias reparó de nuevo en cómo la edad, alimentada por las duras experiencias vividas en los últimos tres años, se había instalado en las líneas del rostro del sacerdote. En realidad, Mikalis siempre había tenido algo de anciano, una cualidad desvinculada de la experiencia terrenal, un espíritu antiguo que se traslucía de vez en cuando en el núcleo de sus ojos oscuros. Elias lo había visto cuando ambos eran niños. Todavía conservaba la ilusión propia de los jóvenes, y su sentido de la entrega. Mikalis había presenciado atrocidades, las había perdonado, y jamás hasta el momento había perdido la esperanza. El capitán reconocía que todo ello precisaba de un cierto tipo de fortaleza que él no poseía. Aun así, el sacerdote jamás había cometido un acto violento, nunca había acabado con la vida de otra persona con sus propias manos. Sin duda alguna, ése era un dato que había que tener en cuenta. Los sacerdotes deberían ser asesinos. De lo contrario, ¿cómo podían entender su entorno?

—¿Qué noticias son esas? — preguntó finalmente Elias.

—Mañana, los alemanes quemarán el pueblo.

En la oscuridad, Spiro soltó una palabrota, pero los demás guardaron silencio.

El capitán volvió a pensar cómo responder. Era importante dar la impresión de que se tomaba la amenaza en serio, aunque debía ser prudente y dejar que Mikalis continuara hablando. Sobre todo, debía retenerlo.

—¿Quién te lo ha dicho?

—¿Y eso qué importa? ¿Qué vais a hacer?

–Claro que importa. Algunos nombres me convencerían de que esa información es cierta, y otros de que es falsa.

–Hace unas horas llegaron cuatro camiones repletos de soldados. Seguramente los habréis visto.

–Así es.

–Cuarenta o cincuenta hombres. Están aquí por algún motivo.

–Probablemente nos están buscando -apuntó uno de los hombres.

–No -replicó Elias-. Son demasiado pocos para eso. Ahora ya no se acercan a las colinas con menos de un batallón. – Al menos desde que volamos ese depósito de combustible -añadió Spiro.

–¿Y estáis orgullosos de ese ataque? – preguntó el sacerdote-. Al día siguiente, dispararon a cuarenta y tres hombres en la plaza de Prasinohorion.

–Lo sé -admitió el capitán.

–Cuarenta griegos a cambio de un alemán. ¿Creéis que ha valido la pena?

–Un alemán y el depósito de combustible. Nuestro objetivo era precisamente el combustible, y no habría matado a nadie si se hubiese podido evitar. Lo peor está por llegar. En el Peloponeso están atacando convoyes armados a plena luz del día, y matan a docenas de alemanes.

Elias se dio cuenta de la envidia que denotaba su tono de voz. Si contara únicamente con los efectivos y los recursos de las guerrillas comunistas, no tendría que verse involucrado en los juegos sucios que sus superiores tramaban.

–Estoy seguro de que eso alegrará a tus amigos ingleses -dijo el sacerdote con desdén-. Pero estáis matando a muchas personas inocentes.

–Es una guerra, Mikalis; habrá más muertes.

–Pues mañana caerán muchos más si no les prestas tu ayuda. Los hombres mayores tratarán de defender sus casas.

–Eso sería una estupidez -atajó Elias-. Estás totalmente equivocado. Es cierto que incendiarán el pueblo, de hecho, incendiarán todos los pueblos, tanto si les oponemos resistencia como si nos echamos a descansar, pero no lo harán antes de retirarse de la región. Y todavía no se han retirado.

–¿Te lo han dicho los ingleses?

–Es su modo de proceder. Mientras tanto, no hemos intervenido en esta zona. No tienen ningún motivo para quemar el lugar. De lo contrario, ya lo habrían hecho.

Los dos jóvenes se miraron mutuamente a través de la luz de la linterna. Ninguno de los dos había cumplido los veinticinco años, pero se habían visto obligados a adoptar posturas contrarias y más propias de las almas experimentadas. Hacía tres años que Mikalis había vuelto del seminario, unos días antes de la llegada de los alemanes, para atender al enfermo padre Pantelis. Seis meses después, enterró al anciano religioso y asumió sus responsabilidades. Las alteraciones propias de la guerra impidieron que el obispo de la región nombrara a un nuevo sacerdote, y Mikalis, que se había criado en el pueblo de Katarini, se convirtió en su pastor espiritual a la edad de veintiún años. Elias estudiaba en la academia militar cuando estalló la guerra. Hacía de observador de artillería cuando el ejército rodeó a los italianos, pero al regresar a Atenas, cuando los alemanes botaron el Marita, éstos atacaron por sorpresa al ejército griego, lo rodearon y acabaron con él en cuestión de días. Cuando el gobierno hizo las maletas y marchó a Creta, Elias cabalgó hacia el norte para ayudar a organizar la resistencia en esas colinas. «Los ancianos son débiles -le había comentado su abuela antes de abandonar Atenas-. Todos los hombres sanos han muerto.»

–La población pasa hambre en estas tierras -insistía el sacerdote.

–Ya lo sé.

–Claro que lo sabes; tus hombres se lo han llevado todo. Esta gente ha ofrecido su comida, a sus hijos, ha dado sus vidas por ti. ¿Qué estás dispuesto a hacer por ellos?

–No desperdiciar su sacrificio.

–Eso significa que no vas a hacer nada...

–Aquí sólo dispongo de veinte hombres.

–¿Dónde están los demás? Todos los jóvenes de los cuatro pueblos de la región se han unido a tus filas, aunque sólo sea para tener algo que llevarse a la boca. Deberías tener el doble de hombres.

–Están en una operación militar. – ¿Sin ti?

–¿Quién te ha dicho que los alemanes quemarán el pueblo? El sacerdote sacudió la cabeza en un gesto de indignación.

–Lo único que quieres es ese nombre. Si está equivocado, le dispararás como a un agitador. Si tiene razón, le dispararás como a un colaboracionista. De todos modos, no vas a hacer nada.

El hecho de que la verdad fuera más irrecusable que las insinuaciones del sacerdote no impidió que esas palabras lo hirieran. Antes de que Elias asumiera el mando de ese grupo de andartes -un variopinto surtido de agricultores republicanos, monárquicos y ex soldados-, éstos habían pasado más tiempo luchando contra las guerrillas comunistas locales del que cualquier otro grupo había pasado combatiendo contra los alemanes. Tuvieron que ser los comandos británicos los que lograran reconciliar a las distintas bandas que se enfrentaban entre sí, y reconducir sus acciones de manera inteligente. A pesar del profundo recelo que Elias sentía hacia los extranjeros, y la deshonra que le suponía tener que recibir órdenes de ellos, se vio obligado a reconocer que había aprendido mucho de los británicos. Había aprendido a colocar explosivos, a matar silenciosamente, y a trabajar codo con codo con hombres que, en el futuro, podrían ser sus enemigos. Probablemente, algunas lecciones las había aprendido demasiado bien. Había visto que los comunistas eran mucho más fuertes y estaban mejor organizados; ahora que los italianos se habían rendido, era sólo una cuestión de tiempo que los alemanes se retiraran. Elias ya no podía seguir ignorando las advertencias de sus superiores respecto a cuál era la mayor amenaza a largo plazo para el país. De ahí el odioso pretexto de aquel momento.

–Capitán... -La voz de Kosta les llegó proyectada desde la entrada de la cueva, buscando llamar su atención. Elias, Mikalis y unos cuantos hombres caminaron pesadamente entre la oscuridad y recogieron sus fusiles viejos y deteriorados mientras se acercaban a Kosta-. Leftheris ha visto algo por arriba.

La entrada a la cueva quedaba protegida por un pequeño grupo de cedros, pero el saliente de arriba, en la colina, ofrecía una vista de todo el valle. Leftheris se agarró a la manga del capitán mientras se encaramaba hacia arriba, y señaló hacia la cima de una colina baja situada a un kilómetro de distancia. Elias distinguió la silueta negra del campanario contra el cielo añil, y después vio el extraño parpadeo

multicolor de la luz que quedaba a sus pies. Se apreciaban unas llamas a través del rosetón. Algo había salido mal.

–Al parecer, se han adelantado -dijo Kosta-, y han empezado por su iglesia, padre.

–Cállate, idiota -lo reprendió Spiro.

Elias asió el hombro de Mikalis en el preciso instante en que el sacerdote empezaba a descender por la pendiente con cierta dificultad.

–No tiene sentido. Todo será pasto de las llamas antes de que llegues allí.

Santa Madre de Dios... -susurró Mikalis, y algunos de los hombres se santiguaron en la oscuridad. La mayoría no supo, hasta ese momento, que su protectora todavía estaba en la iglesia, oculta detrás de una falsa pared. En su imaginación, Elias vio la luz de una vela sobre el pan de oro, vio los tristes ojos negros extinguiéndose de la talla de madera mientras acercaban el objeto, vio una iglesia llena de hombres fuertes y desilusionados que se arrodillaban en un reverente silencio. También vio que la Serpiente quedaba hipnotizada por su belleza. El amor por el icono podía desbaratar todos sus planes.

–¿Dónde está? – preguntó Leftheris-. ¿La sacará alguien de allí?

–No. Nadie sabe dónde está. – ¿Qué hacemos?

–Dejarla -sentenció el capitán, pero sus hombres hablaban todos a la vez. El incendio no formaba parte de sus planes, pero serviría para ocultar la desaparición del icono, suponiendo que el Príncipe hubiera sido lo suficientemente rápido en sacar antes el icono.

–Escuchad -interrumpió Mikalis-. Si no podemos extinguir las llamas, al menos yo podré salvar a la Virgen. Dejadme ir.

–Iremos todos -propuso Spiro.

–Ni hablar -replicó Elias, pero pudo percibir que los hombres se negaban a obedecerlo.

Rara vez se oponían a sus órdenes, y jamás lo habían contradicho delante de él, pero en este caso estaba enfrentándose a un poder superior y se arriesgaba a perder el control. Además, algo había salido mal y tenía que ver qué podía salvarse. Tomó al sacerdote por el hombro y lo empujó hacia Leftheris. – Cuida de éste -ordenó a su centinela-. Kosta, Spiro, venid conmigo.

–¿Pero cómo encontraremos a la Virgen sin él? – Yo sé dónde está.

Las objeciones del sacerdote los persiguieron durante un rato mientras descendían por la escarpada ladera; luego se hizo el silencio. A lo lejos se vislumbraban unos árboles, aunque acabaron por desaparecer en la oscuridad; cruzaron un bajo muro de piedra. No había ningún sendero que llevara desde la cueva a la iglesia, pero los hombres conocían perfectamente el camino, aunque avanzaran en una noche sin luna. Elias podía oír los esforzados pasos del viejo Spiro a sus espaldas, pero Kosta era imposible de localizar a pesar de que el chico estaba a unos metros de distancia por delante. Todo el mundo creía que Elias estaba loco por haber aceptado a Kosta bajo su tutela, pero el capitán sabía lo que hacía. Pocos hombres eran capaces de aprender a moverse con tanto sigilo, a transmitir complejos mensajes codificados y a matar sin la más mínima vacilación como él. A Elias le resultaba extraño enseñar estas materias muy poco después de haberlas aprendido, pero Kosta había demostrado ser un alumno capaz. Los parias siempre han sido los mejores para este tipo de cosas.

Stamatis Mavroudas era el principal proveedor de Katarini, un estraperlista y supuesto colaboracionista de los alemanes, y por tanto, su hijo Kosta, aunque tolerado por su buen humor, no inspiraba la confianza de nadie. Eso no significaba nada para Elias; la labor de los insurgentes estaba llena de compromisos. Y el muchacho se había adaptado rápidamente a él, tanto más desde que su padre lo había repudiado: qué tontería unirse a las guerrillas cuando podía ganar dinero de esa guerra. Kosta y el capitán rara vez se separaban. Elias se preguntaba qué precio pagaría este joven. Repudiado por su familia, y sin verdaderos amigos, Kosta se mostraba impasible ante las sucesivas muertes de sus compañeros, y muy dispuesto a matar cuando se presentaba la ocasión. Era un muchacho del todo independiente, capaz de llevar a cabo la tarea más compleja con rapidez e imaginación. A Elias le hubiera gustado tener a diez hombres más como él.

Subieron en poco tiempo la cuesta que conducía hasta la iglesia, y avanzaron arrastrándose con las manos y rodillas hasta que pudieron agacharse detrás de la pared norte del jardín delantero. El viejo edificio de piedra estaba iluminado desde dentro por unas llamas que ardían con fuerza tras la vidriera cubierta de hollín. Se oía el crepitar de la madera, y el aire frío apestaba a humo. Al otro lado del jardín

había unos doce soldados alemanes arremolinados, algunos todavía estaban poniéndose los cascos y comprobaban sus rifles. Al parecer, habían llegado sólo unos minutos antes que las guerrillas, y hasta el momento no se habían percatado de ellas. Un oficial salía andando de espaldas de la iglesia, de la que salían volutas de humo negro. Probablemente era Müller, el hombre de las SS, pensó Elias, pero era difícil de decir con aquella extraña luz. El oficial no llevaba nada en las manos, no había sustraído ningún tesoro de su interior. ¿Habría llegado demasiado tarde?

El capitán profirió un insulto en voz baja. El plan se estaba viniendo abajo. No es que fuera un plan muy brillante; condenada Serpiente que lo persuadió para hacerlo.

—Spiro, ve a ver si la entrada a la cripta está despejada. El viejo andarte se alejó en silencio.

Ahora, el oficial alemán -definitivamente era Müller, a quien llamaban el Príncipe- se alejaba de la cara sur de la iglesia, y la mayoría de los soldados lo seguían. Kosta y el capitán se intercambiaron una mirada fugaz, que el joven desvió de inmediato. ¿Sentía vergüenza de su comandante, vergüenza de lo que sabía? Kosta era la única persona, aparte de la Serpiente y de Müller, que conocía el plan del capitán, y había transmitido distintos mensajes entre varios destacamentos cuando Elias tenía que estar en otra parte. ¿Era un secreto demasiado difícil de guardar?

Oyeron el crujir de un montón de hojas al pie de la colina que quedaba detrás de ellos, y las dos guerrillas blandieron sus rifles, dispuestos a disparar.

—Quietos -ordenó el capitán.

Mikalís surgió de entre los árboles, temerario, y subió la pendiente, seguido por Leftheris. Kosta descendió y empujó al sacerdote al suelo.

—Lo siento -susurró Leftheris, incapaz de mirar al capitán a los ojos-. Me dijo que me condenaría si no lo dejaba acompañarnos.

Elias no perdió el tiempo regañando a su hombre, pero miró seriamente al sacerdote.

—Amenazas con condenas para salirte con la tuya. Me sorprende, padre.

—Hermano, déjame entrar en esa iglesia.

–¿Ves a esos soldados?

–No me van a disparar.

–El fuego está en la parte delantera, no puedes entrar.

–Pues entonces entremos por detrás. O por la cripta.

A modo de respuesta, Spiro reapareció junto al hombro del capitán.

–La cripta no nos sirve. Hay demasiados alemanes que nos cortan el paso.

–Pues probemos por detrás -insistió Mikalis-. Hay árboles, no nos verán.

Una vez más, los hombres estaban ansiosos por pasar a la acción, y el capitán no podía justificar esa falta de movimiento. Tampoco podía confiar al sacerdote errante a nadie más.

–Quédate conmigo. A mi izquierda, y justo detrás de mí, ¿entendido?

–Sí.

Bordearon la hilera de árboles en dirección hacia el norte hasta llegar a la parte trasera del viejo edificio de piedra, donde la entrada privada de los clérigos quedaba oculta entre la penumbra. En efecto, el incendio se había originado en la parte delantera, pero pudieron observar su avance a través de los altos y mugrientos ventanales, y parecía que gran parte del interior era pasto de las llamas.

–Es demasiado tarde -se lamentó Leftheris.

–No. – El sacerdote empezó a abrirse paso y a adelantar al capitán, quien lo detuvo.

–Leftheris tiene razón.

–Al menos, déjame que lo intente. El icono...

–Es madera y pintura, Mikalis. Déjalo.

El largo rostro del sacerdote se acercó amenazadoramente a Elias, y frente a frente, le susurró:

–Te equivocas. Hay mucho más de lo que ves.

–¿Qué?

–Aunque tengas razón, la fe puede revestir los objetos de cierto poder. La Virgen ha curado a personas enfermas de este lugar desde hace siglos; la Virgen lo es todo para esta gente.

El capitán no pudo replicarle. El culto a ese icono siempre le había parecido una obsesión típica de ancianas, algo de lo que su padre

siempre se burlaba, del mismo modo que él se burlaba de la religión, una religión que los jóvenes de los pueblos de la zona acabarían también por rechazar o ignorar. Elias no era comunista, pero sí era un hombre con la mirada puesta en el mundo en general, donde la ciencia triunfaba sobre la superstición, donde el culto a la Virgen no guiaba las acciones de los hombres. Atenas le había dado una muestra de ese mundo, pero quizá había pasado demasiado tiempo en la ciudad. O tal vez había hecho mal en volver allí. Sus jóvenes soldados confiaban menos en los sacerdotes de lo que había confiado él, pero en los momentos de pánico no acudían a los demás hombres para hallar consuelo, como sus hermanos que estaban con los comunistas, sino que acudían a Dios, y a Panayía, la Madre Redentora. ¿Cómo había ocurrido? Si los sacerdotes y las ancianas no tenían ninguna ascendencia sobre ellos, ¿de dónde surgía esa religiosidad? ¿De dónde extraía su fe Mikalis, cuyo padre fue un ateo declarado? ¿Y cómo podía Elias mirar a esa fe a los ojos después de causar tanto daño?

—Escúchame.

No había nada que decir. En cualquier caso, no habría podido acabar su frase, ya que en ese momento el capitán advirtió unas sombras al fondo de la iglesia que se movían entre las tumbas. Müller y seis u ocho soldados buscaban la entrada trasera.

Habían rodeado todo el perímetro, pero en cuestión de segundos se abalanzarían sobre los andartes. Distraído, Elias soltó ligeramente al sacerdote. Fue suficiente; el sacerdote escapó de sus manos, saltó el muro derruido y subió la cuesta hacia el oscuro portal. El capitán se quedó helado, no pudo pronunciar palabra. Al parecer, los alemanes reconocieron la sotana negra y no dispararon, pero un soldado abandonó corriendo su puesto para interceptar al sacerdote.

—¡Alto, alto!

El capitán oyó que un rifle disparaba desde su izquierda -el viejo Mánnlicher de Spiro-, y el soldado cayó pesadamente al suelo. Al cabo de un momento, oyeron unos disparos procedentes del otro lado que hicieron saltar fragmentos del muro de piedra. Los guerrilleros agacharon la cabeza mientras los alemanes buscaban refugio. Mikalis tropezó con el soldado caído, pero se levantó hasta desaparecer en la entrada de la iglesia.

Elias, tranquilo por el inicio de la batalla, recobró la voz y ordenó a sus hombres que se desplegaran a lo largo del muro y dispararan tan de prisa como pudieran tras recargar los rifles. La precisión de los tiros no era importante. Las cruces y las estrechas lápidas no servían de refugio para los alemanes. Su único refugio era la esquina de la iglesia; y puesto que sólo uno o dos hombres a la vez podían disparar desde esa posición, los guerrilleros podían mantenerlos a raya por unos instantes, mientras disimulaban su escaso número de efectivos. Serían cuatro contra cincuenta cuando llegaran el resto de los alemanes, probablemente, en cuestión de minutos, pero quizá el sacerdote saldría antes.

Luego vieron a una segunda figura que trepaba el muro para dirigirse hacia la puerta. Una figura con una camisa y un pañuelo negros que corría agachada y rauda. Kosta. ¿Qué demonios estaba tramando ese chico? No sentía ninguna predilección por los sacerdotes ni por los iconos, pero allí estaba: había entrado en acción. Tardaría demasiado en recargar el fusil Endfield; el capitán dejó a un lado su rifle, sacó su pistola y disparó ciegamente a la oscuridad, malgastando así una valiosa munición. Spiro y Leftheris también dispararon, y Kosta corrió hacia la puerta.

El capitán Elias se inclinó para recargar su pistola y consideró su posición. Un mal asunto, ahora no podía hacerse nada. Spiro no debería haber disparado, pero seguramente pensó que Mikalis corría peligro. El pueblo pagaría un precio muy alto por el alemán muerto a menos que Elias pudiera arreglar cuentas con Müller. Éste, con quien estaba intercambiando fuego hostil, sabía que ése no era un buen lugar en el que negociar. Al diablo con todo. Si contara con los hombres que se había llevado la Serpiente y recuperar así las armas, acabaría con el maldito plan y mataría a tantos alemanes como pudiera. Si pudiera. No, ésa era una acción estúpida e inconsciente que se había producido por su culpa.

Ahora no importaba. Desde el bosque hasta el norte, casi detrás de ellos, pudo discernir el leve chirriar del gatillo de los rifles. Desde el sendero que quedaba tras la iglesia, oyó el estrépito de las pisadas de las botas. Los rodearían en cuestión de minutos.

—Retirada.

Elias subió el muro dificultosamente para reunirse con Leftheris y Spiro, pero al ver que sus hombres hicieron caso omiso de sus palabras, el capitán levantó el cañón de sus rifles y los empujó hacia la hilera de árboles.

–Retiraos, maldita sea. No a la cueva, sino al viejo monasterio.

Era un recorrido de ocho kilómetros, difícil de completar para el viejo Spiro, pero los alemanes no los perseguirían hasta tan lejos en plena noche. Bajo ningún concepto debían dejar expuesta la cueva.

Lentamente, los dos hombres acataron la orden, y desaparecieron en la arboleda. El capitán se quedó solo. Volvió tras sus pasos siguiendo el muro destrozado, y lo atravesó en un punto cercano a la parte delantera de la iglesia por donde esperaba no ser visto. De repente, una pesada metralleta abrió fuego desde el cementerio, cubriendo la posición donde Elias y sus hombres habían estado hacía tan sólo medio minuto. Arrastrándose por el suelo, llegó a la pared de la iglesia y se levantó para avanzar pegado a ella. La alta vidriera que quedaba encima de él ya se había hecho añicos por el calor del fuego. Elias se tapó la cara con un pañuelo y observó el interior del edificio. El incendio estaba casi extinguido en la parte delantera, después de arrasarlo todo, pero seguía ardiendo con toda su fuerza en la parte de atrás. El altar y el antiguo iconostasio estaban destrozados. Unos venerables bancos de madera habían sido reducidos al mínimo bajo unos ardientes tapices. La madera del techo estallaba en lo alto del edificio. La iglesia era antigua, gran parte de su contenido era todavía más antiguo, e incluso a un capitán ateo le dolió su pérdida. No podía ver el lugar donde estaba escondido el icono, y no había ni rastro de ningún hombre.

Volvió a agachar la cabeza. Oyó unas voces y unos pies que corrían en el exterior. Una linterna se movía frenética. Llegarían a la cuesta en cualquier momento, y tan sólo encontrarían a sus compañeros alemanes en el cementerio trasero. Con un poco de suerte, esos bastardos se dispararían entre sí. Elias se tumbó boca abajo en el suelo y llegó arrastrándose hasta la parte delantera de la iglesia.

Los pocos soldados que quedaban en el jardín ya se habían ido, supuestamente para unirse a los efectivos que los rodeaban. Eso dejaba despejada la entrada delantera, en caso de que los hombres del interior

hubieran podido abrirse paso entre las llamas para llegar a ella. Sin embargo, el pasadizo de la cripta seguía pareciéndole la mejor ruta. A una distancia prudencial del enemigo, el capitán volvió a adentrarse en el bosque, donde rápidamente escondió su rifle y su cartuchera en el interior del tronco de un árbol partido. Después ocultó la pistola debajo de su ancho chaleco. Cualquiera persona con buena vista y un poco de luz creería que era un andarte, pero tendría que servir. Debía llegar al pueblo. Su mente no dejaba de pensar en las terribles posibilidades de esa noche. Debía buscar en tres lugares, encontrar a cuatro hombres y formular varias preguntas difíciles. Luego arreglaría cuentas con el Príncipe.

Por la mañana lo vería todo más claro, aunque algunas preguntas seguirían sin respuesta durante toda su vida. Al cabo de seis semanas, después de retirarse de la región, los alemanes prendieron fuego al pueblo de Katarini hasta que éste quedó reducido a nada.

Primera parte

Primavera de 2000

Nueva York

CAPÍTULO 1

El cielo azul que lo había oprimido durante varios días había desaparecido, y había sido reemplazado por una mole de color gris plomizo y el golpeteo de la lluvia al caer sobre el jardín. Todavía podía discernir la elevada masa marrón que formaba la parte trasera de un viejo hotel, pero su deteriorada vista ya no alcanzaba las hojas y las ramas húmedas del enorme platanero. La enfermera no paraba de recordarle, con un tono de voz tranquilizador, que el árbol seguía en el mismo sitio, y que tenía que creerla. Al fin y al cabo, había estado allí desde hacía más de cuarenta años, mucho antes de que él se mudara a esas habitaciones encantadas. El árbol seguiría allí cuando muriera. Era un dato profundamente tranquilizador.

Había aprendido a dar las gracias por los objetos cotidianos que podían conservarse en aquella ciudad tan desconsiderada. Ya no era necesario que duraran indefinidamente. Bastaba con que aguantaran unos años más, quizá menos. «Es mejor no pensar demasiado en ello», le decía siempre su nieta. Absurdo. Eso era, verdaderamente, en lo único en lo que podía pensar. Su esposa y su hijo habían fallecido antes que él. No hablaba con nadie salvo con la enfermera y su joven nieta, cuando ésta le dedicaba algo de tiempo, cuando no estaba en Londres o en California gastándose su dinero. En esos momentos, se la imaginó escudriñando las paredes de alguna frívola galería de arte de Santa Mónica, dando zancadas por el cuarto de atrás y tomando decisiones precipitadas de las que perfectamente podría arrepentirse. Un Hockney o un Thiebaud envueltos para ser despachados, o algún otro artista con menos talento que acababa de descubrir. Abominable. ¿Por qué habría heredado su interés por el arte, pero no su gusto? ¿Dónde colocaría todas las piezas que compraba? Las paredes de sus apartamentos ya debían de estar llenas de cuadros. ¿O los estaría colgando en las paredes que lo rodeaban, burlándose así de su avanzada ceguera? No, no creía que su nieta lo odiara tanto; de todos modos, le preguntaría a la enfermera para asegurarse. Evidentemente, tampoco sabría si ésta le

decía la verdad. Al fin y al cabo, le estaba robando los libros. Pero eso se lo consentía; podía quedárselos.

Los libros habían sido su consuelo desde la infancia. Eran una pasión más antigua y, tal como ahora podía comprobar, un amor mucho más arraigado que los cuadros, que se habían con vertido en una triste obsesión, en una brillante llama que le consumió décadas de su madurez. Pero los libros nunca lo defraudaron. No se preocupaba por conseguir las ediciones originales, aunque probablemente tendría bastantes. Tampoco trataba de mantenerlos limpios como una patena, porque jamás los había tratado como obras de arte. Los libros existían para ser leídos, preferiblemente una y otra vez. La mayoría de sus obras estaban orgullosamente deterioradas por su uso. Él las quería por su contenido, no tanto por su conocimiento o por su sabiduría. Qué estupidez, por Dios, todo el mundo buscaba sabiduría en los libros. Las historias, lo que éstas contaban, el caos de la vida convertido en un todo coherente era lo que más le gustaba de los libros. Su padre tildaba de mentiras las novelas que leía de niño. En efecto, eran mentiras, pero mentiras tan hermosas y útiles en un mundo que pregona la verdad pura y dura. Le gustaban, incluso, las biografías, las memorias y los ensayos: Boswell, san Agustín, Montaigne, todos eran unos mentirosos. ¿Y qué importaba? Todos contenían algo que sí era real.

¿Era posible que se aficionara a la pintura, hacía sesenta o setenta años, con expectativas parecidas y tratando de satisfacer necesidades similares? Ya no se acordaba, pero era muy probable que así fuera. De algún modo, los valores asignados por el mundo, por hombres como su padre, los hombres ricos que saqueaban y acaparaban, habían nublado su mente. Se había vuelto muy hábil en el juego de la adquisición, y ya había dejado de preguntarse por qué lo jugaba. Tenía tantas historias que recordaba haber contado y vuelto a contar con orgullo en los clubes de Zurich, o allí en Nueva York; historias de triunfos, de cómo consiguió un cuadro de alguna persona, y de cómo se lo arrebató a otra. A veces, sus contrincantes derrotados se sentaban a la misma mesa que él, lo acompañaban con sus risas. El diletante, el banquero que podía forjar los tratos más complejos. Y las historias siempre giraban en torno a esos tratos, nunca versaban sobre los cuadros.

Pero esa apreciación no era correcta. Estaba simplificando en exceso las cosas. Las conversaciones de club no tenían la menor influencia sobre sus impulsos privados; no había ninguna relación entre ambas. A él le gustaban las obras que había coleccionado, desde luego. El amor, no la codicia, lo había obligado a tomar las decisiones que corroían su conciencia. Era la única explicación lógica. Era su única esperanza de perdón: el hecho de que había actuado por amor.

Pulsó el botón de siempre en el brazo de la silla y oyó sonar el timbre en el cuarto de la enfermera del piso de abajo. Por lo menos podría decirle qué libros se estaba llevando, pero eso sería una confesión, claro. ¿Cómo podía darle a entender que no le importaba?

Incluso podría recomendarle los títulos que más satisfarían a su limitada inteligencia. Siempre que los leyera, o los diera a sus amigas. Dios mío, ¿y si los estaba vendiendo? Eso sería odioso. «No. Si realmente los vende, tendré que detenerla.»

¡Ay, los libros! Ya no era capaz de discernir las palabras para poder leer, ni siquiera en las ediciones con letras grandes. Su nieta solía leerle principalmente poesía. Leía con afectación, pero lo soportaba para oír su hermosa voz, para oírla decir cualquier cosa. Hacía poco, lo único que había oído había sido un tono distraído en su voz, un momento de incertidumbre cuando le pedía que leyera ese párrafo o aquél, por eso tuvo que pedirle que lo dejara. Ella protestó, pero él entendió que para la muchacha había sido un alivio. De todos modos, pocas veces la veía ya. Algo había cambiado, porque ya no podía ser la misma chica cuando estaba con él. La enfermera leía fatal; sólo la Biblia la entusiasmaba. Probó con casetes de libros narrados, pero tampoco funcionaba, debido a la atroz interpretación actoral de un texto que ni siquiera entendía. Así que nada de libros. Era el golpe más duro que había recibido desde la muerte de su hijo, un golpe mortal que en cierto modo ya sospechaba. ¡Y la chica se preguntaba por qué estaba tan obsesionado con el final! ¿Acaso cabía esperar algo más?

El anciano pulsó de nuevo el botón, y la mujer apareció de pronto ante él, bloqueando la luz de la ventana. Su rostro quedó en la penumbra. Era una mujer lista a su manera.

—Estoy aquí, señor Kessler.

–Ya lo veo. – ¿Cuánto tiempo habría pasado allí, leyendo los pensamientos reflejados en su rostro? O lo que sería peor, ¿leyendo sus labios? Había adquirido la costumbre de pronunciar en voz alta sus pensamientos, o al menos así se lo habían comentado algunas personas.

–¿Le apetece comer algo? Hoy no ha comido nada. Siempre insistiendo con la comida. Él entendía que esas actividades básicas le pasaban desapercibidas sin los recordatorios de la enfermera, pero le desagradaba que insistiera de ese modo. «Tiene que hacerse con el control de la conversación, dominarla, o de lo contrario se verá obligado a sufrir una serie interminable de preguntas sobre su dieta, su digestión y sus hábitos higiénicos.» Pero apenas podía recordar su nombre.

–¿Quiere que André le prepare algo? ¿Unos cereales, o un bocadillo?

Diana. Eso era. Como la cazadora, como la princesa fallecida. Tendrá que emplear su nombre cuando piense en ella, en vez de dejarse llevar por fáciles calificativos como «la enfermera».

–Diana, quiero ir a la capilla.

El anciano oyó su suspiro y lo ignoró. Sus manipulaciones no lo conmovieron; él sabía lo que quería. Contemplación, no alimentos. Aquella enfermera trabajaba para él, maldita sea. Se quedó sentado en silencio, sin repetir su petición. No quería parecer desesperado. Después, ella se colocó detrás de él y empezaron a moverse. En teoría, podía avanzar solo. La silla era motorizada, y hacía años se había hecho instalar un ascensor, después de haberse caído por la estrecha escalinata. Sin embargo, como se estaba quedando ciego, cualquier sencillo movimiento cerca de los muebles se había convertido en algo peligroso, y le aterraba sufrir un ataque en el ascensor. No podría pedir ayuda y moriría solo en ese ataúd alto y mecanizado. Tardarían horas en encontrarlo.

La puerta del ascensor se cerró, y Kessler se asió a los brazos de la silla mientras descendían. Jamás le había gustado ese cacharro, pero le permitía moverse libremente en su casa, en vez de convertirse en un recluso de una sola planta, con todas las limitaciones de mente y espíritu que ello conllevaba. En realidad, había muchos días en que no tenía ganas de levantarse de la cama, pero siempre había algo que lo

impulsaba a moverse, a tocar el suelo, a respirar aire fresco. En ocasiones, si convencía a su nieta (será mejor llamarla por su nombre, Christiana), incluso iba al parque. Chris para sus amigas del colegio, uno de esos nombres norteamericanos tan sosos. Para él, se llamaba Ana. Se había sentido sumamente próximo a la niña antes de morir Richard, y al parecer, ese sentimiento había sido correspondido. La joven lo visitaba a menudo, lo acompañaba en su paseo diario, un honor que no había concedido a nadie salvo a ella. Iban a todos los museos y a las galerías de arte, hablaban de cuadros, de expresionismo alemán y de surrealismo. Ana sentía una enorme curiosidad por todo.

Luego aparecieron todos aquellos artículos de periódico, unos trapos sucios de la época de la guerra. Su nombre no salió mencionado, evidentemente, pero sí se citó a su banco, en el que había ocupado un puesto destacado. La familia se hizo incómodas preguntas, que pocas veces se decían en voz alta, pero que siempre estaban presentes. Y luego su primera enfermedad grave, el recado que llevó a cabo su hijo, y que le costó la vida. A raíz de ello, la madre prohibió las visitas de la joven. Nadie se lo dijo en esos términos, pero debió de ocurrir así. La esposa de Richard lo odiaba, lo culpaba de su muerte del mismo modo que él se autoinculpaba. Cuando Ana acabó sus estudios, buscó de nuevo su compañía, y pasaron unos años maravillosos. Había realizado su último viaje a Londres con ella, le presentó a marchantes y a propietarios de galerías, y efectuó algunas compras para su creciente colección de cuadros. En algún momento entre su primer ataque y el breve y desdichado matrimonio de Ana, ésta dejó de visitarlo a menudo. Había muchas buenas razones para ello, pero él sospechaba que la joven simplemente se había cansado de sus modales huraños y de su debilidad mental y física. Sin duda no se había cansado de su dinero. Era lo único con lo que podía retenerla.

Maniobraron por la tenue planta principal de piedra caliza de tonos rojizos hasta que llegaron a un arco puntiagudo. Diana no quería entrar. A él le parecía bien. Había dejado de preguntarse si la enfermera se sentía ofendida por sus eclécticos gustos religiosos, si simplemente el lugar le causaba escalofríos, o si de algún modo había intuido que se había pagado con sangre.

No importaba. La capilla, que desde hacía tiempo constituía un coto privado para él, había empezado a ser algo más que eso: era un lugar apartado del resto del mundo, un espacio donde nadie tenía permiso para entrar, aunque quisiera hacerlo. De hecho, ni siquiera podía recordar cuándo esa capilla había visto otra alma aparte de él. Los pasos de Diana se alejaron. Kessler asió los controles de la silla y se adentró en el pasadizo arqueado.

El lugar había sido, décadas atrás, una especie de solárium, pero él se había dado cuenta de inmediato de cómo podría utilizarlo. Se reforzaron las paredes, se colocó un techo abovedado en forma de óvalo de estilo más bizantino que occidental. Las seis vidrieras procedían de una iglesia bombardeada de Alsacia. Había montones de paneles de madera de Hungría que representaban las estaciones del vía crucis. Además, también había varios candelabros recargados y ennegrecidos de Italia, aunque muy pocas veces encendía velas en ese lugar. Ninguno de esos objetos era muy valioso, al menos comparado con sus otras posesiones, pero todos ellos le gustaban y lo confortaban como ninguna otra obra podía hacerlo.

En la pared del fondo, iluminado suavemente desde arriba a modo de retablo, estaba el panel bizantino. Era mil años más antiguo que cualquier otro objeto de la sala, por eso constituía su mayor tesoro, aunque en muchos sentidos le había fallado. El rostro y las manos de la Virgen habían desaparecido mucho antes de adquirir la obra. Ahora, salvo por esos ojos negros, la dama se había vuelto prácticamente invisible ante su menguada vista, creando la impresión de que una túnica granate envolvía a cierto ser espectral. No era lo que pretendía el artista, pero la imagen resultaba muy efectiva. Kessler recorrió, sentado en la silla, toda la extensión de la sala para sentarse ante la Virgen.

Müller jamás tuvo la intención de abandonar esa obra. Sólo pretendía darla en custodia, pero cuando la situación se tornó desesperada en 1945, necesitó dinero para abandonar el país. Dinero, una identidad suiza y una ruta segura. Kessler se había encargado de todo con su dinero, no con el del banco. Desde luego no era el único tesoro que había pasado por sus manos, y el banco o sus directivos habían guardado muchos cuando sus propietarios fueron a la guerra,

aunque esa pieza era la única que había aceptado a título personal. Contrariamente a las despectivas insinuaciones que sabía que circulaban sobre él, había comprado todos los demás objetos de esa y otras salas después de la guerra, siempre manteniendo la más estricta legalidad. No era menos cierto que tenía cierta ventaja sobre los sacerdotes emocionalmente destrozados y los aristócratas arruinados, cuya necesidad transitoria superaba su devoción por el arte. No era algo de lo que se sintiera orgulloso, pero las transacciones comerciales nunca se realizaban desde un mismo plano de igualdad. Alguien siempre partía desde una posición ventajosa, y esa persona bien podría ser alguien como él, alguien que honrara adecuadamente a esa obra de arte.

Nadie conocía la verdadera historia del icono; al menos, Kessler nunca la había oído. Algunos decían que había permanecido en la iglesia de aquel pueblo durante siglos. Otros, que había sido propiedad de una larga sucesión de déspotas, griegos y musulmanes, sacerdotes, ladrones, así como del linaje de Ali Pasha hasta el último emperador bizantino, Constantino XI Paleólogo. Casi con toda certeza había sido realizada en Constantinopla, mucho antes de la caída, antes, incluso, de la primera obra iconoclasta. El icono estaba envuelto en rumores, impregnado de misterio.

Su borrosa visión se difuminó aún más, y empezó a notarse los ojos húmedos. No era la piedad ni la gracia de Dios lo que lo hacía llorar, sino simplemente el miedo. El miedo a su inminente final y lo que lo esperaba en el más allá, la tristeza por todo lo que dejaba atrás: a sus seres queridos, a sus amigos, a un mundo que él entendía; a su juventud y a su vigor, a su vista y al resto de los sentidos. Todo se perdía de un modo irreversible. Cerró los ojos. Rezar le resultaba imposible, como siempre. No era tan tonto como para pedirle algo al cielo, ni siquiera una explicación, así que, ¿para qué rezar?, y, por cierto, ¿a quién? La contemplación era lo máximo que podía ofrecer, una meditación acerca de su pasado y de sus pecados. Y ante él la Virgen, la más redentora de los soberanos celestiales que se dedicaba a observar su alma desnuda y a conceder, si la dama así lo creía oportuno, el perdón que él no era capaz de pedir. Era un acto patético, como llorar en una esquina hasta que se acerca tu madre, en vez de

confesar las fechorías ante tu padre. Pero era lo único que podía hacer. El cielo lo encontraría a medio camino, o lo dejaría abajo.

En una ocasión, había estado a punto de confesarse ante Ana en el trance de una de sus fiebres. La carga de sus remordimientos por Richard era enorme; impregnaba cada aspecto de su vida, y también acababa con todos ellos. No tenía a nadie a quien contárselo, ni ninguna posibilidad de hallar alivio en esa dirección aunque lo intentara. ¿Qué le había dicho realmente a su nieta? No se acordaba, pero seguramente no había sido mucho; ella jamás había vuelto a mencionárselo. Pero luego estaba aquel retraimiento por su parte. ¿Había coincidido con aquella revelación? Tampoco podía recordarlo. Toda la experiencia reciente se había convertido en algo impreciso. Su memoria era fragmentada, y los episodios más oscuros siempre se abrían paso hasta la superficie: al principio, un amor no correspondido que había olvidado durante setenta años, varios temores aleatorios que había sufrido de niño, la amenazadora figura de su padre, aquella mueca de amargura que había esbozado antes de morir. Su madre, cuyo rostro ya no podía recordar, la suavidad de sus manos, su voz.

Probablemente se quedó dormido, aunque no estaba seguro de ello. Cuando abrió los ojos otra vez, la estancia parecía más oscura, y el icono brillaba con un resplandor que sólo conocía por algunas descripciones, y que no había visto hasta entonces. Una sonrisa forzó los músculos agarrotados de su rostro, y sintió una presencia tras él. No era una sensación nueva ni inesperada, pero sí infrecuente. Ésa debía de ser la tercera o la cuarta vez que la experimentaba, y junto con el extraño resplandor de la pintura, debía de presagiar algo. Sintió un escalofrío por el cuero cabelludo, y habría jurado sentir calor en todas sus extremidades, incluso en los pies, que tan esquivos se habían mostrado en los últimos diez años. Manipuló los controles de la silla con la mano derecha y ésta dio un giro de noventa grados, de modo que quedó delante del ventanal rojo y dorado que representaba a Cristo cargando la cruz sobre sus hombros. Las sombras de la capilla parecían ahora más intensas, pero la luz seguía filtrándose por la arcada desde el vestíbulo que quedaba a lo lejos. También había una figura, que interrumpía la luz mortecina, en el extremo más lejano de su visión periférica.

El viejo sacerdote griego, a quien Kessler había permitido observar la obra años atrás, le había comentado que el icono había perdido sus cualidades mágicas. Evidentemente, él no lo llamaba magia. Energía, tal vez, o espíritu; sí, su espíritu había desaparecido, anunció el viejo y canoso farsante, al tiempo que se acercaba para besar temblorosamente la pintura. Al parecer, conocía aquel icono desde antes de la guerra, había rezado ante él en la sagrada iglesia de piedra de aquella pequeña aldea de Epiro. Él admitía que era mucho más antiguo de lo que creían sus vecinos, y que poseía unos poderes todavía más arcaicos. Había percibido -¿cómo describirlo?— una presencia viva en los bosques. Muy a su pesar, Kessler se había dado cuenta de que se había quedado sin aliento al oír aquella descripción. El sacerdote insistía en que la energía había desaparecido, y con esas palabras había desecho el hechizo que había urdido en un instante. Había ocurrido algo, alguna profanación, alguna extraña devaluación que quizá surgía del hecho de haber arrancado el icono de su tierra natal. Esos malditos griegos. Fuera cual fuese el caso, la magia había desaparecido. Ahora el valor de la obra era puramente artístico, manteniendo, por supuesto, la capacidad del arte para inspirar a los fieles.

Kessler sospechó un intento por deslegitimar el icono ante sus ojos y obligarlos así a deshacerse de él. Sin embargo, lo había herido tan hondamente que ni siquiera fue capaz de pensar en el encuentro durante mucho tiempo después. Quizá, en cierto sentido, había llegado a creer en lo que el anciano le había dicho. Pero habían ocurrido ciertos hechos, hechos sobre los que se había escrito en el pasado y que encontraban un hueco en su vida, fortaleciendo así su tambaleante fe. Había vivido muchos años, tal vez demasiados, aunque había superado numerosos peligros, enfermedades y dolencias. La longevidad era uno de los poderes que se atribuían al icono. Según las historias de algunos hombres que lo poseyeron, o se dedicaron a adorarlo, vivieron ciento veinte años y fueron padres a los ochenta. En el caso de Kessler, la longevidad parecía una especie de burla. Había derrotado a la enfermedad, pero jamás se había librado de ella por completo. Sólo había tenido un hijo, que posteriormente había perdido. ¿Cuál era la finalidad, la ventaja, de vivir tanto tiempo?

En algún momento, se le había pasado por la cabeza que probablemente su recompensa le llegaría en el otro mundo, no en éste, y esa resultó ser para él un cambio muy difícil de mentalidad. No estaba del todo seguro de creer en otra vida, y ni siquiera estaba seguro de creer en el Todopoderoso. Podía imaginarse la existencia de una entidad y de un sitio semejantes, pero no se llegaba a él sin sentir una profunda y duradera fe. Para lo demás, no hacía falta consumirse en el infierno. Contemplar un negro abismo, la nada más absoluta, era más que aterrador.

Luego empezó a verla. Y qué inesperada alegría le había causado. Y temor, ya que ella no estaría allí sin una finalidad, aunque abrigaba la esperanza de que fuera para bien. Ella siempre había sido fuente de toda clemencia en las historias que conocía, y si no podía salvar su cuerpo debilitado, quizá podría salvar lo verdaderamente importante, si es que existía: su alma.

Pensó en todo esto en un instante, mientras la figura estaba suspendida en los límites de su visión, como si esperara. Una oleada repentina de vergüenza se apoderó de él, algo que lo disgustó. La fe surgía del corazón, no de los ojos. No tenía ningún derecho a exigir una prueba, él precisamente, el peor pecador que existía sobre la faz de la Tierra. Pero ¿acaso no les había ocurrido lo mismo a Pablo y a los otros discípulos de Jesús? Y u muchos más desde entonces. ¿Acaso no es cierto que los ojos convencen al corazón? ¿Quién era él para decidirlo?

Jamás hasta entonces había podido mirar directamente a la figura. Después de intentarlo la primera vez que la vio, hace años, y de darse cuenta de que no lograba nada, decidió que no le había llegado el momento. Desde entonces, se había contentado simplemente con percibir de cerca su presencia. Sospechaba que su cercanía le satisfacía más que su mirada, porque seguramente habría una razón para ello cuando llegara la hora, y su cobarde corazón temía ese motivo. Pero estaba equivocado, y debía armarse de valor; no podía escapar a su destino, sólo afrontarlo con valentía y con el corazón abierto. Lo cierto es que no había sido valiente en ningún aspecto de su vida; ahora era el momento de serlo. La Virgen era la encarnación del perdón. Los dedos del anciano toquetearon los controles de la silla.

Ella era el perdón. Al igual que su madre, que lo había protegido de su padre. Un estudio oscuro, unas ráfagas de viento empapado en agua que rompen contra la ventana, el hombre con su traje de siempre, su habitual olor a tabaco y a loción para después del afeitado; más alto que Dios, la sonrisa de un demonio, la pesada mano cayendo una y otra vez. Odiaba a su padre, un pecado mortal; estaba condenado. Unas frías lágrimas se apresuraron a colmar sus ojos ciegos. Negó con la cabeza. No, ella lo entendería, porque ella era el perdón. El anciano dudó.

¿Y si estaba completamente equivocado? ¿Y si aquella presencia que sentía no era más que Diana que estaba allí de pie, reacia a entrar en su santuario, esperando a que él terminara sus oraciones a los falsos dioses? ¿Y si su escéptica mentalidad había tenido razón todo ese tiempo? Padre, Hijo y Espíritu Santo, la Madre redentora, todos ellos alejándose de él y abandonándolo en el vacío, una fantasía, ninguna salvación. La madre, la esposa y el hijo traicionado se alejarían sin posibilidad de reunirse con ellos, de no obtener su perdón. La mano caía una y otra vez. Durante toda su vida, siempre había temido recibir un castigo por sus malas acciones. Allí, al término de su vida, no temía tanto ese juicio como su ausencia. ¿Y si el fin era absoluto? Eso era algo que no podía aceptar.

«Ya basta.» Su visión volvió a nublarse. La lluvia aumentó de intensidad hasta convertirse en un clamor. «Ya basta; sé un hombre.» Las puntas de sus dedos entumecidos manipularon los controles y la silla hizo un cuarto de giro hacia la arcada.

Un dolor intenso y paralizante en el pecho que le llegaba hasta el brazo bloqueó sus procesos mentales por un momento.

No podía ver ni entender lo que estaba ocurriendo, y la pequeña parte de su conciencia que no sentía temor ni dolor podía observar su dolencia con curiosidad. Luego, hubo algo que pareció activarse en su cabeza y el dolor fue desapareciendo, aunque su corazón todavía parecía un puño apretado, y su visión era demasiado débil para discernir nada. La figura había permanecido en la puerta de entrada, pero no tuvo tiempo de verla antes de que le fallara la vista. No, para ser sinceros, sí que la había visto por un instante. Era un hombre, no una mujer. No era ni su padre ni su hijo, sino un joven delgado y con

barba; tenía el rostro medio descolorido, y los ojos completamente abiertos debido al miedo o al éxtasis, no a la ira; Kessler no creyó que fuera ira. Un hombre, no una mujer. El Hijo, no la Madre; que Dios lo ayude, el juez más severo. Sintió que su inservible torso se inclinaba a medida que la figura avanzaba. Un terror silencioso se apoderó de él una vez más, luego se transformó rápidamente en otra cosa, en una nueva emoción difícil de definir. Quizá fuera una tristeza amplia y profunda, pero esa emoción era también transitoria, porque la tristeza se fundía en asombro, y el asombro en comprensión. Luego, todo se tornó luz.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 2

Andreas se aferró a los estrechos brazos del asiento y rezó para que la tierra se levantara de un salto y lo alcanzara. El suelo del avión parecía que se hubiera derrumbado, aspirando sus vísceras, dejando sólo el cascarón vacío de su cuerpo flotando en el éter. Sin embargo, cuando abrió los ojos, descubrió que su cuerpo estaba intacto, aunque todavía seguía embutido en el limitado asiento, con el pasillo a su derecha, y el grueso hombre de negocios que no paraba de moverse a su izquierda. Lo aguardaban un montón de problemas, y podría haber utilizado esas horas perdidas sobre el Atlántico para centrarse, pero le resultó del todo imposible. Hacía muchos años que no viajaba en avión, y le molestó darse cuenta de que la edad le estaba empezando a pesar. Le zumbaban los oídos, le dolía el cuello y se notaba las piernas frías. Ya no podía soportar las distracciones, hiciera lo que hiciese. No conocería realmente la situación hasta que aterrizaran y, en cualquier caso, su instinto nunca le había fallado.

El avión volvió a descender bruscamente, y la bahía de Jamaica empezó a asomar por debajo de él. Al cabo de veinte segundos aterrizaron en el aeropuerto JFK. El hombre de negocios sonrió a Andreas.

–Bien venido a Gomorra.

Su maleta fue la primera en aparecer por la rampa de equipajes, y eso tenía que ser un buen presagio. La sacó de la cinta transportadora y salió a buscar a Matthew en la terminal de llegadas, mientras escudriñaba con la mirada a varias personas por si algo salía mal. Era una antigua costumbre suya. Hacía tiempo que había dejado de ser una preocupación para alguien.

–¿Padre?

Andreas se giró, a pesar de su cautela; la voz iba dirigida claramente a él. A tres metros de distancia, había un joven robusto y con el rostro cuadrado. Su americana barata no acababa de encajar con el resto de su atuendo, y Andreas percibió en ello, en vez de verlo, una arma secreta.

–¿Andreas Spyridis? – dijo el joven con un tono de voz que denotaba incertidumbre.

¿Tenía que ser ahora? ¿Cuántos momentos como aquél había vivido en los últimos cincuenta años, cuando tenía que preguntarse si le faltaba alguna deuda por saldar? Su cuerpo se tensó, pero su mente permaneció serena, preparada para lo que viniera.

–Soy Spyridis.

–El señor Dragoumis me envía a recogerlo.

Andreas dio un paso hacia adelante. Dudaba que Fotis le pegara un tiro en el aeropuerto.

–¿Cómo te llamas?

Ésa siempre era la última pregunta que esperaban los correos. Era importante sorprenderlos, y no mostrar ningún atisbo de sorpresa por tu parte. No le había dicho a Dragoumis que iría, pero ésa no era la cuestión. Sencillamente, Fotis lo sabía todo.

–Nicholas. Trabajo para el señor Dragoumis. Lo está esperando en estos momentos.

Inglés útil. Ninguno de los dos hombres hablaba en su lengua materna, aunque Andreas no pudo discernir de dónde provenía el acento del chico. No era griego, pero tuvo la impresión de que debía de hablar una lengua que conocía.

–Debo llevarlo directamente a cenar.

–Tengo que reunirme con alguien.

–El señor Dragoumis ha telefoneado a su nieto. También estará allí.

Casi con toda probabilidad, el acento era ruso, decidió. – Entiendo. Bueno, parece que lo tenéis todo previsto. Nicholas asintió gustosamente con la cabeza.

–Sígame, por favor.

Un enorme avión rugió en el cielo mientras Nicholas y Andreas se dirigían al aparcamiento en busca de un largo sedán azul; norteamericano, evidentemente. El joven abrió de par en par la puerta trasera derecha, pero Andreas dudó.

–Preferiría sentarme delante.

El ruso frunció el entrecejo. La petición ofendió claramente su sentido de la profesionalidad, pero cerró bruscamente la puerta de atrás y abrió la del asiento del acompañante. Andreas se quitó su sombrero de fieltro gris y se deslizó prudentemente por el cómodo y hondo asiento de piel. El barrio de Queens siempre le había parecido

deprimente. Los atascos de tráfico, los almacenes y los bloques de pisos; coches abandonados sobre una calzada rota. Sólo la época del año mejoraba el trayecto, porque la nieve fangosa o la niebla contaminante de sus anteriores visitas quedaron relevadas por un aire limpio y franjas de forsitia amarilla en los bordes del camino que atravesaban las vallas metálicas, frente a manzanas enteras de casas adosadas de ladrillo.

—¿Vives aquí? — preguntó Andreas.

—Un poco más lejos. Lo llaman Pequeña Odessa.

—¿Te gusta este país?

Nicholas se encogió de hombros.

—Es mejor que el país del que provengo.

—¿Cuánto tiempo hace que estás aquí?

—Dos años.

—¿Aprendiste inglés antes de venir?

—Sabía un poco, pero básicamente lo he aprendido aquí.

—¿Hablas griego?

—Un poco. — El joven se adentró en el bulevar Astoria-. Bueno, en realidad, no sé griego.

—El señor Dragoumis prefiere que hables griego, ¿verdad? Nicholas asintió con una tímida sonrisa.

Giraron por la calle Veintiuno, luego torcieron rápidamente a la izquierda y el coche aparcó delante de una casa de tablas de madera blancas. El lugar era normal y corriente, salvo por la profusión de rosales que colmaban una estrecha franja de tierra en la parte delantera de la vivienda. La casa parecía pequeña, aunque en realidad por dentro era bastante espaciosa. Un almacén encuadraba al edificio por un lado, y un restaurante medianamente famoso por el otro. Fotis era el propietario de los dos locales. Andreas había estado allí antes. Se fijó en las rosas, que todavía no estaban en flor, y después siguió a Nicholas por los escalones de cemento hasta adentrarse en la casa. Un hombre grueso como un tonel salió del salón para recibirlos en el estrecho vestíbulo, empujando a Andreas contra la pared. Los hombres más jóvenes se intercambiaron unas palabras en su lengua materna; después, el tipo gordo condujo a Andreas por el oscuro pasillo. Su barba era negra, al igual que sus ojos, que parecían estar colmados de

una violencia reprimida. Andreas pensó que no podría mantener una conversación agradable con ese hombre. El tipo llamó suavemente a la puerta, dijo una palabra, y acto seguido ambos entraron en el estudio, el santuario de Fotis. El hombre, que tenía una apariencia gris como un fantasma y que lucía un enorme bigote blanco, se levantó para saludarlos, atravesando la alfombra oriental de felpa a grandes zancadas. El esfuerzo le pasó factura, y Andreas se percató en seguida de ello.

–Amigo mío -dijo Fotis con sincera calidez-. Mi viejo y querido amigo.

Los dos hombres se dieron un fuerte apretón de manos, las derechas sobre las izquierdas, y sacudieron sus puños entrelazados como niños felices, como débiles ancianos.

A Andreas siempre lo sorprendía el afecto que su antiguo jefe, su aliado y su adversario, le profesaba. Apreció que el rabillo de los ojos de Fotis estaba húmedo y que éste sonreía ampliamente mostrando su cara dentadura postiza, mientras miraba a su compañero de arriba abajo. Luego su rostro se tornó severo, y se volvió para mirar amenazadoramente al joven ruso. – Serás imbécil. ¿Por qué no le has cogido el abrigo?

El hombre de la barba negra murmuró una disculpa y ayudó a Andreas a quitarse el pesado abrigo gris. Fotis pasó revista al traje negro y a la camisa blanca abrochada hasta el cuello de Andreas, y luego soltó un grito seco y breve.

–Pareces un cura.

–Tu hombre creyó que lo era.

–Bueno, no es de extrañar, vestido con esa pinta. Bueno, siéntate, siéntate. ¿Te apetece una taza de café o una copita de coñac?

–Sólo un vaso de agua.

Sin recibir la orden, Barba Negra desapareció por la puerta trasera del despacho. Fotis juntó las manos delante de él y se recostó en una silla que crujía. Por el aspecto de su rostro, parecía satisfecho. En ese momento, Andreas pudo fijarse bien en él. Vestía un elaborado batín granate con un estampado abstracto que le servía para ocultar su delgada constitución. Llevaba unas zapatillas que tapaban sus largos pies, y tenía una cajetilla de cigarrillos turcos sobre la mesa, junto a su

codo. Detrás de él, un montón de enormes lienzos enmarcados estaban apoyados contra la pared. De hecho, parecía haber más cuadros colgados en la estancia de lo que Andreas recordaba haber visto antes, y a pesar de la mala iluminación y de sus limitados conocimientos artísticos, pudo adivinar que algunas de esas obras eran bastante valiosas. Un paisaje invernal. Una obra pequeña y muy bella de temática religiosa, la Anunciación o algo parecido. Hojas doradas que sólo podían provenir de un icono ortodoxo reflejaban luz desde una oscura esquina. Su viejo amigo tenía numerosas identidades, muchos papeles que le gustaba desempeñar. Fotis el espía, Fotis el exiliado político, Fotis el respetable hombre de negocios. Por lo visto, ahora era Fotis el coleccionista.

—¿Cómo ha ido el vuelo? — preguntó Dragoumis, pasando del inglés a su lengua materna.

Andreas se encogió de hombros. — Estoy aquí.

—Es difícil para las personas mayores, y tú eres más joven que yo. Incluso volar una vez al año me parece demasiado. Probablemente no visite Grecia en primavera.

—Oh, creo que irás.

Barba Negra regresó con un vaso de agua tibia, tal como Andreas la prefería.

—Eso es todo, Anton -dijo Fotis, y el joven ruso volvió a salir de la estancia.

—¿Cómo va el restaurante? — preguntó Andreas.

—El restaurante -gruñó Fotis-. Bastante bien. Tenemos nuestra clientela fiel, ya sabes, del vecindario, y ahora empezamos a atraer a gente joven de Manhattan. Al parecer, alguien ha escrito sobre nosotros, y nos consideran el mejor restaurante griego de Astoria.

—Felicidades.

Fotis hizo un gesto con la mano como quitándole importancia al asunto.

—¿Y qué diablos sabe esa gente de comida? De todos modos, ahora no estoy muy involucrado en el restaurante.

—¿Ah, no?

—Tengo a un magnífico gerente, alguien que ni siquiera me roba. Además, hay otros temas que me preocupan.

Era una invitación, pero Andreas no estaba interesado en ella. Conocía las diversas actividades de su amigo, y si estaba metido en otras nuevas, a él no le importaba. La ambición no lo impresionaba, ni siquiera la audacia que suponía perseguirla. Se traslucía una especie de triste desesperación en las operaciones extralegales de Fotis: la desesperación de un moribundo que trataba de burlar al destino con sus logros.

–Mi hijo está enfermo -reveló Andreas.

Fotis se lo quedó mirando fijamente, la compasión luchaba contra la irritación porque su antiguo amigo había cambiado de tema.

–Lo sé.

Claro que lo sabía. Matthew, el nieto de Andreas, también era el ahijado de Fotis. Irini, la madre de Matthew, era la sobrina de Fotis. Los dos ancianos estaban totalmente unidos. No había ninguna posibilidad de obviar esa relación.

–Matthew me ha dicho que es grave -continuó Andreas, que necesitaba hablar-. Alekos no está respondiendo al tratamiento.

–Quizá necesite mejores médicos.

–Se supone que en ese hospital le están tratando los mejores. En Mount Sinai.

–Hay mejores médicos en Boston. Pero la ciencia también tiene sus limitaciones.

–No tenemos este tipo de enfermedades en mi familia.

–Debes tener fe.

¿Se estaba burlando de la situación? Dicho con tanta amabilidad, debió de tratarse de un desliz típico de la vejez.

–No creo que a estas alturas de mi vida contraiga esa enfermedad.

Fotis se lo quedó mirando, inescrutable; la omnipresente sarta de cuentas de jade repiqueteaban en su mano.

–Mi pobre Andreou.

Permanecieron sentados en silencio durante uno o dos minutos, sintiéndose cómodos así. Andreas sorbió el agua y finalmente decidió intervenir.

–Algunos de estos cuadros son nuevos. Los ojos de Fotis se iluminaron.

–En estos últimos años me he dedicado bastante al coleccionismo - comentó con entusiasmo-. Creo que es mi verdadera pasión.

–Ah.

–No me digas eso. Sé lo que estás pensando. Que sólo un idiota coleccionaría obras de arte para ganar dinero. Es una actividad muy inestable, aunque a mí me gusta. Me encanta dedicarme a mis peculiares gustos, y disfruto estando rodeado de objetos bellos.

–¿Y este paisaje?

Fotis se volvió para observarlo.

–Holandés. Según me han dicho, es de un discípulo de Bruegel. Hermoso, ¿verdad?

–Muy bonito. Y también veo que tienes un icono.

–Unos cuantos. No son muy antiguos, ni valiosos. Se han realizado demasiados en los últimos siglos. Éste es ruso.

–Te gustaría coleccionar algunas piezas bizantinas auténticas, sin duda alguna.

Dragoumis volvió a girarse y esbozó una sonrisa fría y a la vez satisfecha sobre su rostro largo y regio.

–No existe un auténtico comercio de iconos bizantinos. No hay bastantes que estén en manos privadas. Todos ellos se encuentran en museos y en iglesias, así que es difícil determinar un precio. Su verdadero valor es de carácter espiritual -dijo Fotis, el piadoso.

–Naturalmente.

–¿Ya sabes que Kessler ha muerto?

Andreas suspiró. Desde el primer momento, se había dado cuenta de que Kessler y el icono estarían detrás de aquella visita forzada.

–Lo había oído por ahí.

–Me gusta que conserves todos esos contactos. Bien. Andreas se encogió de hombros. ¿Por qué molestarse en decir que lo había leído en el New York Times? Fotis daba por sentado que todas las noticias proceden de los servicios de información. Sería mejor que creyera que Andreas todavía estaba conectado a la red.

–Y bien -continuó Fotis-, ¿qué opina nuestro magnífico gobierno de Grecia acerca de este avance?

–¿Qué deberían pensar? Lo único que sabían de Kessler es lo que les dijiste.

–¿Eso crees? En ese caso, el historial estará vacío, porque no les dije absolutamente nada de Kessler. ¿Por qué tendría que haberlo hecho?

–Tampoco lo hice yo. Quizá dispongan de otras fuentes. No sacarías nada en claro de mí.

Volvieron a quedarse en silencio. Andreas se preguntó dónde estaría el cuarto de baño.

–La nieta es la albacea. – Dragoumis sacó un largo cigarrillo rubio del paquete y lo encendió-. Espera a que alguien le tase toda la colección.

–¿Le has ofrecido tus servicios?

Fotis se echó a reír, mientras expulsaba unas ondulantes volutas de humo.

–Soy un coleccionista ocasional. Supuse que se dirigiría a una casa de subastas.

–Lógico.

–Pero parece ser que tiene objetivos más nobles. Su abogado se ha puesto en contacto con algunos de los principales museos del mundo. Casi puedo verlo: el ala Kessler del Metropolitan.

Andreas activó su radar.

–¿Y por qué el Metropolitan?

–Es sólo un ejemplo, pero se trata de la opción más clara. Kessler se concentró en piezas medievales. No hay muchos lugares en este país capaces de hacerle justicia a esa época. Al menos, ninguno de los otros museos de Nueva York.

–¿Y por qué Nueva York? ¿Por qué no Europa?

–Quizá lo intente en Europa. Sin embargo, Nueva York era el hogar de su abuelo, que tenía un pasado turbio al otro lado del Atlántico. Los suizos no lo tocarían. Con toda probabilidad, tampoco los alemanes. En cualquier caso, nunca sabremos a quién ha enviado el Metropolitan para ocuparse de algunos asuntos.

No tuvo que pensar mucho.

–Tu nieto -continuó Fotis-. El mundo es un pañuelo, ¿verdad, amigo mío?

Andreas logró no mostrarse nervioso, pero lo estaba. Dragoumis era viejo, estaba enfermo, se engañaba a sí mismo, pero por estas razones siempre había sido muy bueno en ese tipo de juegos. Era

incansable, y siempre encontraba nuevas formas de desbancar a la gente.

–Fotis -dijo con un tono de voz sosegado, sin que resultara amenazador ni suplicante-. Deja a Matthew al margen de esto.

–Mi queridísimo Andreou, ¿qué tengo que ver yo en ello? ¿Acaso crees que consultan conmigo?

–¿Cómo lo has sabido?

–Matthew me lo dijo. Mira, el principal medievalista es un hombre mayor, no joven y guapo como tu nieto. Se ha especializado en bizantinismo; eso es cosa tuya, no mía. Todos esos años llevándolo a iglesias y a museos. Pues claro que enviarían a Matthew. A la chica le encantará, el museo tendrá el icono y nuestro muchacho se lleva los laureles. ¿Qué hay de malo en ello?

–Nada. Si eso es realmente lo que va a ocurrir.

–¿De veras? Empiezo a preguntarme -el anciano movió su cigarrillo con un ademán distraído- por qué estás aquí.

–Mi hijo está enfermo.

–Hace meses que está enfermo. Kessler murió hace diez días.

Andreas se reclinó en su silla, deseando con todas sus fuerzas salir de allí, estar en cualquier otra parte menos en presencia de aquella manipuladora y patética criatura.

–Has vivido demasiado tiempo, Fotis. Ves conspiraciones donde no las hay. He venido para ver a mi hijo, por ninguna otra razón. – Se levantó-. Dile a tu hombre que me lleve al hotel. Nunca puedo encontrar un taxi en este barrio.

Dragoumis apagó su cigarrillo y levantó la mirada para observar a su antiguo amigo con ojos grandes y húmedos; al parecer, estaban a punto de llorar. ¡Como si él fuera la parte afectada! Andreas estuvo a punto de aplaudir ante tan magnífica actuación. Fotis el ultrajado.

–Te he ofendido, perdona. Por favor, siéntate; amigo mío. No nos despedamos enfadados.

Andreas se sentó, pero estaba decidido a marcharse. – Retiro mi pregunta -prosiguió Fotis-. Si he expresado mis dudas, tengo razones para ello. Debo confiar en que tú también tienes razones para no contarme tus planes. Ahora que entiendes la implicación de Matthew, puedes ajustar tus planes de forma que no perjudiquen a sus intereses.

–¿Qué demonios crees que estoy tramando? ¿Crees que el gobierno griego quiere ese icono? ¿Crees que me enviarían a buscarlo?

–¿Qué has oído de Müller?

Ahora Müller. Aquel tipo era un sinvergüenza. – Sólo que está muerto.

–¿Ah, sí? He oído decir que estaba aquí, en Nueva York. Andreas se movió incómodo en su silla, deseando no tener que responder, aunque no pudo evitarlo.

–¿De quién lo has oído?

–Debo reconocer que de una fuente muy poco fiable. Aun así, se trata de otra cosa que creo que deberías saber. Tiene sentido que vuelva. Jamás has creído que estuviera muerto.

–No quiero hablar de Müller. Necesito ver a Alex.

–Sí. He estado dos veces en el hospital. Al principio, se negó a verme.

–Lo siento.

–Pero no me sorprende. Es posible que también se resista a verte a ti. ¿Estás preparado para ello?

«Preparado para ello.» ¿Cómo alguien se puede preparar para que su hijo enfermo, posiblemente un hijo moribundo, lo rechace? Andreas había pasado por situaciones dolorosas, pero no podía imaginar algo peor que un rechazo de ese tipo, y no iba a permitir que su mente pensara demasiado en ello.

–Con el apoyo de Matthew, espero superar esta resistencia.

–Excelente. Mira, olvidemos esa triste conversación durante una hora. Ven al salón a tomar un coñac conmigo.

–Quiero ver a Alekos de inmediato.

–El horario de visitas es por la tarde. Iremos después de comer.

–No, iré con Matthew.

–Pues claro. Vendrá a cenar con nosotros. Luego iréis los dos a ver a Alex.

Aquel manipulador lo tenía todo previsto. De todos modos, la comida sería buena, y la compañía de Matthew haría tolerable la tarde. Andreas no bebía, pero se tomaría un coñac con Fotis. Parecía justo lo que necesitaba.

–¿Tienes un buen Metaxa?

–Mejor aún. Tengo un Remy Martin XO.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 3

La noche anterior, Matthew volvió a tener aquel sueño. Un cuadro desaparecía, una obra de arte de la colección que él esperaba encontrar, aunque no podía recordar su aspecto. Un grupo permanecía de pie delante de la pared vacía, lamentándose por la pérdida de la belleza de aquel retrato, los labios, los ojos, los tonos de la piel tan espectaculares, y él trataba de crear una imagen en su cabeza, pero ésta era confusa, lo eludía, como hacen los rostros en los sueños. El museo que tan bien conocía se convirtió en un laberinto insondable, y no había ninguna Ariadna dispuesta a ayudarlo. Se hizo de noche. Unos extraños sonidos lo distrajeran. La búsqueda se dirigía de un lado a otro; perseguía y era perseguido. En una tenue estancia del sótano vio lo que debía de ser la imagen de la pared del fondo, pero el camino era incierto, ninguna ruta conducía directamente allí. No contaba con la ayuda de nadie, y estaba solo. Pero, de repente, dejaba de estarlo, puesto que una presencia terrible colmó su conciencia. En ese preciso instante, siempre se despertaba.

Avanzaron en silencio. Matthew conducía un Taurus prestado de su colega Carol, y Andreas se sumergió en el asiento del acompañante. Al hombre mayor se le cayó el mundo encima tan pronto como cruzaron la puerta principal de Dragoumis y penetraron en el aire fresco de la noche, y tuvo la certeza de que el entusiasmo que había mostrado durante la cena era un acto que beneficiaba a Fotis. Siempre actuaban el uno delante del otro. Al salir del puente Triboro, Matthew pagó el peaje y aceleró mientras observaba a su abuelo. El sombrero y el cuello de su camisa oscurecían su rostro, y la penumbra se alternaba con la luz rosa de las calles, que apenas permitía distinguir sus facciones. Matthew había visto a Andreas en Atenas dos años atrás, y le sorprendió constatar, una vez más, lo poco que envejecía. Seguía tan astuto y lúcido como antes, y robusto como un roble. A sus setenta y siete años, parecía un hombre vigoroso de sesenta. Sin embargo, esa noche se le notaba más envejecido, tenía los hombros caídos y caminaba arrastrando los pies. Sus ojos se movían de un lado a otro, sin ton ni son, como su mente. Aunque, evidentemente, eso podía deberse al cansancio por haber viajado en avión.

El vehículo entró en el paso subterráneo hasta llegar a la avenida FDR, y Matthew torció casi de inmediato por la calle 116. Oyeron unos gritos y unos golpes metálicos procedentes de una pista de baloncesto débilmente iluminada. Unos altos edificios de ladrillo se alzaban a su alrededor.

—¿Esto es Harlem? — preguntó Andreas. — El Harlem español, supongo.

—Es feo.

—Sí, por supuesto. — Es un lugar feo. — También lo es Atenas.

—Una extraña comparación. ¿He ofendido tu orgullo local? — Las ciudades modernas son feas. Pero Nueva York tiene algunos rincones hermosos.

—Y Atenas tiene historia. — Demasiada.

—Cierto. Los griegos se sienten abrumados por su historia; se trata de un fenómeno habitual en Europa. Los norteamericanos están más dispuestos a aceptar las cosas. Ésa es su virtud, pero también los lleva a cometer muchas tonterías. Cambian de amigos constantemente y abandonan a viejos aliados. Por eso el mundo desconfía de Estados Unidos.

Matthew ya había escuchado todo aquello antes, pero le gustaba ver que el anciano volvía a ser el mismo de siempre.

—¿Cuáles son las últimas noticias? — preguntó Andreas. El amenazador monolito negro de Mount Sinai apareció por la izquierda, y adornado con unos diminutos cuadrados de luz. La tristeza se apoderó de Matthew al ver el monumento, adormeciendo su mente como una anestesia.

—Al parecer, su recuento de glóbulos rojos es estable, pero, no saben por qué, podría descender en cualquier momento. Las transfusiones no parecen mejorar su estado.

—¿De modo que no pueden hacer nada por él?

Matthew simplemente se encogió de hombros. Uno podía pasar un día y otro sin tener que formularse esa pregunta. Su madre nunca había querido saber el diagnóstico a largo plazo.

Simplemente rezaba a Dios, a Cristo, Panayitsa, a toda esa pandilla inútil. Pero era una pregunta inteligente, y el padre de su padre tenía todo el derecho a formularla.

–Ha mejorado un poco, pero el precio que ha pagado su cuerpo ha sido bastante alto. Después de todos esos tratamientos, ahora está... Empiezo a preguntarme si vale la pena.

–Deberían enviarlo a casa. Un hombre debe estar en casa para enfrentarse a algo así.

–No es tan sencillo, Papou. – La aspereza de su voz lo sorprendió-. No podemos abandonarlo cuando está mejorando. Ni siquiera estoy seguro de que tenga fuerzas para volver a casa. Mamá tendría que hacérselo todo, pero ella tampoco se encuentra muy bien.

Andreas le dio unas palmaditas en el hombro.

–No pienses demasiado en los acontecimientos, antes de que llegue el momento de enfrentarte a ellos.

A esa hora, la Quinta Avenida estaba casi vacía, y pudieron aparcar cerca de la entrada al hospital. Las largas e inclinadas ramas de los olmos se mecían por encima de sus cabezas y crujían suavemente. Andreas levantó la vista para observarlas unos minutos. Luego Matthew lo cogió por el brazo y entraron juntos en el hospital.

Lo habían afeitado, pero le había vuelto a crecer una barba incipiente. Donde antes había unos gruesos mechones morenos, ahora sólo quedaba una fina capa gris de pelo. Tenía las mejillas hundidas, y el cuerpo que se escondía debajo de las sábanas parecía haber perdido gran parte de su volumen. Decir que Andreas no reconoció a su hijo sería mentir. La frente, la larga nariz, la boca arisca, la pequeña cicatriz de la barbilla fueron rasgos instantáneamente familiares para él, aunque la alteración general que había sufrido el cuerpo era terrible. ¿Tenía cincuenta y tres años? Sus antepasados habían vivido hasta bien entrados los noventa, como Andreas esperaba de un modo inexorable. El hijo no podía morir antes que el padre.

El anciano permanecía plantado en la puerta de la habitación. Si Alekos hubiera estado despierto, Andreas habría entrado decididamente en la estancia sin dilación; pero como el hijo dormía, se permitió algo más de tiempo. No lo había visto dormir desde que era niño. No había visto a Alekos en cinco años. En aquella última visita, acabaron con algunas de sus amargas diferencias del pasado, y lograron cierto entendimiento común a su tristeza compartida. Pero una tregua no era una amistad. No habían hecho un esfuerzo por

conocerse en el pasado, y ahora era imposible salvar toda esa distancia de una sola vez. Con el océano entre ellos, se habían separado una vez más. Quizá Fotis, o Irini, su esposa, le habían explicado otro de sus vergonzosos actos pasados. Quizá eran simplemente viejos resentimientos que de nuevo los perseguían y enfrentaban.

Matthew rodeó la cama y se quedó junto a la ventana. Andreas no podía ver lo que veía el muchacho, pero sabía por las calles que habían tomado que miraba hacia el este, hacia el río. Desde atrás, su nieto (de espalda ancha, cabeza redonda y cabello moreno) se parecía a su padre. Había otros aspectos de su cuerpo en los que no, aunque Matthew tampoco se parecía especialmente a su madre. «A su abuela -pensó Andreas, y no por primera vez-. A mi esposa.» El joven se parecía a su querida y fallecida Maria.

—Babás. — Un leve susurro procedente de la cama. El anciano se volvió para observar los ojos entreabiertos de su hijo. ¿Había estado despierto todo ese tiempo?

—Ne -respondió Andreas. No confiaba en que pudiera moverse con rapidez, de modo que se arrastró hacia la cama como un inválido.

Alex trató de incorporarse. Desesperado por ayudar, el anciano dudó por miedo a recibir una reprimenda. En cambio, Matthew se acercó e incorporó pesadamente a su padre. Andreas dispuso las almohadas planas sin dilación, y Matthew apoyó a Alex en ellas. El enfermo señaló una taza que había en la mesita de noche, y Matthew la llenó de agua procedente de una jarra de plástico. Alekos cogió la taza con el pulso firme y sorbió poco a poco el agua sin mirar a sus visitas, sin prisa por decir más. A Andreas le temblaban las piernas, pero no quería sentarse.

—¿Cómo está esa hermana mía tan callada? — preguntó finalmente Alex, en inglés para que Matthew lo entendiera, aunque el chico sabía bastante griego.

—Bueno, está muy ocupada con los niños, y el marido no ayuda mucho.

—Siempre la defiendes. — Alex sonrió levantando un poco la comisura de los labios.

—Cuando voy a verla, te defiendo a ti. — Luego, Andreas añadió:- Pronto vendrá a verte.

–Claro, tan pronto como le digas cómo estoy. No tengo la menor duda de que estarán junto a mi cama, con agua bendita y un sacerdote. Cuento contigo para que ese sacerdote no venga.

Andreas no supo qué contestarle, y Alex miró a su hijo. – ¿Has ido a buscarlo al aeropuerto?

–Lo hizo Fotis -respondió Matthew.

–Por supuesto. Los conspiradores.

–Te envía recuerdos.

–Dale, también, recuerdos de mi parte, en la próxima sesión de planificación.

Matthew se echó a reír.

–¿Qué se supone que estamos planeando?

–Sólo Dios lo sabe -dijo Alex con voz áspera-. Pregúntale a tu Papou.

–Mandó a un hombre al aeropuerto -aclaró Andreas-. No lo esperaba. No había visto a Fotis desde hacía años.

–¿Cómo ha ido hoy? – se apresuró a preguntar Matthew. La mano de su padre se giró, dejando la palma arriba y luego abajo; un gesto que los otros dos hombres reconocieron. – Más de lo mismo. Me han hecho algunas pruebas. Dicen que pronto podré irme a casa. Babás, siéntate.

Andreas se dejó caer finalmente en una silla dura. Se desabrochó el abrigo y colocó su sombrero sobre su regazo.

–Eso es una magnífica noticia -señaló Matthew-. ¿Así que tu sangre está mejor?

–Un poco mejor. Al menos, no está peor.

–En ese caso, ¿no deberían continuar con la terapia? ¿Cómo saben que no mejorará?

–Es posible que mejore. Me dicen que es posible, pero no se lo creen, y yo no los creo a ellos. – Alex hablaba sin ira. Un profundo cansancio parecía estar controlando su tono de voz-. De todos modos, no puedo aceptar más terapia de ésta. Ahora necesito descansar. Y no puedo descansar en este lugar.

–Pues claro que no -insistió Andreas-. Deberías estar en casa.

–Bueno. Creo que quizá eres tú quien necesita un descanso, papá. Tienes peor aspecto que yo.

Andreas sólo pudo mirar fijamente a su hijo, como si fuera un coche en el desguace. No podía apartar la mirada, consciente de todas las emociones que su rostro reflejaba y que no podía ocultar.

–Estoy bien. Es el avión. Jamás me acostumbraré a volar. La mirada en el rostro de Alekos era más amable de lo que Andreas había visto desde que su hijo era niño, y el pasado se apoderó de él en ese momento como una oleada. Se acercó la mano para desabrocharse el abrigo, y se dio cuenta de que ya lo había hecho; luego optó por desabrocharse el cuello de su camisa blanca sacerdotal.

–Matthew, ve a buscar un poco de agua para tu papou -ordenó Alex.

–No -atajó Andreas-. Pasamos por una máquina de café en el vestíbulo, ¿recuerdas?

–¿Estás seguro de que quieres café a estas horas? – La preocupación del chico era amable, pero Andreas se enfadó.

–¿Acaso crees que soy una ancianita? Iré a buscarlo yo mismo.

–No, no pasa nada.

–Café solo sin azúcar -pidió Alex desde la cama.

–Sí -concedió Andreas-. Tu padre ya lo sabe. Gracias, hijo.

Cuando Matthew se hubo ido, quedaron los dos solos, y Andreas ya no sabía por qué había esperado a aquella oportunidad; ahora no sabía qué decir.

–Fotis me ha comentado que no tenías intención de verlo. – Ahora hablaba griego.

–¿Y eso te sorprende?

–Ha pasado mucho tiempo. ¿Por qué te aferras a tu ira?

–¿Crees que estas cosas se olvidan con el paso del tiempo? Eso es lo que te gustaría creer, ¿verdad? Que existe una especie de reloj en nuestros pecados, y que cuando pasa mucho tiempo...

–No estamos hablando de mis pecados. – Andreas oyó cómo, sin pretenderlo, sus palabras sonaban duras.

–¿Ah, no? ¿Y de qué estamos hablando? Mi mente divaga, ¿sabes?

–De tu felicidad.

–Ah, claro, mi felicidad. Siempre ha sido una gran preocupación para ti. Pues bien, sí lo vi, así que, ¿por qué acosarme? – Es cosa de Rini.

–Estaba demasiado cansado para luchar contra ello, del mismo modo que estoy demasiado cansado para luchar contra ti en estos momentos.

–No quiero discutir. Te agradezco que me hayas dejado venir a verte.

Alekos parecía sorprendido.

–Eres mi padre. Tú eres mi familia.

–También Fotis lo es.

–Fotis es un pariente. Tú eres mi sangre. Y de todos modos, ¿qué iba a decirle a Matthew, que le dijera a su abuelo que esperara en el vestíbulo?

–Antes lo habrías hecho.

–En esa época conservaba mi fuerza.

–¿Ésa es la razón por la cual estoy aquí? ¿Por Matthew?

–No es por ti, padre. No es sobre tu perdón. Se trata de mí. Has venido Dios sabe por qué. No quiero saber tus otras razones al respecto. Estás aquí. Es correcto que estés aquí. Ahora déjalo, no pidas nada más.

Alex se dejó caer sobre las almohadas. «Estúpido -se regañó a sí mismo Andreas-. Soy un estúpido por agotarlo de esta manera. Tengo que dejarlo solo.»

–Fotis lo está involucrando en algo -comentó Alex-. Algo sobre ese maldito icono. ¿Qué sabes al respecto?

–Me he enterado hoy.

–¿No estás metido en ello?

–No.

–¿Y cómo demonios sabré que me dices la verdad?

–Porque es cierto.

–No lo metas en esto. Deja a mi hijo tranquilo. Dile a ese manipulador que no se acerque a él.

–Es para el museo. No hay ningún daño en ello, por lo que sé.

–¿No crees que Fotis haya tramado algo? Los tentáculos de ese hombre llegan a todas partes.

–No veo qué saca él de ello. Si el museo consigue el icono, jamás podrá aspirar a tenerlo.

–¿Y cómo nos aseguraremos de que es así de sencillo? ¿Quién te contó lo de la implicación de Matthew?

–Fotis.

–¿Y qué le pareció? ¿Qué piensa de ello?

Alex tenía una mente científica, no formada en el estilo de la orientación errónea y deliberada. Ésa era, evidentemente, una de las razones por las cuales aborrecía a su padre y a su tío, porque él era una presa fácil de engañar.

–Está encantado -respondió el anciano.

–No soy un espía, evidentemente, pero cuando a un hombre le agrada algo, me preocupo. No dejes que mi hijo se involucre.

–Es para su trabajo.

–El trabajo era algo casi sagrado para Andreas.

Oyeron la voz de Matthew en el pasillo, mientras éste hablaba amablemente con la enfermera. Alex se inclinó hacia adelante una vez más, aunque con esfuerzo.

–Al menos, habla con él. Cuéntale la historia.

Andreas tenía la boca seca. ¿Qué parte de la historia conocía Alex? ¿Quién se la había contado? Fotis no había sido. ¿Y Maria? Quizá él mismo, durante alguna tarde que ya había olvidado. Su hijo lo estaba mirando fijamente.

–No, no puedes hacerlo, ¿verdad? Sólo dile que lo deje fuera. Hazlo por mí. A su padre no le va a hacer caso, pero sí te escuchará a ti.

–No estoy seguro.

Matthew volvió a entrar en la habitación. – ¿Lo harás por mí, padre?

Multitud de pensamientos distintos daban vueltas en la mente de Andreas, y ninguno de ellos podría resolverse si su hijo lo miraba de aquella forma.

–Hablaré con él.

Matthew le tocó el hombro, y cuando Andreas se volvió, el joven le entregó la taza de café de cartón. El anciano sintió ardor de estómago, y el café amargo le secó la garganta. Apoyó la taza sobre el brazo de la silla protegiéndola con la mano, para calentarse de paso los dedos entumecidos.

–Tu Papou me ha dejado agotado -anunció Alex-. Tendrás que irte en seguida.

–Mañana volveremos.

–Tu madre estará aquí mañana. Querrá recibir algunas respuestas. ¿Quién sabe?, tal vez la próxima vez que me veas estaré en casa.

–Eso sería estupendo.

Andreas se levantó, demasiado de prisa, y se apoyó en el borde del colchón para no caerse.

–Estoy preocupado por ti, Babás. – Alekos hablaba en voz baja.

Andreas cogió la mano de su hijo con una fuerza repentina y la apretó. Su expresión permaneció neutra, pero la mano volvió a apretar. El anciano recuperó finalmente el equilibrio y se enderezó.

–Aquí yo soy el único del que nadie debe preocuparse.

–Debería haber llamado al hotel -reconoció Andreas-. Espero que me hayan reservado la habitación.

Matthew pisó el acelerador en la avenida vacía.

–Es absurdo que te hospedes en un hotel cuando mamá está sola en esa casa tan enorme. Estaría encantada de ser tu anfitriona.

–No me rechazaría, pero sería una situación algo embarazosa.

–Pues también podrías quedarte en mi casa. No es un apartamento muy grande, pero hay espacio suficiente. Estarías mucho más cerca del hospital.

–Tendrás que confiar en el hecho de que yo lo prefiero así. Ahora, por favor, cuéntame lo que te ha dicho la enfermera.

–No se te escapa ni una, ¿verdad? – El semáforo los detuvo en la calle Ochenta y seis-. No hay ningún pronóstico, para eso hay que hablar con un médico. Me confirmó que probablemente lo enviarán pronto a casa. También advirtió que podría volver al hospital en cuestión de una semana.

«Eso habría que evitarlo -pensó Andreas-, pero la decisión tendría que tomarla Alekos.»

Reemprendieron la marcha, y dejaron atrás el enorme e iluminado edificio del Metropolitan Museum, con sus columnas y sus dientes a modo de almenas, sus piedras desteñidas y sus grandiosos carteles de colores. El museo de Matthew. – Debemos conseguirle morfina - propuso Andreas.

–Ya le darán algo, estoy seguro. No ha sufrido mucho dolor hasta el momento.

–Pero es posible que a partir de ahora eso cambie, y no podemos contar con la compasión de los médicos. Lo que quiero decir es que debemos procurarnos algo de morfina, por si la necesitamos.

Sintió que sus palabras se hundían durante el silencio que siguió.

–Fotis podría conseguirla -dijo Matthew.

–Sin duda alguna. Se la pediremos, si es que no nos queda más remedio.

–No te gusta pedirle favores, ¿eh?

–Mantenemos una relación complicada, tu padrino y yo. Yo trato de distinguir entre los negocios y la amistad. Pero ese tipo de distinciones no existen para él.

–Ya sabes que a papá no le gusta.

–Estoy seguro de que los sentimientos de tu padre también son complicados. Creo que, básicamente, desconfía de él. Piensa que Fotis puede implicarte en alguna de sus maquinaciones.

Giraron hacia el este por la calle Setenta y dos. Matthew no respondió de inmediato, pero Andreas esperó su respuesta. – No creo que ahora Fotis se dedique a maquinar demasiado -sentenció finalmente el joven-. Siente que su muerte se acerca. Quiere hacer cosas que le aporten placer, quiere estar con su familia, que básicamente somos nosotros. No creo que busque causar problemas.

–Tal vez no. – Andreas debía andarse con cuidado; el chico estaba muy unido a su padrino-. Sin embargo, los problemas siempre persiguen a Fotis.

Matthew esbozó una sonrisa.

–Él dice exactamente lo mismo de ti.

–¿Ah, sí? Bueno, yo no lo niego. Ambos hemos tenido dificultades para evitar los problemas. Nos los encontrábamos tan a menudo de jóvenes que para nosotros ya son como amigos. Pero insisto en que yo siempre fui el aficionado; el experto era Fotis.

El rostro de Matthew se tornó inescrutable. La confusión o el fastidio se posaron sobre su frente y en los músculos de alrededor de sus ojos; o tal vez se estuviera concentrando en el giro a la derecha que debía hacer hacia la avenida Lexington. Estaban llegando al hotel.

–Hay que girar a la izquierda -aclaró Andreas-. Avanza un poco más.

–¿Dónde encuentras estos lugares?

–Me los recomiendan amigos.

–Pues no deben de ser buenas referencias, porque nunca te alojas dos veces en el mismo hotel.

–Es otra de mis costumbres. Justo aquí, creo. Donde está el toldo verde.

Andreas se volvió en su asiento para observar a Matthew mientras aparcaban en un espacio abierto delante de lo que parecía un agradable y viejo establecimiento de segunda fila.

–Espero no haberte ofendido. Ya sabes que tu padrino me cae bien, pero digo lo que digo a partir de un conocimiento pleno de su persona. No es un tipo sencillo de comprender. Sería mejor para ti, y para la tranquilidad de tu padre, que no te implicaras en ningún negocio con Fotis. Ni siquiera como un intercambio de favores.

Matthew permaneció en silencio, mirando fijamente el parabrisas. Nunca era descortés, aunque aquella conversación lo había hecho sentirse incómodo. Era probable que el plan ya es tuviera más avanzado de lo que Andreas había previsto. Tendría que hablar más abiertamente con él, pero no ahora.

–¿Tienes algún hueco libre para verme, muchacho? ¿Aunque sea mañana?

–Mañana me va fatal. Te llamaré cuando vea cómo se desarrollan los acontecimientos.

–Estupendo.

–Vamos, te acompaño a la recepción.

CAPÍTULO 4

Al principio, existía la palabra. Al final, las palabras no servían de mucho. Durante las misas a las que asistía a escondidas, Matthew perdía rápidamente el hilo de las palabras que se pronunciaban y se cantaban, y también perdía el sentido de la lengua griega. Descubría que ésta se transformaba en pura música y sonido; sonido mezclado con el olor a incienso, el destello de unas lámparas pálidas revestidas de oro, los ojos oscuros de los santos en el iconostasio. A veces bastaba con invocar una especie de trance, algo que aliviaba el alma o, al menos, la mente. ¿Era eso la fe? Él sabía que, si seguía las palabras, si trataba de emprender el viaje de una forma intelectual, todo sería ridículo. Tenía que dejarse llevar. Su ex novia, Robin, una católica no practicante, había experimentado el mismo fenómeno. Ella lo llamaba Cristo el Hipnotizador.

En Grecia, en el pueblo de su abuelo, un anciano sacerdote le había enseñado a Matthew una fotografía medio deteriorada de la Virgen de Katarini tomada antes de la guerra, antes de su desaparición. Las descripciones de su padrino, los fragmentos que había leído en unos cuantos libros, las palabras, todo carecía de sentido con una sola mirada a esa imagen de sesenta años que medía cinco por siete. En un instante, lo había entendido todo. El anhelo, la esperanza, la desesperación; todo ello presente en esas pinceladas de gris intenso, en esos ojos negros. Ahora bien, si su padrino tenía razón, sólo tardaría unos minutos en ver lo auténtico. Y, de nuevo, las palabras no servirían de nada.

La casa de ladrillo rojo se parecía a varias otras que había en la calle, salvo por los barrotes de hierro de las ventanas y la discreta cámara de vigilancia que había, junto a la puerta. El timbre no se oía desde el exterior, pero Matthew esperó. Su atención se centró en el interrogatorio de la otra persona cuando las puertas se abrieron de par en par.

No era la criada, eso seguro. Debía de tener treinta y pocos años, era atractiva, tenía el pelo rubio oscuro, bolsas debajo de sus ojos azul claro, y vestía un traje sport caro de color beige. Era la nieta. Parecía sorprendida de verlo, pero lo llamó por su nombre.

–¿Señor Spear?

–Sí, señorita Kessler.

–Correcto. Parece sorprendido de verme.

–Yo iba a decir lo mismo.

La joven se echó a reír brevemente, pero sin inhibiciones. – Entre. Matthew cruzó la estrecha entrada y se quedó muy cerca de la joven mientras ella seguía hablando-. Las ideas preconcebidas son divertidas. ¿A quién esperaba?

–No lo sé. A una criada, supongo.

–Pues no hay criada.

Una biblioteca oscura y revestida de paneles de madera quedaba inmediatamente a la derecha de la entrada, pero el resto del lugar estaba extraordinariamente iluminado. Él la siguió por un pasillo estrecho de madera cálida y pintura blanca. Unos grabados enmarcados cubrían las paredes, así como unos mapas de ciudades medievales; ése, sin duda, era el gusto del hombre fallecido. La joven todavía no le había dado su toque personal, aunque después Matthew se dio cuenta de que no tenía la menor idea de cuáles debían de ser sus gustos. Tal como Robin le hubiera dicho, trataba de construir una personalidad sin conocer todavía a la persona. Ésa era una de sus malas costumbres.

–El cocinero es sordo, y ahora no está. Despedí a la enfermera después de que mi abuelo falleció, así que sólo quedo yo. ¿Le apetece una taza de café?

La cocina estaba muy iluminada, las ventanas dejaban entrar toda la luz que no retenía el enorme platanero del jardín. Matthew dudó. Ésa era la primera casa que visitaba solo, y no estaba seguro de qué protocolo debía seguir.

–Sólo si usted también toma.

–Cualquier excusa me vale para una taza de café. Por favor, siéntese.

La joven vertió el café quemado (Matthew podía olerlo) en dos tazas azules de porcelana, que cogió de una cafetera barata de plástico que había sobre la encimera.

–¿Leche, azúcar?

–Me gusta solo.

–Perfecto, porque no hay leche y no sé dónde se guarda el azúcar.

Matthew sorbió el café y dejó la taza a un lado. Ningún miembro de su familia serviría café de esa manera ni a su peor enemigo. ¿Qué les pasaba a los ricos con la comida?, se preguntó.

–Y bien, ¿a quién estaba esperando? – quiso saber Matthew.

–Oh, no lo sé.

–¿A alguien vestido con una chaqueta de tweed? ¿Con el pelo canoso y gafas?

–Exactamente. Y quizá con una pipa.

–No fumo cuando trabajo. No quiero ensuciar con humo esas superficies tan delicadas.

–Desde luego. Simplemente esperaba a alguien mayor.

–Estoy en ello cada día que pasa.

Ella volvió a reír, y él se dio cuenta de que tendría que resistirse al impulso de seguir haciéndola reír.

–¿Hace tiempo que trabaja en el museo?

–Desde hace tres años. No es mucho tiempo. Aunque hubiera trabajado allí durante diez años, seguiría siendo el nuevo.

–¿Es usted el conservador?

–Adjunto del conservador.

–Algo impresionante para alguien tan joven como usted, ¿verdad?

Él lo entendió. No hablaban por hablar, sino que estaba en medio de una entrevista. ¿Tenía el nivel suficiente para tasar las obras de su abuelo?

–No tanto. Necesitaban a alguien que conociera a fondo el arte ortodoxo oriental, y a eso me he dedicado principalmente. Antes de trabajar aquí, pasé dos años en el Museo Bizantino de Atenas.

–Interesante. – La chica parecía cansarse muy rápidamente de sus respuestas-. Este café es espantoso. Prepararé más.

–Ya he tomado mucho esta mañana.

–Usted quiere ponerse manos a la obra, y yo lo estoy reteniendo.

–No tenemos prisa. – Matthew tendría que andarse con cuidado-. No es tarea fácil exponer obras que tienen un fuerte contenido emocional para un completo desconocido. Una cosa es contemplar una obra y después marcharse, y otra muy distinta ver a alguien que dice ser un experto tasándola y reduciéndola a un simple objeto.

–¿Es eso lo que hace, señor Spear?

–Espero que no. Sólo trataba de mirarlo desde su punto de vista.

–Es usted muy comprensivo. Debe de hacer muchas tasaciones de este tipo.

–En realidad, no.

–La cuestión es que el icono está en la planta baja, en esa especie de capilla que hizo construir mi abuelo. Es un espacio muy privado. Nadie excepto él entraba allí.

–Comprendo. Bueno, nosotros, o usted, podría sacarlo de ahí, y yo lo examinaría en la cocina. De todos modos, probablemente la luz sea mejor aquí.

–Lo siento, ni siquiera había pensado en la luz. No puedo imaginarme ver el icono de otra forma distinta de la actual, en ese extraño santuario. Supongo que ésa es la razón por la que no lo he cambiado de lugar.

–Me ha despertado la curiosidad.

–Tal vez esté exagerando. Es sólo una pequeña capilla, el capricho de un anciano. Me refiero a que... ¿Hoy en día quién tiene una capilla en su casa?

–Evidentemente, su abuelo era un medievalista vocacional.

–Sí, lo era.

–¿Puedo verla?

Ella lo miró por un instante con una expresión anodina. Estaba cansada, probablemente no había dormido, y poco a poco le fueron aflorando los pensamientos.

–¿La capilla? Claro, quiero que la vea. Luego llevaremos el icono a un espacio con la luz apropiada, de modo que pueda examinarlo adecuadamente.

–Perfecto.

–De acuerdo.

La joven se levantó y volvió a detenerse por un momento. – Creo que lo que quiero explicar es que ésa no era una obra de arte valiosa para mi abuelo. Era un objeto sagrado de culto. Matthew sintió un hormigueo en la base del cráneo, así como un impulso, contrario a su naturaleza, de revelar algo sobre sí mismo.

–Ésa fue su intención original -reconoció Matthew en voz baja-. Por eso se creó.

Había pronunciado las palabras adecuadas. Ella parecía más tranquila, aunque seguía de pie en el mismo sitio.

–Es extraño. Él creció dentro de la tradición católica, pero prefería el arte ortodoxo -explicó-. Era como si sus gustos estéticos lo condujeran hacia un tipo distinto de creencia religiosa. Esto podría hacer dudar de su sinceridad, aunque yo creo que todas las manifestaciones del arte, incluso el secular, eran espirituales para él.

Matthew sonrió, consciente de que no era necesario responder.

–Espero -añadió ella con un tono de voz dubitativo- que las conversaciones sobre religión no le resulten ofensivas.

–En absoluto. Mi familia es griega, y la religión corre por nuestras venas.

–Debería haber sabido ese dato. Mi abogado conoce a su padrino, o algo así, ¿no?

–Correcto.

–¿Entonces Spear es...?

–Spyridis. Mi abuelo todavía no ha perdonado a mi padre por ello.

–Es verdad. – La joven volvió a sentarse, aunque Matthew pudo percibir que seguía dándole vueltas a la cabeza-. De modo que usted es ortodoxo griego.

–Sí, bueno, por así decirlo. Mi padre no es una persona religiosa, de modo que tuve un contacto muy limitado con la religión cuando era pequeño.

–¿Y su madre?

–Ella es creyente, básicamente, ella y mi padrino. Rosarios, estampas de santos y todo eso. Nos llevaban a la iglesia en Semana Santa, y se aseguraron de que conociéramos nuestra religión.

–¿Cuando dice «nosotros» se refiere a...?

–A mí y a mi hermana.

–¿Su hermana es una persona religiosa? ¿A qué venía ese interrogatorio?

–No. Ella tiene el cerebro científico de mi padre.

–¿Y usted es de mentalidad científica o espiritual, señor Spear?

–Trato de combinarlas las dos. Mi formación es científica, pero este tipo de trabajo no se puede hacer bien sin abarcar la finalidad religiosa de las obras.

–Qué respuesta más prudente.

–Las llevo escritas en la manga para consultarlas cuando haga falta.

–¡Por si alguna grosera criatura como yo lo somete a un interrogatorio! – La joven se echó a reír-. Lo siento, sólo trato de conocerlo mejor. Y me temo que lo estoy entreteniendo.

–Si ahora no se siente cómoda, podemos quedar otro día. Confieso que me sentiré algo decepcionado, pero...

–No, está bien. Es usted increíblemente paciente conmigo. – Por cierto, llámeme Matthew, por favor.

–Matthew. Bien. Yo normalmente respondo al nombre de Chris.

–¿Normalmente?

–Normalmente.

–¿Es así como debería llamarte?

Podría haber interpretado la larga mirada de Chris de tantas maneras que decidió ignorarla. Ella llevó las tazas hasta el fregadero y se quedó un rato dándole la espalda a Matthew.

–No, creo que no. Llámame Ana.

–Ana. De acuerdo.

–En cuanto a mí, me llamo Matthew.

La estancia no era grande, debía de medir unos siete metros de largo por cuatro de ancho. La oscuridad del interior se veía acentuada por la claridad del resto de la vivienda. La única iluminación provenía de unas dispersas franjas de luz azul, roja y amarilla de seis pequeñas vidrieras. Matthew pudo distinguir un banco, un candelabro y paneles cuadrados que revestían las paredes. Se apreciaban unos detalles en varios de los paneles más cercanos, unas figuras en una escena con varias personas, una cruz inclinada contra un cielo azul grisáceo. Del panel más grande, el situado directamente enfrente de la entrada en arco, no pudo discernir ningún detalle hasta que su acompañante marcó una secuencia en un teclado numérico de la estancia que quedaba detrás, y la Virgen de Katarini surgió lentamente de la oscuridad.

El icono, de unos sesenta centímetros por setenta y seis, estaba desconchado y a primera vista parecía una obra casi abstracta: una zona dorada y luminosa con una mancha granate en la base, que cubría gran parte del panel. Rápidamente, esa mancha se reveló como una tela que envolvía el torso y la cabeza de la mujer. Tenía los antebrazos levantados delante del pecho, y alzaba sus largas manos en un gesto suplicante. Matthew pudo apreciar claramente el contorno de su manto, aunque los detalles del rostro eran borrosos, excepto los ojos. Los ojos parecían que tiraran de uno, y Matthew se percató en ese momento de que había recorrido más de la mitad de la estancia sin darse cuenta de que estaba caminando. Ni siquiera la fotografía lo había preparado para observar aquellos ojos flotando en el interior del manto. Eran unos ojos grandes, de color marrón oscuro, casi negro, y almendrados, como prefería el estilo ortodoxo oriental. Una mirada penetrante, sabia, redentora, o bastante dispuesta a perdonar, aunque primero te pidiera algo de ti. Matthew aguantó la mirada tanto como pudo, y luego tuvo que desviar la vista hacia otro lado.

—¿Te encuentras bien? — Ana habló suavemente desde atrás.

—Sí.

—¿Te han calado, verdad? Los ojos. Nunca puedo mirarlos durante mucho tiempo.

—Son muy expresivos.

—Creo que un poco aterradores. Hermosos, pero censuradores. Igual que te hace sentir la religión cuando eres pequeño.

—Supongo que la religión era una experiencia mucho más primaria cuando se pintó este icono.

—Pienso en todas esas obras de arte del Renacimiento. — Ana se acercó hasta colocarse al lado de Matthew, hablándole tranquilamente casi al oído—. Estéticamente, son impecables. María siempre es una figura serena. Pero hay algo mucho más poderoso, o vital, al respecto. Tiene una apariencia amenazadora. Divina. En términos estrictos, no es que María sea Dios.

—Para los griegos, sí lo es.

—Lo siento, estoy diciendo tonterías. Culparía de ello al café, pero lo cierto es que este lugar me pone nerviosa.

—¿Remordimientos de conciencia?

–Podría ser. Esta obra me parece muy inquietante. Mi abuelo podía permanecer sentado delante de ella durante horas, no sé cómo lo lograba. – Matthew sintió el aliento de la joven sobre su cuello mientras ella exhalaba profundamente, tratando de calmarse-. En realidad, murió en este mismo lugar.

–¿De veras?

–De un ataque al corazón y un derrame cerebral simultáneos. Diana, su enfermera, lo encontró exactamente donde tú estás ahora.

Matthew se resistió al impulso de moverse. – No me extraña que te preocupe.

–Así pues, ¿es una buena obra, Matthew? – preguntó Ana. – Es una pena que esté deteriorada, aunque eso también le añade misticismo. Yo diría que se trata de una obra excelente, y muy vieja. Posiblemente preiconoclasta, lo cual es muy poco frecuente. Sabré más cuando la observe de cerca.

–Creo que tendríamos que sacarla de la pared.

–Yo lo haré, si así lo prefieres. Tengo experiencia manejando este tipo de objetos.

Ana se apartó el pelo del rostro con ambas manos y asintió. – Probablemente viole la política del seguro, pero lo prefiero así. Tendremos que desactivar la alarma.

–¿Cómo?

–No estoy del todo segura. Ven a averiguarlo conmigo.

Andreas había dejado un mensaje para Morrison en Washington la noche anterior, y el hombre de la agencia le había devuelto la llamada al hotel a la mañana siguiente.

–¿Qué te trae por Estados Unidos, amigo mío?

–Mi hijo está enfermo.

–Lo siento.

Era indudable que lo sentía, pero el tono de su voz también dejaba entrever que tenía negocios más urgentes de los que ocuparse, en vez de charlar con un operativo griego jubilado. Andreas pudo imaginarse a ese hombre: pulcramente vestido, el pelo corto y esa mirada nerviosa y volátil, dispuesta a no perderse nada aunque, de hecho, se lo perdía todo.

Impaciencia. Ésa era la razón, a pesar de todos sus recursos, de que los servicios secretos norteamericanos siempre entendieran mal las cosas. Eran buenos leyendo las fotografías por satélite, pero no interpretando fotos. No sabían evaluar el estado de ánimo de las personas, ni siquiera de un hombre soltero.

–Tengo que hacerte una petición -continuó Andreas-. Es una cuestión bastante delicada.

–Estoy convencido de que esta línea es segura. – Preferiría que nos reuniéramos. Supongo que estás aquí, en Nueva York.

–¿Por qué lo dices?

–Es una conjetura. – Uno acababa por ser bueno adivinando cuando se carecía de recursos-. Vienes aquí a menudo. Por otra parte, no hay líneas seguras en Washington. Morrison se echó a reír.

–Probablemente sea cierto. De acuerdo, pero tiene que ser una conversación breve, y de inmediato. Por ejemplo, ahora mismo, a lo largo de esta mañana.

–Me va bien.

Morrison eligió una cafetería de las de toda la vida cerca de Herald Square, el tipo de lugar que siempre prefería. El hombre tenía un conocimiento enciclopédico de todos los comederos de cada ciudad norteamericana del nordeste. El predecesor de Morrison, Bill Barber, había llevado a Andreas a unos maravillosos restaurantes donde comieron, bebieron y se contaron historias, aparte de intercambiarse información de pasada, como si nada de ello tuviera que ver con sus negocios. Pero Barber no era muy partidario del protocolo, y Andreas había resultado útil por aquel entonces.

Llegó temprano y escogió una mesa del fondo, cerca del hedor caliente y húmedo de la freidora. Morrison llegó al cabo de unos minutos vestido con un traje azul de marca y una gabardina gris, el uniforme, aunque resultaba apropiado por el tiempo que hacía: ventoso y amenazadoramente lluvioso. – Tienes buen aspecto.

–Tengo un aspecto terrible, como tú -replicó Andreas, tanto para molestar a aquel hombre como para decir la verdad. Habían pasado años desde la última vez que se habían visto, y esos años no le habían sido favorables a Morrison. Había ganado peso, presentaba canas en las sienes y su mirada ya no era penetrante, sino que se había tornado

fija y ausente. Quizá se había dedicado a algún trabajo desagradable. Tal vez ese debilitamiento se debiera a cuestiones familiares. Andreas sintió empatía hacia él, pero el otro hombre no estaba dispuesto a hablar de lo que le ocurría.

—Estoy bien, es que no he dormido lo suficiente, eso es todo. Siento lo de tu hijo. ¿Alex, verdad?

—Te has tomado la molestia de echarle una ojeada a mi archivo. Es todo un honor.

—Por Dios, Andy, casualmente me acordaba de tu nombre. ¿Siempre insultas a la gente que te hace un favor?

—Sí, es una costumbre griega. Odiamos tener que deberle algo a alguien, de modo que lo ofendemos desde el principio para darle a entender que no somos de su propiedad.

Morrison meneó la cabeza, en un gesto que denotaba alivio o diversión.

—¿Eso que me dices es verdad?

—No. Soy un viejo poco civilizado y te pido disculpas. Sí, se llama Alex.

—¿Qué le pasa?

—Una enfermedad de la sangre. Te diría el nombre si lo recordara. Este tipo de enfermedades son muy poco frecuentes en mi familia, y además en alguien tan joven... no lo entiendo.

—Este tipo de cosas nunca se pueden entender. Los caminos de Dios son inescrutables; es una mierda.

Andreas decidió que le gustaba más esa versión anciana y estropeada de Morrison que la del tipo insolente y confiado que había conocido años atrás. Una camarera cansada y con el pelo teñido de rubio se ofendió callada pero visiblemente cuando le pidieron café, y el hombre de la agencia se vio obligado a pedir huevos y una tostada.

—No he desayunado.

—Deberías desayunar siempre, Robert.

—Lo sé, mi esposa me lo recuerda todos los días.

—Personalmente, no tomaría el desayuno en este local, pero yo soy muy quisquilloso con la comida.

—En realidad, no tenía previsto desayunar.

–La camarera te intimidó. Esa chica maleducada es del Peloponeso. También lo es el cocinero, que no es precisamente muy limpio. Y el lavaplatos mexicano está acatarrado. No, definitivamente, yo no comería aquí.

–Tomaré un zumo de naranja para matar los gérmenes.

–Zumo de naranja. Es mejor que tomes ajo.

–¿Con los huevos?

–Siempre es mejor que con el café... Por cierto, estoy buscando a un hombre.

–¿Negocios oficiales?

–Ya no me dedico a ningún negocio oficial. Es, como tú dices, un favor. Quiero saber si ese hombre entró en el país en las últimas dos semanas. Probablemente lo hizo en algún punto del estado de Nueva York, aunque posiblemente fuera más lejos. Puedo facilitarte todos sus alias conocidos.

–Eso es un perímetro muy amplio. ¿Punto de origen?

–Sudamérica. Argentina, pero es probable que primero pasase por algún otro país extranjero.

–De modo que sabe lo que hace.

–Sí, pero creo que en este caso habrá bajado la guardia. No espera que lo sigan, y tendrá prisa.

–¿Descripción física?

–Estatura media, ojos azules. Es mayor, tiene más de ochenta años.

–¿Y ese hombre no es, por casualidad, alemán? ¿Se lo declaró muerto hace unos treinta años?

Andreas se recostó en su asiento crujiente de skay, decepcionado por ese comentario. Había contado con que la relativa juventud de Morrison no le permitiría saber de quién hablaba. – Jamás habíamos hablado de este tema.

–Venga, Andy. – Rió el hombre del gobierno-. Era tu obsesión. Está todo en tu archivo. Pero se supone que el tipo está muerto.

–Me enseñaron una tumba. Una cruz de madera y tierra levantada detrás de su última vivienda. Pero no vi ningún cadáver.

–¿Lo hicieron los del servicio de inteligencia argentino? – La tumba era reciente. No debía de tener más de uno o dos días. Podrían haberla cavado una hora antes de que yo subiera la colina.

–La gente muere, amigo mío. Muchos de esos viejos nazis consiguieron morir de causas naturales.

–Era demasiado conveniente. Lo estaban protegiendo. Todavía lo protegen, estoy seguro. Quizá tú también lo estés.

–¿Yo? – Sonrió Morrison inocentemente.

–Esa inteligente organización para la cual trabajas. Resulta interesante que mi búsqueda de Müller aparezca con todo lujo de detalles en mi archivo, cuando no pude obtener vuestra ayuda en esa época.

–Nos faltaban recursos. No era un pez gordo, un mayor o un coronel, creo. Ni siquiera era un general, y menos aún un arquitecto del Tercer Reich. Los israelíes te habrían sido de más ayuda.

–Tampoco era un pez gordo para ellos. Aunque al final me dieron algunas pistas. Así fue como encontré la casa.

–Pero los argentinos te interceptaron.

–Tan pronto como me bajé del autobús en un pueblo cercano. Sabían exactamente quién era. Fueron educados, me comentaron que había sucedido algo que me alegraría. Me llevaron colina arriba hasta la casa. Me enseñaron la tumba.

–Suen a algo totalmente preparado.

–¿Me ayudarás, Robert?

Morrison hincó el tenedor en los huevos revueltos que la camarera había dejado delante de él. Luego se detuvo por un instante, parecía perplejo, o quizá sentía náuseas.

–Está pringoso.

–Devuélvelo.

–Me refiero a que la situación es peliaguda. Si existía alguna razón por la que no te ayudamos en aquella época, ignoro cuál fue, y ahora no tengo ganas de meter la pata.

–Después de todos estos años, ¿a vosotros qué más os da? Concédeme un capricho a un anciano.

–No podemos cambiar la situación. Si el hombre está muerto, habré perdido el tiempo. Y si está vivo, y te pongo sobre su pista, las cosas podrían ponerse muy feas. No puedo permitir que acabes con ese tipo en suelo norteamericano.

–¿Quién ha dicho que eso es lo que quiero hacer?

–¿No es eso lo que pretendías en aquella época? ¿Qué otra cosa quieres saber de él?

–Tengo algunas preguntas. Y lo que es más importante, debo vigilarlo para proteger a otras personas.

–¿Crees que intenta hacer algo? De ser así, tengo que saberlo.

–No tengo ni idea de lo que pretende. Entiéndelo, Robert -Andreas se apoyó sobre la mesa de formica desconchada, mirando fijamente y sin parpadear a su interlocutor-, todo lo que puedes decirme es que ha entrado en el país. Todavía me faltará encontrarlo, algo que probablemente será imposible de conseguir, pero al menos estaré alerta. Tú me protegerás con esta información. ¿Lo entiendes?

–Veo que eres un viejo bastardo con mucha labia.

–Vigíame.

–No puedo permitírmelo.

Andreas cogió su abrigo y sacó un trozo de papel, que colocó sobre la mesa. Morrison estuvo observándolo por un momento, mientras masticaba su tostada.

–¿Los alias?

–Todos los que conozco.

–Podría haberse inventado veinte más en los últimos treinta años.

–Cierto. Pero como nadie lo perseguía, dudo de que se haya molestado en inventarlos. Es pesado eso de crear identidades. De todos modos, al menos uno de ellos se ha utilizado en los últimos veinte años, en un país de la Europa del Este. Lo he localizado. Evidentemente, también es posible que no se trate de él.

Todo aquello era demasiada información para el hombre de la agencia, que había llegado a la gran ciudad con otras prioridades. Se movía incómodamente en su asiento. Andreas se dio por satisfecho. Era mejor que el agotado burócrata recordara lo menos posible de aquella conversación.

–Si acepto este papel -añadió Morrison, asintiendo ante él-, no significa que me comprometa a algo. Es posible que lleve a cabo la investigación pero decida no hacer nada al respecto. También es posible que no recibas noticias mías.

–Lo entiendo.

El hombre más joven suspiró y sacó la cartera de la americana de su traje. Extrajo un billete de veinte dólares mientras introducía el trozo de papel en el bolsillo.

–A menos que este tipo esté en una lista de vigilancia, es muy poco probable que dé con él. No me llames para hablar sobre este tema. Yo te llamaré a tu hotel si tengo alguna información.

–Nunca me dejas pagar.

–Es mi país. Podrás invitarme a cenar en Atenas.

–Siempre lo dices, pero nunca vienes a mi ciudad.

–Quizá viaje alguno de estos días.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 5

Fotis estaba sentado en su banco de siempre, inclinado unos ciento veinte grados respecto a la luz del sol. Llevaba puesto un abrigo gris y un sombrero de fieltro, y su bigote era blanco como un rayo de luz. Unas marcas de rosa brillante destacaban en sus prominentes pómulos, y observaba fija y distraídamente al vacío mientras daba unos pedacitos de galletas saladas a unas palomas que se habían agolpado a sus pies. Fotis ocupaba un lugar tan importante en la imaginación de Matthew que éste siempre se sorprendía al ver en qué anciano tan delicado se había convertido su padrino. ¿Y por qué no? Se acercaba a los noventa años. Sin embargo, Matthew notaba que había algo más que la edad; se trataba de un cambio más profundo que sólo se detectaba gracias a su contacto semanal. Fotis estaba enfermo. Aquel anciano encantador (o manipulador, tal como Alekos lo calificaba siempre) nunca lo confesaría, pero no se encontraba bien, y su enfermedad acabaría por añadir un sentido de urgencia a todos sus últimos esfuerzos. Matthew se sentó.

–Kaliméra, Theio.

Fotis se volvió lentamente y le sonrió.

–Hace una mañana fantástica. Puedo sentir el sol. Creo que hemos sobrevivido a otro invierno.

–El invierno acabó hace dos semanas.

–Uno nunca puede estar seguro de ello. Marzo es el peor mes. Te tiente con su calidez y sus flores, pero luego te entierra en nieve. Abril es mejor; creo que ahora ya estamos a salvo. ¿Cómo está tu padre?

–Mejor. Es posible que lo manden a casa.

–Excelente. ¿Y cómo fue la visita que le hizo tu abuelo?

–No estuvo mal, aunque el encuentro fue un poco tenso. Me hicieron salir de la habitación un rato, así que no sé lo que ocurrió, pero parecían estar hablando cuando regresé.

Fotis meneó la cabeza. – Pobre hombre.

–¿Cómo estás?

–Igual, siempre igual. – El anciano dio unas palmaditas en la rodilla de su ahijado-. Ése es mi secreto. Demos un paseo. Caminaron hacia el norte, con el sol a sus espaldas. El ancho sendero que atravesaba el

recinto del zoológico estaba lleno de niños que chillaban, y Matthew asió el brazo de su padrino con actitud protectora. Fotis sonrió benévola ante la horda que zigzagueaba, deleitándose con la energía juvenil de aquellos muchachos, incluso cuando un niño chocó contra él. Vieron a unas focas en su isla rocosa, y atisbaron un oso polar saltando despreocupadamente en su laguna.

—¿Ya has acordado el precio de la casa? — preguntó Matthew.

Fotis le había hablado de una vivienda de Armonk que se disponía a comprar, y un día, mientras paseaban; Matthew y Robin, que habían pasado su infancia en ese lugar, buscaron por toda la ciudad hasta dar con ella. Eso había sucedido hacía unas pocas semanas, días antes de que ella decidiera poner fin a su relación.

—La casa. — Fotis parecía sorprendido—. No recuerdo haberte mencionado ese tema. No, al final decidí no comprarla. Era muy cara.

Era un dato curioso. Su padrino parecía estar entusiasmado con la idea de comprar aquella casa cuando hablaron de ello, y Matthew tuvo la impresión de que el acuerdo ya estaba prácticamente cerrado. Otro de los pequeños misterios del anciano. Entretanto, se dio cuenta de que dependía de él sacar el tema que ocupaba la mente de ambos.

—Ayer fui a ver el icono de Kessler.

—Cuéntame.

—Es maravilloso. Quiero decir que está muy deteriorado, pero hay algo muy poderoso en él. Muy conmovedor.

—Entonces, ¿dirías que su valor es más de tipo espiritual que artístico?

—No necesariamente. ¿Para quién sería valioso?

—Precisamente. — El anciano hizo una pausa antes de tomar una larga pendiente del sendero—. ¿Recomendarás la compra de esa obra a tus superiores?

—El jefe de mi departamento tiene que verla, probablemente el director. La decisión se tomará al máximo nivel.

—Venga, hombre, ¿tú no tienes ninguna influencia?

—Soy el especialista en arte bizantino, estoy seguro de que me pedirán mi opinión. Aunque sólo sea por lo antiguo que es, deberíamos comprar el icono; además, es una magnífica obra de arte. Podría ser la joya de la corona de las nuevas galerías.

–Ciertamente.

–Pero también hay otros planes. El museo no puede comprar todo lo que debería.

–Pero te gustaría que adquirieran esa obra.

–Egoístamente, debo admitir que me gustaría tenerla en el museo, poder estudiarla cuando quiera. No tenemos muchos iconos, y ninguno como ése.

–No hay ninguno como ése, diría yo. Pero ¿estaría colgado en una pared para que todo el mundo lo viera, o encerrado en una caja de vuestro magnífico depósito con regulador de temperatura, sólo para los estudiosos?

–Confieso que eso me preocupa.

–Me lo temía. Eres un joven muy concienzudo. – Fotis asió el brazo de Matthew y reemprendió la marcha-. Ahora, cuéntame cómo es el icono.

Matthew le describió la obra mientras avanzaban por el sendero, pasaban por una pendiente cubierta de una abundante vegetación de narcisos amarillos y blancos, y atravesaban un pequeño campo de árboles frutales cargados de yemas a punto de florecer. El joven trató de hablar con un vocabulario técnico, aunque temía que sus palabras reflejaran gran parte de su respuesta emocional a la imagen. Le resultaba imposible utilizar una voz académica, mantener esa distancia profesional cuando hablaba o pensaba en aquella pieza, y todavía tenía que preguntarse a sí mismo a qué se debía esa reacción. El anciano escuchó en silencio, su rostro era neutro, hasta que se detuvieron en el paso de cebra de la calle Setenta y dos.

–Maravilloso. Me encantaría volver a ver el icono algún día.

–Estoy seguro de que podremos arreglarlo, acabe donde acabe la pieza.

Fotis lo miró con los ojos llorosos, aunque quizá esa reacción se debiera al viento.

–Sabía que tú eras la persona más indicada para observar ese icono.

–Debería darte las gracias por haber hablado con su abogado. Fue una feliz coincidencia que lo conocieras.

–Estamos apuntados en el mismo club, pero no me des las gracias. El museo te hubiera enviado a ti de todos modos.

–Quizá la familia no habría pensado en el museo si no lo hubieras mencionado. Sea lo que sea lo que ahora ocurra, he podido ver el icono y me doy por satisfecho.

–Me han comentado que le causaste una impresión muy favorable a la señorita Kessler.

–¿Eso te dijo el abogado?

–¿Por qué tendría que ser un secreto? De hecho, es posible que esa chica quiera que vuelvas para echarle un segundo vistazo a la pieza. Esta vez, para ella.

Matthew se encogió de hombros, incómodo.

–Eso no sería lo legal cuando el museo todavía está considerando la adquisición.

Cruzaron la carretera y empezaron a descender por el camino escarpado y serpenteante hasta el lago.

–A menos que me equivoque, es ella y no el museo quien decidirá el destino del icono.

–Por supuesto.

–Y ella necesitará ayuda para tomar esa decisión. Ya confía en ti.

–Es extraño.

–Estás suponiendo que te encontrarás en una situación contraria a tu conciencia. Hay otra forma de considerar esta cuestión. La señorita Kessler puede necesitar que le digan qué hacer.

–Creo que no te estoy entendiendo.

–No, todavía no.

No dijeron más hasta llegar al final del sendero. Fotis asió fuertemente la mano del joven, y Matthew se dio cuenta de que su padrino presentaba un rostro dolorido, un dolor físico, posiblemente bastante agudo. Se le agarrotó la barbilla y cerró los ojos. Fotis se tambaleó un momento, respirando profundamente por la nariz.

–Theio, ¿estás bien?

La ecuanimidad regresó al rostro del anciano al cabo de un momento.

–El aire es muy puro hoy, ¿verdad, muchacho?

–¿Quieres sentarte?

–Quizá durante unos minutos.

Caminaron arrastrando los pies hasta llegar a un banco que quedaba a espaldas del lago, un poco después de donde los observadores de halcones colocaban sus telescopios. Fotis se dejó caer en el asiento. Aunque Matthew estaba muy preocupado, no dijo nada más. No era la primera vez que presenciaba esos síntomas, y las preguntas sólo servirían para que el anciano se retrajera. Era su dolor, tan celosamente guardado como sus otros secretos. La superficie del lago era como un cristal oscuro, y reflejaba una versión tenebrosa de un cobertizo de ladrillo situado en la otra orilla. Detrás, unos árboles altos y moteados de verde lima se alzaban hasta más allá del nivel de la calle que quedaba a sus espaldas. Por encima de los árboles se veían las torres cuadradas de piedra de la Quinta Avenida, bañadas en una luz amarillenta.

—¿Quieres que vaya a buscarte algo? — preguntó Matthew. Fotis negó con un gesto de la mano.

—El destino es algo muy peculiar -dijo-. Creemos que tenemos control sobre nuestra vida, pero siempre ocurren sucesos que nos conducen hacia una cierta dirección. ¿No crees que es así? Podemos resistirnos, podemos continuar creyendo que seguimos teniendo ese control. O podemos tratar de dilucidar qué quiere el destino de nosotros, y ayudar a crearlo.

—No creo demasiado en el destino.

—Eso es porque eres joven. Uno debe creer en su propio poder a esa edad. Sin embargo, en otra época, los jóvenes pedían consejo a las personas mayores. Se creía que los ancianos tenían cierta sabiduría por su experiencia. Pero eso ya no es así. Matthew aceptó el comentario y guardó silencio.

—Hoy has dicho algunas cosas interesantes -prosiguió Fotis-. Es posible que tu subconsciente ya perciba un dilema que tu mente consciente todavía no ha captado, porque no tienes una opción ante ti... Hace unos días, un alto cargo de la Iglesia griega se puso en contacto conmigo para hablar acerca del icono. Están decididos a recuperar la obra, y quieren que los ayude.

Una oleada de inquietud se apoderó del joven. Estaba sentado en el borde del banco, y se mostraba incrédulo y a la vez sorprendido por la extraña sensación de que ya esperaba algo así.

–¿La Iglesia contactó contigo? ¿Cómo se enteraron de lo del icono?

–Poseen muchos recursos, y yo tengo muchos amigos en ella.

Consideran muy importante recuperar obras de arte robadas, especialmente las que tienen algún significado y poder religioso. No era un secreto que Kessler tenía el icono.

–Pero es una conjetura tuya que fue robado.

–No -replicó en seguida el anciano; luego pareció reprimirse-. Debes de haber visto documentos del abogado. ¿Qué dicen acerca de su procedencia?

–Se corresponde más o menos con la obra de la que tú y yo hemos hablado.

–La Virgen de Katarini.

–No emplean ese nombre, pero es una correspondencia obvia. Se desconoce el origen preiconoclasta. Pasó los últimos siglos en una iglesia de Epiro.

–¿Y cómo acabó en manos de Kessler?

–Alegó haberla comprado a un hombre de negocios, un compatriota suizo.

–De modo que ese tipo es el ladrón. O alguien antes de él. En cualquier caso, ¿qué importa? En un momento u otro la robaron. ¿Qué griego habría querido llevársela?

–Tal vez uno que necesitaba dinero después de la guerra.

–Fue robada durante la guerra, de eso estoy seguro. Los alemanes se la llevaron cuando se retiraron.

«Ahora hemos llegado al quid de la cuestión», pensó Matthew. Su padrino había estado insinuando algo durante semanas.

–¿Cómo lo sabes?

Fotis suspiró, mientras se frotaba las manos sobre sus pantalones de rayas.

–Muy bien. Ya te dije que había visto el icono.

–Sí. Así es como empezamos a hablar de él.

–No te lo he contado todo. Lo vi durante la guerra, en esa iglesia del pueblo de tu abuelo. Fue tu Papou, en realidad, quien organizó mi visita. Jamás he olvidado ese momento. En menos de una hora quedé totalmente prendado de su belleza, del poder que emanaba de su interior. Ya sabes que luché con las guerrillas. Me encargaba de la

resistencia de esa zona y envié a un hombre para que cogiera el icono de esa iglesia, antes de que los alemanes la asaltaran o quemaran el lugar sin saber qué era. Quemaron muchas aldeas, con iglesias incluidas.

El anciano se detuvo, perdido en una visión de casas en llamas. Matthew miró a los hombres que estaban observando las aves. Percibió que aquella historia acabaría por inquietarlo, y no sólo porque el museo nunca tocaría obras robadas. Recibiría información, que tenía muchas ganas de obtener, a cambio de su neutralidad. Cada palabra le revelaba algo más sobre lo que su padrino tenía planeado. ¿Cómo podría resistirse a ello? Esos ancianos revelaban sus secretos con cuentagotas.

—¿Qué ocurrió?

—En efecto, ¿qué? Todavía no estoy seguro. El hombre a quien envié era mi mejor amigo. To Fithee, lo llamábamos. Todos nos llamábamos por nombres distintos, así los alemanes no obtendrían información sobre nuestros hermanos o nuestras familias. Ahora debe de sonarte absurdo.

—To Fithee. La Serpiente.

—La Culebra, si lo prefieres, porque era un tipo muy hábil para entrar y salir de los edificios, aparte de otras razones. Tenía sus propias ideas sobre cómo hacer bien las cosas, pero yo confiaba en él.

—Y le salió mal.

—No, le salió bien. Demasiado bien. Era mucho más consciente del valor del icono que yo, y decidió hacerse con él a cualquier precio. — Fotis se humedeció los labios con la lengua—. Mató a un sacerdote.

Matthew se reclinó en el banco. Las cosas iban poniéndose cada vez más feas.

—¿Por qué?

—Hablo demasiado rápido. No estoy del todo seguro de que lo hiciera. El sacerdote intervino de algún modo u otro, y murió.

—¿Qué le ocurrió al icono?

—La iglesia fue pasto de las llamas, creo que fue obra de los alemanes, aunque también es posible que fuera cosa de nuestro hombre. En aquella época, di por sentado que el icono se había

quemado. Pero después descubrí que la Serpiente lo había entregado a un oficial alemán.

—¿Entregado?

—Vendido, a cambio de pistolas y munición para combatir a los comunistas. Cuando nos enteramos de que los alemanes habían perdido, eso se convirtió en la prioridad. Como ves, ese hombre no era un ladrón, sino un patriota. Por lo que sé, cumplía órdenes de algún superior mío.

Matthew golpeó un pie contra el otro para entrar en calor, así como para aplacar su agitación. El icono se había echado a perder, como si le hubieran arrojado sangre sobre su superficie.

Ya no sería capaz de volver a verlo como antes. Fotis pareció leer sus pensamientos.

—A lo largo de los años, muchas personas han matado por esa obra, y a otras simplemente les gusta. No debería sorprenderte, muchacho. ¿O te sorprende el hecho de hallar sangre en las manos de tu padrino?

—Tú no lo enviaste a matar al sacerdote.

—No, pero yo le daba órdenes, creo que lo controlaba. Él tenía su propio juego; todo el mundo lo tenía. Es una historia triste. Me aflige inquietarte. Sé que te gustaría ver esa obra de un modo puramente artístico, pero como eres una especie de historiador, creí que deberías saberlo.

—Esto no era una clase de historia. Hablabas sobre la Iglesia griega, ¿recuerdas?

—Claro. Sólo quería decirte eso. Hemos hablado de la poca importancia que tendría la obra en tu museo. Ya sabes, o deberías saber, el valor que tenía el icono, no sólo como objeto de culto, sino como objeto de sanación en la historia antigua del país. Para mí, ésa es una razón suficiente para devolverla allí. De lo contrario, bueno, te quedarás con mi triste historia de su robo, y su coste en sangre. Después de eso, ¿puede quedar alguna duda de cuál es la opción correcta?

—De modo que quieres que le diga a la señorita Kessler que done la obra a la Iglesia griega.

Fotis abrió mucho los ojos.

–Ya veo; tienes miedo de defraudarla. No, la Iglesia está bastante dispuesta a pagar. Evidentemente, podrían recuperar la obra después de un juicio, pero demostrar el hurto y localizar el sinuoso sendero de su propiedad podría costar años. Además, pagar a los abogados saldría igual de caro que comprar la pieza. Le harán una oferta a la chica, quizá no la cantidad que ella desee, pero será una oferta justa, de eso no tengo la menor idea. Y ella es rica, así que yo no me preocuparía demasiado por ello.

–Pero quieres que la convenza.

–Que la aconsejes, que le digas tu sincera opinión sobre este asunto. El resto vendrá solo.

Matthew se levantó lentamente, resistiéndose al impulso de maldecir, patear el banco y marcharse. En vez de eso, se quedó de pie junto al encogido anciano.

–¿Qué estás tramando?

–¿Qué tengo que ver yo en todo eso, muchacho? La situación es ésta. El destino elige sus propias armas.

«Armas, no herramientas», pensó Matthew. Trató de pensar en sí mismo como en una arma del destino. Menuda broma. – El destino no me metió en esto, sino tú.

–¿Acaso no soy yo también un instrumento? Estabas destinado a involucrarte en ello.

–Eso es una simple excusa para justificar lo que te dé la gana, ¿verdad? Eso debe de facilitarte mucho la vida.

En realidad, la vida de Fotis no había sido nada fácil, y Matthew no esperaba comprender ni socavar la filosofía de su padrino. Sin embargo, éste parecía impasible, sereno; irritantemente sereno.

–A eso se le llama fe, y está disponible para todo el mundo. No tienes que ser el hijo de tu padre.

–¿Qué diablos significa eso?

–Nada, chaval. Ha sido una estupidez. Lo siento.

Ambos habían dicho cosas que no querían decir, por eso ahora permanecieron en silencio. Matthew caminó hasta la orilla del lago. El agua era cristalina, fresca como en la primavera, sin hojas secas ni suciedad. Pudo ver el escalón gastado de cemento, y luego más allá. Aquél era el patio trasero de Matthew, toda aquella sección del parque

que quedaba al sur del museo hasta la calle Setenta y dos, el lugar al que acudía para relajarse, para asimilar una pérdida, para aclararse las ideas. Era el mismo lugar que habría elegido para contemplar la inquietante revelación que se abría ante sí. Allí estaba, y no sentía ningún tipo de alivio. Observó el agua tranquila y la vibrante luz primaveral, olió la tierra mojada sin emocionarse, sin sentir ninguna reacción. Parecía haberse levantado una pantalla invisible entre él y el mundo. Le hubiera gustado echarle la culpa a la conversación que había mantenido con Fotis, pero eso no era justo. ¿Acaso esa sensación no lo había acompañado desde hacía dos días, aunque sólo ahora se cristalizaba? ¿No podía situarla casi en el preciso instante en que se había quedado delante del icono, con aquellos ojos negros que lo apresaron, las palabras de Ana Kessler y el aliento de la joven en su oreja? Y desde entonces, el trabajo, la conversación, las tareas necesarias de la vida zumbaban como una larga y triste interrupción, hasta que pudo pensar una vez más en el icono, hablar de él, verlo. Volvió sobre sus pasos hasta donde se encontraba Fotis. El anciano parecía divagar muy lejos en sus pensamientos, hasta que Matthew se dispuso a sentarse.

—No, es hora de volver a caminar. Ya te he entretenido demasiado. Ayúdame a levantarme.

Siguieron en dirección norte por el estrecho sendero hasta llegar al puente que quedaba debajo de Cedar Hill, cómodos una vez más por lo que traslucían sus acciones, aunque no sus pensamientos. Matthew esperaba otro asalto, pero su compañero permaneció en silencio y centrado en sí mismo. Trataba de aguantar otro dolor, tal vez, o concentraba su energía para acabar el paseo. Unas franjas de luz pegadas al techo iluminaban el corto túnel. Un montón de ropa colocada contra la pared resultó ser, cuando miraron de cerca, un hombre sin hogar que dormía o estaba muerto.

—Si la Iglesia se hiciera con el icono -preguntó Matthew, ensimismado en sus pensamientos-, ¿dónde lo colocarían?

—No hemos hablado de estos detalles. No puedo preguntarles ese tipo de cosas hasta que no pueda ayudarlos si la respuesta es afirmativa. Y no puedo prestarles mi ayuda sin ti. Así que dime qué respuesta te haría feliz.

–Sólo quiero asegurarme de que no va a acabar en una caja fuerte, o en la pared de algún obispo. Me gustaría que el icono estuviera en algún lugar donde el público pudiera contemplarlo.

–Pues entonces, ésa será una de las condiciones que pondremos a nuestra implicación.

–No entiendo cómo podremos establecer condiciones. No pienso involucrar a la señorita Kessler.

–Pero ¿si ella te pide consejo, se lo darás? – Tengo que pensar en todo esto.

–Eso es inteligente por tu parte.

Varios perros jugueteaban con sus amos en la amplia colina en pendiente que quedaba encima de ellos. Hacia el norte, pasada una arboleda y la calle transversal Setenta y nueve, se erigía la enorme pared sur de cemento y cristal del museo. Un sendero cruzaba el camino por el que andaban, discurría hasta Cedar Hill a su izquierda y hasta la Quinta Avenida por la derecha. Fotis quería tomar ese sendero hasta donde su conductor (uno de los rusos, Anton o Nicholas) esperaba en la avenida. Obedeciendo a una norma tácita, Matthew nunca lo acompañaba hasta el coche, pero sí se quedó para asegurarse de que cruzaba la calle.

–Te dejaré para que hagas tu trabajo. – Fotis tomó las dos manos del joven entre las suyas-. No permitas que tus pensamientos te atosiguen. Te llegará la decisión correcta si tu mente está serena. Dios te guarde, hijo mío.

–Cuídate, Theio.

Matthew notó un apretón de dedos y el anciano partió, lentamente pero con confianza, sin mirar atrás. El joven se quedó parado en aquella pequeña intersección hasta mucho después de perderlo de vista.

Jan dejó la guía abierta por la sección de Central Park; la colocó boca abajo sobre el banco y esperó a que el anciano pasara. El joven todavía seguía allí, a unos cincuenta metros de distancia, mirando en su misma dirección. Era poco probable que advirtiera algo, pensó Jan, simplemente se aseguraba de que su padrino llegara sano y salvo al coche. Acercó la mano a su bolsillo y rodeó el frío objeto metálico con ella; luego lo sacó con cuidado. Un disparo bastaría, pero dos o tres eran el protocolo que debía seguir; un disparo en la base del cráneo y

entre los hombros. Así era, siempre que ese objeto fuera una pistola y no un teléfono móvil.

Sin duda alguna, el lugar era horroroso, porque había muchas personas y ninguna posibilidad de cobertura. Uno de los tres túneles cortos por los que habían pasado sería una buena opción, especialmente en un día lluvioso o gris, una apuesta segura en Nueva York durante el mes de abril. Pero también tendría que cargarse al joven. Lo mejor sería disparar durante el trayecto entre el coche y la casa de Queens. Bueno, siempre era mejor tener varias opciones. Podría informar a Del Carros de que no habría ningún problema. El traficante supondría que estaba siendo despreocupado, después de haberle dicho que el griego era un objetivo difícil, pero en realidad Jan había anticipado pocos problemas, incluso en presencia de aquellos guardaespaldas rusos. No le importaría añadirlos a la lista; odiaba a los rusos.

Ningún mensaje. Guardó el teléfono y cogió de nuevo la guía. Más de trescientas especies de aves se observaban todos los años en el parque, incluida la garza verde y la tångara escarlata. Sorprendente. Jan movió la cabeza, asombrado ante el mundo natural.

CAPÍTULO 6

Numerosas motas de polvo flotaban en los rayos blancos de luz que incidían sobre los montones de papel. Matthew tuvo que esforzarse para no quedar hipnotizado, para no dejar volar su imaginación con las extrañas informaciones que leía en las páginas que sostenía delante de él. Al final del pasillo, en su oficina, el piloto rojo que anunciaba nuevos mensajes parpadeaba en su teléfono: el abogado idiota de aquel posible donante de Chicago, sin duda alguna. Memorándums de Nevins, el conservador jefe, de Carol, del comité de planificación y del director, Legal, colmaban la bandeja de entrada de su correo electrónico. Pero Matthew decidió ignorar esos mensajes y refugiarse en la biblioteca del departamento con los viejos tomos que contenían los pocos fragmentos de información existente sobre el icono de Kessler.

Había buscado en Internet, pero no había encontrado nada sobre el tema, ya que era poco conocido. Tampoco había ninguna fuente fidedigna de arte bizantino, ningún modo de localizar el lugar y la fecha de su creación. Las únicas pistas se hallaban en la imagen propiamente dicha. La base de la obra estaba tan deteriorada que Matthew no pudo discernir si en su día había habido alguna representación del Niño Jesús en aquel espacio, hacia el que se dirigían las manos resquebrajadas de María. Este dato habría servido para catalogarla dentro del estilo hodegetria («la dama que muestra el camino»), una de las tradiciones icónicas más antiguas que estaba basada en una obra pintada originalmente por san Lucas, según la leyenda popular. Pero la colocación de las manos y el medio giro a la derecha de la figura, probablemente para dirigir la atención del espectador hacia el exterior del marco, parecían emplazar la imagen dentro de la tradición hagiastitissa. Esta serie estaba relacionada con la reliquia del escapulario de María, traído de Tierra Santa por santa Elena en el siglo IV y colocado en un relicario, sobre el que habría colgado el prototipo de esa imagen.

No obstante, había algunos argumentos en contra de esta identificación. El icono de Katarini observaba al espectador directamente a los ojos, en vez de seguir el gesto de las manos hacia la derecha, donde generalmente lo acompañaría un icono de Jesús. Sin

embargo, Matthew conocía otras imágenes de esa tradición que también infringían esa norma. Uno de los mayores escollos era que el estilo no había llegado a popularizarse realmente hasta mediados del siglo X, y el icono de Katarini era sin duda alguna más antiguo. Sin embargo, ¿quién podía asegurar que ese estilo no existía con anterioridad? Quizá las primeras versiones fueron destruidas en la iconoclasia del siglo VIII. En realidad -pensó Matthew, mientras dejaba que saliera a flote la conjetura tanto tiempo reprimida y que lo había atosigado durante toda la mañana-, ¿quién podía afirmar que aquella imagen no era el prototipo de la imagen perdida siglos atrás? El primero de su clase, la inspiración de los iconos que vinieron después.

Matthew sintió un escalofrío en los brazos cuando pensó en ello. Luchó contra esa repentina agitación, recordándose a sí mismo que el significado religioso de aquella pieza representaba muy poco para él. No obstante, debía de representar mucho para otras personas, como los altos cargos de la Iglesia que habían contactado con Fotis. Sólo por su identificación histórico artística, el hallazgo sería impresionante, y tal vez determinante para su carrera. Pero a menos que surgieran evidencias de alguna fuente oculta, seguiría siendo una eterna teoría. Entretanto, aunque él nunca lograra averiguar la procedencia de aquella Virgen, o cómo había llegado a Epiro, al menos podría seguir los vestigios del tiempo que había pasado en esa localidad.

Los catálogos de los grandes críticos de arte clásicos dedicaban poco espacio al arte ortodoxo del Este, y cuando éste se incluía, siempre abarcaba el mismo número limitado de iconos: san Pedro, María y el Cristo Pantocrátor en Santa Catalina del monte Sinaí; algunas piezas tardías de Teófanos y Rublev de Rusia; la Virgen de Vladimir, y pocas más. Teniendo en cuenta su ubicación en las escabrosas colinas griegas, por no mencionar la amplia variedad de obras de ese país que reclamaban un particular trato espiritual, el hecho de que la Virgen de Katarini se diera a conocer podría considerarse como algo casi milagroso. La primera mención que Matthew pudo descubrir fue del aventurero inglés Thomas Hall, que viajó por toda Grecia y Turquía en la década de 1780. Los diarios de viaje de Hall, sumamente imaginativos, incluían, entre muchas informaciones poco plausibles, una de la «Santa Madre de Epiro» (como si existiera un solo icono de la

Virgen en toda la región), que era descrita como «madera más rasguñada que pintura, salvo por el hermoso rostro de la Virgen», y como «sanadora de la ceguera en almas de buen corazón cuando éstas tocaron su madera gastada, así como causa de ceguera en personas de naturaleza malvada o avariciosa». Seguidamente, se relataba una historia sobre los monjes de Meteora que levitaban, e inmediatamente después la historia de la visión milagrosa de Cristo en la manopla de la esposa del campesino. Matthew siempre reía a carcajadas cuando leía a Hall.

Lord Byron, durante su primera y dichosa estancia en Grecia en 1809, hizo mención de un milagroso icono de la Virgen María que poseía el tirano musulmán Alí Pasha, que ya era anciano pero tenía una mente y un cuerpo vigorosos, estado que conservaría hasta el día de su muerte a manos de sus nobles turcos en 1822. También en este caso, la descripción se parecía mucho a la del icono de Katarini, y Byron informó de una extraña aura dorada que rodeaba la obra. Matthew meneó la cabeza. «Si yo bebiera tanto como tú bebiste, Georgie, también yo vería auras alrededor de los cuadros», pensó.

Pero fue el último tomo que tenía sobre la mesa el que más quebraderos de cabeza le provocó. Johann Mayer-Goff fue un viajero de finales del siglo XIX y un especialista autodidacta en arte ortodoxo. El alemán era un escritor sobrio, imperturbable, en ocasiones incluso aburrido, al menos en el texto traducido, y no se prestaba a la hipérbole o a los monjes que levitan. Fue el primer autor en mencionar el pueblo de Katarini como lugar de residencia del icono, y asistió a la festividad de la Anunciación en la, misma iglesia que el hombre de Fotis quemó sesenta años después.

«El día era lluvioso -escribió Mayer-Goff-, y sólo la luz de las velas iluminaban el frío y húmedo santuario.»

El icono salió de su escondite y fue colocado cerca del altar. Las campesinas lloraban en sus asientos, hasta que formaron una cola en el pasillo y se acercaron a la Madre de Dios de rodillas, acariciando la madera con sus manos nudosas. Una de ellas, que hacía años que no podía caminar sola, se levantó de repente sobre sus temblorosos pies y alabó al cielo. Y por último, un anciano pastor ciego de rostro iracundo fue conducido por una pareja joven, quienes parecían arrastrarlo en

contra de su voluntad. Cuando colocaron su mano contra la frente de la Santa Madre, el hombre gritó y fijó su mirada sobre la vela más cercana, y luego sobre todos los miembros de la congregación. Era evidente, por sus movimientos, que el hombre podía vernos, y con otro grito se dejó caer sobre el suelo de piedra y lloró como un niño. Yo vi estos hechos con mis propios ojos.

Matthew empezó a ver motas negras en la página y se dio cuenta de que no había respirado desde hacía un buen rato. Inspiró hondo y luego espiró mientras reía incómodamente. «Contrólate, chaval.»

—Estás aquí.

Matthew alzó la vista y observó a su compañera Carol Voss, mayor que él, que estaba de pie delante de la mesa. Dejó caer de golpe el libro de Mayer-Goff, como si su madre lo hubiera pillado leyendo la revista Penthouse.

—Aquí estoy.

—No contestas a mis mensajes de correo electrónico -lo riñó Carol con amabilidad; sus ojos verdes quedaban escondidos detrás de unas voluminosas gafas que observaban a Matthew. Carol era una especie de mentor, la única amiga íntima del museo, y había muy poco que pudiera esconderle.

—Por si hace que te sientas mejor, que sepas que no eres la única.

—¿Estás trabajando en el icono de Kessler? —dijo Carol mientras movía los libros que había sobre la mesa.

—En efecto.

—¿Estás comprobando su procedencia?

—Más o menos. Es bastante confuso.

—¿Nos lo estamos tomando en serio? —preguntó, mostrándose escéptica.

—¿Pretendes decirme que sé yo más que tú al respecto, señorita-pulso-al-director?

Carol se echó a reír.

—No tengo la menor idea. Nevins parece muy entusiasmado con este tema.

—Sí, pero se pasa el día en los Claustros. Ni siquiera sé si ha hablado con Líder Intrépido.

—Habla tú con él.

–No tenemos ese tipo de relación.

–Pareces preocupado -observó ella, de repente-. ¿Hay problemas de propiedad?

–Tal vez -reconoció Matthew, en un tono de voz prácticamente inaudible.

–¿Hemos consultado el Registro de Obras Perdidas?

–Todavía no. Tenemos que asegurarnos de querer esta pieza, ¿no? Además, si ha habido un robo de por medio, no aparecerá en el registro. Sería más antiguo.

La expresión «botín de guerra» quedó suspendida en el aire entre ambos de una forma tácita. Evidentemente, Carol pensó en añadir otro comentario, y Matthew deseó que lo hiciera, por que quería tener a alguien con quien desahogarse. Pero Carol optó por posar una mano en su hombro.

–Buena suerte, chaval. Pídeme ayuda si la necesitas. Y Matthew, sé que ésta es una pieza fantástica, pero sólo es una pieza. No es toda tu vida.

Llamar a Benny Ezraki era una apuesta muy arriesgada. La tarjeta con su número de teléfono era muy antigua, y Andreas no sabía si Benny estaba vivo, y menos aún si se dedicaba al negocio de buscar personas, aunque sin duda alguna era el hombre correcto para el encargo. No atendió ningún mensaje en el contestador automático, sólo oyó el tono del teléfono. Andreas dejó su nombre y el número del hotel, y al cabo de diez minutos su viejo contacto israelí le devolvió la llamada. Andreas podía ir hasta su nueva oficina, si lo prefería, pero probablemente no querría. El anciano sabía que estaba siendo utilizado, pero aceptó ir allí de todos modos.

El nombre que figuraba en la puerta era el de una agencia de viajes, y de hecho los carteles de Turquía y Egipto que estaban colgados de las paredes, así como varias chicas eficientes con auriculares, parecían conferirle cierta legitimidad al local. Pero la agencia sólo ocupaba el primer piso. El segundo, al que se llegaba después de subir una larga escalinata, estaba formado por estrechos pasillos y puertas cerradas. Unas mujeres escasamente vestidas con ropa provocativa que fumaban en un pequeño salón completaban el cuadro. Todas ellas sonrieron al ver a Andreas y señalaron hacia la oficina que había al fondo.

Benny lo recibió con un fuerte abrazo, al que siguió un cacheo. «Es la costumbre», se disculpó. Aquel astuto judío griego seguía pareciendo más joven de lo que en realidad era. Debía de estar acercándose a los sesenta años, aunque tenía un aspecto algo agotado. La barba encanecía más de prisa que el pelo, sus amplios hombros estaban más hundidos, las bolsas bajo sus risueños ojos marrones eran más pronunciadas. La oficina ofrecía una vista del callejón, tenía un enorme ordenador sobre la mesa y un calendario Pissarro colgado en la pared. Había poca iluminación, y el reducido espacio estaba impregnado de humo azul de cigarrillo.

—¿Esperabas realmente que este lugar me sorprendiera?

—Pues sí; los atenienses sois muy mojigatos. Pero olvidé que tú eras un hombre de mundo.

—¿Éste es tu nuevo negocio?

El hombretón dio una calada a su cigarrillo como si su vida dependiera de ello, y luego expulsó el humo a la izquierda del rostro de Andreas. Rara vez sonreía, aunque estuviera gastando una broma.

—Siempre es el mismo negocio. Viajes, marketing, prostitución... Todo gira en torno a la información. Ignoro por qué no pensé en ello años atrás. No te creerías el tipo de cosas que descubren esas chicas.

Andreas, como buen conocedor de la naturaleza humana, creyó sus palabras.

—¿Son seguras?

—Un médico les hace una revisión cada mes. ¿Quieres probar una?

—No me refería a eso.

—No les doy material sensible. Básicamente, nombres. Las envío a los hoteles cuyas bases de datos no podemos piratear. Pero siempre vuelven con historias. Ya sabes que el chantaje no es lo mío, pero si lo fuera, ganaría una fortuna.

—Eres demasiado aficionado para ese tipo de trabajo; podrían matarte.

—Tal vez estés en lo cierto.

—¿Podemos hablar sin tapujos? ¿Está el embajador israelí en la habitación de al lado?

—Aquí hay muy poco movimiento -contestó Benny, mientras su sillón ergonómico crujía bajo su peso-. Básicamente, las mandamos

fuera. Como si fuera comida china. Esto no es un burdel.

–¿Ah, no?

–No; tenemos un servicio de señoritas de compañía. Esas de ahí ni siquiera son las mejores chicas.

–No hables tan alto.

–Las mejores esperan en casa a que suene el teléfono. Nosotros filtramos las llamadas, nos aseguramos de que sean seguras, tomamos los datos de la tarjeta de crédito y las enviamos fuera.

–Todo en nombre de la información.

–A eso me dedico.

–Excelente. Estoy buscando a una persona.

Benny se giró torpemente para alcanzar el cenicero, que se encontraba sobre su atiborrado escritorio, apagó un Gauloises y encendió otro de inmediato.

–¿No estás jubilado?

–Desde hace años.

–Pero nunca lo has estado del todo, ¿verdad?

–He intervenido de vez en cuando. Hasta que los idiotas trajeron de vuelta a Papandreou. Eso fue el final.

–Papandreou, Mitsotakis, no hay mucho donde elegir. Este tipo nuevo parece decente. Ahora nuestros políticos israelíes...

–No estamos hablando de política, Benny. – Andreas percibió cierto desaire en el tono de voz del otro hombre-. Son asuntos extraoficiales. Un favor. Actualmente, me veo obligado a pedir favores. Puedes negarte cuando escuches lo que voy a decirte, pero, por favor, no hablemos de política. Eso es para los ancianos que se pasan el día en los cafés.

–¿Por qué iba a rechazar tu oferta?

–Porque no sacarás nada de ello, salvo mi gratitud.

–¿Y hoy en día la gratitud es algo tan insignificante? Creo que soy capaz de juzgar por mí mismo qué es lo que me conviene.

Andreas apretó los labios y asintió con la cabeza. Había dado en el sitio correcto, pero no debía forzar las cosas. – Hace años, me ayudaste en algo.

–Que Dios nos guarde. ¿Vuelves a dedicarte a la caza de nazis?

–El mismo hombre.

–Está muerto.

–No, está aquí. Benny miró fijamente a Andreas.

–¿Estás seguro?

–Sí.

Era un tema espinoso. Sólo tenía la palabra de Fotis acerca de Müller, algo que normalmente habría considerado como un dato sin corroborar. Pero su instinto le decía que esta vez era cierto, y de algún modo lo supo antes de abandonar Grecia. Si se equivocaba, era una trampa cruel. Los padres de Benny fueron víctimas de la deportación de Salónica en 1943, y murieron en Auschwitz. Müller podría haber estado implicado en ello o no, pero era un oficial alemán destinado a Salónica en aquella época, y eso ya fue un dato suficiente para Benny treinta años atrás. Había sido el único analista del Mossad en proporcionar algunas pistas a Andreas, y ambos habían sido muy sinceros hasta el momento. Los dos hombres eran, por naturaleza, muy cautelosos con los hechos, y Andreas no decía estar seguro de algo a menos que realmente lo estuviera.

–Pero no conoces exactamente su paradero.

–Eso es lo que necesito que me digas.

–Entonces, ¿cómo sabes que está aquí?

–Me han informado de ello.

–Una fuente de confianza, supongo.

–Te pagaré, así no perderás el tiempo.

–¿Has ahorrado muchos dracmas? Bueno, si un griego accede a pagar, es que debe de estar muy seguro de lo que hace. Pero entonces no es un favor.

–Podemos prescindir de los favores. También puedes rechazarme, pero no juegues con un anciano.

Benny alzó las manos en un gesto de rendición, se inclinó para coger otro cigarrillo y luego se dio cuenta de que no había terminado el que acababa de dejar en el cenicero. Se lo veía más nervioso de lo que sería capaz de reconocer.

–Müller, ¿sabes cuántos problemas me causaste con esa cuestión?

–Claro que lo sé, después de todas las veces que me lo has echado en cara... Pero ahora trabajas para ti.

–Lo cual significa que dispongo de menos recursos de los que solía tener.

–Pero de una tecnología más avanzada.

–Eso -Benny señaló el monitor del ordenador- no nos ayudará con Müller. No creo que nos ponga las cosas fáciles, ni que se hospede en un gran hotel.

–¿Por qué no? Nadie le ha pisado los talones desde hace años. Es un ciudadano que viaja con otro nombre. ¿Dónde se hospedaría, sino en un hotel atiborrado de gente?

Benny reflexionó sobre esta cuestión.

–Es posible que tengas razón. Sin embargo, por mi experiencia, el comportamiento de la gente no cambia. Es posible que varíen una pauta, pero esa pauta es discernible. Esos viejos nazis no se alojan en hoteles.

–¿Y dónde, si no?

–En casas privadas, si tienen parientes o amigos, en cuyo caso nunca lo encontraremos. No he buscado a ninguno de esos tipos desde hace años, y jamás en este país, aunque existían dos fondas, gestionadas por unas ancianas alemanas muy discretas. Una en Brooklyn, que probablemente ya haya cerrado, y otra en el Village. Yo empezaría por ahí.

–¿Empezarás, entonces? – Tengo algunas condiciones.

Andreas suspiró. Hubiera preferido pagar un enorme rescate a que otra persona estableciera sus condiciones, pero Benny era alguien como él y no podía tratarlo como a un colaborador de poca monta.

–¿Sí?

–¿Qué intenciones tienes cuando lo encuentres?

–Eso es una pregunta, no una condición.

–Una cosa lleva a la otra. Debo saberlo.

Benny lo miró un rato sin pestañear, mientras Andreas tardaba más en dar una respuesta de lo que habría sido prudente.

–Amigo mío -insistió el hombre más joven, mientras se inclinaba hacia adelante en su silla-, ¿sabes cuáles son tus intenciones?

–Tengo que formularle algunas preguntas, si es que puede responderlas. También es importante que controle sus acciones.

–Años atrás tenías planes más atrevidos respecto a Müller.

-Era joven. Él no es el responsable de la muerte de tus padres, Benny, sólo estaba allí para robar. Eso es lo único que siempre le importó.

-Es posible que tengas razón, pero eso no lo redime de sus acciones. He visto su firma en órdenes de arresto. Participó. Luego está tu historia, y eso ya es razón suficiente.

-¿Razón para qué? Dime de una vez cuáles son tus malditas condiciones.

Oyeron un lamento remoto de sirenas que llegaba por la ventana. En una estancia cercana, una mujer reía. Andreas se sintió pegado a la silla. Cosas de la edad y del agotamiento.

-En primer lugar, no me interesa tu dinero. Hacemos esto juntos, o no me involucro en ello. Lo encuentro y le hacemos una visita. Es posible que esté dispuesto a contestar a tus preguntas si te acompaño.

-¿Y luego?

Benny se encogió de hombros.

-Si las circunstancias lo permiten, nos deshacemos de él.

CAPÍTULO 7

–Esta vez, prepararé café caliente.

Ana estaba acostumbrada a transmitir una serena confianza en sí misma, según pudo discernir Matthew, pero su trajín en la cocina revelaba nerviosismo. ¿Sería él la causa? Pero ¿por qué tendría que serlo? Probablemente fueran los confusos detalles de la herencia de su abuelo. Matthew dedicó toda una tarde, fuera de su ajetreada oficina, a ayudar a Ana a resolverlos. Había paseado por el lago, apenas consciente del fuerte viento, de la menguante luz dorada de las aguas, de las miradas mezquinas de la gente que hacía jogging por el estrecho sendero. Tenía los sentidos embotados por las imágenes que acudían a su memoria: un pastor ciego que de repente contemplaba la llama de una vela; unas viudas vestidas de negro que se postraban con sus rodillas rotas e insensibles, que manifestaban su dolor ante la Virgen y luego se marchaban totalmente curadas; una estancia oscura llena de suplicantes agotados y resignados que se convertían en uno, en uno solo, aunque únicamente fuera por un momento después de ser tocados o mirados. Rostros como el de su abuelo, el de sus tías y sus primos, rostros como el suyo. Las palabras de Mayer-Goff resonaban en su cabeza: «Yo lo vi con mis propios ojos.» Apenas recordaba haber salido del parque a la altura de la calle Noventa; sus caros zapatos se cubrieron de barro al pasar por un camino de caballos. Sus pasos y sus latidos se aceleraron de un modo inquietante cuando atisbó el edificio de ladrillo rojo de Kessler.

–Gracias -dijo-, pero no era necesario.

–No es café griego, desde luego. No estoy segura de cómo se prepara.

–Necesitas los ingredientes correctos, como el café exprés. Es mejor ir a algún bar donde lo preparen bien.

–¿Conoces alguno de esos locales?

Ana llevó las dos tazas hasta la mesa y se sentó delante de Matthew. Su rostro todavía parecía retraído, aunque había algo intenso en ella, a pesar de todo su agotamiento. Lo soportaba bien.

–Conozco unos cuantos establecimientos.

Matthew estaba tan seguro de que ella le preguntaría acerca de esos locales, de que le pediría ir alguna vez, que se sintió ligeramente incómodo cuando la joven no lo hizo.

–Gracias por haber venido -reconoció en un tono de voz formal, mientras miraba fijamente su café-. Sé que sólo has venido por la oportunidad de ver el icono una vez más, pero el precio que tienes que pagar consiste en hablar de algunas cosas conmigo, de manera informal. Entiendo que debes lealtad al Metropolitan.

–Me encanta ser de utilidad.

–¿Puedes decirme si el museo va en serio?

–Estamos interesados en la pieza, de eso puedes estar segura. Aunque yo no lo estoy tanto respecto al alcance de ese interés.

–Quieres decir que depende del precio...

–Eso es un factor, evidentemente. El conservador jefe de mi departamento quiere ver la obra. El director también.

–¿De modo que no negociaré contigo?

–Yo estaré implicado en este proceso, pero la transacción la llevarán a cabo mis superiores.

–Es una pena -dijo con un tono de voz adulator-. Nos llevamos tan bien...

Matthew rió nerviosamente. Era tan directa, aunque de temperamento tan voluble, que no sabía cómo catalogarla. – Podrías insistir en ese sentido. No es infrecuente. Teníamos a una anciana excéntrica que sólo hablaba con nuestro asesor legal porque se dirigió al alma máter de su marido fallecido.

–Eso es brillante.

–El director no lo vio de ese modo.

–¿Puedo hacer yo lo mismo? ¿Te ayudaría eso en tu carrera?

–¿Sabes? – respondió Matthew con cautela-, probablemente deberías dejar la parte negociadora a tu abogado.

–Mi abogado. Es un tipo mañoso. Es posible que acabe por robar a ambas partes.

–¿No deberías tener a un abogado en el que confiaras?

–Oh, creo que confío en él. – Ana evitó mirarlo antes de darle un sorbo al café-. Él se ha ocupado del negocio de Kessler durante treinta

años y conoce todos los secretos. No podría deshacerme de él aunque quisiera.

–¿Estás pensando en algún precio?

–El abogado, sí. A mí me parece elevado, pero si la pieza es tan original como dices, quizá no sea un mal precio. Desearía poder preguntarte qué precio es el justo.

–Ojalá pudiera decírtelo. Justo es lo que el mercado soporta.

–Pero no estamos tanteando el mercado.

–No puedo creer que tu abogado no haya tanteado el terreno.

–¿Crees que deberíamos investigar el mercado?

–Eso sería lo normal.

–¿Y hablar con esos canallas de las casas de subastas? – Ana hablaba con severidad-. Te prometen el sol, la luna y las estrellas.

–Es posible que las consigan.

–¿Qué me estás diciendo, Matthew? ¿Que debería dirigirme a algún coleccionista privado y rico?

Su mirada era intensa, y Matthew se encontró luchando con una sensación de incomodidad, impulsada por una sinceridad poco educada.

–En realidad, creo que eso sería una idea horrible. No necesariamente para ti.

–No digas tonterías.

–Es sólo que... la idea de que esa obra quede aislada del mundo, colgada de la pared de una casa particular...

–Ahora lo está -insistió ella. Matthew aspiró lentamente.

–Sí, así es como está ahora. Sería una triste elección. Debería estar donde muchas personas pudieran contemplarla.

–En un museo.

–Un museo sería la opción más evidente.

–¿Pero un museo le dará la atención que merece?

Surgía de nuevo la pregunta de Fotis, y esta vez, Matthew no sabía qué contestar.

–Puedes imponer condiciones a la venta. Es algo que se hace con frecuencia.

Ana negó con la cabeza.

–Mi abogado dice que no tenemos la influencia suficiente para ello con un solo cuadro. Si donáramos toda la colección, podríamos imponer condiciones. O si fuera un Picasso o un Rembrandt, tal vez. Dime si me equivoco.

–Probablemente tengas razón. – Matthew se encogió de hombros-. En todo caso, merece la pena hablar de ello. – ¿Te causa mucha molestia que el arte bizantino no sea tratado con el mismo respeto que el que se confiere a los antiguos maestros, o a los impresionistas, o a todos esos pintores tan populares?

–Lo cierto es que nunca tuve en cuenta la popularidad cuando me metí en este campo. Simplemente estudiaba lo que me parecía interesante, era un tanto.

–Pero debe de molestarte. Para las personas que crearon ese icono, era una cuestión de vida o muerte, ¿verdad? Levantaban esos objetos delante de sus ejércitos cuando se disponían a librar una batalla. Morían para defenderlos. ¿Acaso alguien murió por un Renoir?

Ana se inclinó sobre la mesa con los ojos muy abiertos y gesticulando ampliamente. Matthew quería reírse de lo ridículo que le parecía ese argumento, pero le resultó del todo imposible. Ella era tan sincera, tan plenamente consciente de sus emociones, que era él quien se sentía ridículo, empequeñecido por sus propios prejuicios.

–Tienes razón, salvo que el arte giraba en torno a la religión. Mataban y morían por lo que el icono representaba, no por su belleza.

Ana se reclinó en su asiento, asintiendo lentamente por sus palabras, o como gesto de aceptación de algún nuevo pensamiento.

–Todo se reduce a eso, ¿verdad? No se puede prescindir del elemento religioso.

La joven se dirigió hacia la encimera, cogió la cafetera y volvió a llenar las tazas, aunque ninguno de los dos había bebido mucho. Ese día no llevaba traje, sino unos vaqueros desteñidos y una camisa blanca. Matthew se distrajo por el largo arco de la pierna de Ana, embutida en el tejido ajustado, mientras ella devolvía la cafetera al mostrador y permanecía allí durante unos segundos, de espaldas a él.

–Por tanto, Matthew, puesto que no negociaremos directamente, quiero pedirte consejo acerca de algo. Sé que serás sincero conmigo.

–Lo intentaré.

Ana se acercó a la mesa y volvió a sentarse, observando los ojos de su interlocutor mientras ella hablaba.

—Alguien de la Iglesia griega llamó a Wallace, mi abogado. Quieren el icono.

Matthew lo había adivinado antes de que ella abriera la boca. Fotis estaba allí, delante de él, insistiendo en el mismo tema.

—¿La Iglesia griega de Grecia?

—No estoy segura. El hombre que llamó era un sacerdote norteamericano, pero hablaba en nombre de la Iglesia griega. No estoy del todo segura de qué diferencia hay.

—Es confuso incluso para ellos.

—Al parecer, insinuaron que la obra fue robada en Grecia, hace muchos años.

Ana lo miraba tan fijamente que Matthew se sintió implicado en el crimen. De eso era realmente de lo que quería hablar desde el principio.

—¿Te sorprendió esa propuesta?

Ana sorbió el café sin interrumpir el contacto visual. — No.

—¿Se ofrecen a pagar?

—No mencionaron ninguna cifra, pero sí, pagarían.

—¿Cómo quedasteis?

—En nada concreto. Se supone que debemos contactar con ellos.

—¿Y qué consejo necesitas de mí?

Finalmente, Ana hizo un ademán con la mano y miró a lo lejos.

—Siento curiosidad por lo que pienses de la idea. No es que esté considerándola en serio...

—¿Por qué no?

—¿Crees que debería?

—Deja de arrojarme todas estas preguntas y piensa en lo que tú quieres. — Matthew apenas levantó el tono de voz, pero ella pareció molestarse—. Escucha, Ana, no existe ningún deber al respecto. Tengo curiosidad por saber por qué no consideras a la Iglesia como una opción de venta viable.

—Es un nuevo concepto para mí, eso es todo. Entiendo de marchantes, de coleccionistas y de museos. Es sólo arte. Pero el tema religioso le añade un elemento totalmente nuevo. Quieren el icono por

razones completamente distintas. No puedo hacer una comparación entre ambas opciones.

Los pensamientos de Matthew parecían correr en todas direcciones: en los planes de Fotis, en sus propios deseos, en lo que debería decirle a Ana y cuándo. No podía unirlo todo.

—Creo que una buena forma de planteárselo sería pensar en quién vería la obra en ambos casos, y qué extraería cada grupo de esa experiencia visual. Necesitas más información.

—¿Pero eso importa? Supongamos que el icono fue robado. ¿No les pertenece? ¿No podrían causarnos serios problemas a mí o al museo?

Matthew había evitado deliberadamente la cuestión, pero no había forma de eludirla. El simple susurro de «botín nazi robado» por parte de los griegos sería suficiente para que el museo perdiera su interés de inmediato. Ni siquiera harían falta datos.

—¿Son éstos los argumentos que el representante de la Iglesia utilizó con tu abogado?

—Fueron más sutiles, estoy segura, pero Wallace lo entendió. Y se aseguró de que yo también lo entendiera.

—¿Qué te recomienda él?

—No quiere que nadie lo intimide. Por lo que sé, el museo sigue siendo la primera opción, pero ni siquiera me habría comentado el interés que tiene la Iglesia si no estuviera considerando esa posibilidad.

—Bueno... -Matthew luchaba por encontrar las palabras adecuadas-. Esto se pone interesante.

—¿Ah, sí? Yo lo encuentro bastante angustioso.

—Imagino que estás más indecisa de lo que parecías al principio.

—Soy voluble. — Ana se pasó una mano por el pelo—. Ninguna de las dos opciones me parece correcta. Mi abogado me da este consejo tan irritantemente contradictorio empleando un tono de voz neutro, y lo único que puedes hacer es formular preguntas.

—Al menos, él cobra. Mis consejos son gratis.

—¿Quieres que te pague?

—Te estoy haciendo preguntas que creo que te ayudarán a saber lo que quieres. No estoy en posición de decirte lo que debes hacer.

—En estos momentos, me gustaría que alguien me lo dijera.

–Sospecho que, si alguien lo intentara, te resistirías con todas tus fuerzas.

Ana lo recompensó con su primera sonrisa del día. – ¿Crees que soy tan reacia a ello?

Matthew se recostó en su silla y le devolvió la sonrisa a la joven.

–Es lo que yo haría.

–¿De veras? ¿Detrás de esa fachada tan amable se esconde algo de obstinación, señor Spear?

–Eso es lo que me dicen -contestó, mirando las baldosas color óxido del suelo. Sería mejor pasar a otro tema-. ¿Has considerado la posibilidad de quedártelo?

–La cuestión es que algunas de esas obras tienen que venderse. A pesar de lo cuidadoso que era mi abuelo, hay impuestos estatales y otros gastos bastante cuantiosos.

–¿Por qué el icono? Tienes muchas otras obras, ¿verdad?

–Quiero quedarme con las modernas, ésa es mi especialidad. De las piezas antiguas, el icono es la más valiosa.

–Quizá ésta sea una buena razón para quedársela.

Ana apoyó ambas manos firmemente sobre la mesa. – ¿Quieres que te diga la verdad?

–Por favor.

–Esa pieza me pone nerviosa, siempre ha sido así. Sé que sólo es una pintura, pero tengo la impresión de que hay algo más, algo que acecha en su interior. Luego está el hecho de que mi abuelo murió delante de ella. No la quiero. Bueno, ya lo he dicho. Ahora ya puedes enfadarte conmigo.

–Me costaría. Lo único que significa eso es que esa obra te afecta. Quizá no de la forma en que hubiera querido su creador, pero te afecta de todos modos.

Ana permaneció pensativa durante unos instantes, luego esbozó otra sonrisa.

–Te refieres al artista, no al Creador. Matthew se sonrojó sin razón aparente. – Correcto. El tipo pequeño, no el grande.

–Lo siento, estoy quisquillosa. Necesito desconectar una temporada de todo esto. – Ana consultó su reloj-. Dios mío, se hace tarde. ¿No tienes que volver a la oficina?

–Ya he acabado la jornada de hoy.

–¿Hay algún lugar donde se suponga que debes estar?

–No. – Pero Matthew sintió que la joven lo estaba echando, y se levantó-. Sólo tengo que leer unos textos para ponerme al día.

Acto seguido, se dirigió hasta el fregadero para lavar la taza, disgustado por no tener tiempo de volver a ver el icono. No le gustaba esta fijación, y se sentía irritado por ello. La visita había girado en torno a las necesidades de Ana, no de las suyas.

–Déjalo, ya lo haré yo.

–No importa. – Matthew dejó la taza húmeda sobre la encimera de la cocina.

–Me preguntaba si te apetecería salir a cenar. Si no estás muy ocupado...

Matthew meneó la cabeza, sorprendido ante su propia estupidez. ¿Cuándo se había vuelto tan lento? ¿La estaba malinterpretando, complicando más las cosas?

–Es una buena idea -dijo.

La joven lo miraba con serenidad, y él esperó una excusa para besarla. En realidad, era una idea espantosa. Mantenían una relación comercial, y Ana era una mujer extraña en un entorno vulnerable. A pesar de la simpatía que sentía por ella, fascinación incluso, siempre se sentía incómodo en su compañía. El centenario reloj alemán de su abuelo que estaba colgado en el comedor interrumpió el amplio silencio con un tictac profundo y resonante.

–Te prometo que no hablaré del icono -añadió Ana, y él pensó en el camino que debía recorrer de vuelta a casa, pasando frente a las tintorerías y los restaurantes chinos, hasta su apartamento vacío. Todas las excusas baratas que se le ocurriesen resonarían por el viejo edificio de ladrillo rojo, y ella se sentaría a la mesa a beber café durante toda la noche.

–De acuerdo -accedió Matthew-. Me encantaría. ¿Adónde vamos?

Al final no fueron a ninguna parte. Ana pensó que podrían preparar algo juntos, aunque el problema era que había poca comida en casa y ella no sabía cocinar. Aunque sí conocía la bodega, y fue a buscar una botella mientras Matthew troceaba unas setas y mezclaba cuatro huevos revueltos con un poco de agua fría. Cortó una manzana

a rodajas, un poco de parmesano, y en cuestión de minutos preparó una tortilla perfecta, que comieron junto con unos panecillos tostados y un Châteaux Margaux de 1984.

–Este vino no pega con esta comida -se quejó Ana.

–Sí, si te gusta.

–¿Y te gusta?

–Mucho, y no es que sea un experto en vinos. De joven me obligaron a tomar mucha retsina.

–Retsina -protestó Ana-. Dios santo, si es un horror.

–Se supone que ahora debo decir, con la barbilla muy levantada, que no has probado la retsina de verdad. «Esa retsina de exportación, Theomou, scatá!»

–Muy bien; te pareces a alguien.

–A Marlon Brando.

–Yo iba a decir a Mussolini.

–Sí, gracias. Lo cierto es que toda la retsina me sabe a savia de árbol. Comida griega, vino francés. – Matthew agitó el líquido oscuro de su copa. La elaboración del plato había rebajado parte de su tensión-. Que todo el mundo haga lo que sabe hacer bien.

Ana se metió un trozo de tortilla en la boca con tanta ansia como si no hubiera comido nada en varios días.

–¿Todos los hombres griegos saben cocinar?

–Es una tortilla, Ana. Cualquier soltero sabe hacerla, y no es exactamente cocinar.

–Para ti. En esta cocina, una tortilla es todo un logro culinario.

–Es todo un honor para mí.

–¿Puedo hacerte una pregunta grosera?

–¿Y por qué me pides permiso a estas alturas?

–¿Por qué estás soltero?

–Bueno, ¿qué te contesto? ¿El destino? Aunque yo podría hacerte la misma pregunta.

–Pero éste es tu turno. – Ana movió con absoluta precisión su copa de vino de un lado a otro de la mesa, como si se tratara de un importante proyecto de ingeniería-. ¿De modo que no sales con nadie? – preguntó.

–Yo no he dicho eso.

–Puedes preparar una cena rápida sin tener que dar explicaciones a nadie.

–Quizá mi novia esté fuera de la ciudad.

–¿Por qué tengo que adivinarlo?

–Vale -admitió él con una sonrisa tensa-. Tienes razón. Actualmente no estoy liado con nadie.

–¿Cómo es posible? Un tipo tan guapo e inteligente como tú.

Ana lo dijo como de pasada, como si Matthew estuviera acostumbrado a ese tipo de cumplidos, pero él notó cómo se sonrojaba una vez más. Tal vez se debiera al vino.

–Esta ciudad está llena de personas atractivas, inteligentes y solitarias -respondió él con cautela-. No es ningún misterio. Además, acabo de salir de una larga relación.

–¿De quién fue la idea?

–Rompió ella, pero la culpa fue mía.

–¿Y por qué fue culpa tuya?

–Por lo de imitar a Mussolini; se volvía loca.

–Venga ya...

–Haces muchas preguntas, Ana.

–Lo siento.

El tenedor se le cayó ruidosamente en el plato vacío.

–Parece que no hayas comido en mucho tiempo.

–Me olvido de comer. ¿No es patético? Soy una mujer adulta.

Cuando estoy en Santa Mónica y recibo a amigos en casa, siempre me ocupo de las comidas. Pero aquí se respiran aires de libertad. De hecho, solía cenar con mi abuelo, antes de que su enfermedad se agravara.

–No me digas que estoy sentado en su silla.

–¿Mi abuelo, comer en la cocina? Siempre nos sentábamos en ese tenebroso comedor, aunque estuviéramos los dos solos. Creo que ni siquiera sabía qué aspecto tenía la cocina.

–¿Quién se ocupaba de las comidas?

–André. Un tipo mayor muy amable, de quien pensé que tenía que prescindir.

–Tal vez fue un error -apuntó Matthew, señalando el plato vacío de Ana.

–Tiene casi ochenta años y quería jubilarse. También me he deshecho de la pesada de Diana.

–¿Era la enfermera?

–Creía que la casa era suya. Mi abuelo estaba convencido de que robaba. Yo no lo sé, pero tampoco había ninguna razón para conservar su puesto. Le di una buena indemnización y referencias.

–Y ahora no tienes a nadie que se ocupe de ti.

–Ni tampoco tengo a nadie de quien ocuparme. Yo tampoco estoy, como tú has dicho antes, liada con nadie.

–Brindemos por ello.

Ambos brindaron con sus copas medio llenas, y los cristales tintinearon.

–¿Y te gusta estar así? – El vino había desatado la lengua de Matthew, generalmente cautelosa.

Ana se quedó mirando fijamente al vacío; parecía estar considerando esa cuestión.

–No, en realidad, no.

–¿Todos esos viajes alrededor del mundo hacen difícil mantener una relación?

–Nunca lo he considerado de ese modo, pero evidentemente era un problema para mi ex marido.

–Sin duda alguna, es complicado. – Matthew volvió a llenar las copas, tratando con todas sus fuerzas de que la mano no le temblara. Las puntas de dos de sus dedos estaban teñidas de rojo por el vino-. ¿Cuál es la historia de tu relación?

–No hay mucha historia. Me casé a los veinticuatro años y me divorcié a los veintiocho. No tengo hijos, gracias a Dios. Él era pintor, luego se pasó a marchante. No es un mal tipo, sólo inmaduro y estúpido. Casi igual de inmaduro y estúpido como lo era yo. Voy a decirte algo.

–¿Qué?

–Has preparado una cena tan buena... ¿Por qué no haces también el café?

A Matthew le sorprendió lo cómodo que se sentía en aquella cocina. Tal vez porque no era propiamente la cocina de Ana, sino la de su abuelo, o mejor dicho, la de André. Y las cocinas eran entornos

familiares. Su familia siempre estaba en la cocina, su padre cocinaba tanto como su madre, mientras él se dedicaba a resolver algún complejo teorema científico y su hermana discutía por algo. Robin y él también habían pasado mucho tiempo en la cocina; se tocaban al cruzarse cuando iban al horno, a la despensa o a la nevera. Aunque pasaban la mayor parte del tiempo juntos, cada uno tenía su propio apartamento, y él siempre supo que estaba en casa de Robin, en su jardín, no en el de Matthew, excepto en la cocina, que de algún modo estaba relacionada con la suya, un continuo espacio paralelo que discurría desde el West Side hasta el East Side. Recordó la punzante respuesta de Robin cuando él le contó esta extraña teoría: su cocina le gustaba porque era donde estaba la puerta de entrada del apartamento. Después de este comentario, no tardaron mucho tiempo en romper su relación.

—A mi abuelo le encantaba el buen café -dijo Ana, de espaldas a él-. Aunque no pudo tomarlo en los últimos días de su vida.

—Lo cual explica que tengas esa cafetera barata. ¿Quién la compró? ¿Diana?

—En realidad, la compré yo.

—Perdón. — Matthew pensó que no debería beber cuando estaba con alguien.

—A mí también me gusta el buen café, pero me molesta el esfuerzo que supone prepararlo. A mi abuelo le encantaba el café turco. La comida de Oriente Medio, la religión ortodoxa... Creo que detestaba haber nacido en Suiza.

—¿Se unió a la Iglesia ortodoxa?

—No. Poco a poco fue alejándose del catolicismo, se cansó un poco de todo, quiero decir, de las opciones que ofrecía el Viejo Testamento. No se decantó por el budismo. El arte ortodoxo oriental le decía algo, y eso fue lo que lo empujó en esa dirección. Ni siquiera creo que acudiera a la iglesia.

—Así que era una especie de espiritualidad personal.

—Supongo que sí. Para serte sincera, no sé cuán religioso o espiritual era. A veces me lo parecía. En otras ocasiones, lo que veía se asemejaba más a la superstición. Creo que todo me lo parece. — Ana se

interrumpió y permaneció en silencio durante un buen rato-. Una de las cosas que sí puedo decirte -continuó al fin- es que adoraba ese icono.

Matthew regresó a la mesa mientras la cafetera cesaba su murmullo.

—¿Puedo preguntarte algo grosero? — dijo.

—Es de justicia.

—Si él le rendía culto, según tú, ¿por qué no dejó instrucciones respecto a su herencia?

Ana parecía perpleja. — Me lo dejó todo a mí.

—En la mayoría de los casos, con una colección de este tipo, existen instrucciones precisas sobre cómo organizar las piezas. Normalmente, esas instrucciones se establecen detalladamente en colaboración con museos y galerías, mucho antes de que la persona muera. Pero supongo que ya sabes de qué hablo. ¿El testamento decía algo en ese sentido?

—Había instrucciones, pero no eran específicas. Mi abuelo me dio mucha libertad para hacer lo que quisiera, ampliar mi colección y vender las piezas que me viniera en gana para cubrir gastos. Él no tenía ninguna relación con los museos. Se relacionaba con muy pocas personas en los últimos años de su vida. Y nunca hizo mención del icono.

—¿Y no te parece raro?

—Sí, me pareció raro -asintió-. Pero luego Wallace sugirió que tal vez el icono era un objeto muy personal para mi abuelo, y que simplemente no podía concebir la idea de separarse de él, incluso una vez muerto.

Matthew acalló una risa de escepticismo. Aunque había algo de verdad en ella.

—¿El señor Wallace es psiquiatra, verdad? ¿No fue él quien redactó el testamento?

—El testamento inicial. Aparecieron varias anotaciones sobre los cuadros en la versión de mi abuelo, en una caja fuerte de esta casa. Él no creía en las cajas fuertes de los bancos. Su pongo que ese recelo le venía dado de su profesión como banquero. En cierto momento, algunas piezas se dejaron en museos suizos, pero ésas no se incluyeron. Wallace lo presionó para que ideara un plan, pero él no quería. Pienso que creía que viviría para siempre.

–Bueno, vivió bastante. Hasta los noventa y siete años, según el obituario.

–Y estaba muy lúcido hasta los dos últimos, o el último año de su vida. Sufrió una serie de enfermedades y dolencias hace diez o quince años, pero las fue superando. Creo que la ceguera fue lo que realmente le partió el alma.

–¿Era ciego?

–Prácticamente. A lo largo de estos últimos años fue perdiendo visión. Fue algo devastador para él. Fue entonces cuando las otras dolencias, la artritis y el corazón débil, se apodera ron de él. – Ana se percató de que los ojos de Matthew la estaban mirando desde hacía rato-. El café está listo -dijo. Lo último que necesitaban era más café, pero eso le daba a Matthew algo que hacer, y él se dio cuenta de que ella se sentía reconfortada cuando le servía.

–Está muy cargado.

–No te lo bebas.

–De todos modos, no puedo dormir por las noches, así que también permaneceré alerta.

–Eres muy estricta contigo misma.

–Básicamente es la responsabilidad. Hay mucho que hacer con la finca. Critico a Wallace, pero estaría perdida sin él.

–¿No hay nadie más: hermanos, hermanas, tíos, primos?

–Mi padre era hijo único, y murió. Yo soy su única hija, de modo que sólo estoy yo del lado de Kessler. Está también mi madre, pero no me es de mucha ayuda. Ella y mi abuelo se odiaban. Bueno, en realidad, ella lo odiaba a él.

–Lo siento. – Matthew imaginó que detrás de esas revelaciones había una historia, pero era cosa de Ana contarla o no-. ¿Estabas muy unida a él, verdad?

–A rachas. Últimamente, menos. Demasiados viajes.

–¿Te gustan?

–Me dedico a vender y a comprar obras de arte, tanto para mí como para algunos clientes amigos. Me veo obligada a viajar. Pero me gusta, sí, es cierto. Supongo que algún día me entrarán ganas de establecerme. Tú también debes de viajar mucho.

–He vivido en Grecia, y he ido a Turquía unas cuantas veces. A Ravena, Venecia, donde hay magníficas piezas bizantinas. Si no es por trabajo, no viajo demasiado. Odio viajar en avión.

–A mucha gente no le gusta -corroboró Ana-. Yo me quedo dormida como un bebé cuando pasamos por una zona de turbulencias. Debe de ser porque mi padre tiene un avión privado. Siempre iba con él a alguna parte, desde los diez años de edad.

–¿También él se dedicaba a la compraventa de arte?

–Es la maldición familiar-declaró Ana con tristeza, mientras se recostaba en la silla-. En realidad, era banquero, como mi abuelo. Pero hacía sus trapicheos en el mundo del arte, especialmente cuando el abuelo dejó de viajar. De hecho, murió en un viaje de negocios que emprendió por mi abuelo. Matthew pensaba qué debía preguntar. Ella le dirigió una mirada, y él simplemente asintió.

–Un accidente de avión -continuó-. Nadie conoce las causas. Un fallo mecánico, supongo. Mi padre era un buen piloto.

–¿Pilotaba él?

–Sí. Le encantaba volar. Pero las circunstancias conspiraron contra él. Él y mi madre tenían que ir de viaje, aproximadamente los mismos días en que mi abuelo tenía previsto volar a Sudamérica a ver ese cuadro. En realidad, era otro icono. Creo que iba a ser subastado, había otro posible comprador o algo por el estilo. Mi abuelo cayó enfermo y convenció a mi padre para que fuera en su lugar. De modo que él cogió el avión y puso rumbo a Sudamérica. El aparato chocó contra una montaña en Venezuela, de regreso a casa. Tardaron varios días en encontrar los restos, aunque quedó tan poco que los expertos no pudieron averiguar qué había pasado. Suponen que volaba demasiado bajo y se estrelló contra la montaña en medio de un banco de niebla. Aunque, en realidad, nunca sabremos qué ocurrió.

Matthew esperó unos instantes para ver si ella contaba más, pero finalmente fue él quien habló.

–¿Cuándo ocurrió?

–Hace quince años. Yo estaba en el instituto.

–Es una historia terrible. Lo siento, Ana.

La joven se encogió de hombros. – Ya es historia.

–Eso debió de hundir a tu abuelo.

–Nunca volvió a ser el mismo. Y mi madre todavía no lo ha perdonado.

–Bueno. Es injusto, pero creo que comprensible, dadas las circunstancias.

–Durante una época, no dejaba de echarle la culpa a él, pero eso no servía de nada. Mi padre podría haberse negado a hacer ese viaje. A él le gustaban ese tipo de cosas, y pilotar. No puedes vivir con el miedo a que algo pueda salir mal.

–Quizá tu madre lo perdone, ahora que ha muerto. Ana se tomó el comentario a risa.

–A mi madre le cuesta perdonar. A mí no me ha perdonado por haber retomado la relación con mi abuelo, y soy su única hija. Matthew echó un vistazo al reloj -por primera vez desde que había llegado- que estaba colgado sobre la nevera. Era tarde: las once pasadas.

–Tengo la impresión de que hoy no vas a terminar tus lecturas - comentó ella.

–Puede esperar.

–Gracias por la cena, y por hablar conmigo.

–No recuerdo haber dicho nada útil.

–Escuchas, y planteas buenas preguntas. Y creo que tu voz es balsámica.

–Facilita el sueño -replicó Matthew, tratando de tomarse las palabras de la joven a la ligera.

–No debería menospreciar nada que me permita dormir en estos días. – Ana se levantó de repente y se estiró, luego giró suavemente el cuello-. Venga, cumplamos nuestro trato.

Matthew la siguió por la vieja y empinada escalinata. Le temblaban las piernas, su emoción contenida aumentaba de intensidad de manera alarmante. Ella buscó a tientas el interruptor de la luz en la pequeña antecámara, y luego atravesaron el estrecho arco. La capilla era más pequeña de lo que recordaba; le pareció claustrofóbica.

Matthew fingió estar examinando los paneles de Europa del Este, las estaciones de vía crucis, pero sus ojos se sintieron inexorablemente atraídos hacia el icono. Los colores, sutiles para empezar, parecían cambiar de ubicación. El manto era granate, malva y rojo sangre; la luminosidad parecía proceder de un lugar por debajo de la superficie.

Lo ayudaba centrarse en los detalles, pero cuanto más se acercaba, más difícil se le hacía observar la obra con objetividad. Se puso nervioso: tuvo la impresión de que una de las manos de la Virgen se había movido. Finalmente, cerró los ojos y se alejó del icono.

–No estoy segura de que te convenga estar aquí -dijo Ana en voz baja.

–No interpretes tu incomodidad en las reacciones de las demás personas.

–No lo hago. Te miro a ti, y pareces muy alterado. Matthew se volvió para evitar su mirada, luego respiró hondo.

–Sólo estoy cansado, nada más. Debería irme ya.

En realidad, no tenía ningunas ganas de marcharse, pero le inquietaba la atención que Ana le prestaba, su aparente necesidad de llegar hasta el fondo de sus emociones.

–De acuerdo -claudicó ella.

Matthew cerró los ojos una vez más para tranquilizarse. En un instante, sintió que la mano de Ana se apoyaba sobre su hombro, que sus labios se posaban dulcemente en los de él. Luego, ella se apartó. El contacto había sido lo suficientemente breve como para considerarlo amistoso, si él dejaba las cosas tal como estaban. Se miraron durante medio minuto, envueltos por la cálida luz y las paredes cercanas. Ana trató de retenerlo, pero no pudo.

–¿No estás acostumbrado a hacer el trabajo, verdad? Las cosas te vienen dadas.

–Lo siento. – Pero sus palabras no sonaron a la respuesta confusa que pretendía, sino a la disculpa que en realidad era-. Básicamente, las cosas se alejan de mí.

–Pobrecito.

Ana se dirigió hasta la puerta, pero él la alcanzó y la asió por el hombro. Ella se giró y volvió a besarlo, aunque ahora con más intensidad. Esta vez, Matthew se dio por aludido.

CAPÍTULO 8

Se suponía que debía esperar en la acera hasta que el sedán negro llegara a toda prisa por la calle Setenta y nueve, pero era un día frío, y Matthew decidió sentarse en la cafetería. Los grandes ventanales de cristal ofrecían una vista del cruce, atiborrado de gente y de vehículos, de personas que compraban y que iban a los museos, todos ellos avanzando por debajo del pequeño letrero que bautizaba ese tramo de calle con el nombre de Patriarch Dimitrious Way. El consulado griego estaba al final de la vía.

Le costaba concentrarse, debido a la falta de sueño y a un estado bastante desagradable de agitación. Sin advertencia previa, su mente empezó a divagar con las experiencias que había vivido horas antes en la calidez de la cama de Ana, en el calor inesperado de su cuerpo. Ella estaba tan dispuesta a entregarse a él que bastó una simple caricia. Matthew continuó acariciándola durante un rato, de distintas maneras, totalmente absorto con la idea de agradar. No tomó la decisión consciente de quedarse, simplemente se encontró allí en las primeras luces del día, con el peso de ella sobre él, antes de que se diera cuenta de dónde estaba. Medio dormidos, redescubrieron su ritmo y avanzaron de una forma constante e irreal; Ana se reía, avergonzada de su propio placer, sus muslos se movían espasmódicamente contra sus caderas, y todo su cuerpo respondía a cada movimiento de Matthew. La había abrazado durante mucho rato, sin decir nada, oliendo su pelo, su piel, su mente y sus músculos, que al parecer se relajaban por primera vez en varias semanas. Matthew todavía se sentía imbuido de una dichosa y sencilla sensación por lo bien que lo habían pasado juntos.

Mientras desayunaban, volvieron a hablar del icono, y parecía que Ana había llegado a una conclusión. Matthew le recomendó que no se precipitara, aunque su actitud no contrarió al joven. En el umbral de la puerta, ella no lo dejó marcharse.

–Ha sido una imprudencia -declaró Ana mientras le apretaba la mano-. Apenas nos conocemos.

–Conocerse lleva tiempo. No nos ha ido tan mal.

–Ni siquiera sé la edad que tienes.

–¿Y eso importa? – No.

–De acuerdo. Tengo catorce años -confesó-. En realidad, me afeito desde los once.

Ana sonrió, aunque ella ya estaba pensando en otra cosa. – Tú no querías casarte con ella. Ése era el problema, ¿verdad?

Pronunció estas palabras con tanta seguridad que él no sintió ninguna necesidad de responder.

–Eso no hace que sea culpa tuya, Matthew. Es sólo una decisión.

–Tengo treinta años.

Ana fingió estar decepcionada, aunque ella no podía ser mucho mayor. Evidentemente, estaba acostumbrada a estar rodeada de hombres mayores. Finalmente, Matthew consiguió soltarse de ella y penetró en la gélida mañana, aunque todavía podía recordarla de pie en el umbral de la puerta entreabierta, vestida con una bata gris de cachemira, el pelo revuelto, los ojos azules siguiéndolo por la escalera, observándolo, conociéndolo de una forma intensa e inquietante. Matthew notó una corriente de aire, y pasó sus manos alrededor de la taza de café de porcelana. Cuando levantó la vista, Fotis estaba en la acera, justo al lado de la parada del autobús. El anciano fingía estar mirando a su alrededor, pero Matthew estaba seguro de que lo había visto en la ventana antes de salir del coche. Se levantó; Fotis lo miró directamente a los ojos y le indicó con un gesto que se quedara donde estaba.

–¿Llego tarde?

–No, simplemente no quería estar en la calle con este frío.

–Tenemos que conseguirte un abrigo más grueso. ¿Por qué no nos olvidamos del paseo y nos quedamos aquí?

–Claro. – Matthew colgó el abrigo de su padrino y se sentó en una silla, al otro lado de la mesa. El día transcurría lentamente, aunque el camarero acudió de inmediato.

–¿Es aquí donde sirven un riquísimo pudín de arroz? – preguntó Fotis.

–El mejor de Nueva York -corroboró Matthew.

–Pónganos dos raciones de ese pudín.

El camarero volvió sobre sus ocho pasos hasta el mostrador. Tres personas trabajaban en aquel pequeño espacio; lavaban los platos y se hablaban a gritos en un híbrido de griego y español.

–¿Y bien? – Fotis se inclinó sobre la mesa-. ¿Qué es eso tan urgente que no puede esperar?

–Te lo habría contado por teléfono.

–Este tipo de conversaciones es mejor mantenerlas en privado.

Matthew dio unos golpecitos en la mesa moteada de formica. Tenía que acorralar a aquel viejo bastardo.

–Estoy bastante seguro de que la señorita Kessler quiere hacer un trato con la Iglesia.

El anciano asintió lentamente con la cabeza.

–Excelente. Lo has hecho muy bien, muchacho. – Yo no he hecho nada, salvo hablar con ella.

–¿No te dije que era lo único que hacía falta?

–De todos modos, pensé que te gustaría saberlo.

–Sin embargo, tengo la impresión de que tú no estás demasiado contento.

Matthew se encogió de hombros cuando el camarero les sirvió el postre. Fotis empezó a comer de inmediato.

–Creo que es una decisión correcta -dijo el joven-, pero no puedo dejar de pensar que mi actitud ha sido deshonesta. Ella no sabe nada de tu relación con la Iglesia.

–¿Y qué tiene que saber? Ellos me pidieron ayuda y ha resultado ser innecesaria.

–Pensé en decírselo. Pensé en decirle a la señorita Kessler que ellos habían hablado contigo y tú conmigo.

Fotis siguió comiendo metódicamente, y un trocito de pudín se le pegó en el enorme bigote.

–Acabas de decirme que ella tomó esa decisión por sí misma. Si le cuentas todo esto, le estarás diciendo que dude de su decisión.

–Es que quizá debería dudar de ella.

El anciano levantó la vista y miró fijamente a Matthew. – ¿Por qué?

–Porque otro comprador podría pagarle más. Y un museo se responsabilizaría de la obra. ¿Quién sabe lo que harán esos griegos con ella?

–Exige saberlo.

–Ya te lo he dicho; no puedo exigir nada.

–Aconséjala. Por ahora, te ha salido bien.

–¿Y por qué tengo que perjudicar los intereses de mi museo?

–Eso es una cuestión totalmente distinta.

–Me estoy negando el derecho de tener esa obra al alcance de mi mano, examinarla con detalle siempre que me apetezca. Ésa es una idea muy atractiva para mí.

–Eso sigue siendo otro tema. – Fotis se interrumpió para masticar, al tiempo que dos mujeres gruesas que llevaban varias bolsas de plástico de colores entraron en el pequeño establecimiento, hablando en alguna lengua escandinava-. Ahora tenemos a la chica, tenemos el museo y te tenemos a ti. ¿Quién va primero?

–Es el icono de Ana.

Matthew no tenía intención de llamarla por su nombre de pila, pero si el viejo zorro se había percatado de ello, él no le daría cuerda.

–Estupendo. Ella tiene que pagar unos impuestos, lo entiendo, pero su situación financiera es sólida. No tiene ninguna necesidad de ganar dinero, aunque tal vez tenga necesidades de tipo espiritual.

–No es cosa nuestra hacer conjeturas al respecto.

–Su abuelo construyó una capilla para el icono. – Las cejas pobladas del anciano se levantaron expresivamente-. Madre mía, ¿acaso hay mejor prueba de sus intenciones que eso? ¿Acaso hay mejor forma de honrar sus sentimientos hacia la obra que donarla a la Iglesia? Luego está la chica. Y sinceramente, debo decirte que el museo me importa un comino. Tu lealtad es admirable, desde luego, pero se trata de una institución grande y rica que no tiene ninguna necesidad de tu protección. Cómete el pudín.

Matthew no tenía hambre, pero fue obediente y probó un bocado.

–En cuanto a tus necesidades -continuó Fotis, cuya larga cuchara repiqueteaba contra el cristal vacío del plato-, sí me interesan mucho.

El viejo se limpió la cara discretamente y dirigió su mirada hacia la calle. «Siempre al acecho -pensó Matthew-. ¿Por qué?»

–La Iglesia querrá asegurarse de que cuenta con el icono antes de que la chica lo piense dos veces, pero no podrán tomar posesión inmediata del objeto. Todavía no han previsto su transporte, ni tampoco qué será del icono cuando llegue allí. Puedo facilitarles un espacio neutral para guardar la obra unas cuantas semanas, así como

un seguro. Es lo que hago con mis obras. Podrás contemplar siempre que quieras el icono durante todo ese tiempo.

–Hay empresas especializadas en el almacenaje y el transporte de obras de arte. Puedo recomendarte unas cuantas. Me cuesta creer que te encarguen eso a ti.

–Ya te he dicho que podría apañármelas.

Matthew arrugó la frente. Necesitaba dormir, y necesitaba pensar con claridad.

–¿Ya lo has organizado? ¿Hasta qué punto estás comprometido con esas personas?

–Hemos hablado de ello, aunque aún no hemos llegado a ningún acuerdo. Harán lo que les diga. Colaboro generosamente en varias de sus causas y, a diferencia de ti, no me avergüenzo de hacer uso de mis influencias. De todos modos, prefieren tratar con compatriotas, ya conoces a los griegos.

–¿Y por qué lo haces?

–¿No crees que sea por la Iglesia? – Fotis le sonrió-. Eres un joven muy receloso. Pues bien, di que es para mí. Hay pocas cosas en la vida que me satisfarían más que devolver el icono a Grecia y pasar unos maravillosos días solo con él antes de despacharlo.

–Entiendo.

–Además, hay otra persona que podría beneficiarse de ello. – Fotis miró atentamente a Matthew, pero éste no tenía ganas de seguirle el juego-. Tu padre saldrá en breve del hospital.

–¿Mi padre? – Una oleada fría de pánico hizo que Matthew se comiera el pastel.

–Sí.

–No es muy aficionado al arte. Ni a la religión.

–Si recordaras lo que has leído, entenderías que la fe no siempre es necesaria para curarse. Forma parte de la naturaleza general de lo milagroso. Los escépticos son muy importantes para cualquier religión. Su resistencia define la fe, y normalmente dice algo sobre sus corazones. Los auténticos ateos nunca se molestan en reflexionar sobre la materia. La burla de tu padre me informa de algo distinto de lo que él pretende.

–Estoy seguro de que le interesará mucho oírlo -soltó Matthew, enojado porque Fotis se atrevía a meter a su padre en aquello, mientras las palabras del anciano suscitaban otros sentimientos más esquivos.

–No seré tan tonto como para decírselo, y confío en que tendrás la cautela de no mencionar esta cuestión. Vendrá a visitarme a mi casa cuando salga del hospital. El icono estará allí. El resto queda en manos de Dios.

–¿En manos de Dios? – Matthew apenas podía contenerse. Sus cavilaciones habían huido de su mente, de las viejas y polvorientas páginas de la biblioteca hasta los labios de su padrino. Su propio desprecio moría en su lengua, acallado por alguna emoción más intensa. ¿Temor? ¿Acechaba el temor debajo de la superficie de su justa indignación? Pero ¿qué debía temer?-. ¿Sinceramente crees que el icono lo curará de forma milagrosa?

–No espero nada. No le negaría a tu padre la oportunidad de sacar algún beneficio del icono. ¿Tú lo privarías de ello?

–¿Y por qué ridícula razón se supone que no debo contarle a Ana Kessler la verdad?

–No le escondes nada útil. Y hay muchas razones por las que deberías dejar que las cosas siguieran su cauce. ¿Quieres que te las recite una vez más? ¿Necesitas más razones?

La indignación de Matthew alcanzó un punto crítico y se convirtió en un aborrecimiento paralizador. Un hombre que estuviera seguro de sí mismo haría lo que tenía que hacer, y no se quedaría allí sentado, discutiendo.

–¿Crees que la chica te lo ha contado todo? – prosiguió Fotis.

–¿Qué quieres decir?

–Sólo que es posible que guarde algún secreto.

–¿Como qué?

–Lo ignoro, pero la suya es una familia extraña y reservada, por lo poco que sé. Ella no ha dudado en volcarte hacia sus intenciones, en convertirte en su asesor personal.

–Lo hago gustosamente.

–Uno siempre se siente así con una mujer, ¿verdad?

–No me gustan tus insinuaciones.

–Las retiro. No necesitas razones egoístas para hacer lo correcto.

–¿Y cómo puedo saber qué es lo correcto?

–Harás lo que es correcto porque eres una buena persona. No necesitas el estímulo de la culpabilidad y la obligación familiar.

–Culpabilidad... -espetó Matthew-. ¿Te refieres a tus remordimientos?

–¿Acaso no somos una familia? Pero eso no era lo que quería decir. La responsabilidad es mucho más estrecha.

–Por favor, no te pongas misterioso, Theio. Di lo que tengas que decir.

Los ojos de Fotis se humedecieron repentinamente, y su rostro pareció encorvarse con su bigote.

–No quería hablar de ello. Infrinjo una promesa si lo hago. ¿Lo entiendes? To Fithee. La Serpiente.

–El hombre que mató al sacerdote.

El anciano extendió una larga. y temblorosa mano sobre la mesa y asió la manga de Matthew.

–No podemos saber si él lo mató realmente. Él hacía lo que creía que era correcto. Recuérdalo.

–Cuéntame.

–Tu Papou. – Fotis retiró la mano y miró a lo lejos. Matthew simplemente lo observaba.

–Papози era la Serpiente.

Fotis sólo asintió con la cabeza, se recostó contra el respaldo de su silla y dejó que el sombrero le cubriera los ojos, agotado. Matthew permitió que toda expresión de impacto o rechazo fuera acallada por su mente. De hecho, cuanto más tiempo permanecía allí sentado, en silencio por las terribles preguntas que afluían en su boca, más ciertas parecían ser éstas. No recordaba haber pensado en ello antes. Quizá lo hiciera, quizá eso explicara su actual contención. Los asesinos acaban por convertirse en entrañables ancianos. Matthew sabía que su abuelo tenía un pasado escabroso. Su padre le había dicho en más de una ocasión que ese hombre había cometido actos de los que ahora se avergonzaba, acciones que lo atormentaban. Sin lugar a dudas, existían ciertas circunstancias que podrían explicar lo ocurrido, aunque Matthew tenía la sensación de que nunca sabría cuáles eran. Podría investigar las respuestas, pero tendría que andarse con cuidado,

guardar sus secretos para que Andreas no sospechara, al menos hasta saber más información. Incluso ahora, después de tantos años, Matthew tenía la certeza de que su abuelo había viajado a Nueva York porque estaba tramando algo, algo distinto de visitar a su hijo en el hospital. Casi nunca se encontraba en el hotel cuando Matthew lo llamaba, y no decía a quién estaba viendo y por qué. ¿Sería algo relacionado con el icono?

–Si se lo pregunto a él, ¿me lo confirmará? Fotis pareció sorprendido.

–Hijo, ¿qué podría responderte a eso? Podría decirte la verdad, o inventarse una mentira, no lo sé. Es más que probable que no dijera nada, pero creo que le partiría el corazón descubrir que tú lo sabes. Te pido, por favor, que no se lo menciones.

En el silencio que siguió a las palabras del viejo, el camarero dejó la cuenta sobre la mesa. Cuando Fotis no la cogió de inmediato, Matthew se dio cuenta de que su padrino estaba deshecho. Cogió la nota y la plegó distraídamente varias veces.

–Maldita sea, Theio. Desearía no haber sabido nunca esto.

Andreas, que viajaba en el asiento de atrás con Matthew, combatía el embotamiento que siempre sentía en un coche demasiado cálido. La suave conducción de su nieta Mary, la científica en período de formación, no facilitó sus esfuerzos. Jamás había conocido a una mujer que condujera tan bien. En el asiento del acompañante, Alekos seguía estando callado y pálido, pero sus ojos resplandecían con una nueva vida mientras observaba las arboledas húmedas de la primavera. No tenía previsto ver de nuevo ese lugar, se dijo Andreas, y se preguntó si ésa sería la última vez que lo vería.

«Me he perdido toda su vida», pensó el anciano. Cuando Alex era un crío, él siempre estaba de viaje, cumpliendo algún tipo de horrible encargo. Servía a su país. Recados para algún sádico, o lo que era peor, para algún arrogante idealista que en poco tiempo se corrompería. Jubilaciones forzadas cuando los gobiernos cambiaban, y perder la oportunidad de llevar una vida normal cuando lo llamaban para servir a otro idiota igual que el último al que había servido. Quizá tardaron meses, pero al final todos entendieron cuánto necesitaban a hombres como él; hombres irreemplazables, que conocían todos los secretos.

¿Por qué volvió una, dos y numerosas veces? ¿Porque era lo único que sabía hacer? Podría haber aprendido otro oficio. Podría haber sido un hombre de negocios. ¿Por qué continuó en aquel juego terrible, con el que nadie salía ganando y que sólo servía para conservar a aquellos idiotas en el poder? Si estaba de buenas, Andreas entendía la necesidad; había enemigos reales. Pero luego estaban todos aquellos hombres destrozados de mente y espíritu debido a creencias inofensivas. Y ellos no eran muy distintos de él.

En poco tiempo, Alekos se marchó a estudiar a Estados Unidos, donde se enamoró, y nunca volvió a casa. No era mala idea, debido al estado en el que se encontraba Grecia en aquella época. Pero los lazos familiares fueron puestos a prueba, y la muerte de Maria pareció quebrarlos. Andreas sospechó que Fotis había hablado sin tapujos con Alekos o con su insensible sobrina Irini, la esposa de Alekos. No había otro modo de que su hijo supiera ciertas informaciones, datos que habría sido mejor que desconociera. Sólo Dios sabía qué intenciones tenía Fotis. ¿Abrir una brecha entre padre e hijo? Si tenía previsto intervenir y hacer de padrastro, ese plan le había fallado. También se había separado del muchacho. Las rebuscadas historias habían provocado que Alekos empezara a ver tramas donde no las había. Aunque esa explicación parecía exculpar la parte que le correspondía a Andreas. Su ausencia, sus acciones, habían posicionado de algún modo la mentalidad de su hijo, se volvió frío y científico ante la vida, algo que él echaba en falta en todos los sentidos.

O quizá estaba siendo injusto con ambos. Todo padre hería a su hijo, era casi un deber. Un hombre necesitaba forjarse su camino, ¿y acaso Alekos no lo había hecho? Aparte de su carácter cínico y ofendido, había encontrado una esposa, engendrado a dos hermosos hijos y había tenido éxito en su carrera. El precio que había tenido que pagar era el rechazo de su antigua vida, su antiguo país, su padre. Era justo. Quizá no fuera necesario, pero era justo.

La casa, un modesto edificio de piedra situado en aquella ciudad de enormes mansiones de ladrillo, se erigía detrás de unos arbustos de cicuta. Alex se negó a utilizar la silla de ruedas y apoyándose en su hijo y en su hija, caminó hasta la escalera principal. En el interior de la casa, Irini lo ayudó a entrar en su despacho, donde descansaría hasta

tener fuerzas para subir la escalera. Andreas se quedó sentado en una silla cerca de un radiador, pero cuando los demás se retiraron a la cocina, se unió a ellos.

–Tiene buen aspecto -comentó Mary-. Quiero decir, que parece contento de volver a estar en casa.

–Dios quiera que pueda quedarse aquí -replicó Irini, batiendo unos huevos con fuerza. Parecía una mujer capaz de valerse por sí misma.

–Babás, ¿quieres un vaso de agua?

–Prepara la sopa, yo iré a buscar el agua.

Pero Mary intervino, algo muy conveniente porque Andreas no sabía dónde estaban los vasos. Sólo había estado en aquella casa dos veces, y tenía la impresión de estar visitando a unos parientes lejanos. Eso intensificó su tristeza, pero trató de acallarla, y aceptó gustosamente el vaso de agua de su nieta. Mary todavía tenía cara de niña, pero tenía veintisiete años y aún no estaba casada. «Es demasiado hermosa -pensó el anciano-; dispone de muchas opciones.»

–Gracias, hija.

–¿Quieres que te cuelgue el abrigo?

–Dentro de un rato.

–Mamá, voy a encender el radiador, Papou tiene frío.

–Estoy bien, no insistas -protestó Andreas.

La mayoría de los ancianos de su país esperaban ese tipo de atenciones, pero él las encontraba humillantes. No podía sentarse como un pachá, esperando a que le sirvieran. Pedía lo que necesitaba, o lo conseguía por sí solo. Por lo demás, prefería ser invisible.

–Cuida de tu padre.

–No hay nada que pueda hacer por él. – La chica parecía afligida.

–Ven, siéntate a mi lado.

Andreas apretó la mano de Mary y le acarició el cabello. Matthew se los quedó mirando desde el otro lado de la mesa. Se estaban gestando problemas. Todavía no habían hablado en serio, aunque Andreas llevaba allí casi una semana. Aparte de las largas caminatas en el hospital, no se habían visto a solas. El joven estaba ocupado, aunque tendría que encontrar un hueco para hablar. No cabía la menor duda de que podía confiar en su sentido común; era más una cuestión de ahorrarle la agitación mental que podrían provocarle las

maquinaciones del viejo manipulador (suponiendo que Alekos tuviera razón). El hombre levantó una mano firme.

–Maria. – Irini vertió la sopa espumosa en un cazo, y escurrió un limón, lo que impregnó la cocina de un olor ácido-. Ve a buscar una bandeja y prepárala para tu padre.

Mary se levantó una vez más, y las dos mujeres atravesaron el pasillo hasta el estudio. Los dos hombres se quedaron solos en la cocina repentinamente silenciosa, y la distancia entre ambos era palpable.

–Prepárate para oír gritos y destrozos de porcelana -dijo Matthew.

–Creo que se tomará la medicina.

–Es verdad, la sopa de avgolemono cura el cáncer. Andreas asintió con la cabeza.

–Es posible.

–Siento que no hayamos tenido tiempo de vernos. Ha sido una semana más ajetreada de lo que había previsto.

–Yo también he estado ocupado, aunque estaría bien hablar un rato los dos solos. Pero no aquí.

–¿Pasarás la noche aquí?

–Si tu madre me lo pide...

–No te lo pide porque lo da por sentado. Andreas cambió de tema.

–Cuéntame cómo te va en el trabajo.

–Es una época frenética. – Matthew colocó sus pies sobre una silla. Parecía cansado-. Me estoy ocupando de los derechos de unos cuadros para una nueva exposición. Y he estado fuera un par de días, investigando y haciendo llamadas.

–¿Sobre el icono griego?

–Básicamente, sí.

–¿Y el museo piensa comprarlo?

–A decir verdad -respondió Matthew, deteniéndose para ordenar sus pensamientos-, el museo tiene sus dudas.

–¿Ah, sí? ¿Por qué?

–La vendedora no se anima. Además, los del museo se han puesto nerviosos. Parece que el icono es un objeto robado. – El chico lo miró fijamente. ¿Qué sabía? Algo sabría, desde luego, pero probablemente no mucho-. Supongo que eso no te sorprende.

–Ya sabes que me crié en ese pueblo, antes de ir a Atenas. Estuve allí durante la guerra.

–Fue sitiado por los alemanes -añadió Matthew intencionadamente.

–Correcto.

–Y alguien murió tratando de evitarlo.

–¿Qué más te ha contado Fotis?

El estilo judicial del joven se vino abajo. – Casi nada. Sólo lo que te he dicho.

¿Sería correcto hablar de ello? ¿Obtendría consuelo o más dolor? ¿Podría contárselo al chico? ¿Podría hacerse eso a sí mismo, una vez más?

–Dime la verdad. ¿Qué te ha dicho?

–Nada. Quiero que me lo cuentes tú. Quiero oírlo de ti. No se oyó ningún ruido procedente del estudio. Era como si esas tres personas hubieran desaparecido. Andreas observó el esbozo al carboncillo que estaba enmarcado y colgado en la pared que quedaba detrás de Matthew; era un perfil del rostro de Alekos, dibujado por el joven a los catorce años. Una obra muy habilidosa. «No sabe lo que dice -pensó Andreas-, porque en realidad no sabe nada. Alguien se ha ido de la lengua y el chico está presionando. No soy el primero a quien ha preguntado, lo que significa que los demás no le han contado nada.» Pensó en la promesa que él y Fotis habían hecho años atrás. ¿Todavía le debía ese silencio después de lo que había pasado desde entonces? ¿Había alguna forma de hablar con Matthew sobre el tema sin romper la promesa?

–Lo siento -dijo al fin-. Es una de esas absurdas situaciones en las que, si no lo sabes, no puedo decírtelo. Es una promesa entre tu padrino y yo.

De pronto, se oyeron voces procedentes del despacho. La expresión de Matthew se tornó distraída. O bien dejaba estar el tema, o pensaba en enfocarlo desde otro ángulo. Después, oyó unos pasos en el vestíbulo, y los dos hombres se miraron. Una perpleja y derrotada Irini apareció en el umbral de la puerta.

–Me lo ha tirado. ¿Podéis creerlo? – Matthew le acercó una silla, pero su madre no se sentó, sólo se apoyó en su hijo-. No soporta que lo ayude.

–Probablemente insistes demasiado.

–Sólo quiero asegurarme de que coma.

–¿Trataste de darle la comida con cuchara?

–La estaba escupiendo.

–Tienes que dejar que lo haga él solo. No quiere sentirse como un inválido.

La mujer se sentó, meneó la cabeza, colocó las palmas de las manos sobre la mesa y posó su mirada en la ventana salpicada de gotas de lluvia.

–¿Te quedarás a dormir esta noche? Él se encogió de hombros.

–¿No? – La voz de Irini pareció severa-. ¿Querrás que mi hija te lleve en coche hasta la ciudad con toda esa oscuridad y la lluvia que está cayendo, viejo egoísta?

El anciano se sorprendió de su agresividad, aunque se dio cuenta de la necesidad que su nuera tenía de expresarla. Aquélla no era la criatura pasiva y manipuladora que se había casado con su hijo hacía treinta años. Se había vuelto arisca, y se enorgullecía de ello.

–Jamás le pediría algo así. Me quedaré, si tú quieres que me quede.

–Eres bienvenido a esta casa -respondió, más calmada-. Siempre has sido bienvenido.

«No hablemos de ese tema», pensó Andreas.

–Siento haber interrumpido vuestra charla -continuó Irini-. Ignoro qué habéis estado tramando durante toda esta semana, pero no me importa. No obstante, no habrá ninguna discusión secreta, ni peleas, ni historias dolorosas mientras estéis en mi casa. No quiero que Alex se altere, o que nadie esté preocupado a su alrededor. ¿Entendido?

Irini miró primero a Andreas, y él asintió. Después vino Matthew.

–Bien. Necesito vuestra ayuda, chicos. Matthew, ve a sentarte con tu padre. Babás, ve a dormir al sofá. Te despertaré dentro de media hora.

Los dos hombres se levantaron para satisfacer los deseos de Irini.

Ella lo besó en la puerta de entrada para que todo el mundo lo viera, y Matthew se dio cuenta de que no le importaba. Apenas podía recordar haber caminado hasta allí, porque se sintió casi inconscientemente atraído hacia su puerta. Había sido un impulso visceral, intenso, de estar a su lado, porque su cuerpo, en vez de su

mente, sabía mejor qué le convenía. Ana lo hizo pasar y lo retuvo en sus brazos durante unos largos y reconfortantes momentos.

–¿Tu padre está en casa?

–Sí. Ayer salió del hospital.

–¿Y te parece bien así? – Ana se echó hacia atrás y posó una vez más su comprensiva mirada en él, como si leyera sus dudas-. ¿Es eso bueno?

–Lo es. – Matthew pareció discernir la verdad del asunto allí mismo. Al diablo con el tratamiento; la familia y el hogar eran más importantes. Cuidados, esperanza, fe-. Se encuentra bien. – Matthew le sonrió como si eso fuera cosa suya-. A ver si notamos una mejoría.

Cuando Ana no preguntó nada más, Matthew empezó a recorrer el pasillo hacia la cocina; su mente ya imaginaba la escalera que conducía al sótano, la pequeña cámara y aquella otra mujer que constituía la tercera parte de aquel triángulo. Ana lo asió por el brazo y lo llevó en dirección contraria, hacia la escalera que subía.

–No, hoy nada de iconos. Sólo tú y yo.

Él se dejó llevar por Ana mientras subían la escalera, sus piernas querían, pero sus músculos estaban tensos; su corazón empezó a palpar muy de prisa. El temor lo perseguía una vez más. Quería estar arriba, con Ana. Quería estar en el sótano, con el icono. Ella no podría separarlo del icono. La idea lo puso furioso, pero esa ira lo avergonzó. Luchaba por controlar sus emociones mientras Ana se quitaba la ropa lenta pero metódicamente. No había remedio. Ella lo veía todo, de eso estaba seguro.

–Quiero que esta relación gire en torno a nosotros, Matthew. Quiero que parte de ella sólo tenga que ver con nosotros.

Ana se quitó la blusa y apoyó sus pechos y su vientre contra él. Su piel fría y los pezones duros requirieron su atención. El cuerpo de Matthew reaccionó, burlándose de su ira, ignorando la falta de disciplina en su mente alterada y recelosa. Recordó las palabras de Fotis. ¿Quién sabía qué secretos guardaba Ana? En aquellos momentos, ¿a quién le importaba? Sus lenguas se encontraron; Matthew recordó la noche que habían pasado juntos. Quería más, quería perderse en ella. La Madre de Cristo se alejó, pero no desapareció de sus pensamientos.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 9

El sacerdote se sentó en una silla baja que había en la esquina, aunque parecía dominar toda la estancia. En el transcurso de los pocos minutos de cháchara necesarios para que todo el mundo se sentara, Matthew se enteró de que el padre Tomas había nacido en Grecia, aunque había sido ordenado en la rama norteamericana de la Iglesia, y que había servido al obispo Makarios en Nueva Jersey. Había llegado solo, sin ningún ayudante. Debía de tener unos cincuenta y pico de años, sienes canosas, cabello moreno rizado, así como una boca recta que inspiraba confianza y una mirada amable. Al principio, reveló poca cosa sobre el motivo de su presencia, pero sacó unos documentos del Santo Sínodo de Atenas que parecieron satisfacer al abogado de Ana, Wallace.

En la única esquina iluminada del oscuro despacho estaba la Virgen sobre un caballete de aluminio, y parecía mirar fijamente a todos los presentes. Matthew la había estado mirando durante mucho rato antes de que llegara el sacerdote, mientras Ana y su abogado conversaban, aunque ahora le había dado la vuelta a la silla y trataba de aclararse las ideas. Tomas había examinado el icono cuando había llegado, pero desde ese momento prácticamente lo había ignorado. Sus ojos vagaban por las inmensas estanterías de roble, y aunque no se posaban en ningún objeto en concreto, captaban mucha información.

–Tu abuelo coleccionó algo más que cuadros, por lo que veo.

–Sí -respondió Ana-. Estaba muy orgulloso de su colección de libros. Quizá incluso más que de los cuadros. Creo que mantenía una relación más estrecha con los libros.

–Claro, el sucmololu. Podemos tener una relación más íntima con un libro, sostenerlo, y pasar sus páginas. Un libro es un amigo. Un cuadro simplemente está colgado, ajeno a todo. – El sacerdote volvió a levantar la mirada-. Veo a algunos amigos míos en estos estantes. Dostoievski, Flaubert, Kazantzakis. Y algunos títulos muy poco frecuentes. Quizá podamos hablar de libros, después de hablar de arte.

–¿Por qué no nos dedicamos a una transacción por vez? – interrumpió Wallace. Se acercaría a los setenta años, tenía el pelo gris y los ojos reumáticos, una voz grave y una tos seca que delataba un largo

hábito de fumar, recientemente superado, a juzgar por sus nerviosos dedos. No había nada en su postura encorvada, su mirada voluble o su falsa forma de hablar que le transmitiera confianza a Matthew, pero Ana parecía sentirse cómoda con él.

–Por supuesto -respondió el padre Tomas.

–Bien -Wallace removió sus apuntes sin razón aparente-, supongo que podemos dar por sentado que la obra lo satisface.

–Si se refiere a la calidad artística de la pieza, no soy la persona adecuada para juzgarla, pero puedo afirmar que me agrada. Evidentemente, está muy deteriorada.

–Es el deterioro normal del transcurso de los siglos -interrumpió Matthew-, aunque no ha ido a peor en los últimos sesenta años.

–En cualquier caso -prosiguió el sacerdote-, aunque esto podría decepcionar a un coleccionista, a mí me sirve para establecer la edad del icono. Y además le añade misterio.

El abogado carraspeó; daba la impresión de que quería escupir.

–Y se siente satisfecho con que éste sea el icono que buscaban.

–La Virgen de Katarini. Insisto: no soy especialista en arte, pero se corresponde con la descripción. Algunos de mis hermanos griegos conocen bien la obra y podrán identificarla. ¿Qué opina su experto?

Los tres miraron a Matthew. Aunque se había resistido a incentivar a Ana para que ésta tomara una decisión, sí le había dado todo su apoyo cuando la tomó, porque tenía miedo de que el abogado la hiciera cambiar de opinión. Pidió incluso estar presente en las negociaciones, pero no se le ocurrió que alguien pudiera formularle preguntas.

–Bueno, se corresponde con todo lo que conozco del icono de Katarini. Desde luego, no he podido comprobar sus poderes milagrosos. – Sólo el sacerdote rió-. Aunque puedo decir con toda seguridad que es una obra preiconoclasta, algo muy poco habitual, y que es de un gran logro artístico.

–En su opinión -atajó Tomas.

–Y según los niveles de arte religioso de esa época.

–¿Es usted griego?

Aparentemente, era una pregunta inofensiva, pero Matthew dudó.

–Sí, lo soy.

–Pues entonces, considero que su opinión es doblemente valiosa.

–Bien, veo que estamos de acuerdo en estas cuestiones -añadió el abogado-. Podemos pasar al tema financiero; imagino que deben de estar ansiosos por hablar de ello. – Hablamos de una cifra hace unos días.

El sacerdote creó una pausa dramática mientras bebía su vaso de agua y observaba fijamente el objeto que tanto apreciaba.

–Yo no diría que hablaríamos de nada en concreto. Simplemente se mencionó una cifra, y muy elevada, por cierto.

–Nosotros no creemos que lo sea.

–Quizá un millón y medio de dólares sea una suma modesta para su estilo de vida. La Iglesia griega es una pequeña congregación de un país pequeño, y entendí que este factor se tendría en cuenta. Jamás hemos visto que un icono se vendiera a ese precio.

–Dudo de que un icono tan peculiar se haya puesto a la venta, al menos que nosotros sepamos.

–Cierto. Pero un icono de bastante reputación se vendió hace unos años por menos de un tercio de la cantidad que usted menciona. Ése es el mayor precio que conocemos. Quizá sea lamentable que estos objetos que nosotros veneramos no sean considerados con la misma estima en la comunidad artística que algunas obras seculares, pero es así. Nadie paga esos precios astronómicos por los iconos.

–Debo decirle, padre, que ya hemos recibido una oferta por esa cantidad de un cliente privado. – Wallace se deleitó con el silencio que siguió a esa pequeña bomba.

Matthew se quedó tan sorprendido como el sacerdote, y se preguntó si sería cierto.

–Le recuerdo que no lo hemos buscado -continuó el abogado-, y que no es nuestro deseo que ese objeto caiga en manos privadas, pero una cifra como ésa impone respeto. Mire, el mercado ruso se está agotando. Han robado todo lo que han podido de ese país. El precio de los iconos subirá, pero para una pieza tan extraordinaria como ésta...

–Evidentemente, nosotros no tenemos nada que ver con la excentricidad de los coleccionistas -atajó Tomas, mientras recobraba la compostura-. Yo tenía la impresión de que nuestra única competencia era institucional. Dígame, ¿estaba el Metropolitan dispuesto a pagar una suma como ésta?

El sacerdote no lo estaba mirando, pero Matthew se preguntaba si tenía que responder. Sin embargo, Wallace se adelantó una vez más.

–Nunca llegamos a concretarlo. Pero, por lo que sé, sí estarían dispuestos.

–¿Aunque luego se demostrara que es una obra robada?

–¿Sabe? – replicó Wallace, mientras bajaba amenazadoramente el tono de voz-, usted es la única fuente de ese rumor. – El abogado abrió mucho los ojos.

–Es un hecho, señor, no un rumor -replicó fríamente el sacerdote.

–Nunca he visto datos al respecto. Y es una arma muy conveniente para rebajar el precio.

–Podemos presentarles pruebas de ello, se lo aseguro.

–Me perdonará si tengo mis dudas. En cualquier caso, la herencia establece unos requisitos mínimos financieros, y si para cumplirlos tenemos que recurrir a compradores privados, lo haremos. No creo que el coleccionista del que antes hablábamos tenga problemas con el precio.

–¿Consideraría seriamente venderlo a manos privadas? – La indignación de Tomas colmó la estancia.

–Tratamos con todas nuestras fuerzas de evitarlo. Le ofrecemos la oportunidad de poner esta obra a disposición del público y devolverla a su tierra natal, pero tiene que colaborar con nosotros, padre. La señorita Kessler tiene obligaciones que cumplir respecto a la finca de su abuelo.

Matthew se percató de que gran parte de aquella discusión era una simple táctica de negociación, pero la alternativa con la que el abogado había amenazado era exactamente la que Matthew temía. Tuvo que esforzarse mucho para no contagiarle el pánico a Ana. Tomas volvió a guardar silencio y luego esbozó de nuevo su beatífica sonrisa.

–Déjenme, como dicen algunos, poner las cartas sobre la mesa. Tengo permiso para ofrecer hasta setecientos mil dólares. Estoy bastante seguro de que, con una llamada telefónica al obispo Makarios aquí y a otros en Atenas, podría subir esa cifra hasta acercarme al millón. Pero no pasarán de ahí. Wallace se ajustó las gafas y se acomodó en su silla. – Bueno, al menos es un movimiento por su parte. Lo entenderemos como un paso alentador, padre.

–Por favor, no me malinterprete, señor Wallace. He sido sincero con usted; no abuse de mi confianza. Les he hecho la mejor oferta que podemos hacerles.

–Ya basta. – La voz de Ana los sorprendió a todos-. Arthur, creo que es suficiente.

Durante unos momentos, nadie se dignó abrir la boca. – Mi clienta y yo tenemos que hablar -conjeturó Wallace. El sacerdote se encogió de hombros.

–No -insistió Ana con un tono de voz sosegado-. No creo que sea necesario. Sé lo que me digo.

–No hay ninguna razón para precipitarse. Tenemos varias opciones que sopesar.

–Entiendo que alguien esté dispuesto a pagar más, pero eso no me importa.

–Hay otras cuestiones. Ana miró a Matthew. – ¿Tú qué opinas?

El joven respiró hondo y tuvo que esforzarse por superar sus temores, ignorar el sudor que sentía en la base del cráneo y que le provocaba aquella antigua pintura que se encontraba al fondo del salón.

–El señor Wallace tiene razón. Si estás conforme con el precio, adelante, pero hay otras cuestiones que debes conocer.

–¿Como qué? – preguntó Tomas.

–¿Qué acceso tendrá ella cuando se venda el icono? ¿Estará disponible para posibles exposiciones de la colección de su abuelo?

–Sí, todas esas cuestiones están especificadas en mis papeles -aclaró el abogado, mientras blandía su cuaderno de notas jurídico.

–¿Dónde estará expuesta la obra? – continuó Matthew-. ¿Qué acceso tendrá el público en general? ¿Qué medidas tomarán para su protección y su preservación?

–Excelentes observaciones -reconoció el sacerdote-. No puedo contestar a ninguna de ellas en este momento, salvo para decir que podremos satisfacerlas todas.

–Hablemos de ellas, de todas formas -protestó el abogado en un gesto de reafirmación.

–Ciertamente, cualquier petición de la señorita Kessler para ver el icono se atenderá favorablemente. En cuanto a prestar la pieza para

una exposición, dudo que el Sínodo se comprometa a algo así.

–Eso no me importa -dijo Ana.

–Probablemente, el icono estará colgado en la catedral de Atenas. Esté donde esté, se mostrará a los fieles. No es nuestra intención esconderlo, porque eso iría en contra de nuestras intenciones. Pero tendremos que tomar medidas para salvaguardarlo, y no volver a perderlo.

–Por supuesto -contestó Wallace mecánicamente-. Puedo incluir todos esos detalles en un borrador del contrato.

–Dejándonos suficiente margen de libertad, supongo. Ya estoy aceptando más condiciones de las que otros compradores aceptarían.

–Eso forma parte del compromiso -insistió el abogado con tranquilidad-. Éstas son las condiciones que pedimos a cambio de vendérselo a un precio de ganga.

–¡Una ganga! – se burló el sacerdote-. Señor Wallace, usted podría dedicarse a vender alfombras en un bazar turco.

–Me halaga.

–En absoluto. ¿Entiendo que hemos llegado a un acuerdo?

–No hay acuerdo que valga hasta que usted vea las condiciones y sus superiores aprueben la suma de dinero. Pero yo diría que nos hemos entendido. ¿Ana?

–Sí, perfecto.

El sacerdote consultó su reloj.

–No sé si podré contactar con mis superiores esta misma tarde.

–Vea qué puede hacer -le recomendó el abogado-. Yo prepararé los papeles, y acabaremos con esto en los próximos días.

–Perfecto. Me satisface que sea así. Me satisface mucho. El sacerdote sonrió a todos los presentes. Si estaba asombrado por lo de prisa que se estaba desarrollando la negociación, o por su supuesta buena suerte, ocultaba muy bien sus sentimientos. Todos se levantaron para darse las manos, y Matthew se relajó un poco. Estaba ocurriendo. Ahora tenía que vigilar a los ancianos hasta que el icono se colgara en la catedral de Atenas. Entonces, podría realmente olvidarse de esa cuestión.

–Lo siento -se disculpó Ana.

El abogado levantó la mirada del maletín que estaba recogiendo y la obsequió con su sonrisa más paternal.

–No hay nada de lo que lamentarse. Desearía haber sido un poco más claro con la estrategia, pero no importa. Lo que interesa es que tú estés satisfecha con el resultado.

–Estoy contenta de venderlo. No podía soportar la idea de abusar de ese hombre porque es un sacerdote.

–Yo no me preocuparía demasiado por ello -intervino Matthew, colocando cuidadosamente una tela sobre el icono. Sintió una inmediata sensación de alivio cuando la figura desapareció-. La Iglesia griega es rica. Quizá no cuente con demasiado efectivo, pero posee bienes muy valiosos. Pueden pagarlo.

–Ese hombre parecía tan vulnerable, y solo.

–¡Vulnerable! – rió Wallace-. Vulnerable como una caja fuerte de hierro.

–Sí, estoy de acuerdo -apuntó Matthew-. Vulnerable no es la palabra que yo emplearía, pero me sorprendió la falta de asesores. Pensé que vendría con toda una corte.

–No los necesitaba. – Wallace interrumpió el argumento de Matthew-. Sus abogados supervisarán el contrato antes de firmarlo, de eso puedes estar seguro. Mientras tanto, confía en su propio juicio. Creo que querían acabar con esto rápidamente e implicar a muy pocas personas. – El abogado se puso un abrigo verde gastado, mientras tosía violentamente. Luego le dio unas palmaditas en el hombro a Ana-. Te enviaré cuanto antes el borrador de los papeles para que les eches un vistazo. Cuídate, querida.

Ana lo acompañó hasta la puerta. Matthew quería hablar con el abogado para hacerle unas preguntas, pero una mirada de Ana lo hizo permanecer donde estaba.

–Gracias por estar aquí -dijo Ana cuando se quedaron solos-. Formulaste unas preguntas muy acertadas.

–Wallace ya las tenía previstas.

–Necesitaba que estuvieras conmigo. – La joven buscó la mano de Matthew y éste se acercó a ella-. ¿Vas a tener problemas con el museo?

–No te preocupes por ello.

En realidad, si su papel en todo ese asunto salía a la luz, podría tener problemas con todo tipo de personas, pero Matthew descartaba ese pensamiento siempre que acudía a su cabeza.

Su trabajo se había resentido mucho en los últimos diez días, y había llegado a pensar que jamás podría centrarse nuevamente en él hasta solventar la venta del icono. En cierto modo, ese pensamiento lo tranquilizaba.

–Quédate un rato -propuso Ana.

Matthew no tenía ninguna intención de quedarse. Aquel negocio lo consumía; había robado tiempo para estar allí, y se había retrasado en muchos proyectos. La presión de su mano lo retuvo. Ahora no podía dejarla sola, y sabía que en cuestión de minutos ya no podría evitarlo.

El vuelo de conexión en Frankfurt se había retrasado, y el padre Ioannes llegó al aeropuerto JFK horas más tarde de lo esperado. Estaba previsto que Makarios enviara un taxi para recoger al sacerdote, pero Ioannes no sabía dónde habían quedado y no encontraba un teléfono público que funcionara. Perdió su equipaje durante un rato, luego lo encontró en la cinta de equipaje incorrecta. Cuando salió del servicio de caballeros, perdió la orientación y no encontraba la terminal de llegadas. «Así es como debe de ser el infierno», musitó. Era en esas ocasiones cuando necesitaba la paciencia que le habían enseñado en la montaña, pero cada vez era más difícil conservarla. Rezaría para conseguir una tranquilidad de espíritu cuando acabara de maldecir en silencio.

En la montaña, le hablaron acerca de un dios muy distinto del que conocían los sacerdotes de pueblo. El dios del antiguo sacerdote estaba triste y enfadado a la vez, como el hombre en cuestión. El joven sacerdote también había rezado a un dios de su misma naturaleza, un espíritu apasionado que respondía a las necesidades del momento, a la necesidad de resistir, de sobrevivir. Estas deidades satisfacían un propósito generado por el hombre. Hacían lo que se les pedía. En la montaña, no invocaban a un dios iracundo para asustar a los novicios. Se sabía que el miedo agudizaba los sentidos, y el miedo mantenía a un niño a raya, alimentado con incienso y visiones sagradas, hasta que llegaba a aceptar toda la profundidad y la extensión del verdadero dios en toda su gloria. Ioannes había necesitado más tiempo que la mayoría

de los jóvenes para llegar a esa disposición, pero las lecciones habían calado hondo en él. Los terrores que definieron su juventud, algo que al principio lo retuvo, se convirtieron en su sustento cuando descubrió su camino; entonces, se convirtió en el combustible de la luz de su mente.

Erradicó la oscuridad, y su alma abrió una puerta que conducía directamente al mundo del espíritu. Se habría dado por muy satisfecho si hubiera pasado una vida de aislamiento para explorar ese camino.

El joven achaparrado y calvo que vestía una chaqueta de cuero no le inspiraba confianza, pero conocía al sacerdote de vista. Cogió su equipaje y lo condujo hasta el aparcamiento exterior del aeropuerto.

–Por cierto, me llamo Demetrios -se presentó. – Apuesto a que todos te llaman Jimmy.

–Sí. Sé por qué ha venido, y sé lo que está ocurriendo. – ¿De verdad?

–Trabajo estrechamente con el obispo Makarios. No soy un simple chófer.

–Entiendo.

Era de algún modo apropiado que sus superiores le arrebataran su consuelo en el preciso instante en que lo abrazaba y volvía a introducirse en el mundo. Ioannes los había odiado por ello al principio, aunque con el paso de los años se había dado cuenta de que era una actitud coherente con su mensaje, coherente con el camino. El mundo del espíritu debe residir en su interior; debe llevarlo al mundo de la carne y permitir que influya en sus decisiones. Cualquiera podía conservar su fe dentro de las silenciosas paredes de un santuario. Pero el rebaño vivía en el exterior de esas paredes, y tenía que recibir la Palabra de Dios.

–Está aquí para ayudar a Tomas -insistió Jimmy mientras metía el equipaje en el maletero y entraban en el vehículo negro innecesariamente espacioso; los obispos norteamericanos siempre tenían coches de ese tipo-. Perdóneme si le digo que se ha retrasado un poco.

–¿Qué quieres decir?

–Nadie ha podido contactar con usted en varios días. Aunque quizá eso no signifique nada -añadió el corpulento conductor, con un tono de voz nada convincente.

Las dificultades surgieron cuando los viejos maestros fallecieron, y la instrucción era impartida por hombres más jóvenes que él, hombres que carecían de la llama interna en sus ojos. ¿Qué cabía esperar de un hombre cuando sus voces internas ya no se correspondían con las órdenes de las voces exteriores? Ioannes se había sentido de esa forma durante muchos años, aunque percibía que ese último proyecto desafiaría todo su ser. Quizá ya era hora de hacerlo.

–He quedado con Tomas mañana -aclaró el sacerdote. Jimmy se encogió de hombros mientras el coche descendía la sinuosa rampa de cemento débilmente iluminada. – Espero que aparezca.

Ioannes tuvo que combatir una creciente inquietud. Todo ocurría por alguna razón, y bajo ningún concepto debía fiarse de las palabras de aquel hombre menudo y nervioso.

–E1 padre Makarios y yo resolveremos esta cuestión, confío en ello.

–Makarios -soltó Jimmy en un tono burlón-. No se lo tome a mal, el obispo me cae muy bien. Pera le advierto que yo soy el tipo a quien necesitará en todo este asunto.

–Lo tendré en cuenta.

CAPÍTULO 10

Debería de haberlo sabido. Todo se había torcido desde el principio, pero Matthew había seguido adelante con obstinación, sintiendo que tenía que justificar todas sus acciones. El problema había empezado con la llamada del día anterior, en la que Fotis se había mostrado asustadizo.

–La chica ha hablado contigo.

–Ella asegura que el contrato se firmó ayer -asintió Matthew-. Tomas y alguien más fueron a recoger el icono la noche anterior. Y lo depositaron en tu casa, supongo.

–Todo ha salido según lo previsto, gracias a Dios.

–Han pasado casi veinticuatro horas. Esperaba que llamaras.

–Mis disculpas. ¿Te apetece volver a ver el icono? Podemos quedar algún día.

Matthew tuvo que hacer esfuerzos para hablar. – Dijimos que debería verlo otra persona.

–Sí. – Un susurro nervioso-. ¿Crees que querrá?

–No lo sé; no tiene muchas ganas de nada últimamente. Creo que ése es el problema.

–No quiero causarle ninguna angustia innecesaria durante su recuperación.

–No es una recuperación, sino una remisión. Theio, fue idea tuya. ¿Qué estás tratando de decirme? ¿Que tengo que quedar contigo y mi padre no será bienvenido?

–Simplemente me ando con cautela. ¿Cómo lo convencerás para que venga?

–Eso déjame a mí. ¿Cuándo deberíamos ir?

–Mañana. Es sábado, y creo que ibas a visitarlo de todos modos, ¿no?

Era irritante la forma en que Fotis conocía los planes de todo el mundo.

–Sí, incluso hemos hablado de dar un paseo en coche. No creo que pensara en Queens.

–Estaré aquí todo el día. Y, muchacho, no olvides este consejo: no le cuentes a tu padre ninguna tontería. Él se daría cuenta, y eso sólo

serviría para hacerlo enfadar.

–¿Me estás diciendo que no sé mentir?

–Dile que te he pedido que venga para ver unos cuadros. Es la verdad. Dile que quiero su compañía, su apoyo. Hazle sentir que está haciendo algo por ti.

Su padre no puso ninguna objeción, sino que aceptó la visita como si de un condenado se tratara, sentado en silencio y con el rostro macilento durante gran parte del trayecto. En la casa de Queens, Fotis lo recibió con una agitación apenas contenida, moviendo las cuentas verdes de su rosario con nerviosismo. En su despacho había unos lienzos colgados, y Fotis y Matthew hablaron de un paisaje holandés recién adquirido. Alex parecía relajado, y se fijó en las estanterías de libros que lo rodeaban. Su silla de ruedas estaba situada junto a la ventana, y una débil luz solar impactaba contra sus recios hombros. Una barba incipiente formaba una aura de luz gris alrededor de su cabeza. A unos dos metros de él, debajo de una tela blanca, había un panel cuadrado de tamaño medio colocado sobre un caballete. Matthew no podía evitar mirarlo constantemente, pues se sentía atraído por una energía especial que manaba de él. De repente, notó una fuerte sensación de terror. Cuando vio los ojos redondos y húmedos de Fotis, se dio cuenta de que el anciano compartía su desasosiego. Antes de perder totalmente la compostura, Matthew se levantó y se acercó al caballete.

–Papá -anunció, mientras retiraba la tela de la obra y abrigaba la esperanza de que se revelara una pieza distinta del icono, pero sus ojos lo vieron una vez más, y Matthew casi se quedó sin habla-. Ésta es la pieza sobre la que he asesorado. Fotis la está guardando temporalmente para un comprador de Grecia.

Alex volvió la cabeza hacia el panel muy lentamente. Había una expresión determinada de resistencia en su rostro, que se suavizó cuando vio la imagen. Entonces, una verdadera mirada de asombro pareció reflejarse en sus ojos. El espíritu de Matthew pareció alimentarse con esa mirada.

–Sé que no sientes una especial afinidad por el arte religioso, pero encuentro esta pieza particularmente intensa y tenía muchas ganas de que la vieras.

Matthew se aprovechó del estado de confusión en el que se encontraba su padre para colocarse detrás de la silla de ruedas y acercarla al caballete, lo suficientemente cerca para que Alex tocara el icono, si quería.

—¿A que es hermoso?

Matthew ya no podía ver el rostro de su padre, y éste no contestó de inmediato. Luego, la enorme cabeza pareció asentir, casi de forma imperceptible. Alex levantó la mano derecha y la extendió. ¿Tocó realmente el icono?

En ese momento, a Fotis se le escapó un gemido espontáneo. Alekos alejó la mano del cuadro y se volvió para observar al hombre mayor. Matthew apretó los agarraderos de la silla de ruedas con cierto aire de frustración, y también miró a Fotis. El maquinador tenía una expresión más cercana al terror de lo que Matthew esperaba ver en un rostro tan calculador; el joven no podía discernir si sus ojos miraban a Alex o a la puerta que quedaba detrás de ellos. Nadie pronunció ni una sola palabra durante varios segundos. Luego Alex negó lentamente con la cabeza, como si se despidiera de un sueño, y habló con un desagradable tono de voz.

—Aléjame de esa cosa.

Gran parte del trayecto de vuelta transcurrió en un incómodo silencio. No se traslucía ira ni crítica en el rostro de Alekos; más bien confusión, mezclada con cansancio. Durante unos largos segundos pareció que estaba a punto de hablar, y finalmente lo hizo.

—Ignoro cuáles eran tus intenciones. Quizá estabas orgulloso de la obra y querías mostrármela.

—Algo por el estilo -respondió Matthew con los ojos pegados a la carretera mojada.

—Sé algunas cosas sobre ese icono, cosas que tu Hayia me contó hace años. Desconozco la historia entera, pero esos dos bastardos tienen las manos manchadas de sangre debido a ese cuadro. Pensé que tu Papou te lo habría contado.

—No. Fotis me habló de algo. Al parecer, era doloroso. Su padre asió a Matthew por el antebrazo.

—Escúchame -le ordenó con firmeza-. ¿Me estás escuchando?

—Sí.

–Lo digo en serio.

–Papá, te estoy escuchando, por el amor de Dios. – El joven tuvo que contener la presión sobre el brazo para poder controlar el volante.

–No creas nada de lo que Fotis te diga. Hasta que no lo escuches de alguien en quien confías, no creas a nadie. ¿Lo entiendes?

–Te escucho.

–Pero no me crees. – Alex lo soltó-. Al fin y al cabo, ¿qué sabrá el idiota de tu padre?

–Yo no pienso eso.

–¿Ah, no? ¿Y qué piensas?

Matthew reflexionó al respecto, luego cambió de carril rápidamente para entrar en la autopista, que no vio acercarse. – Pienso que estoy escuchando mucha mierda de todo el mundo, y no sé a quién creer.

–¿Por qué iba a mentirte yo?

–No creo que me estés mintiendo, sólo que no me dices nada útil. Se trata de la misma enfadada y ambigua cantinela contra esas dos personas, algo que he estado oyendo durante toda mi vida. ¿Qué hicieron?

–Hicieron un pacto del diablo con los alemanes. – Eso ya lo sé.

–Habla con tu abuelo.

–No me dirá nada. Ya lo he intentado.

–¿Le has contado lo que te ha dicho Fotis? ¿Lo has hecho? ¿No?

Vaya, ese tipo te lleva por donde quiere. Pregúntale a tu Papou.

–Te digo que no me va a contar nada.

–Sí lo hará. Ya me encargaré yo de ello.

Matthew detuvo el coche delante de una señal de stop, aunque no había ningún vehículo a la vista. Luego accionó una palanca y los limpiaparabrisas trazaron rápidamente un arco por el cristal moteado de lluvia.

–¿Por qué los odias tanto?

–No los odio -respondió Alex-, de la misma manera que no odio a un perro que ha sido entrenado para matar. Pero tampoco confío en ellos. Son criaturas de su tiempo, y aquélla fue una época espantosa. Grecia sufrió mucho durante la guerra. Después vino la guerra civil, los problemas con Turquía, Chipre, todos los cambios de gobierno, y la corrupción. Los políticos tenían una mentalidad de asedio. Luchaban

para que Grecia fuera libre, y permitían de todo. Tu Papou y tu padrino eran hombres del gobierno, soldados leales. Desconozco todos los detalles, pero sé que participaron en algunos actos terribles.

Está escrito en sus rostros. Y todo empezó durante la guerra, con ese maldito icono. Primero pasaron de ser luchadores por la libertad a ser operativos políticos. Comerciar con el enemigo para obtener municiones que utilizarían contra sus hermanos.

–La amenaza comunista era real -insistió Matthew, acelerando desde el stop, sorprendido de su actitud tan defensiva. – Podrían haber tomado Grecia fácilmente.

–No lo negaré, pero fue una guerra funesta. Miles de personas fueron acorraladas, torturadas, encerradas en prisión sin cargos. Algunos fueron ejecutados. Incluso los hombres que libraron esa guerra tienen dificultades para justificarla. Simplemente, no hablan de ello.

Matthew disminuyó la velocidad del coche mientras se acercaban a la casa. La rabia inarticulada de su padre hacia aquellos dos ancianos había conformado un rasgo de la dinámica familiar durante tanto tiempo que nadie se molestaba ya en preguntar. Pero Alex había captado más sentimientos de su padre en esos breves minutos que en los últimos años, y a pesar de lo irritantes que le parecieron algunos de sus comentarios, Matthew no quería dejar escapar el momento.

–¿Te resulta imposible aceptar que hicieron lo que creyeron que era necesario? ¿Que eso ahora forma parte del pasado y que son hombres mayores?

–¿Aceptarías ese argumento en el caso de los nazis que vivieron en Sudamérica? ¿En el caso de Milosevic o Karadzic?

–Vamos, no puedes medirlos con el mismo rasero.

–Mi argumento es que sus acciones no desaparecen porque esas personas sean ancianas. Hicieron lo que hicieron. Y todavía están involucrados en ello. No creas ni por un segundo que han abandonado su estilo de hacer las cosas.

–Ahí es donde no estoy de acuerdo. Fotis vive en este país desde hace décadas. Papou se pasa el día en el jardín. ¿Qué necesita el gobierno griego de un par de ancianos como ellos?

—No me refiero a las personas para quienes trabajan, sino a su modo de actuar. Es algo intrínseco de Fotis. Siempre tiene que estar maquinando algo: negocios, operaciones de espionaje, lo que sea. Es como un tiburón, siempre está al acecho. Cuando deje de intrigar, morirá.

—¿Y Papou?

—Él es más sutil. No creo que le guste tanto este trabajo como a tu padrino, pero todavía acata órdenes del gobierno griego, o de parte de él. Mantiene a raya a Fotis, y desempeña otras tareas. No creas que vino aquí simplemente para verme.

—No me lo creo.

—Ya me doy cuenta. No sé qué hacer para que me creas. Se adentraron en un callejón y Matthew apagó el motor, aunque ni padre ni hijo se movieron para salir del coche. La lluvia iba acumulándose lentamente sobre el cristal, borraba los detalles de la casa, aunque una cálida luz amarilla brillaba intensamente en la ventana de la cocina.

—¿Por qué Fotis guarda el icono? —preguntó finalmente Alex-. ¿Qué ocurrió con el museo?

—La propietaria cambió de opinión. La Iglesia griega contactó con ella acerca del icono y decidió venderles la obra a ellos.

—¿Y qué tiene que ver Fotis en eso?

—También contactaron con Fotis, supongo que para convencerlo de que los apoyara. Él conoce al abogado de la propietaria. Y mientras se organiza el traslado de la pieza, se queda con el icono una temporada.

—¿Para qué?

—Para él. Para rezar ante él. Es un icono muy antiguo. Se supone que tiene poderes curativos.

—Viejo bastardo. ¿Cree que ha encontrado la manera de vivir eternamente? —Alex parecía debatirse entre la rabia y el regocijo.

—Sólo se lo quedará durante una o dos semanas, luego lo enviará a la Iglesia.

—¿Y cómo te involucraste en todo ello? Se suponía que debías tasar la obra para el museo.

—Y así lo hice. Realmente pensé que así se acabaría todo. Pero Ana, Ana Kessler, la propietaria, quería que la asesorara.

—¿Y Fotis lo alentó?

–Sí.

–De modo que la convenciste para cerrar el trato.

–No, es lo que ella quería hacer. No la convencí. Ella no sabía la implicación de Fotis.

–¿La influenciaste de una u otra forma?

–Si lo hice, fue porque pensé que era lo correcto, no por Fotis.

–¿Te estás acostando con esa chica?

Matthew sólo suspiró y se recostó en su asiento. El aire del interior del vehículo se estaba enfriando, y de repente la casa parecía llamarlos con señas.

–Entiendo -asintió Alekos-. Fotis te enseña bien. Matthew dio dos puñetazos sobre el salpicadero, lo que los sobresaltó a ambos.

–¿Por qué me consideras tan poca cosa? ¿Por qué no crees que pueda tener ideas propias, o que no defiende mis ideas? Estás tan consumido por el odio hacia esas personas que necesitas reducirlo todo a ese nivel.

Alex meneó lentamente la cabeza, pero parecía más disgustado por haber inquietado a su hijo que por el significado de sus palabras, porque Matthew se sentía impotente ante su ira.

–No deberías tomártelo de un modo personal. Son maestros. Lo han hecho durante toda su vida. Si aprendes la lección esta vez, en un futuro te ahorrarás males mayores.

–Dios mío, ¿qué crees que te han hecho esas personas? Una figura apareció en la ventana de la cocina, bloqueando gran parte de la luz.

–Han orquestado mi vida. Soy ingeniero químico porque mi padre quería que lo fuera. Vivo en Estados Unidos porque él me envió aquí. Incluso el matrimonio con tu madre...

–¿Qué?

–No debería hablarte de estas cosas.

–Tú sabías que era la sobrina de Fotis, así fue cómo la conociste.

–Yo sabía que era su sobrina, pero todavía no entendía quién era él. Incluso fingió desaprobar el matrimonio sólo para tentarme, porque sabía que ella y yo lucharíamos contra él.

–¿Y por qué lo hizo exactamente?

–¿Quién sabe? Quizá pensara que era una forma de robarme a su antiguo colega Andreas, de convertirme en el hijo que nunca había

tenido. Dios sabe que lo intentó, pero lo vi venir.

–Eso son tonterías.

–No lo sabes, tú todavía no habías nacido.

–Tampoco era necesario. Ni siquiera tengo que ser tu hijo para darme cuenta de ello, porque, o bien la querías, de modo que nada de lo que hiciera él importaba, y eso era lo correcto, o no la amabas, y entonces era incorrecto. En ambos casos, la responsabilidad era tuya, de nadie más. Así que no trates de meterme en este apestoso asunto. Y por cierto, ya sé que estamos manteniendo una conversación íntima, pero no quiero que me des una respuesta, ¿de acuerdo? Es mi madre, así que no me lo digas.

La figura había desaparecido de la ventana, y la lluvia se intensificó. Matthew respiró hondo en un esfuerzo por tranquilizarse. Minutos antes, no podría haber imaginado que se enfadaría tanto con su padre. Sin embargo, se trataba de una ira pura, justa, clarificadora, y no podía eludirla, aunque sabía que después se sentiría culpable.

–Por supuesto, tienes razón. – Alex parecía abatido, aunque su rostro todavía conservaba un cierto rubor que no tenía desde hacía semanas-. Siento haber hablado de ello. Por favor, no ignores mis palabras. Ve con cuidado.

–Entremos, debes de tener frío. – No. No siento nada.

Ioannes estaba tranquilamente sentado a la mesa de la cocina de la pequeña pero recargada pensión del obispo cuando Jimmy entró sin llamar a la puerta.

–Buenos días, padre.

–Buenos días, hijo mío.

–Tomas se ha ido. Ha desaparecido.

–Pues ya aparecerá.

–Dejó a toda una congregación sentada en los bancos anoche, esperando en nombre de Dios. – El hombre bajito caminaba por la estancia con nerviosismo, rebuscaba en sus bolsillos, y finalmente sacó una pequeña pistola y comenzó a acariciarla-. Pobres bastardos.

–El padre Makarios me lo ha dicho.

–¿Le ha comentado que también ha desaparecido medio millón de dólares de los fondos de la Iglesia?

–No sabía la cantidad, pero me quedó claro que había sucedido algo grave.

–A él es a quien debería buscar.

–Supuse que tú y Makarios os ocuparíais del asunto. A menos que confiéis en la policía.

–¡Ah! Makarios ni siquiera se atreve a decírselo a la policía, cree que ese pequeño diablo se arrepentirá, que aparecerá con una buena explicación. Odian el escándalo. De todos modos, tengo a varias personas que lo están buscando.

–Sospecho que robó el dinero para quedárselo, para pasar desapercibido. – Ioannes hablaba lentamente, midiendo sus palabras-. No creo que tenga el icono. Tenía tratos con un comprador. Un donante, lo llamaba en sus comunicaciones, que supuestamente debía entregar la obra a la Iglesia.

–Pero nunca supo quién era ese donante.

–No nos lo dijo.

–Quizá se lo inventara.

–Sí, es posible.

–¿Quién es ese hombre al que tiene previsto visitar? ¿Andreas Spyridis?

Ioannes suspiró. Era evidente que no había secretos entre aquellas paredes.

–Alguien que llegó aquí procedente de Grecia por las mismas fechas en que empezó todo este asunto. Alguien que tiene cierta relación con el icono.

–¿Es un miembro de la Iglesia?

–No, un funcionario del gobierno. Está jubilado, pero todavía cobra, le pagan los griegos, o quizá los norteamericanos. De todas formas, pudimos localizarlo. No sé si está implicado en este asunto, pero es muy probable que sí. Desearía que guardaras esa pistola.

–Ha dicho «gobierno». ¿Se refiere a los servicios secretos, al Departamento de Seguridad del Estado o algo por el estilo?

–Sí, pero es un hombre mayor. Mayor incluso que yo.

–Viejo o no, es posible que necesitemos esto -alegó Jimmy, blandiendo la pistola-. No voy a ir desarmado.

–No te estoy pidiendo que vayas.

–Creo que descubrirá que el padre Makarios insiste en mi participación.

–Sí. – Ioannes observó de cerca los ojos y la nariz del joven, la forma de su cabeza-. ¿Sabes? Te pareces a él. Al obispo. No me digas que estáis emparentados.

Al hombre bajito no le gustaba ser identificado. – Soy su sobrino. Eso no es relevante.

–¿Y eres una especie de detective civil?

–Nosotros lo llamamos investigador privado. Pero, básicamente, trabajo para la Iglesia.

–Ya veo, un caballero de Cristo. Qué desgracia que tengan trabajo para darte.

–¿Por qué no salimos a ver a ese hombre?

–Porque no está aquí. Estará fuera de la ciudad durante unos días.

–¿Y nos quedamos aquí sentados?

–Estoy seguro de que hay otras cuestiones que podrías estar investigando. No permitas que te retenga.

–Usted sabe más de lo que dice. No lo voy a perder de vista.

–Insisto en que, si vas a seguirme, debes hacer exactamente lo que yo te diga. No tolero las interferencias, diga lo que diga Makarios.

–Todos ustedes son iguales -se quejó el hombrecito-.

Crean que conocen perfectamente los asuntos de los demás, ¿por qué? ¿Porque una luz divina los guía? Los sacerdotes no deberían dirigir investigaciones.

–Eso díselo a Dios, hermano.

La costa de Connecticut parecía discurrir de prisa por la ventana rasguñada y sucia del tren. Las profundas ensenadas y los pantanales todavía iban del color beige al verde pálido. Las garcetas blancas vadeaban el agua o emprendían lentamente el vuelo. Pequeños puertos, playas vacías, el contorno gris puro de las islas. Luego se atisbaban densas arboledas, unos árboles prácticamente desnudos que iban adquiriendo un follaje verde brillante o halos rojos de pequeñas hojas a su alrededor. El mundo regresaba a la vida. Andreas apartó la mirada de la ventana.

El viaje a Boston había sido una pérdida de tiempo. Había visto a la viuda de uno de sus operativos. El hombre había realizado importantes

tareas de espionaje durante veinte años, sin recompensa alguna, y había perdido su pensión cuando había ido a vivir a Estados Unidos, en vez de regresar a una Grecia dirigida por los coroneles, un lugar irreconocible para él.

Andreas no había podido ayudarlo en aquella época, y ahora podía hacer bien poco por él, salvo rendirle honor. Había realizado numerosas visitas de ese tipo en los últimos años. No eran fáciles. El contacto estadounidense que había conocido en Cambridge era un viejo amigo, pero estaba situado en un escalafón inferior a Morrison, que en parte se había jubilado y daba clases en la universidad, y no podía ser de ninguna ayuda. A Andreas lo irritó permanecer allí sentado, tratando de recordar que era un buen hombre, cuán importante era el contacto humano para cualquier alma, aunque sólo podía pensar en función de la utilidad de esa reunión. La información obtenida en comparación con el tiempo perdido. ¿Carecería ya para siempre de la capacidad para pensar de otra manera? Incluso se sintió incómodo con la viuda, una mujer muy amable y valiente, a quien nunca volvería a ver. Vergonzoso.

Estaba ansioso por volver a ver a Alekos. Su desasosiego se debía en parte a ello, pero probablemente su hijo agradecía su ausencia temporal. Los dos hombres no podían permanecer mucho tiempo juntos, fuera cual fuese el grado de amor subyacente que se profesaran. Andreas tendría que volver pronto a Atenas, a menos que Alex empeorara de forma repentina. La factura del hotel era cada vez más costosa, y en Nueva York sentía cierta claustrofobia difícil de soportar. Lo principal era asegurarse de que Matthew no se involucrara seriamente en las maquinaciones de Fotis. Ahí era donde debería haber centrado sus energías todo ese tiempo, pero había vuelto a obsesionarse con la idea de atrapar a Müller. Sería mejor dejarlo. De todos modos, Benny no había encontrado nada hasta la fecha.

Se había resistido a la tentación de comprar uno de aquellos teléfonos móviles que todo el mundo tenía, y le desagradaban profundamente las siete insignificantes conversaciones telefónicas que se estaban desarrollando simultáneamente en sus asientos cercanos. Aunque podía entender su utilidad; habrían sido indispensables para su trabajo si hubieran existido veinte años atrás. Sin embargo, como no

tenía uno de esos artilugios, tuvo que esperar a la parada de diez minutos en New Haven para descender a los fríos y silenciosos túneles que discurrían por debajo de las vías y llamar desde un teléfono público. Empezó a marcar el número de Matthew, casi instintivamente, pero luego colgó y decidió llamar a Benny.

—¿Dónde demonios te has metido?

—Estoy en el tren. ¿Qué ocurre?

—He dado con él.

Andreas expulsó aire y cerró los ojos. — ¿Estás seguro?

—En un noventa y cinco por ciento. Tú tendrás que hacer el resto.

¿Cuándo vuelves?

—Dentro de dos horas.

—Esta noche no es un buen momento. Hay mucha actividad.

Mañana a primera hora le haremos una visita.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 11

Matthew tenía intención de regresar a Manhattan esa misma noche, pero su madre lo había convencido de que pasara la noche en casa. El domingo por la mañana llamó al hotel de su abuelo, pero nadie contestaba al teléfono de su habitación. Luego fue a ver a su padre. Alex estaba demasiado cansado para levantarse, y Matthew lo ayudó asiéndolo por la mano, con la esperanza de que su expresión sirviera de disculpa porque sus labios no parecían ser capaces de hablar. Cogió el tren hasta la estación Grand Central y se dirigió al hotel. Era Domingo de Pascua para la Iglesia católica y Domingo de Ramos para la Iglesia ortodoxa. Matthew había pensado en asistir a las misas, pero su mente no estaría tranquila mientras todo estuviera tan revuelto; además, estaba seguro de que no encontraría a su abuelo en la iglesia.

En el pequeño vestíbulo, el conserje anotó su nombre y telefoneó a la habitación.

–Ya puede subir.

–¿Ha vuelto?

–Volvió con otro caballero hace unos veinte minutos. Habitación quinientos once. Los ascensores están a su derecha. Matthew se había mentalizado para esperar mucho más tiempo, y ahora se sentía incómodo. Le resultaba difícil contener su ira, y su abuelo podría despistarlo de muchas maneras. Tenía que mostrarse inflexible, hablar de todo lo que sabía, y exigir respuestas.

Llamó firmemente a 1a puerta y oyó unos pasos que se acercaban y que acallaban su saludo.

–Soy Matthew.

La puerta se abrió de par en par, y el hombre se quedó allí plantado. Era alto, tenía el pelo canoso y sonreía.

–¿Es usted el nieto de Andreas?

–En efecto.

–Sí, pase, pase.

El hombre mayor se apartó, y Matthew entró en la habitación. La estancia no era grande. Incluía una cama doble, una televisión, un escritorio y dos sillas; había un discreto motivo floral en las paredes, en

los cojines y en la colcha. Matthew no vio a Andreas, pero se oía ruido en el cuarto de baño.

–Siéntese -sugirió el hombre, mientras él se sentaba a su vez en la silla más cercana a la puerta.

Matthew permaneció de pie, pero anduvo por la estancia y vio por la ventana el patio que había en la planta baja. Había aprendido a no formular preguntas a los socios de su abuelo. La presencia del hombre era frustrante, mientras Matthew esperaba impacientemente a Andreas, pero éste había decidido tomárselo con calma. Lo haría esperar. El clic del interruptor de la luz del cuarto de baño hizo que Matthew se volviera.

Un hombre bajito, grueso, prácticamente calvo y con los ojos hundidos salió del baño. Llevaba una cazadora de piel que le venía dos tallas más grande. La luz del lavabo estaba apagada, y Andreas no aparecía, no estaba en la habitación. Los dos hombres se quedaron entre él y la puerta. El pánico adoptó la forma de un extraño entumecimiento, y Matthew no confiaba en lo que pudiera decir.

–Por favor, siéntese -insistió el hombre mayor-. Deberíamos conocernos.

Matthew se sentó cautelosamente en el borde de la cama. El tipo calvo seguía estando de pie, dándose unas palmaditas en los bolsillos distraídamente, y su rostro delataba una expresión de disgusto.

–Ha venido a buscar a su Papou -dijo el hombre canoso-. Nosotros también. Como ve, no está aquí.

El hombre tenía aproximadamente la misma altura y el peso que Andreas, y su rostro presentaba la misma forma rectangular. Incluso las mismas facciones. Como vestía un traje oscuro y llevaba la camisa abrochada hasta el cuello, Matthew se dio cuenta de que el conserje, comprensiblemente, se había confundido. Pero aquel hombre tendría diez años menos que Andreas, y su expresión era mucho más afable.

–¿Qué están haciendo en esta habitación? – Esperando. Estamos esperando, igual que usted.

–Creo que estaban haciendo algo más que esperar antes de que yo entrara.

–Sí, bueno, nos aprovechamos de su ausencia para echar un vistazo a la habitación. Le aseguro que no hemos robado nada.

–No deberían estar aquí.

–Legalmente, tiene razón. Pero, en algunas ocasiones, los imperativos extralegales prevalecen. En cualquier caso, no hemos echado la puerta abajo. Nos han dado la llave.

–¿Servirá de algo si les pregunto qué estaban buscando?

–No estamos del todo seguros. Quizá algo que nos diera una idea de dónde se encuentra el icono en estos momentos. Sí, el icono, paidemou, no se haga el sorprendido. ¿O qué creía que buscábamos?

–Él lo sabe -lo interrumpió el hombre calvo con un tono de voz que delataba irritación-. Él sabe dónde está, ¿verdad? Matthew pensó en varias respuestas, verdaderas, falsas y una mezcla de ambas. ¿Cuál lo protegería? ¿Cuál pondría en peligro a otra persona? El miedo paralizó sus pensamientos. ¿Por qué no se levantaba y se marchaba?

–No corre ningún peligro -aclaró el hombre mayor amablemente-. Pero debemos saber dónde se encuentra el icono. Es sumamente importante.

–¿Por qué razón?

–Una pregunta inteligente, aunque la respuesta es compleja. Creo que varias personas implicadas en la venta del icono, quizá también usted, están haciendo mal las cosas debido a un malentendido. En realidad, se trata de un engaño deliberado. Dígame: ¿han conocido a un sacerdote llamado Tomas? Después de hacer una pausa demasiado larga para negarlo, Matthew asintió con la cabeza.

–¿Y él se presentó como un representante de la Iglesia griega?

–En efecto -respondió Matthew, que pasó de temer por su seguridad a sentir auténtico pavor-. ¿No lo es?

–Lo es, o mejor dicho, lo era. Es un sacerdote de la Iglesia en Estados Unidos, pero de vez en cuando Tomas hace algunos negocios en nuestro nombre. Buscaba la oportunidad de adquirir el icono para nosotros. Sin embargo, aproximadamente en esta última semana, dejó que sus propios intereses reemplazaran a su obligación espiritual. Así lo creo. Para ser sinceros, no sabemos dónde se encuentra Tomas en este momento, de modo que no podemos decirle exactamente qué ha pasado. Estoy siendo muy honesto con usted, más de lo que debería, tal vez. En cualquier caso, no creemos que esté en posesión del icono.

¿Que pregunta había que formular primero?

–Perdone, pero ¿quién es usted?

–Soy yo quien debe disculparse. Me llamo Ioannes. Padre John, si así lo prefiere. Muchos de mis amigos norteamericanos me llaman así.- Soy griego.

–Por supuesto.

–¿De modo que usted es de la Iglesia de Grecia?

–Sí.

–¿Y vino aquí para comprobar que la venta se llevaba a cabo correctamente?

–Las acciones de Tomas levantaron sospechas. Por desgracia, sus superiores no lo controlaron debidamente, y no hablamos con ellos hasta que ya fue demasiado tarde. Estoy aquí para ver qué puede salvarse. El icono es sumamente importante para nosotros. Tuvimos una gran alegría cuando Tomas nos habló de su descubrimiento, se lo aseguro.

–Esperen. ¿Ustedes no sabían que Kessler tenía el icono? – Había rumores, el de Kessler era uno de ellos. La mayoría pensaba que estaba en una caja fuerte de Suiza. Yo supuse que estaría destrozado.

–De modo que Tomas contactó con ustedes. – Correcto.

–¿Nunca contactó con nadie de este país para que actuara en su nombre? Me refiero a alguien externo a la Iglesia. – ¿En quién estaba pensando?

Los pensamientos de Matthew perdieron fuerza. Todo aquel asunto estaba fuera de su alcance, y lo acechaba una sombría percepción. Aun así, después de que le hubieran tomado el pelo con tanta facilidad, ¿podía aceptar sin más esas palabras? ¿Debería abandonar tan rápidamente su fe en Fotis?

–Debo admitir que Tomas era igual de creíble que ustedes. Adoptó todas las medidas necesarias para comprar el icono, dio mucho dinero. ¿De dónde salió?

El hombre calvo habló bruscamente en griego, y dio a entender que estaban perdiendo el tiempo. El padre John le contestó rápidamente. ¿Por qué tenían tanta prisa? Luego, el hombre mayor se inclinó hacia adelante y miró pensativamente a Matthew.

–Evidentemente, Tomas tenía un colaborador que lo apoyaba. La persona que realmente se encargó de buscar el icono. Tal vez conozca a

esa persona.

Matthew negó con la cabeza, en un gesto de resistencia, más que de negación.

—No tiene por qué confiar en mí -continuó el sacerdote-, pero le pido que lo haga. Para el bien de la Iglesia, para el bien de otras personas que han sido engañadas, y en memoria de quienes han muerto por la obra. Necesito su ayuda. Por favor, dígame dónde está el icono.

Matthew siempre se sentía inclinado a confiar, pero estaba empezando a verlo como una falta de su carácter.

—Tengo que ir al baño.

El calvo maldijo, y Matthew penetró en la relativa seguridad de la habitación de azulejos azules y luz fluorescente. Se lavó agradablemente la cara con agua fría, pero eso no sirvió para refrescar sus ideas. El sacerdote resultaba convincente. Exudaba compasión y honestidad hasta tal punto que casi resultaba hipnótico. ¿Podía confiar en él? ¿O acaso el asunto era todavía más espinoso? ¿Una guerra en el seno de la Iglesia, tal vez? La conclusión a la que siempre llegaba era la misma que antes lo había obligado a callar: no podía traicionar a su padrino con tan poca información fiable. Investigaría el tema por sí mismo, con rapidez, tal como tenía intención de hacer cuando llegó al hotel. Eso quería decir que perdería a esos dos. ¿Lo dejarían salir? ¿Podrían seguirlo sin que se diera cuenta? No había tiempo para bajar la guardia durante uno o dos días. Cada hora contaba.

A través de la puerta pudo oír que sonaba el teléfono. Cuando se compuso y salió del cuarto de baño, Matthew vio que el hombre calvo descolgaba el teléfono mientras farfullaba nerviosamente unas palabras al padre John. Matthew no pudo entender completamente las palabras griegas dichas con rapidez y con un acento tan cerrado, pero pudo discernir un nombre que le resultaba familiar. El sacerdote levantó la vista.

—¿Se siente mal?

—Estoy bien. Tengo que marcharme.

—Un colaborador de mi amigo norteamericano ha hecho un descubrimiento entre las posesiones abandonadas del padre Tomas. Un nombre conocido para nosotros: Fotis Dragoumis. Creo que usted lo conoce.

Matthew asintió con la cabeza.

—¿Se ven a menudo?

—Sí.

—¿Y es una persona peligrosa?

—Yo no lo veo como tal. Aunque tal vez sea peligroso para usted.

—De todas formas, tenemos que verlo, y creo que debería acompañarnos. ¿Qué le parece?

—No lo sé.

—No lo obligaremos a ello. Eso es una decisión completamente suya. Curiosamente, siento que su presencia hará que la situación sea menos peligrosa para ambas partes.

Matthew absorbió la importancia de esas palabras. La necesidad de sentirse incluido en algún tipo de refugio superaba cualquier otra consideración.

—Tengo que llamarlo.

—No se lo puedo impedir. Pero si lo hace, habrá desaparecido cuando lleguemos, y ninguno de los dos volverá a ver de nuevo el icono. Creo que se da cuenta de ello.

Aun así, Matthew dudó. El sacerdote estaba haciendo conjeturas; no podía estar tan seguro de que Fotis tuviera el icono.

—Scatá -soltó el hombre calvo mientras daba unos pasos rápidos hacia Matthew.

De forma instintiva, los brazos del joven se extendieron, las palmas de sus manos asieron al otro hombre por el pecho y lo hicieron tambalearse, de modo que se agarró a la cama para evitar caerse. Tenía intención de dirigirse hacia la puerta, pero mientras avanzaba, Matthew sintió una furia inesperada que acabó con sus miedos y colmó todo su ser. No había asestado un puñetazo desde la adolescencia, pero quería dejar inconsciente a aquel tipo achaparrado. El calvo se recuperó rápidamente y le asestó un golpe; su fuerte puñetazo impactó torpemente en el estómago de Matthew, aunque el joven tuvo que inclinarse por el profundo y nauseabundo dolor. Trató de atestar otro golpe, pero el sacerdote se interpuso.

—¡Stamáta! ¡Basta! — El padre John lo ayudó a sentarse en una silla, pero Matthew no quería sentarse, simplemente se apoyó sobre el brazo de madera de color claro, tratando con todas sus fuerzas de respirar.

El calvo se arregló la chaqueta, y una combinación de rabia y sorpresa distorsionó sus facciones.

–Demetrios no lo perseguía -aclaró el sacerdote-; se dirigía a la puerta.

Matthew se había dado cuenta de ello poco después de asestar el golpe; aun así, seguía enojado, y apenas podía controlar su ira. Estaba del todo confundido, pero ahora lo entendía. Le temblaban las manos. El suelo parecía haber desaparecido, como si fuera un tembloroso patíbulo que Fotis hubiera construido a sus pies. Era mentira; lo había construido él mismo, utilizando los materiales de mala calidad que su padrino le había proporcionado, las medias verdades y los ligeros razonamientos. Como ignoraba cada señal, dejaba que el noble objetivo lo justificara todo. Habían jugado con él. Era tal como su padre le había advertido, ya no podía eludir la verdad.

–De acuerdo -aceptó Matthew cuando volvió a recobrar el aliento-. Los acompañaré. Pero lo haremos a mi manera. Fotis es muy listo y está bien protegido.

El sacerdote sonrió.

–Pues contaremos con usted para que nos proteja.

Hacía frío. Andreas no salía a la calle a esa hora de la mañana desde hacía mucho tiempo, y le sorprendió cómo el frío del amanecer le calaba los huesos. Caminó rápidamente para que la sangre corriera por sus miembros entumecidos, sabiendo que no podía ir despacio en los próximos minutos y en las próximas horas. Necesitaría una acción vigorosa. De pronto, se sintió profundamente incómodo. Había llevado al límite la situación, sin esperar a que pasara nada, pero ahora estaba todo revuelto. Las cosas podrían salirse de madre, y él no podría culpar a nadie salvo a sí mismo. Sin embargo, en cierto modo deseaba que ocurriera. El tiempo no borraba los crímenes, pero su instinto le decía que la amenaza que pesaba sobre todas las personas relacionadas con el icono era real. Sólo esperaba que Benny fuera puntual, porque hacía mucho frío.

La oscuridad se cernió sobre los estrechos callejones, pero el cielo empezaba a iluminarse lentamente sobre Queens. Algunas personas ya habían salido de sus casas, eran como unos espectros solitarios que todavía no sabían que estaban despiertos. Los taxis subían por la

Tercera Avenida. Un sedán metalizado estaba parado delante del edificio de ladrillo de la esquina noroeste de un cruce. Un pequeño coche japonés, muy útil para aparcar. La puerta del asiento del acompañante estaba cerrada, y Andreas entró agradecido en el cálido habitáculo. Benny ya estaba fumando, y había dos tazas de café dentro de un recipiente de plástico que quedaba entre ambos. La actitud de aquel hombre parecía más relajada esa mañana, puesto que había dejado pasar el escaso tráfico antes de entrar en la avenida. – ¿Adónde vamos? – preguntó Andreas.

–No muy lejos. A Yorkville. La llaman la ciudad alemana, pero en realidad es húngara. Hay iglesias, restaurantes y clubes alemanes.

–Conozco el barrio.

–Hay una especie de casa de huéspedes regentada por una mujer húngara. No lo conocía, pero alguien me habló de ese sitio hace unos días.

–¿Y enviaste a una de las chicas con sus folletos?

–Entré gracias al servicio de limpieza, aunque no es uno de nuestros negocios. En cualquier caso, él no se hospeda en la pensión, sino en un apartamento de esa mujer situado a unas cuantas manzanas de distancia. Se hace llamar Peter Miller.

–Miller -musitó Andreas con escepticismo-. Es un nombre viejo. No lo ha utilizado desde hace años.

–Quizá lo escogiera por eso.

–Benny, ¿estás seguro? Peter Miller es un nombre muy común.

–Lo vi la pasada noche. Es bastante mayor, tiene las piernas cortas, el torso largo y cojea un poco.

La descripción parecía encajar con Müller, pero podría tratarse de una simple coincidencia.

–¿Cuántos apartamentos hay en el edificio?

–¿No confías en mí, verdad, amigo mío?

–Sólo me hago unas cuantas preguntas.

–Ya veo -replicó secamente el hombre más joven-. ¿Cómo saber que el hombre era ese tal Miller, o mejor dicho Müller, y no uno de esos diez mil ancianos que viven al norte del East Side? Es un edificio pequeño, consta de ocho apartamentos, dos de ellos sin ocupar. Entraron cuatro

personas que parecían residentes, gente joven, maletines, tintorería. No cubre todo el edificio, pero estrecha el cerco considerablemente.

—Sí, suena prometedor.

—Creo que tenemos a tu hombre. Si me equivoco, te invitaré a desayunar.

—¿Qué plan tienes?

—Entró en el edificio anoche. No creo que haya vuelto a salir.

Aparcamos y esperamos. Es una calle tranquila, podríamos cogerlo y llevarlo a un lugar seguro. Se me ocurren varios lugares. O podríamos hacerlo aquí, pero no te lo recomiendo.

—¿Pues entonces por qué lo mencionas?

—Por si a ti te resulta más fácil.

«En otras palabras -pensó Andreas-, por si pierdo los nervios por estar sentado una hora en el coche con un bastardo aterrado que sabe que lo vamos a matar.» En realidad, nunca había estado de acuerdo con Benny, pero su incapacidad para negarse sirvió para poner el plan en marcha. Las cuestiones morales no le molestaban; simplemente no cabían en una operación como aquélla. Estaban los dos, y no podrían obtener la ayuda de nadie. No importaba lo bueno que fuera el plan de Benny; estaba destinado a ser complicado porque corrían el riesgo de ser descubiertos.

—Estoy dispuesto a ser cauteloso -continuó Benny-. A sentarlo en una silla o a acorralarlo contra un coche. Sólo tardaría unos minutos como máximo, y nadie se daría cuenta de ello. Es un plan ideal.

—Imposible -protestó Andreas-. Todavía no lo hemos identificado.

—¿No lo conoces a simple vista?

—Creo que sí, pero tendríamos que estar muy cerca.

—Pues lo cogeremos.

—¿Y si hay mucha gente por la calle?

—Entonces lo seguiremos. Veamos qué trama. Esperaremos la próxima oportunidad.

Giraron hacia el este por la calle Ochenta y cuatro, y se dirigieron hacia el brillante cielo. Andreas odiaba estar tan cerca del objetivo con un plan tan ambiguo. En realidad, había participado en numerosas operaciones mal planeadas de las fuerzas de seguridad griegas, pero iban en contra de su naturaleza, y normalmente sus inquietudes al

respecto resultaban certeras debido a alguna metedura de pata. Le gustaba estar más preparado. Los ingleses, y posteriormente los norteamericanos, habían sido sus modelos. Envidiaba sus recursos: apartamentos seguros, potentes equipos de vigilancia, equipos de rastreadores. Actualmente, su antigua agencia empleaba todos esos métodos, aunque él ya no trabajaba para ellos. Él iba por su cuenta, a merced de aquel habilidoso pero lunático judío. Andreas se recordó que las consecuencias no importaban demasiado. El comportamiento descuidado insultaba a su profesionalismo, pero era un resultado con el que contaba. Ya no era responsable de nadie, salvo de sí mismo. Valdría la pena atrapar a Müller, después de todos aquellos años. Un servicio prestado, una deuda pagada. Que después hicieran con él lo que quisieran. Empezó a sentirse más tranquilo, mientras vigilaba cada manzana bordeada de árboles y el tráfico de peatones en cada cruce. Las cosas irían según la marcha, y estaba preparado para lo que viniera.

Benny señaló hacia un edificio viejo y marrón por el que se accedía a una larga y deteriorada escalinata. En el segundo piso, a mano derecha, era donde había visto encender una luz un minuto después de haber entrado Miller. No había sitio para aparcar, de modo que dieron una vuelta a la manzana hasta que encontraron un hueco cerca de la avenida, debajo de un platanero inclinado al que casi no le quedaban hojas. Durante el verano, la calle estaría sombría debido al espejo follaje, pero en ese momento Andreas se sentía totalmente expuesto.

–Relájate -le recomendó Benny.

–Hemos pasado por este maldito sitio tres veces.

–Buscamos aparcamiento. Todo el mundo lo hace. Recuerda que ha vivido cincuenta años eludiendo a gente. No todo el mundo es como tú, que examinas el retrete en busca de micrófonos antes de que la persona entre en el baño.

–Ahí está.

Un hombre salió por la puerta de madera y bajó la escalinata pesadamente. Tendría sesenta años, iba vestido con ropa informal pero sostenía un maletín.

–No creo que vaya al trabajo -apuntó Benny mientras sorbía el café.

Andreas observó al hombre mientras pasaba. Era larguirucho y pesaba un poco más de la cuenta. Tenía exactamente la misma constitución que Müller, pero era demasiado joven, y su rostro fresco y ruborizado no le era familiar. Nadie más salió del edificio en la próxima hora, aunque el cielo fue ganando luminosidad, y Andreas pudo sentir cómo Benny se removía nerviosamente en su asiento.

–Por lo que sabemos -comentó el hombre mayor-, ha salido una hora después de entrar.

–Ya me doy cuenta.

–Para hacer esto correctamente debes estar dispuesto a esperar horas. Todo el día, si hace falta.

–Conozco el procedimiento. Simplemente, no me gusta.

–Eso te pasa porque eres un analista de pura cepa.

–Ya tuve mi ración de trabajo en la calle.

«Y te expulsaron por excesiva agresividad», pensó Andreas, aunque no sería un comentario agradable. Muchos operativos eran catalogados de extremadamente celosos por sus jefes poco creativos. Era el cambio de analista a operativo lo que inquietaba a Andreas. Eran dos trabajos totalmente distintos. Aunque habían compartido información, los dos hombres nunca habían dirigido una operación juntos. Pero Benny había tenido bastante éxito yendo por su cuenta, y nunca le había fallado. Pasaron otros cuarenta minutos. Andreas estuvo a punto de dormirse dos veces, y tenía las piernas entumecidas. Benny seguía inquieto y consultaba a menudo el reloj, hasta que finalmente abrió la puerta.

–Sígueme en cuestión de minutos -ordenó, luego salió y echó a andar a paso rápido antes de que Andreas tuviera tiempo de protestar.

Un desagradable subidón de adrenalina recorrió al anciano mientras veía a Benny caminar por la calle, pasar por la casa vigilada en la otra acera, sortear el cruce y luego volver. Sin pensarlo dos veces, Benny subió la escalera de la casa de ladrillo y desapareció en el vestíbulo. Andreas abrió la puerta y salió del coche.

El aire frío le caló los huesos, y sintió cómo sus piernas dormidas temblaban mientras se abría paso por la acera deteriorada hasta la escalinata. La estatura y la constitución de Benny llenaban el vestíbulo, pero Andreas pudo ver que el hombre ya había abierto la puerta del

interior del edificio. Descendieron por la escalera. El vapor de los radiadores envolvía las cañerías y las hacía gemir, y la luz fluorescente parpadeaba. El suelo estaba cubierto por unos azulejos blancos y negros. Había varios buzones deteriorados colgados de una pared, así como otra escalera medio rota. Andreas dejó unos tres metros de distancia entre ambos mientras los dos hombres subían, y le sorprendió la velocidad de su compañero. Ninguno de los dos hizo ruido.

La puerta del apartamento estaba blindada y pintada de marrón. Benny ignoró la mirilla y pegó la oreja a la puerta. Las cañerías seguían gimiendo con un sonido metálico, pero Andreas no oyó nada más en el edificio. Sus ocupantes parecían muy silenciosos. Al cabo de un minuto, Benny cogió una tarjeta de plástico flexible y fina como una cuchilla y la colocó entre la puerta y el marco. Tardó un minuto en explorarla. Buscaba el cerrojo, pensó Andreas, ¿y qué pasaría cuando lo encontrara? ¿Llevaría una sierra o un taladro escondidos en su amplia chaqueta?

Benny se levantó y alzó un dedo: sólo se veía un único cerrojo. Después sacó una serie de llaves maestras y empezó a probarlas una detrás de otra, con lo que inevitablemente hizo ruido. «O ese tipo no está en casa -pensó Andreas-, o nos está esperando detrás de la puerta para partirnos la cara.» Luego lo asaltó otro pensamiento. La puerta no tenía sistema antipalanca, sólo un cerrojo.

¿Se quedaría Müller en un sitio como aquél? Atrapado en un apartamento, tanto si éste tenía un cerrojo en la puerta o diez.

La cuestión era evitar ser descubierto. Aun así, la situación era inquietante.

Cuando el cerrojo cedió, Benny abrió la puerta y se introdujo en la habitación. Metió la mano libre dentro de su chaqueta. Andreas esperó dos o tres segundos y luego lo siguió. Era el típico piso cercano a las estaciones de tren (una larga y estrecha hilera de habitaciones), y los hombres entraron en la cocina. La estancia era oscura y no oyeron nada. Benny giró a la derecha, hacia la débil luz de los escaparates de las calles. Andreas giró a la izquierda, hacia el dormitorio vacío. Había unas cortinas grises que bloqueaban la tenue luz, una pequeña cama cerca de la ventana y un escritorio magullado. Un solitario grabado paisajista colgaba de la pared, pero las otras estaban desnudas. La

alfombra verde era fina y estaba manchada, y toda la estancia desprendía una atmósfera de esterilidad y transitoriedad. Allí no vivía nadie; nadie se quedaba mucho tiempo en aquella habitación. No vivía nadie, aunque parecía que hubieran utilizado la cama porque estaba hecha de cualquier forma.

Andreas se encontró con una puerta cerrada. Pensó en si alguien sería tan estúpido de encerrarse en el cuarto de baño; luego se dio cuenta de que no llevaba una arma y de que Benny se encontraba a tres habitaciones de distancia. Suspiró ante la idiotez de toda la operación, después abrió la puerta de un puntapié. El espacio era muy pequeño, suficiente para ir al retrete, afeitarse y ducharse, nada más. El viejo nazi no se escondía detrás de la cortina de la ducha. Andreas se vio reflejado en el espejo, su ridículo rostro de anciano, arrugado y demacrado por décadas de recelos: Él era un hombre pragmático, atento, no especialmente engreído; aun así, se olvidaba de que era viejo. Los espejos siempre se lo recordaban.

Apartó la mirada de aquella imagen que le resultaba desagradable y se fijó en el lavamanos. La porcelana estaba húmeda, y una fina película colgaba del grifo. Pasó la mano por la capa, y luego la enrolló entre el dedo índice y el pulgar. Era el tipo de residuo que se encontraba a menudo en las casas en las que vivía una mujer. Cremas, maquillaje, exfoliantes y todo tipo de potingues necesarios para conservar un rostro público. Evidentemente, los hombres también utilizaban esos productos. Posiblemente, también había tinte en aquella mezcla. Andreas cerró los ojos y se imaginó al hombre del maletín que había salido del edificio. Añadió unas cuantas líneas al rostro, cabello blanco y gafas. La cojera era fácil de disimular. Y voilà: el fantasma de Müller. El peso de la revelación lo hizo apoyarse con ambas manos en el lavamanos. Se sentía muy mal. «Idiota», se insultó a sí mismo.

Oyó a Benny vagando por el apartamento; ya no andaba con cautela. Andreas se irguió y se sentó en la cama mientras el hombretón ocupaba el marco de la puerta.

—No hay nadie.

—Eso es lo que parece.

—Tenías razón -dijo Benny, molesto-. Debí de salir anoche.

—Creo que no. Creo que en realidad lo vimos salir.

Benny no hizo caso del comentario, se dirigió hacia el escritorio y empezó a sacar los cajones.

—¿Has mirado aquí?

—No encontrarás nada. Ni abrigo en el armario, ni pasta de dientes en el cuarto de baño.

Su compañero cerró bruscamente los cajones vacíos; luego se acercó a Andreas.

—¿Se ha ido?

La mente del anciano ya había empezado a pensar en la ciudad, en el East River y en Queens. Sólo tenía la palabra de Fotis para seguir adelante con Müller. Eso, junto con su propia desesperación para que fuera verdad que Müller estaba vivo, una desesperación que el maquinador podría haber olido todo ese tiempo. Era la trama más obvia imaginable. «¿De qué me estabas distrayendo? – pensó-. ¿Por qué siempre estoy varios pasos por detrás de ti?» Casi sesenta años y todavía era el estudiante. Pobre Andreou.

—No, Benny. Nunca ha estado aquí.

CAPÍTULO 12

No se detectaba ninguna actividad alrededor de la casa de su padrino, y Matthew subió la escalera con un horrible presentimiento. El padre Ioannes lo seguía pisándole los talones mientras observaba los macizos de flores y Jimmy esperaba en el coche, un plan que le desagradó profundamente. Matthew llamó con fuerza a la puerta, recordándose a sí mismo que tenía derecho a estar enfadado. Lo habían engañado, o al menos eso le parecía. No se apreciaba ningún movimiento en el interior de la vivienda. Volvió a llamar con más fuerza.

–Pruebe a abrir -sugirió el sacerdote.

Ninguno de los dos se sorprendió cuando la puerta se abrió, pero el terror que sentía Matthew se convirtió en un agujero negro que engullía todo pensamiento constructivo. Entró en la casa. El vestíbulo estaba vacío, pero captaba la débil luz del día a través de sus ventanas. Un reciente libro sobre el Imperio bizantino yacía sobre una silla situada junto a la puerta; había un punto en la página noventa y uno, así como un vaso de agua medio lleno sobre la mesa. A través de las cortinas, Matthew observó que Jimmy salía rápidamente del coche y desaparecía en el callejón que discurría entre la casa y el almacén. La situación se le estaba escapando de las manos. ¿Dónde estaban Nicholas y Anton? ¿Dónde estaba Fotis?

De vuelta al pasillo, el padre John se quedó parado al pie de la escalera, y Matthew sintió la tentación de subir, pero el despacho le llamó insistentemente la atención. Giró el picaporte y la pesada puerta se abrió. Estaba demasiado oscuro como para ver su interior. Como no sabía dónde estaba el interruptor de la luz, avanzó lentamente hasta encontrar la lámpara del gran escritorio. Sus pies tocaron algo blando que al mismo tiempo emitió un sonido. Era la voz de un hombre mayor, pero no la de quien él estaba esperando.

–Quédate quieto, muchacho -le indicó su abuelo.

La luz iluminó instantáneamente la habitación gracias a una lámpara que había junto a la puerta del fondo, y allí estaba Andreas de pie con su abrigo, sus guantes, su sombrero y su penetrante mirada. Alto y tranquilo.

–Mira por donde pisas.

Matthew bajó la mirada. El objeto con el que había tropezado era un hombre. Nicholas, uno de los rusos de Fotis, yacía pálido y aparentemente inerte a sus pies. Tenía los ojos cerrados, la boca esbozaba una mueca, y mientras los ojos de Matthew se acostumbraban a la luz, también pudo constatar que la alfombra ornamental presentaba una enorme mancha oscura. Un olor penetrante y casi dulce le llamó la atención, el joven se apartó casi por instinto y chocó con el padre John.

–Dios santo -susurró el sacerdote, y empezó a recitar una oración en griego.

–No toques nada -ordenó Andreas.

Matthew lo ignoró y se arrodilló junto a Nicholas, tratando de calmarse, mientras se sentía el cuello y los labios fríos. ¿Qué era aquel aliento que percibía?

–Creo que está vivo.

La mano derecha del ruso estaba colocada a un lado de su estómago, completamente empapada de sangre, y sostenía un pañuelo ensangrentado contra el espacio donde debía de tener la herida. Andreas se acercó rápidamente a Matthew, sacó un pañuelo limpio de su abrigo y empezó a envolverle la mano.

–Déjame a mí -dijo Matthew, que quería ocuparse del herido y hacer algo útil ese día.

Andreas le entregó el pañuelo sin rechistar.

–En efecto, así. Debes apretarlo contra la herida. Voy a buscar una toalla. ¿Sólo sois dos?

Matthew esperó inútilmente durante un minuto a que Ioannes respondiera, pero tuvo que hacerlo él.

–Hay un tipo en el almacén. Creo que se llama Jimmy. Va armado.

–Llamaré a una ambulancia. Quedaos aquí.

El hombre mayor desapareció tan rápida y silenciosamente que parecía que nunca hubiera estado allí.

–Espero que no se hagan daño -observó el sacerdote, mientras se arrodillaba.

–¿Su hombre es peligroso? – Matthew trató de no mirarse la mano, ignorar la cálida humedad que empezaba a cubrirlo. El olor de la

sangre resultaba nauseabundo.

–Eso es lo que le gustaría creer, pero su Papou es el verdadero peligro.

–¿Lo conoce?

–Sólo un poco, de hace mucho tiempo. Él no me recordará.

Matthew echó un vistazo a su alrededor. El caballete donde hacía veinticuatro horas descansaba el icono había desaparecido; el cuadro no se veía por ninguna parte. Algunas obras también habían desaparecido. ¿Cuáles? ¿Alguien más habría resultado muerto o herido? Debería registrar la casa, pero no podía abandonar lo que hacía. De todas formas, su abuelo ya lo habría hecho, a menos que acabara de llegar, o a menos que...

Oyeron un ruido en la cocina y Jimmy apareció por la puerta de atrás; no empuñaba ninguna arma, y Andreas quedó a unos pasos detrás de él. Los dos hombres parecían tranquilos, aunque ligeramente ruborizados.

–¿Estamos todos? – preguntó Andreas.

–¿Dónde está Fotis? – preguntó a su vez Matthew. – Se ha ido.

–¿Adónde?

–Ya hablaremos de ello. ¿Quiénes son estos hombres? – Son de la Iglesia griega, o al menos eso dicen.

–Señor Spyridis-dijo Ioannes tranquilamente-, tenemos que hablar.

–¿Ah, sí? – Andreas escrutó el rostro del sacerdote-. Tal vez, pero ahora no es el momento.

–¿Cuándo?

El lamento de las sirenas colmó el breve silencio que siguió a la pregunta. Estaban lejos, pero se acercaban.

–Quizá mañana.

–¿No cree que la policía querrá hablar mañana con usted? – El sacerdote se levantó para mirarlo-. Creo que lo encontrarán sospechoso por estar aquí y solo.

Matthew esperó una convincente negación de su abuelo, pero Andreas sólo se quedó mirando a su interlocutor.

–Ya veremos, padre. Quizá lo vean de otro modo.

Andreas posó una mano sobre el hombro de Matthew y los tres guardaron silencio al acercarse las sirenas. Luego, Jimmy se dirigió

sigilosamente hacia el anciano, la desesperación compitiendo con el bochorno.

–¿Puede devolverme mi pistola?

Estaban solos en la acera. La ambulancia ya había llegado, y la policía entraba y salía de la casa. Matthew no sabía dónde habían ido el sacerdote y Jimmy, no sabía qué debía decir o no decir a la policía cuando lo interrogasen. Su abuelo se quedó detrás de él, mirando fijamente hacia la avenida vacía, absorto en sus pensamientos.

–Siento que hayas tenido que ver esa escena -dijo el hombre en voz baja-. Supongo que nunca habías visto a un hombre herido.

–Papou, ¿sabes qué está pasando?

–¿Por qué me lo preguntas? Pensaba que tú me lo dirías...

–Lo único que sé es que nadie me ha dicho la verdad.

–¿Eso es todo? – Andreas lo miró severamente-. ¿De modo que no hiciste nada para que Fotis tuviera el icono?

–Ya no estoy seguro de qué tengo que ver con ello. Se suponía que Fotis iba a ser el intermediario. Estaba ayudando a unas personas de la Iglesia griega.

–¿A esos hombres?

–No, a otro sacerdote, un representante del sínodo de Atenas. Salvo que, al parecer, no es cierto que lo represente.

–¿Quién era el otro sacerdote?

–El padre Tomas Zacharios. Andreas asintió con la cabeza. – Entiendo.

–¿Sabes quién es, verdad? – Matthew luchaba por mantener a raya sus emociones, pero no lo consiguió-. Todos vosotros os conocéis de algún modo u otro, y yo no sé absoluta mente nada. Me estás confundiendo de la misma manera que confundiste a mi padre.

–No digas tonterías, y no culpes a los demás de tu propia estupidez.

La verdad lo hirió. Había sido un completo idiota, y ya iba siendo hora de aceptarlo.

–Te he ocultado información porque trataba de protegerte, no de herirte -continuó Andreas-. Jamás te haría daño. No sé quién es ese padre Tomas, pero he oído hablar de él. Es una persona formada y apreciada, y ha actuado de vínculo entre las Iglesias griega y norteamericana. También se cree que es un estafador, un chantajista y

un ladrón. Por no mencionar que es amigo de tu padrino. Desapareció con una enorme cantidad de dinero de la Iglesia hace unos días.

–Eso es lo mismo que dice el padre John; él y Fotis están juntos en ello.

–También podría ser otra mentira, pero tiene sentido. Nada de coincidencias. Todo guarda una relación.

–Parece probable.

Por ninguna razón lógica, la mente de Matthew se desvió de ese camino.

–Ana Kessler. ¿Podría correr algún peligro?

–No veo por qué, su participación en este tema ha terminado.

¿Tienes alguna razón para creer que pueda estar en peligro?

–No. Sólo... No... Tengo que hablar con ella. La metí en un lío. Nunca supo la implicación de Fotis...

–Dime, ¿por qué se implicó en ello? ¿Por qué tuvo que haber un intermediario?

–Él lo dispuso de esa manera. Todo el acuerdo fue cosa suya. Probablemente, habrá ido a ver a Zacharios para que contacte con la Iglesia, para que todo parezca verdad. ¿Dónde está Fotis, Papou?

–En Grecia. O de camino a Grecia.

–¿Se ha marchado hoy?

–A primera hora de la mañana. Para pasar la Semana Santa.

–Nunca se va tan pronto.

–Este año, decidió pasar toda la Semana Santa allí. Phillip, el administrador de su restaurante, acaba de decírmelo.

–Hace unos días me dijo que no se iría hasta el miércoles.

–Habrá cambiado de parecer. Ayer, según Phillip, modificó sus planes después de que tú y tu padre lo visitasteis. – El hombre mayor se interrumpió por un momento, esperando alguna reacción por parte de su nieto-. ¿Sabes por qué?

Matthew trató de impedir que su cuerpo temblara y centró sus pensamientos.

–No tengo la menor idea, pero parecía nervioso. Creo que la presencia de papá lo inquietó.

–¿Por qué trajiste a tu padre?

El temblor era tan intenso que Matthew tuvo que apretar los dientes para evitarlo.

–Debemos entrar -propuso Andreas.

–No, necesito aire fresco. Tengo que hablar.

–¿Por qué ayudaste a Fotis?

–Pensé que la Iglesia debería tener el icono. Ana también lo quería así.

–¿Pero por qué tuvo que pasar por sus manos?

–Ya te lo he dicho, él lo dispuso así. Supongo que podría haberlo evitado, pero parecía muy importante que él guardara el icono durante una temporada. Ya sabes que está enfermo. Andreas negó con la cabeza.

–Me lo imaginaba, pero no estaba seguro de ello.

–No le gusta hablar de la enfermedad. Se cree que el icono tiene poderes curativos. Sus propietarios viven muchos años, los enfermos son curados al tocar la obra, como si María o Jesús los tocaran a ellos.

– Volvió a mirar al anciano a los ojos y añadió-: Pero eso ya lo sabes.

Andreas esbozó una mueca. – Pobre diablo -soltó.

Después, la expresión de su rostro cambió, y Matthew sabía lo que se le avecinaba. Su abuelo se acercó a él y posó una recia mano sobre su hombro.

–¿Por eso fuiste allí con tu padre? Matthew no contestó.

–No lo digo en tono de crítica -prosiguió Andreas suavemente, mientras movía un poco el hombro-. Ésa es una pieza más del rompecabezas. ¿Crees en esas cosas?

–Por supuesto que no.

El anciano se lo quedó mirando un rato más, luego soltó a Matthew y se alejó unos pasos.

–Y yo te llamé tonto. No entendía que lo ayudaras. Ahora, sí. No era para Fotis, ni siquiera para ti.

–No es tan sencillo.

–No. Faltaba una pieza, la pieza que une a todas las demás. Estaba delante de mis narices y no la veía. No te avergüences, muchacho, porque la culpa es mía.

–¿Por qué crees que se marchó con tantas prisas?

Andreas contempló la calle mientras pensaba en la pregunta. – Posiblemente para no estar cuando se desarrollara la acción.

–¿Qué quieres decir? ¿Que sabía que alguien le iba a robar?

–No sólo lo sabía, sino que lo planeó él mismo.

–¿Y por qué robó el icono?

–No estoy diciendo que lo hiciera, pero hay muchas razones para pensarlo si analizamos los acontecimientos. ¿Cómo podía retenerlo si supuestamente sólo era el intermediario?

–¿Y crees que disparó a Nicholas?

–No lo descartaría. O tal vez su plan colisionara con el de otra persona.

–¿Sabes algo mas que no me hayas dicho?

–Todo a su debido tiempo, Matthew. Ni siquiera sé estas cosas, sólo las supongo. Me doy cuenta de que no confías en mí, y que eso es culpa mía. Me dedicaré a construir esa confianza, del mismo modo que comprender lleva su tiempo.

Matthew sintió que disminuía el temblor de sus piernas, y con ello la confusión y el impacto, que quedaron reemplazados por otra sensación. Una fría resolución. Confianza. Tardaría bastante en volver a confiar, y eso no estaba mal. Tenía que dejar de responder a tantas preguntas y empezar a formular unas cuantas él mismo. Necesitaba resolver el lío en el que se había metido.

–Fotis me reveló cierta información.

–Estoy seguro de que te ha contado muchas cosas. Algunas incluso puede que sean ciertas.

–Me dijo que mataste a un sacerdote.

Andreas pareció sorprendido ante esta revelación. – Durante la guerra -prosiguió Matthew, tratando de sonsacar información; el corazón le latía fuertemente-. Me dijo que te llamaban la Serpiente, y que habías matado a un sacerdote para conseguir el icono.

El rostro del anciano se convirtió en una iracunda máscara mientras poco a poco iba asimilando la información. El cambio fue tan radical que Matthew se asustó por un momento, pero conservó la calma.

–Desea ese objeto más que ninguna cosa en este mundo -susurró Andreas-. Debe de quererlo con todas sus fuerzas para haberte contado

esa historia.

–Entonces, no es cierta...

–La muerte del sacerdote está en mi conciencia, y siempre lo estará.

Pero yo no lo maté.

–¿Y por qué debería creerte?

El anciano lo miró con atención. – Él era mi hermano.

–¿Tu hermano?

–La Serpiente -continuó Andreas, mientras su severa mirada desaparecía de su rostro y sus palabras se suavizaban era como llamábamos a Fotis a sus espaldas.

Todo volvía a estar del revés. – ¿Y cómo te llamaban a ti? – Mi nombre, en aquella época, era Elias.

1944 Epiro

La cripta que discurría por debajo de la iglesia era mucho más antigua que la estructura superior, y albergaba los huesos de innumerables ancestros del pueblo. Algunos hombres mayores decían saber qué agrupación de cráneos, miembros y polvo pertenecía a cada familia, pero la mayoría coincidían en que esos restos se habían mezclado años atrás, y que los huesos se colocaron allí donde cupieron. Durante las épocas de persecución, la cripta había servido como santuario para la oración, así como de refugio para hombres perseguidos, o al menos eso se rumoreaba; pero eso era lo que siempre se decía de cada cripta, cueva y sótano de la región. Recientemente, los pasadizos húmedos y enrevesados del osario se habían convertido en un lugar que evitaban quienes habían probado, aunque sólo fuera un poco, su propia mortalidad, pero aquellos pasillos seguían causando fascinación entre los jóvenes.

De joven, Andreas no había mostrado ningún interés por la iglesia, aunque la cripta era otra cuestión. Llevaba allí a todas las almas valientes que quisieran acompañarlo, incluso a su taciturno hermanastro, para pasear de noche por aquella cámara, asustando a los otros chicos con cuentos inventados. Mikalis, que había crecido con las espeluznantes historias bíblicas, se asustaba poco. Décadas después, Andreas todavía podía invocar la imagen de su arisco hermano, a quien veía al fondo de la luz de la linterna, observando paralizado un cráneo roto en una oscura hendidura. Un recuerdo perturbador. No fue hasta

que Mikalis estudió en el seminario que Andreas entendió lo que había visto en el rostro de su hermano de nueve años: no era morbosidad, sino reverencia. Oyeron un disparo cercano, de un máuser alemán, y el capitán se agazapó entre los espinosos arbustos detrás de la casa de su primo Glykeria. Había más andartes; ¿los comunistas quizá? Probablemente, el disparo se debía al nerviosismo de algún soldado, un despiste muy peligroso. Si un asustado recluta austriaco de dieciocho años disparara a un aldeano, toda la compañía descargaría sus rifles a cualquier bicho viviente. Por la mañana, el lugar sería una ruina humeante, habría mujeres y niños muertos por las calles, otro Koméno o Klisoúra. Andreas, a quien entonces se lo conocía por el nombre de Elias, podría haber evitado la masacre, pero primero debía llegar a la cripta. Aquélla era la ruta de escape más óptima de la iglesia en llamas.

Los alemanes estaban desperdigados por las carreteras, y el capitán se movió cautelosamente. Fotis lo había llamado Elias, heraldo del Mesías, un chiste malo, pero el nombre se le quedó grabado en la memoria. La mayoría de los guerrilleros adoptaban alias para que el enemigo no pudiera localizar a sus familiares o sus pueblos para vengarse. ¿Quién sabía que a los alemanes no les importaba, que ellos simplemente mataban al azar a unos cincuenta o cien civiles de la zona? Esa noche, el capitán se llamaría Elias o Fritz de Berlín, pero si lo cogían con una pistola en el cinturón, lo matarían de un disparo, junto con la mitad del pueblo.

La entrada a la cripta era más o menos un secreto a voces. Todos los niños conocían el sendero bajo que discurría desde la carretera al cementerio. Pasadas las últimas casas (en realidad, barracas para vagabundos o monjes), al límite de la línea de bosque, aparecía un pasaje subterráneo en el punto más bajo de la cuesta. Numerosas hierbas salvajes altas tapaban la entrada, aunque no costaba encontrarla. La mayoría de los hombres tenían que agacharse para entrar, y el capitán Elias debía agazaparse más que la mayoría debido a su altura. Tenía que avanzar a tientas hasta llegar a un lugar donde había la luz de una vela. Las paredes eran de tierra en los veinte primeros metros, eran inestables y susceptibles de derrumbarse. Cuando los dedos de sus pies palparon un pequeño escalón y percibió

una piedra fría debajo de sus manos, supo que había encontrado el osario.

Oyó el crepitar del fuego, pero el calor no había penetrado en la cripta, sólo un tenue olor a humo. Anduvo moviéndose en el sentido de las manecillas del reloj hacia el nicho donde se guardaba la antorcha, y la encontró: había un panel de cristal roto, la vela era prácticamente una colilla, pero le serviría si hallaba su caja de cerillas. Sí, allí estaba. La chispa de la cerilla fue como si un rayo hubiera caído en el osario. Poco a poco se hizo la luz, y los estantes de huesos amarillentos se abrieron ante él. Más allá de los estantes había una escalinata que conducía hasta detrás del altar en llamas. Los huesos parecían estar atentos, y no se inmutaban por los recientes acontecimientos. Parecían sagrados por su existencia inerte, purificados por su muerte. «Pero sus propietarios eran perros como yo -pensó Elias-; egoístas, irritables, ignorantes.» Se reproducían, comían, se jactaban, robaban, mataban, morían, generación tras generación. No eran buenas almas simplemente porque habían perecido. Sólo eran unos restos, unos huesos.

Al final del pasillo, el crepitar del fuego se hizo más audible, y Elias pudo ver que el humo negro bajaba por la escalera. La puerta de arriba estaba abierta. ¿La habría derribado alguien que quisiera escapar? Elias se cubrió la boca, se acercó a la escalinata y se inclinó hasta casi tocar el suelo: sangre, unos oscuros charcos que revelaron la tenue luz de la vela, sobre varios de los escalones gastados. El olor a ácido se intensificó. No podría quedarse mucho rato. Elias buscó por los otros pasillos tan de prisa como pudo, y en seguida descubrió lo que más temía.

En el espacio cercano a la pared sur, donde descansaban los huesos más antiguos, vio una sotana negra tirada en el suelo. Bajó la vela con cuidado, sus movimientos eran más lentos mientras respiraba el aire contaminado, y se agachó junto a su hermano. Le dio la vuelta al cuerpo. Su mano derecha estaba empapada en sangre debida a una herida en la espalda. El rostro, tal como reveló la luz, estaba muy pálido, tenía la mirada congelada, y la cara esbozaba un rictus de dolor. En un acto reflejo, Elias cubrió la mano con la suya. Tuvo que respirar hondo durante un rato antes de volver a mirar. El sacerdote tenía una

horrible herida dentada en el cuello, a la altura de la laringe, pensada no necesariamente para matar, sino para silenciar a la víctima de inmediato. El capitán conocía bien ese tipo de heridas. Las había infligido varias veces, y había enseñado cómo hacerlas a su joven discípulo. Pensó otra vez en la extraña mirada de Kosta de hacía un rato, y la interpretó de otra forma.

El dolor que se acumulaba en su interior era totalmente desproporcionado al afecto que le había profesado a Mikalis en vida. Tenían madres distintas, habían elegido caminos diferentes, sus creencias no se parecían en nada. No eran íntimos, salvo en esa forma tan instintiva que a veces se produce entre familiares. Elías habría muerto para proteger a Mikalis, aunque no podía jurar que lo quisiera. Habría muerto para protegerlo; sin embargo, ¿no lo había dejado escapar, precipitarse hacia su muerte? El capitán cerró los ojos y trató de tranquilizarse una vez más. El cuchillo era mejor que el fuego, de eso estaba seguro. La faena había salido mal; no había muerto de inmediato, sino que había conseguido bajar hasta allí. Se había desangrado hasta fallecer; era un mártir por una pintura.

Sus manos temblaban de rabia, pero ese sentimiento sólo enmascaraba una mordaz crítica de sí mismo. Podía culpar a la Serpiente y a Müller por concebir toda la operación, pero no podía culparlos por su participación en ella. En realidad, el plan de acción era suyo. El icono no significaba nada para él, pero las armas sí; sin embargo, todo había salido mal. Ya se había perdido una vida, y se perderían más si no podía descubrir quién los había traicionado, si no podía encontrar la forma de enderezar de nuevo todo aquel asunto tan feo. Si pudiera culpar a Müller, daría cierta legitimidad a su indignación. Pero él sabía que el Príncipe se había sorprendido tanto como él de encontrar la iglesia en llamas, y ciertamente no habría atacado a los andartes si hubiera tenido el icono: a esas alturas, debía de estar de vuelta en Ioannina, con su botín. El capitán observó de nuevo el rostro de su hermano. No era un alemán quien había apuñalado a Mikalis. No, la traición procedía de alguien más cercano.

Elías cogió la pequeña cruz dorada y la cadena del cuello del sacerdote y se guardó las piezas en el bolsillo. El cadáver no llevaba ningún otro objeto valioso. Agarró a Mikalis por las axilas y apoyó el

débil cuerpo contra su pierna; de este modo, el capitán arrastró el cadáver hasta una esquina de la cripta, cerca del túnel de salida. Allí dejó el cuerpo en una actitud respetuosa, y le cubrió la cara con su pañuelo. Entonces notó las llagas sucias de las manos, los bajos desgastados y quemados de la sotana. El sacerdote había bajado a la cripta con quemaduras y heridas para morir entre sus antepasados. Elias colocó dos dedos sobre la fría frente a modo de bendición, pero las palabras no brotaban de su boca. Después, apagó la vela y volvió a ponerla en su sitio. Seguidamente, adormecido por el humo invisible, y viendo menos que cuando entró, salió de nuevo a plena noche.

El destello de la iglesia iluminaba el valle, y el incendio llegaba a su punto álgido. Elias embutió las manos en los bolsillos, bajó la barbilla, mantuvo los ojos abiertos y penetró en la aldea. Una pequeña multitud se había congregado al inicio de la calle que conducía al cementerio. Había mujeres y niños con cubos de agua en las manos. Cuatro soldados alemanes impedían su avance. La luz de las llamas iluminaba los cascos de los centinelas y sus jóvenes rostros, y Elias pudo ver que estaban nerviosos y dispuestos a disparar para abrirse camino. Müller no quería que los andartes se escaparan mezclándose con la multitud, fingiendo ser parte de la brigada de bomberos, y por tanto dejaría que la casa de Dios se quemara hasta los cimientos. ¿Era eso una pista? Si cabía la posibilidad de que el icono estuviera en la iglesia, ¿los alemanes no dejarían apagar el incendio a esas personas, ni a sus propios soldados? ¿Qué había visto entre el humo que lo había impulsado a salir del santuario? ¿Habían sacado a la Virgen antes del incendio y el Príncipe lo sabía? Si Müller creía que el icono todavía permanecía intacto, entonces todo era posible.

Elias se mezcló entre la multitud y pasó desapercibido. Su única pista era Kosta, y tenía que tomar una decisión: ¿la casa o la tienda? Si el chico se había escapado del incendio, y si los temores del capitán eran ciertos, en ese caso, Kosta no dirigiría a sus perseguidores hasta su propia casa. Sería la tienda. Elias apretó el paso hacia el centro del pueblo, y pasó por callejones laterales. Vio la plaza al final de la calle, donde había otro grupo de personas. Éste parecía dominado por unos hombres con casco que gritaban órdenes. Varias personas se arremolinaron junto a la taberna de Tzamakis, bajo guardia. Eran

ancianos del pueblo. El padre de Glykeria estaba allí, pero Elias no vio entre ellos al padre de Kosta, Stamatis Mavroudas.

La tienda de los Mavroudas daba a la plaza, pero el capitán no tenía ninguna intención de entrar por la puerta delantera. Decidió adentrarse en un callejón con la anchura suficiente para que pasara un hombre, lo cual le permitió pasar desapercibido en plena noche. Al cabo de unos metros, el espacio desembocaba en una pequeña plaza de cuatro metros cuadrados, y se encontró con la puerta trasera del comercio. Había una pequeña ventana con las cortinas corridas, pero Elias pudo apreciar la luz de una vela en el interior. Se sacó la pistola del cinturón y apoyó suavemente la oreja contra la puerta. Al principio no oyó nada, pero un minuto de paciencia se vio recompensado por una voz que hablaba alto; parecía la de una persona enfadada que hacía preguntas. Elias la conocía.

Se colocó a un lado de la puerta y llamó con fuerza. Otra vez se cernió el silencio.

—¿Quién anda ahí? — preguntó finalmente una voz débil. Era el anciano Stamatis.

Elias volvió a llamar.

En el interior de la tienda se oyó un cerrojo que se descorría, y la puerta se abrió lo suficiente como para que cupiera una mano.

—¿Qué quieres?

Elias miró al hombre pero dirigió sus palabras a la estancia. — Fotis, soy yo.

Se produjo una pausa reveladora. Luego, Fotis cubrió la vela, abrió más la puerta y Elias pudo entrar. La puerta se cerró de un portazo tras él, y la vela volvió a iluminarse al retirarle el recipiente que la tapaba. Vio la conocida figura de su comandante de pie junto a la mesa. Tenía un enorme bigote negro, la nariz aguileña, los ojos sombríos y una frente larga y caída. Fotis siempre transmitía una sensación de calma, aunque el capitán podía ver la tensión acumulada en su frente y en su mandíbula. La Serpiente estaba enojada.

—No deberías utilizar mi nombre.

Elias ignoró el comentario. Stamatis los conocía a ambos. — ¿Qué estás haciendo aquí? — exigió Elias. No era un tono de voz adecuado para hablar con un superior, pero a él no le importaba.

Fotis debería haber estado con el equipo enviado para retirar la munición, al tiempo que Müller cogía el icono. Elias, que era el único de los guerrilleros que sabía dónde estaba escondida la Virgen, había insistido en asignar funciones. Jamás había olvidado la forma codiciosa con la que Fotis había admirado el icono años atrás, mientras acariciaba los paneles de ciprés como si de una amante se tratara. No quería que la Serpiente estuviera cerca de la iglesia cuando confiscaron el icono, y dirigir al equipo que se hizo con la munición era un honor que Fotis no podía rechazar sin revelar otra motivación detrás de todo el plan. El capitán lo tenía todo previsto. Un mensaje falso sacaría a Mikalis de la iglesia; los alemanes montarían guardia ante la villa destrozada donde se almacenaba la munición (tres o cuatro hombres pagados por Müller), dispararían a varios andartes y se marcharían. Cada parte obtendría lo que buscaba, y sólo el Príncipe, la Serpiente y el capitán sabrían lo que estaba pasando.

—Estoy interrogando a este hijo de puta -le respondió Fotis.

Mavroudas había utilizado la entrada de Elias para moverse por el pequeño almacén -que ahora carecía de los barriles habituales de olivas, higos y queso- y dirigirse hacia la entrada principal de la tienda. Fotis cubrió la distancia en dos pasos y arrastró al comerciante hacia una silla vieja, que crujió con su repentino peso. Había una cuerda enrollada y una cuchilla de quince centímetros sobre la mesa, al otro lado de la gruesa vela.

Fotis había colocado los objetos cuidadosamente, para dar a Stamatis algo en lo que pensar.

—¿Por qué no estás con el destacamento de hombres al que te envié?

—Están a salvo -respondió la Serpiente de pasada.

—¿Qué ha sucedido allí arriba?

Dragoumis lo miró fijamente.

—¿Qué crees que ha pasado? El Príncipe no consiguió su regalo, de modo que no hizo salir a los hombres que montaban guardia en la casa.

—¿No pudisteis superarlos?

—Sí podíamos. No eran muchos, pero tenían una metralleta, y eso nos habría costado muchos hombres. Dios sabe que estaban ansiosos por utilizarla, pero no quería malgastar a unos hombres que no eran míos.

«Todos somos tus hombres -pensó Elias-, y nos malgastas de la forma que te place.»

–¿Pues entonces por qué estás aquí? – insistió.

–Por la misma razón que tú: para descubrir qué diablos ha pasado.

–Ya parece saberlo.

–Yo podría decir lo mismo. – Fotis rodeó la mesa como un tiburón-. Aquí estamos los dos.

–Kosta entró en la iglesia durante el tiroteo. No sé por qué entró, e ignoro si pudo salir. – Elias no pudo mencionar el nombre de Mikalis. Era demasiado reciente, demasiado crudo.

–El hijo, sí, él forma parte de ello.

–¿Y éste? – Elias dio un puntapié a la pata de la silla, y Stamatis se estremeció.

–A este de aquí -contestó Fotis monótonamente, apoyando una mano sobre el hombro del comerciante- lo vimos salir de la iglesia con otro hombre. Llevaban algo envuelto en una manta.

–¿Antes del incendio?

–Durante el incendio.

–¿Quién lo ha visto?

–Es mentira -susurró el viejo ladrón-. Es mentira. Todos me odian. Son campesinos; mentirían por un trozo de pan. Capitán Elias...

–Ya basta.

Dragoumis abofeteó al comerciante para tranquilizarlo, y Elias se dio cuenta de que las palabras desesperadas del anciano se dirigían a él. Cierta entendimiento tácito, aunque hostil, existía entre los otros dos hombres. No se preocupaban por cuestiones insignificantes como la culpa o la inocencia. Regateaban sobre la vida de otras personas, así como sobre el estilo de unas muertes necesarias. Elias se acercó a la mesa. La frente de Stamatis brillaba de sudor. Tenía la ropa limpia, probablemente acabara de ponérsela antes de la llegada de Fotis, aunque la base de su larga barba estaba manchada, y su cabello de color gris mate olía a humo. El capitán se inclinó sobre el hombre tembloroso.

–¿Dónde está Kosta? – preguntó.

–¿Sí, dónde? – secundó Fotis-. Lo has enviado lejos junto con tu botín, ¿verdad? ¿Dónde crees que podéis ir? Sabéis que controlamos

toda la zona. ¿Adónde irá que no pueda encontrarlo?

Stamatis sacudió la cabeza con fuerza, aunque no estaba claro lo que negaba. Quizá se quejara de toda la situación tan patética. Un manipulador que se burlaba de su propio plan. Intolerable. ¿Qué demonios pretendía?, se preguntaba Elias. En primer lugar, que nadie lo cogiera, porque sabía que era sospechoso. ¿Abandonar rápidamente el pueblo? ¿Vender el icono? ¿A quién? ¿Guardarlo hasta después de la guerra? ¿Cómo hacer para que respondiera a las preguntas? Podían fingir estar negociando, pero él nunca los creería. Ahora, no, no con un cuchillo sobre la mesa. Además, no había tiempo.

—Quiero escribir una confesión -anunció el comerciante. Fotis respiró hondo, luego lo soltó. Su voz permaneció tranquila.

—Escucha. Voy a empezar a arrancarte los dedos uno a uno hasta que me digas dónde está tu bastardo y qué ha hecho con el icono.

—Quiero escribir una confesión -insistió Stamatis con voz temblorosa- Te lo diré todo, pero lo quiero por escrito. Y el capitán se la quedará; así, un hombre honesto sabrá la verdad.

—Me enteraré igual si hablas -respondió Elias, mientras captaba una mirada desafiante de la Serpiente por entrometerse en su conversación.

—No, debe estar por escrito. Así podré demostrar que lo he dicho. Hoy en día nadie confía en las palabras.

Era algún tipo de estratagema del viejo ladrón. Quizá simplemente estuviera haciendo tiempo, aunque Elias decidió hacerle caso.

—Pues escribe.

Fotis protestó, pero no contradijo a su subordinado. Tal vez pensara que el capitán conocía el estilo del comerciante mejor que él. Quizá temía lo que Mavroudas pudiera decir delante de Elias si lo presionaba demasiado. Elias sabía que si no hubiera entrado en el preciso instante en que lo había hecho, el interrogatorio habría alcanzado una situación embarazosa para entonces, y eso probablemente era lo que ocurriría. Y tal vez fuera lo mejor. Stamatis se andaba con rodeos; si Fotis estaba en lo cierto, Kosta no podía encontrarse muy lejos.

El comerciante cogió un lápiz sucio de un bote, así como una hoja sucia de papel marrón de debajo de la mesa, y empezó a escribir. Fotis se arriesgó a que lo vieran por la pequeña ventana, y Elias se acercó a él.

–Siéntate aquí de inmediato.

–Sí.

Ningún comentario más, desde luego. Una de las normas de la Serpiente era no explicar, no ponerse nunca a la defensiva. Eso no significaba nada. Aunque parecía natural que los otros oficiales debatieran una disolución tan desastrosa de sus planes, por no mencionar el hecho de que tendrían que estar ideando otra estrategia. Elias no pudo evitar pensar que la reticencia de su jefe era perturbadora.

–¿Dónde están mis hombres? – preguntó.

–En la pequeña colina sobre la carretera norte.

–¿Tan cerca? Müller tiene cincuenta soldados.

–La iglesia está al sur. Cree que todavía estás allí. No se dividirán para marchar hacia el norte, y menos aún por la noche.

–Podría pedir refuerzos.

–Se supone que ni siquiera está aquí -replicó Fotis-. Pidieron prestadas esas tropas. Él vino para hacer negocio, no para pelear. En cualquier caso, tus hombres sabrán romper filas si hay problemas.

–¿A quién dejaste al frente?

–Al hombre que elegiste, Giorgios. ¿Qué ocurrió en la iglesia? – quiso saber Fotis.

–Te lo contaré después -fue la respuesta de Elias. Los dos jugaban al mismo juego. Por otra parte, tampoco estaba seguro de lo que había pasado-. ¿Estás convencido de que tiene el icono?

–¿Se te ocurre otra idea?

–Sólo me pregunto cómo un hombre pudo escapar de ese infierno. O una pintura. Quizá pereció en el incendio.

–No lo creo. Creo que ese bastardo provocó el incendio para borrar las huellas.

–Dijiste que salió.

–Lo encendió delante para que Müller se quedara fuera. Después se escapó por otro camino.

–¿Cómo sabía que Müller venía?

Fotis lo miró con una expresión extraña: incredulidad que rayaba el desagrado.

–¿Cómo? Por su hijo. Tu perro entrenado, Kosta.

Claro. Esta conspiración no venía de nuevo; padre e hijo se habían estado comunicando todo el tiempo. Kosta había estado con Elias cuando le contó el plan, y se lo contó una vez más cuando Elias dio a Stefano el mensaje que sacaría a Mikalis de la iglesia y lo alejaría de todo peligro mientras Müller sacaba el icono. Kosta, el hombre en quien más confiaba. La Serpiente vio cómo esa revelación se transformaba en el rostro del capitán.

–Te engañaron, amigo mío. El chico era el espía del viejo en tu campamento.

–¿Lo sabías?

–Me di cuenta anoche. Y también tú te diste cuenta, no lo niegues.

Un grito procedente de la mesa sorprendió a los dos hombres.

–Maldita sea -gritó Stamatis, mientras rompía la hoja de papel-. No lo haré. No voy a confesar lo que no he hecho. – Y después de pronunciar estas palabras, dejó el papel hecho pedazos.

Fotis se movió rápidamente hacia la mesa y el comerciante le tiró el papel a la cara; luego corrió a por el cuchillo. Dragoumis lo cogió frenéticamente y estuvo a punto de rajarse la mano, aunque después logró coger al hombre mayor por la muñeca antes de que el cuchillo le cortara el cuello. La mesa se inclinó y la llama arrojó enormes sombras en la habitación mientras los hombres luchaban.

Elias fue el primero en alcanzar su pistola, pero eso habría causado mucho ruido. Prefirió coger la cuerda y colocarla alrededor del cuello del comerciante, a quien ató en la silla. – Tira el cuchillo.

El instrumento golpeó contra la mesa y Fotis lo cogió de inmediato. Sus grandes ojos se entornaron de rabia.

–Ya basta. Átalo aquí, y déjale una mano libre. Ahora cantará.

El capitán ya lo había visto en otras ocasiones. Comunistas, colaboracionistas, incluso un caporal alemán, atados a una silla mientras Fotis los amenazaba con un cuchillo. La tortura tenía su utilidad. Estaba perdiendo el tiempo, y el ladrón gordo era un candidato susceptible de derrumbarse en seguida. Aun así, Elias dudó.

–Átalo -exigió Dragoumis; había perdido la compostura y tenía el rostro rojo.

Se oyó un golpe seco en la puerta, seguido de dos más. Fotis se acercó a la ventana.

–Es Marko.

Taparon de nueva la vela y un joven robusto entró en la estancia. Saludó a Elias con la cabeza, pero éste lo ignoró. Marko siempre aparecía cuando había trabajo sucio que hacer. Era el hijo de un panadero de otro pueblo, pero no iba con los andartes del capitán. Trabajaba directamente a las órdenes de Dragoumis. Fotis lo había formado, o tal vez hubiera sido la naturaleza. El chico era imperturbable, no había tarea que se le resistiera. Elias creyó haber encontrado cualidades parecidas en Kosta, pero Marko era único. Quizá la clave fuera su falta de inteligencia. Kosta era listo, maldita sea.

–¿Qué está pasando ahí fuera?

–La gente se está reuniendo en la plaza -contestó Marko-. Empezaron con los hombres mayores, pero ahora convocan a cualquiera, incluso a algunas mujeres. Supongo que no quedan hombres. Tuve suerte de que no me cogieran.

–¿Mataste alemanes en la iglesia? – preguntó Fotis.

–A uno -contestó Elias.

–Pues entonces matarán a cuarenta al amanecer. Tendréis suerte si no incendian el pueblo.

–Bastardos -escupió Marko.

Elias había soltado la mano, y Mavroudas dejó caer la soga, aunque se precipitó como un pesado saco a los pies del líder de la guerrilla.

–Capitán, por el amor de Dios, ahórreme tener que tratar con esas bestias. Usted no es como ellos, es un buen hombre, todo el mundo lo respeta.

–Levántate.

–No, por favor; se lo suplico. Tiene la clemencia en sus manos.

El rostro del comerciante estaba empapado en lágrimas, y movía los ojos de un lado a otro. Elias sabía que su terror era auténtico, aunque también había cierta cualidad teatral en esa reacción. Stamatis asió la mano derecha del capitán entre la suya, como si quisiera rezar, y se lo quedó mirando fijamente.

Cuando luchaba por sacar su mano, Elias sintió que le colocaba un trozo de papel en la palma.

La dinámica en la habitación cambió de forma invisible. El viejo ladrón había decidido; el resto dependía de Elias. Sintió que los ojos de los otros hombres se posaban en él, y sabía que a Fotis rara vez se le escapaba algo.

–Suéltame, cerdo.

–No. Escucha, no sé dónde está el muchacho. No sé...

Con la mano izquierda le pegó un puñetazo al comerciante. El cuerpo se movió al ritmo del golpe, y sirvió para que el papel acabara en el bolsillo del ladrón mientras su mano derecha se perdía de vista.

–Aquí no tienes amigos, Mavroudas -advirtió Fotis en voz baja y más calmado-. Marko, ponlo en la silla y átaló. Déjale una mano libre. ¿Qué mano quieres perder primero, Mavroudas?, ¿la izquierda o la derecha? Como ves, te damos a elegir.

Marko se movió con rapidez. Con Stamatis había jugado su última carta, no había nada que lo distrajera del horror que lo esperaba. Miraba atónito la pared, y se le escapó un gemido mientras le aseguraban las cuerdas. Elias no quería mirar. Una cosa era matar a desconocidos en una pelea, y otra muy distinta acabar con la vida de un hombre al que conocías desde la infancia. Pero las acciones del comerciante habían causado la muerte de Mikalis. Era justo que muriera. Elias tenía que ocuparse de otras tareas. Se dirigió hacia la puerta mientras Fotis blandía el cuchillo.

–¿Adónde vas?

–A reunirme con mis hombres en la colina del norte.

–Sí, bien. Si tenéis que ponerlos en marcha, id al monasterio, no a la cueva.

–Sé lo que hago -replicó Elias.

–Desde luego. De lo contrario, quédate en la colina y nos reuniremos allí.

–¿Qué plan tienes si habla?

Fotis esbozó una desagradable sonrisa.

–Hablará. Ya te contaré cuando nos veamos. Cuídate, chaval. – Estas últimas palabras las pronunció en un rápido susurro, y convencían por su sinceridad.

Los gemidos de Stamatis subieron de tono hasta convertirse prácticamente en un grito, mientras Elias se adentraba en la noche.

«Ponle algo en la boca», ésta fue la última frase que oyó de él.

La plaza seguía activa y concurrida. Había varias parejas de alemanes por todas partes; llamaban a las puertas, buscaban algo o a alguien. Probablemente, Müller tenía una docena de pistas falsas que seguir, reveladas por aldeanos aterrorizados que intentaban salvar sus vidas. Elias se movió entre la oscuridad, agradecido porque no había luna llena, y pasaba de una calle a otra metiéndose en las casas, parando en una esquina de un callejón. Encontró una caja en el bolsillo de su chaleco, en el que sólo quedaban unas cuantas cerillas preciosas. Sacó un pequeño trozo de papel con una mano y con la otra encendió una cerilla contra la piedra helada.

«CAPILLA DE SAN GREGORIO. NO TE LLEVES AL NIÑO.»

Eso era todo. Tocó la cerilla que se extinguía con el papel, vio cómo ardía brillantemente y quedaba reducido a cenizas. San Gregorio. Una buena elección. No se utilizaba de forma habitual, y al capitán le costó recordar dónde estaba. En algún lugar del norte, pero apartado de las carreteras. ¿Prescindir del niño? ¿Cómo podía decirlo en serio? ¿No sabía Stamatis lo que Kosta le había hecho a Mikalis? ¿Sabía que Elias no lo sabía? ¿Por qué su clemencia iba a ser mayor que la de la Serpiente, que no había perdido a un hermano? El viejo ladrón había perdido la cabeza en los últimos minutos de su vida, pero eso no importaba.

¿Cómo continuar? Ya no confiaba en Fotis. Hubiera sido mejor no haber mencionado a Mikalis, porque entonces Fotis no confiaría en él para actuar de un modo racional. Lo más importante era llegar rápidamente a la capilla. Gracias al icono, tenía poder de negociación, y podía llegar a algún tipo de acuerdo. Stamatis hablaría; Fotis le pisaría los talones a Elias.

Las calles siguientes estaban libres de alemanes, lo cual le permitió una mayor libertad de movimientos. La taberna de Stefano estaba cerrada y no se apreciaba ninguna luz en el interior. Los alemanes habrían atacado al tabernero, aunque Elias tenía sus dudas al respecto. No era porque sí que confiaba los mensajes a Stefano. El hombre coleccionaba secretos, pero nunca los revelaba a menos que el precio fuera justo, y era muy habilidoso a la hora de llegar o marcharse pasando desapercibido. ¿Dónde debía de estar ahora? En casa, no. Su

esposa y su hijo habían muerto; sólo su suegra vivía en su casa, y a Stefano no le importaba lo que le pasara. No caminaría por las calles en plena redada. No, Elias supuso que Stefano estaría sentado en la oscura taberna, esperando a que pasara el peligro. El capitán se dirigió a la puerta trasera. Había un cerrojo en el interior, pero Elias recordó que los tornillos estaban sueltos. Un golpe educado en la puerta no serviría de nada. Sin pensarlo dos veces, dio un paso atrás y golpeó su hombro izquierdo contra la puerta, que se sacudió por las bisagras con un estruendo, pero no cedió. Menuda sorpresa. El capitán repitió la operación, esta vez lo intentó con el hombro derecho y además colocó la planta de su pie izquierdo contra la pared que tenía detrás para darse más impulso. «Acosado por un nervioso tabernero», musitó, disgustado. «¡Si yo le di esa maldita pistola!», pensó cuando se lanzó contra la puerta con todas sus fuerzas.

La puerta cedió lo mínimo, pero el impacto lo hizo tambalearse y Elias cayó al suelo. Quedó boca abajo durante varios segundos, pero habló de repente para identificarse.

—Stefano, soy yo.

El tabernero no lo habría dejado pasar de buena gana, pero tampoco le habría disparado ahora que ya había entrado. Unas mesas y unas sillas vacías asomaban entre la tenue luz de las ventanas. La barra estaba junto a la entrada a la cocina, y Elias se arrastró en esa dirección. Miró por el rabillo del ojo y distinguió una figura que miraba hacia arriba. Apuntó su pistola contra la rodilla del hombre.

—Estoy aquí abajo.

El tabernero dio un salto por el susto.

—Cálmate -dijo el capitán mientras se levantaba-. Tira la pistola. — En realidad, no había visto el arma, pero había oído la descarga del cañón-. Enciende una vela.

—¿Quién tiene aceite, aparte de ti y de los alemanes?

—Pues, entonces, enciende una vela.

La luz tenue y parpadeante reveló un moratón alrededor del ojo izquierdo de Stefano, y su rechazo a mirar al capitán hizo que las respuestas fueran del todo innecesarias. Pero Elias tenía que estar en lo cierto.

—¿Enviaste el mensaje a Mikalis? — preguntó Elias.

–Si me lo preguntas, entonces sabes que no lo hice.

–¿Quién te ha hecho eso en la cara?

–Mavroudas. El viejo.

–¿Para enterarse del mensaje?

–Ya sabía su contenido. Para convencerme de que no fuera; él quería ir en mi lugar.

–Te pega con una mano y te paga con la otra.

–¿Y eso qué importa?

–Eres muy despreocupado para ser un traidor. Stefano abrió el ojo, el primer signo de alarma.

–No soy un traidor. ¿No comunicó el mensaje?

–Deberías haberte dado cuenta de que pretendía algo más que eso.

–¿Cómo iba a saber cuáles eran sus intenciones? Me amenazó con matarme si me interponía en su camino.

–Lo comunicó. Luego las cosas se torcieron. Mikalis ha muerto.

–No. – El rostro del tabernero pareció descomponerse, y unas lágrimas le humedecieron los ojos. ¿Creía que Elias estaba a punto de matarlo, o sentía una tristeza genuina por ese sacerdote tan popular? ¿Quién podía saberlo?

Al capitán le entraron ganas de abofetearlo, pero podría dejarlo sin sentido, lo que no le serviría para nada. Se acercó y colocó la pistola contra el cuello de Stefano.

–Debería matarte, pero necesito dos cosas de ti. No debes fallarme. Stefano asintió con la cabeza.

–Ve a donde se encuentra ese mayor alemán, Müller-continuó Elias-. Dile que el asunto de la iglesia fue un error. Todavía es posible llegar a un acuerdo. Le traeré lo que quiere antes del atardecer de mañana, pero debe comprometerse a no disparar a nadie. Si lo hace, no habrá acuerdo. Debe estar solo cuando se lo digas, y habla con él antes del amanecer, ¿entendido?

Stefano hizo una breve pausa y se humedeció sus labios secos.

–Lo haré.

Elias se apartó y guardó la pistola en su cinturón.

–Si lo haces, salvarás muchas vidas. Pero debes ser rápido, y tienes que convencerlo. Nadie puede enterarse de eso. Si hablas, eres hombre muerto.

–Desde luego.

Los ojos del tabernero ardían de sinceridad, pero esa reacción era pasajera. Ese tipo de secretos terminaban saliendo a la luz. Alguien vería a Stefano y a Müller juntos, quizá los comunistas lo apresarían. Era el tipo de historia que querían oír: los republicanos y los alemanes juntos en la misma cama. Stefano diría que tenía que hacerlo si quería sobrevivir, o incluso vendería la información. No era un tipo de fiar, no era una opción recomendable, pero no tenía a nadie más. Kosta había desaparecido. Los otros hombres de Elias no sabían lo que estaba haciendo, y nunca lo apoyarían si lo supieran. Todos los hombres del pueblo estaban comprometidos. Aunque él no era nadie para juzgar, Elias tenía sus dudas sobre sí mismo; ¿él era el hombre más comprometido? Todos los hombres buenos habían muerto.

–Después de ver a Müller, ve a visitar a la viuda de mi padre. – Él no quería referirse a ella como su madrastra-. Dile que el cuerpo de su hijo yace en la esquina norte de la cripta, y en ese caso es posible que envíe a un hombre. Ve tú, si te lo pide.

Stefano parecía más desconcertado por esta tarea que por la anterior, pero aun así asintió.

–No me falles, Stefano. No nos falles.

Se marcharon por puertas separadas. De vuelta a las calles oscuras, Elias hizo todo lo posible por dirigirse rápidamente hacia la colina norte. Era baja, aunque no muy boscosa, pero gracias a la noche sin luna, era simplemente una larga sombra, y no podría encontrar ni rastro de sus hombres. Todavía no sabía lo que éstos oirían o supondrían. ¿Le darían la bienvenida? ¿O lo llevarían hasta un árbol para pegarle un tiro? Como no disponía de mucho tiempo, subió corriendo la cuesta. Se darían por satisfechos si lo descubrían. Lo hicieron. A medio camino, Panayiotis surgió de entre la oscuridad.

–Está un poco patoso esta noche, mi capitán. Por un momento pensé que era alemán.

–Llévame hasta Giorgios.

La mayoría de los hombres, cuya media de edad era de unos veinticinco años, estaban situados entre las rocas cercanas a la cumbre; el ex sargento de infantería iba de un lado a otro con nerviosismo. El aspecto de Giorgios parecía un poco ridículo con su barba descuidada y

su uniforme de coronel italiano (un botín de la campaña albanesa), pero era el mejor líder de hombres que había conocido.

—Madre mía, me alegro de que esté aquí -dijo Giorgios al ver al capitán-. Lo necesitábamos antes. La maldita Serpiente no nos dejaba atacar.

De modo que todavía seguían sin ver el engaño, pensó Elias, a quien asaltó una súbita tristeza.

—Vayamos por partes.

—Hallamos la villa donde estaban almacenadas las armas, justo en el lugar donde dijo que se encontraban.

—Sí.

—Había unos cuantos alemanes que montaban guardia, y tenían una metralleta ligera. Podríamos haberla robado, pero cuando empezó el tiroteo en la iglesia, la Serpiente nos comunicó que no debíamos intentar cogerla.

—¿Comunicar? ¿No estaba con vosotros?

—¿La Serpiente? Al principio, pero después no. Alegó que necesitaba vigilar a los alemanes en el pueblo. Me dejó al mando. Debería haber ignorado sus órdenes, perdimos una oportunidad.

—No, Giorgios, hiciste lo correcto. Los hombres son más importantes que las armas. Ahora escúchame: necesito tu ayuda. Dime cómo encontrar la capilla de San Gregorio.

—¿La capilla de San Gregorio? ¿Por qué?

—Kosta me ha traicionado. — Elias no fue capaz de decir «nos»-. Ha ido a esa capilla para esconderse. Debo dar con él. Todavía era plena noche, pero el cielo estaba empezando a palidecer por el este. Elias no pudo interpretar la reacción de Giorgios, salvo por su silencio.

—Que el diablo se lo lleve -sentenció al fin Giorgios, hablando en voz baja-. ¿El icono está destruido?

—Lo ignoro. Es posible que el viejo Mavroudas lo haya robado. La Serpiente se está encargando de él. Debo encontrar a Kosta ahora mismo.

—¿Y el padre Mikalis?

Volvió a asaltarle el dolor. Cuando todo ese asunto terminara, dormiría días enteros, o quizá para siempre, según se desarrollaran los acontecimientos.

–Giorgios, la capilla... Ayúdame.

–Está al otro lado de esta colina, siga el sendero que conduce al prado elevado. Sígalo hasta el final.

–Eso es la capilla de María.

–Avance un kilómetro más y suba una cuesta rocosa. Llegará casi a Vrateni. Es un lugar desolador. La capilla domina el terreno. Tenga cuidado. Será mejor que se lleve a varios hombres.

–No, tengo que ir solo. Debes hacerte cargo de este destacamento. Spiro y Leftheris están en el viejo monasterio, y el resto en la cueva. Id a un lugar seguro, si podéis, y esperad noticias mías. Sigue las órdenes de la Serpiente, si te parecen razonables, pero protege a los hombres. Y Giorgios, no le digas a él ni a nadie adónde he ido.

El cielo estaba lo suficientemente iluminado como para leer la confusión y la inquietud en el rostro del andarte. A nadie le gustaba la Serpiente, pero Giorgios contaba con la experiencia suficiente para saber que nunca era bueno tener a dos comandantes que no se llevaban bien. Elias, que no podía tranquilizar su corazón, se volvió, dejando al joven soldado y al brillante cielo del este atrás. Una vez más, se dirigió hacia el norte.

Verano de 2000

CAPÍTULO 13

Matthew estaba de pie junto a la ventana; la oscuridad encubría su rostro, como quizá correspondía a sus confusas intenciones. Ana no lo sabía con certeza. En el exterior, llovía, y ella no había encendido la luz, de modo que la estancia estaba poco iluminada: era un largo y frío salón en el que nunca habían estado juntos. Era un terreno neutral. Matthew no quería adentrarse más.

–Siento no haber venido antes -se disculpó él-. No podía hablar contigo hasta que lo hiciera la policía.

–¿Es eso lo que te dijeron?

–No.

–No querías que creyeran que habías influido en mi declaración...

–No creía que tú pensaras eso.

–De acuerdo.

–Hay cosas que deberías saber.

–Te escucho. – Pero Matthew parecía no poder moldear sus pensamientos, al menos no con la suficiente rapidez que requería Ana, y ella, como una idiota, adoptó una postura enojada y distante-. No dije nada que pudiera implicarte, si has venido por eso. Les dije que sabía que tu padrino era el comprador, que tú me lo habías dicho. No sé por qué lo hice. Ni siquiera sé si eso te ayudará.

Matthew negó con la cabeza, retorció el rostro en un gesto de frustración o de desagrado, y ella creyó interpretarlo en un instante, pensó que quizá no se alejaba tanto del hombre que creía conocer, a pesar de las cosas que le había ocultado.

–No quiero que hagas eso -dijo Matthew finalmente-. No me importa lo que les digas a la policía. He venido para contarte lo que sé.

Le brotó todo por la boca: la sutil manipulación de su padrino, la fijación de Matthew por la obra, su ignorancia de la trama que se estaba desarrollando a su alrededor... Y cuanto más hablaba, más deprimida y desinteresada parecía Ana. Las preguntas llamaban a la puerta de su mente, pero no conseguían entrar. Estaba obsesionada con un hecho: que él había entrado en su vida para manipularla. ¿Cómo podía confiar en él? ¿Cómo sabía si lo que había pasado entre ellos era real? No podía saberlo, aunque podría intentarlo si él sacaba el tema.

Pero él no lo hizo, y ella entendió, con un agudo sentido de autocrítica, que sin esa respuesta, las demás (incluida hasta qué punto había jugado con ella) no tenían sentido. No se lo daría a entender. Sería mejor que ese disgusto consigo misma se asemejara a la ira. Él merecía su ira.

Ana le indicó que se sentara en una de las sillas viejas e incómodas, y al final empezó a analizar las palabras de Matthew, dejando que su pensamiento se volviera frío y clínico. Él no tenía ninguna duda de que el icono había sido la razón del robo, a pesar de las otras obras robadas. Ella decidió seguirle el juego, suponer su inocencia, dejando de lado su manipulación inicial. – ¿Tu padrino ha sido interrogado?

–No. Está en Grecia. Se puso enfermo al llegar.

–Pareces escéptico.

–Hace tiempo que padece una enfermedad, pero ese tipo es un tramposo.

–¿Crees que está detrás del robo?

–No quiero saberlo, pero creo que es una posibilidad.

–¿Sacrificó casi un millón de dólares para robárselo a sí mismo?

–A la Iglesia, y según las condiciones de la venta, el icono quedó en sus manos. Tenías una oferta por casi el doble de esa cantidad. Él utilizó a la Iglesia para conseguir el precio que quería y para bloquear a otros posibles compradores. Bueno, en teoría. Ojalá me equivoque. Es posible que haya otras razones.

–¿Y por qué no me lo contaste desde el principio?

–Él no estaba implicado en ello en un inicio -insistió Matthew-. O lo estaba, pero yo no... Cuando el museo me envió aquí, no sabía que conociera a nadie, salvo a Wallace, alguien a quien tú también conocías -le recordó Matthew, haciendo hincapié en ello-. Después, me dijo que la Iglesia había contactado con él; lo comentó casi de pasada. Debería haber hablado contigo en ese momento, pero él me pidió que no lo hiciera. Me convenció de que era igual que lo supieras o no, porque saberlo sólo serviría para levantar sospechas.

–¿Y eso no te pareció sospechoso?

–También había otras cuestiones. No voy a agobiarte con ellas. Me comporté como un estúpido. Lo siento, Ana. Pensaba de todo corazón que el icono debía estar en Grecia.

–¿Y si hubiera decidido venderlo a una parte privada?

–No lo habrías vendido a la Iglesia.

–¿No hubieras tratado de convencerme?

–No, si ésa era tu decisión.

–Tonterías.

–¿Qué podría haber hecho? No podía hacerte elegir en contra de tu voluntad.

«Podrías haber hecho lo que hubieras querido», pensó Ana con amargura, pero también esta vez el enfado iba dirigido hacia sí misma.

–¿Cómo voy a creer lo que me estás diciendo ahora?

–Es una duda razonable. No puedo contestarte a eso. Tienes muchos motivos para no confiar en mí.

Era una persona tan tranquila y razonable, incluso cuando no se había portado bien.

–Vete a la mierda, Matthew.

El joven se levantó de repente, como si ella le hubiera arrojado agua fría en el regazo. Ella luchó por no levantarse, para que su expresión reflejara su inflexibilidad. Matthew no podía quedarse, al menos no ahora, aunque ella deseaba con todas sus fuerzas que no se marchara.

–¿Se lo has contado a la policía?

–Conocen los hechos; el resto es una hipótesis. No les conté parte de la historia.

–¿Qué historia?

Matthew dudó porque no quería contar esa parte.

–El icono procede del pueblo de mi abuelo. Resulta que él y mi padrino estuvieron involucrados en una especie de trato con los alemanes, durante la guerra.

Más secretos. Nunca se llegaba al final. El clic mecánico del reloj de su abuelo asaltó sus pensamientos. Su tío bisabuelo lo había construido; su abuelo lo había llevado allí cincuenta años atrás junto con sus posesiones. A Ana le encantaba aquel reloj cuando era niña, pero en ese momento sólo deseaba dejarlo en la calle para que los basureros se lo llevaran.

–Valdría la pena que me lo contaras -dijo Ana con un tono de voz frío.

–Los detalles no son muy claros.

–Has venido aquí para contármelo todo, ¿recuerdas?

–No es el tipo de historia que cuentas sin saber antes toda la verdad. Es un tema muy espinoso, y todos los implicados tienen una visión distinta del mismo.

–¿Y mi abuelo cómo consiguió el icono?

–No lo sé. Pero voy a investigar las respuestas, para que los dos las sepamos.

–¿Cómo?

Matthew balanceaba ligeramente su cuerpo; quería irse, y había mirado a Ana directamente por primera vez.

–Voy a ver a mi padrino.

–¿Te dejarán salir del país cuando hay una investigación en curso?

–No tengo previsto pedir permiso.

–Matthew -dijo ella mientras se levantaba y se acercaba a él sin pretenderlo-. Podrías tener serios problemas. Creerán que te estás escapando.

¿Y si era cierto que se escapaba? ¿Y si su instinto le había fallado? Hasta la fecha, Ana no había confiado mucho en ello, pero ¿por qué había ido Matthew a verla?

–Es probable que me hable a mí primero antes que a los demás.

–No te dirá la verdad.

–A lo mejor, sí. O, al menos, parte de la verdad.

–Mira, si tienes razón, entonces disparó a su hombre. Es un tipo peligroso.

–No creo que lo tuviera previsto.

–Pues entonces no tiene el control de la situación -insistió Ana. ¿Por qué no lo entendía?-. Hay gente capaz de matar por ese icono.

Matthew abrió la boca para hablar, pero no había una respuesta fácil para ese asunto tan delicado, y la verdad de sus palabras pareció envolverlos a ambos.

–Fotis es de la familia -musitó finalmente-. Además, lo ayudé a crear este embrollo.

–Lo cual es una razón estúpida para empeorar las cosas. No vayas.

Estuvo un rato más tratando de persuadirlo, aun a sabiendas de que era inútil. A pesar de su aparente racionalidad, Matthew era muy testarudo. Se fue sin tocarla, porque evidentemente había perdido el derecho a ello. Ella no lo animó en sus planes, sino que se mantuvo

inflexible hasta el final. Ana permaneció inmóvil unos instantes, y acto seguido empezó a andar con los hombros caídos mientras se abstraía en sus pensamientos. Después se dirigió al comedor y se sentó en su dura silla. Parecía hundida. Era más que probable que ésa fuera la última vez que veía a Matthew.

Eso había ocurrido dos días antes, y ahora Ana estaba sentada en el mismo comedor vacío. La oscuridad había desaparecido por la intensa luz y el calor primaveral que se filtraban por las ventanas. Matthew debía de estar en Grecia. No esperaba que se pusiera en contacto con ella, sólo quería que estuviera a salvo, que no jugara a un juego que le viniera muy grande. La joven había intentado olvidarse del tema del icono. Al fin y al cabo, había conseguido el dinero, se había deshecho de aquella cosa, que era lo que más deseaba. La policía investigaría a partir de ahí. Era asunto de la Iglesia griega decidir si había habido juego sucio o no, no suyo. Ella había cumplido con su parte del trato. Ese empalagoso padre Tomas había estado allí mismo en el vestíbulo, observando cómo sus hombres se llevaban el paquete hasta la furgoneta. Tendría que explicar qué había pasado después, si es que podían encontrarlo.

Aun así... Las intenciones de Ana se habían venido abajo. ¿Dónde estaba su ira? Y por cierto, ¿dónde estaba su sentido de la responsabilidad? No había tomado una decisión a la ligera. La procedencia del icono era poco clara, al igual que gran parte de las obras adquiridas por su abuelo después de la guerra. Su padre parecía sentir vergüenza al respecto, y la devoción de su abuelo por esas piezas era codiciosa y poco saludable. Ana nunca supo los detalles, pero no tenía ninguna duda de que los griegos de aquel pueblo de los antepasados de Matthew se habían llevado el icono con mucho gusto. Pertenecía a aquel lugar. Ella no estaba de acuerdo con la idea de la culpa familiar, la idea de que las acciones incorrectas de los antepasados se transmitían de generación en generación. Hacía mucho tiempo que sospechaba que muchas de las adquisiciones del anciano se debían a juegos sucios, aunque nunca habló de ello con él. Ahora tenía la finca, y con ella ciertas obligaciones. No pretendía dedicarse de por vida a devolver todos los cuadros de la casa, pero el asunto del icono había tenido un profundo efecto en su vida y no podía ignorarlo. No

podía hacer mucho al respecto, aunque había algunos detalles desagradables en los que pensar. Una de las cuestiones que más la preocupaban, y no por vez primera, era la relación de los recientes acontecimientos con hechos sucedidos en el pasado. «No empieces algo que no puedas acabar», le decía siempre su padre. ¿Era eso un argumento para no desistir, o para dejarlo en ese momento?

Ana atravesó el vestíbulo hasta llegar a la cocina. Tendría que empezar por Wallace. El abogado sabía cosas que no quería revelar. Siempre lo había sabido, pero esperaba que la muerte de su abuelo sirviera para bajar la guardia y destapar algunos asuntos turbios de la familia. Pero las esperanzas de Ana se vieron truncadas en este sentido; el armazón de Wallace seguía en su lugar. La joven había considerado la posibilidad de que ofrecer el icono a manos privadas podría atraer a alguien que conociera el pasado del icono, así como de su abuelo. Posiblemente, alguien que supiera lo que había pasado la semana en la que su padre había ido a Caracas. No había revelado estos pensamientos a Wallace, se guardó todas las preguntas para sí, y el abogado se dedicó a guiar a Ana hacia las instituciones. Pero, para entonces, Matthew la distraía demasiado y no pudo presionar al astuto abogado.

Se dejó caer en una silla de la cocina y encendió un cigarrillo, el quinto que fumaba por la mañana. Hoy se fumaría una docena. Ayer fueron ocho, y seis anteayer. Era como dejar de fumar, pero al revés. No había fumado desde hacía casi cuatro años. Sólo necesitó un primer cigarrillo, una hora después de que Matthew salió por la puerta, y volvió a estar donde lo había dejado. Tamborileó sobre la mesa con los dedos de una mano. La cocina le recordaba a Matthew, a pesar de que sólo habían estado juntos allí unas cuantas veces. Descartó el pensamiento mientras expulsaba una nube azul de humo. Ahora ya no importaba. La forma de estar cerca de su amante fugado era perseguir el misterio que Matthew investigaba. El pensamiento. ¿Era todo lo que trataba de hacer, sentirse cerca de Matthew y convertir su obsesión en la de ella? ¿Eran todas esas ideas sobre responsabilidad una simple justificación? Inspiró el dulce veneno y sintió que su cuerpo se estremecía. ¿En realidad, importaba?

Ana cogió el teléfono y marcó el número.

–Wallace y Warford.

–Hola, Millie. ¿Wallace está por ahí?

–Ana. Está en medio de una cosa. ¿Puedes llamar dentro de un rato?

–Dile que esperaré hasta que esté libre.

–Es mucho mejor que te llame él.

–Esperaré. Por favor, díselo.

Ana se quedó conectada al teléfono durante unos minutos, como ya preveía, y su agitación fue creciendo exponencialmente a lo largo de ese tiempo. Luego oyó una voz grave y profunda.

–Lo siento, querida, no te he llamado.

–Tenemos negocios, Arthur. Venderemos más cuadros.

–Lo sé, mis más sinceras disculpas. Pero tenemos que ocuparnos de ello personalmente. Te paso a Millie, y concertamos una cita.

–Quiero hacerte una pregunta. El comprador privado del icono, el que estaba dispuesto a gastar un millón y medio, ¿quién era?

El abogado guardó silencio un momento. – ¿Por qué sigues pensando en ello?

–Porque me parece extraño que alguien ofrezca tanto dinero.

–No tenemos forma de saber si al final lo habría pagado. La oferta no me pareció muy creíble, de lo contrario, la habría investigado más.

–Ya. Bueno, fíjate lo creíble que fue el trato con la Iglesia. – La Iglesia no es la responsable de lo ocurrido. Y tú tienes el dinero.

–Da igual; dime quién era nuestro derrochador.

Wallace respiró hondo y con cierto tono de decepción, pero no se dejaba convencer tan de prisa. Había jugado demasiado tiempo con ella a ese juego del padre sufridor.

–El acercamiento se hizo a través de un agente de dudosa reputación, a quien preferiría no nombrar.

–¿Por qué? ¿Dijo que quería permanecer en el anonimato? ¿Un agente? Venga, Arthur, ¿de quién eres el abogado?

–Emil Rosenthal.

–Me tomas el pelo... ¿Ese trepa tan repulsivo?

–Ahora ya sabes por qué no quería seguir con ello.

–Pero ¿quién querría trabajar con un tipo como Rosenthal?

–¿Quién sabe? Los ricos y excéntricos utilizan a todo tipo de intermediarios desagradables. Alguien está dándole trabajo. De todos modos, no te lo dirá.

–¿Y tienes idea de quién era el comprador? – Por supuesto que no.

–Qué pena.

–Supongo que no estarás pensando en hablar con él...

**–No -mintió Ana-. No veo de qué nos serviría, y es tan zalamero...
Simplemente sentía curiosidad.**

**–Será mejor que dejemos correr ese tema. Ahora te paso a Millie.
Nos veremos muy pronto.**

–Bien. Tenemos mucho de que hablar.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 14

Durante mucho tiempo después de despertarse, Fotis creyó que se estaba muriendo, y la idea no le resultaba precisamente agradable. El sudor se enfriaba en sus miembros entumecidos, a pesar de las pesadas sábanas, y tenía dificultades para respirar. Tenía agua en los pulmones. Permanecer sentado lo ayudaría, aunque sus músculos no podían responder a la orden. Su mente estaba adormecida, era incapaz de procesar un pensamiento complejo, e imaginó que se hundía cada vez más en ese estado hasta perder la conciencia, y no sentía dolor alguno hasta que lo liberaban de la prisión de su traicionero cuerpo. Luego recordó el sueño.

No poseía los detalles y el horror de las versiones anteriores, aunque había sido una buena repetición. Vio esas mismas colinas desnudas e informes que se extendían hasta el horizonte, debajo de un cielo plomizo. La misma interminable carretera que serpenteaba entre esas colinas, sus pies la tocaban, a pesar de que andaba y no podía avanzar. Notó unas formas que se arrastraban a izquierda y a derecha; sabía que habían sido humanas y se movían en la misma dirección. Alguien lo estaba esperando; eso también lo sabía. Algo o alguien que lo quería mal lo estaba esperando con los brazos negros extendidos, como alas de buitre, y el hecho de que nunca alcanzara a ese demonio, sino que siempre estuviera acercándose, no contribuía a suavizar el terror de esa espera. Entonces se despertó, pero recordaba de las versiones anteriores que las colinas se convertían en valles, y los valles, en una tundra increíblemente llana e interminable. Luego pasaba por la colina oscura y unos cruces vacíos a mano derecha, pasaba por debajo del arco de piedra que marcaba el último tramo, y penetraba en el túnel sabiendo que estaba cerca del final de la carretera; lo sentía con todo su ser, aunque al mismo tiempo sabía que no había final, que caminaría para siempre. Eso era lo que lo esperaba. Eso era el purgatorio en el que gustosamente se hundía.

El miedo se apoderó de él como un manto frío, y abrió de nuevo los ojos. El techo parecía estar muy lejos, y su visión periférica había desaparecido. Trató de gritar, pero sólo oyó un débil gorjeo. Reunió todo el aire y las fuerzas que pudo, y al final produjo un largo y débil

lamento, como un hombre que gimiera dormido. Luego se calló, y se quedó sin aire y sin fuerzas, esperando a emprender el largo descenso.

De repente, sintió que unas manos recias tocaban sus hombros y lo levantaban violentamente. Vio los muros y la larga franja de luz blanca entre las cortinas corridas que entorpecían su visión. Sus pulmones sufrieron convulsiones. Oyó un pitido, luego la agonía de tener una corriente de aire que corre por el pecho. En otro momento, una aguda tos hizo estremecer su cuerpo, y notó un sabor amargo y metálico en la boca. Estaba a disgusto consigo mismo, con la vida. Trató de soltarse todos aquellos aparatos, pero se movía sin ton ni son mientras alguien le colocaba unos cojines en la espalda. Luego se dejó empujar hasta apoyar gran parte de su cuerpo en las almohadas. Estaba rendido. Tenía ganas de volver a dormir, pero le aterraba la idea. Al menos, podía respirar.

—¿Puedo traerte algo?

Fotis miró al hombre que le hablaba. No era Nicholas. Nicholas estaba luchando con su vida en un hospital de Nueva York. Ese hombre era Taki, su sobrino, quien habría hecho cualquier cosa por él. Fotis se encontraba en Grecia, en la mansión que había construido a las afueras de Salónica. Nueva York estaba a ocho mil kilómetros, el robo había salido mal y no contaba con ninguna fuente fiable de información. Un plan desesperado. Fue una opción precipitada, pero se acordó de las razones que la motivaron cuando volvió a pensar en ese sueño. Dios tenía un propósito para todo.

—Un vaso de agua.

Fotis sorbió el líquido lentamente. Al principio, el agua bajó como si se tratara de mercurio, pesada e insaciable, aunque al final sintió alivio en la garganta. Su sobrino observaba atenta mente a su lado. No se veía amor en el rostro del ex soldado y vendedor fracasado de alarmas, pero Taki era leal, y estaba ansioso por conseguir un trabajo. Por otra parte, sus contactos en el mercado negro eran útiles.

—¿Te apetece desayunar algo?

La idea le revolvió el estómago, pero tenía que comer algo. — Café, y algo de pan.

—Tu ahijado está en la planta baja.

—¿Matthew? — El anciano quedó desconcertado por unos momentos-. ¿Matthew ha venido aquí? — ¿Por qué se sorprendía? Tan sólo había perdido la noción del tiempo, porque sabía que tarde o temprano el chico acudiría-. ¿Cuánto tiempo hace que está aquí?

—Llegó hace una hora. Traté de convencerlo para que se marchara, pero no se ha ido. Tampoco quise echarlo a patadas. Claro que sí, pensó Fotis. Taki era el primo hermano de la madre de Matthew, pero los dos hombres apenas se conocían. Taki no tenía nada en contra de Matthew, pero no le gustaba que el chico recibiera un trato especial. Había estado deshaciéndose de gente durante toda la semana: amigos, compañeros de trabajo, inspectores de seguros... y estaba empezando a gustarle la labor de vigilante.

—No, hiciste bien. Quiero verlo.

—Después de comer.

—No -protestó Fotis, que empezó a recordar en un instante-. Hazlo pasar cuando me traigas la comida.

Taki parecía sorprendido. Fotis nunca se veía con nadie sin lavarse, vestirse y alimentarse antes, pero Matthew era un caso especial. Tendría que aplacar su enfado, porque se requería una presentación adecuada. El anciano pensó en ello sin esfuerzo, porque era el resultado de sesenta años de desengaños. El rápido paso de un terror mortal a una reunión familiar fue como un bálsamo superficial para su mente. Aun así, en lo más profundo de su ser, ese bálsamo lo oprimía. Ya no sabía lo que era no planificar todo encuentro con antelación. Ya no tenía una relación honesta con ningún hombre. Su instinto se había convertido en algo aparte de él, como si fuera un animal domesticado; a veces era mortal, y a veces se le escapaba de su control. El hecho de que las intrigas que había planeado esta vez estuvieran al servicio de su alma le dio cierta tranquilidad. Si la Virgen podía curarlo, todo se perdonaría.

¿Qué sabría el chico? La policía de Nueva York se había centrado inicialmente en Anton y en sus contactos rusos, pero acabaría por ampliar el alcance de su investigación. Fotis había trabajado mucho para que el padre Tomas resultara creíble, había tenido que procurarse el apoyo de la Iglesia griega, y le había pagado su colaboración a pequeños plazos. Y ahora el tipo se había fugado con medio millón de

dólares de fondos de la Iglesia, con lo cual todas sus acciones recientes estaban bajo sospecha. Evidentemente, Fotis sabía que Tomas era un ladrón, pero no que fuera objeto de una investigación por parte de sus superiores y que escogería ese momento para esconderse. Quizá fuera mejor; quizá las preguntas habrían acabado con él.

El actor sin trabajo que se había instalado en Manhattan con el nombre de Peter Miller no sabía nada, ni siquiera la identidad del tipo que lo había contratado. La información que Fotis tenía sobre Miller era escasa. Actualmente, el hombre carecía de todo interés cuando se hizo evidente que le había vendido el icono a Kessler. Sin embargo, cuando Fotis se enteró de que Andreas llegaba a Nueva York, necesitó una estratagema para distraerlo de la trama con Matthew y la Iglesia; algo suficientemente convincente para hacer cambiar de idea a su inteligente protegido. Sólo Müller serviría, pero las pistas debían ser sutiles, difíciles de encontrar, o de lo contrario se daría cuenta del montaje. A esas alturas, Andreas ya se habría percatado de la farsa, ¿pero se lo habría comentado a su nieto?

—Kalimera -lo saludó Matthew sin mucho entusiasmo mientras buscaba un lugar donde colocar la bandeja del desayuno. Fotis convino que le acercara el enorme reposapiés que había ante él. Taki lo había abrigado con su vieja manta azul y lo ayudó a sentarse en una silla junto a la cama, antes de volver a descender a la planta baja.

—Bendito seas, muchacho -respondió Fotis en inglés-. No sé si puedo comer, pero Taki querrá que lo intente. — El anciano bebió un sorbo de café amargo antes de hablar-. Has venido desde muy lejos simplemente para verme. ¿Creías que me moriría sin consultarlo primero contigo?

—Lamento que no estés bien.

Fotis habría dicho que más bien estaba sorprendido. Nadie estaba más sorprendido que él cuando una enfermedad fingida se convertía en una real, pero eso volvía a ser cosa de Dios, que seguía enseñándole lecciones al cabo de ochenta y nueve años. El dolor de huesos era algo que cabía esperar, pero su congestión y su cansancio eran una novedad. Empezó a sentirse mal después de que Alex y Matthew abandonaron su casa hacía aproximadamente una semana, o tal vez menos. No tenía previsto que Alex reconociera el icono; ésa había sido su primera impresión. Tal vez Andreas había roto su promesa y había revelado

algo, quizá años atrás. ¿Quién podía decir lo que Alex sabía o lo que le había contado a Matthew? Ese temor, junto con la noticia de que Del Carros hablara con los rusos, había bastado para que Fotis cambiara sus planes días atrás. Y luego, la figura. Ni siquiera ahora podía pensar en ella sin sentir terror, como si fuera algo de su sueño, una presencia extraña y fantasmagórica situada en la puerta de entrada, del mismo modo que la mano de Alekos había tocado el icono. Por un momento pensó que era ese muchacho, Kosta. Luego nada, ni nadie. Probablemente debían de ser los primeros indicios de la fiebre, de su actual enfermedad, que acabaría con él si no era lo suficientemente cauto o fuerte. A esa edad, la menor decisión podía suponer la vida o la muerte. Ceder a la oscuridad, o combatirla.

—No estoy del todo mal. Creo que es un simple resfriado. — Matthew esperaba encontrar a Fotis muy enfermo, pero evidentemente no lo estaba, lo cual quería decir que había resuelto sus asuntos—. Quizá fue algo que cogí durante el vuelo. O tal vez sean las emociones de esta particular Semana Santa. — Tienes muy mal aspecto, no deberías estar levantado.

—Me han dicho que mi ahijado quería verme de inmediato... -Fotis sonrió, pero no terminó la frase.

—Podría haberme sentado junto a la cama.

—Así no es como recibo a mis invitados o a los miembros de mi familia. De todos modos, ya estás aquí, y te veo preocupado.

—El icono ha desaparecido. Nicholas está en el hospital con una bala en la espalda. La policía cree que le estoy ocultando información. Nadie ha podido hablar contigo. Es una situación inquietante, ¿no te parece?

—Claro. ¿Cómo está tu novia?

—No es mi novia.

—Lamento oír eso.

—Theio, quiero saber qué demonios está pasando.

—A todos nos gustaría saberlo. ¿Crees que tengo información especial?

—No pareces muy preocupado por los acontecimientos.

—Será la enfermedad. Sólo tengo fuerzas para las tareas de las que me ocupo. Es la sabiduría del anciano. Lamento la pérdida del icono, y

he rezado todas las mañanas y todas las noches por Nikos. No hay nada más que pueda hacer hasta que esté recuperado y pueda volver.

–Anton ha desaparecido.

–Me lo dijo la policía.

–¿Has hablado con ellos?

–Acepté una llamada telefónica. Como ves, trato de ayudar.

–No está bien que desaparezca sin dejar rastro.

–Estoy de acuerdo contigo.

–¿Crees que está implicado en el robo?

–Me temo que debemos asumirlo. – Fotis suspiró, una expresión del esfuerzo que Matthew le estaba costando-. Evidentemente, es posible que tenga otras razones. Algunos de esos rusos sólo tienen visados provisionales en Estados Unidos.

–¿Anton es ilegal?

–Yo no diría eso, aunque bien podría ser ilegal, en cuyo caso, creo que esperaría que contactara conmigo, algo que no ha logrado hacer.

–Siempre me ha parecido un tipo muy leal -apuntó Matthew, que tenía la mirada puesta en el rostro del anciano-. Y no precisamente con mucha imaginación.

–Ah, ese hombre es más de lo que parece. Sabe esconderlo bien. Pero si está implicado en el robo, dudo que fuera idea suya.

–Estoy de acuerdo. ¿Y de quién fue la idea?

Fotis se encogió de hombros y cogió un trozo de pan.

–¿Eso es todo lo que tienes que decir? – le recriminó Matthew-. ¿Te encoges de hombros? ¿No tienes ninguna teoría al respecto?

–¿Qué quieres que diga?

–¿Pretendes que me crea que no sabes nada al respecto?

–Suéltalo ya, chaval. – El anciano dejó caer el trozo de pan y representó una buena escena de furia e indignación-. No me gusta que me interroguen así en mi propia casa. ¿Crees que no sé en qué consisten los interrogatorios? He llevado a cabo cientos de ellos. Crees que estoy detrás de todo este asunto, ¿verdad?

Fotis se estremeció un poco, mucho menos de lo que había previsto.

–No digo que sea así -replicó rápidamente el joven-, sólo que podría ser.

Bravo. Eso sí que eran problemas, pero Fotis no pudo evitar admirar la frialdad del chico. Se estaba haciendo mayor. Al fin y al cabo, era probable que fuera bueno en ese negocio. El anciano volvió a mover ficha.

–Andreas...

–¿Qué ocurre con él?

–Perdona, es sólo que estoy cansado. Al principio no me di cuenta de que hablara a través de ti.

–¿Sabes? Es divertido. – Matthew recogió el trozo de pan que había caído en el reposapiés, y luego lo devolvió a la bandeja-. Cuando uno de vosotros está en apuros, siempre invocáis al otro. Como si cada uno fuera el alma diabólica del otro. Tú no tienes la culpa de nada, y él tampoco. Siempre la tienen los demás.

–Tal vez haya olvidado quién es quién.

–Ciertamente os habéis olvidado de lo que cada uno ha hecho. Cómete el pan, no quiero que Taki se enfade conmigo.

El anciano se inclinó para obedecer, encantado de tener una excusa para permanecer en silencio.

–Éstas son mis preguntas -continuó Matthew-. Mi abuelo me ha contado muchas historias, pero no más que tú. Quizá los dos creáis en vuestras propias versiones, no lo sé. En estos momentos, no confío en ninguno de los dos.

Bien, pensó Fotis. Aceptaría estar a partes iguales. El pan era suave y de gusto agradable. Lo devolvió al plato, mientras tragaba despacio.

–No sé dónde se encuentra Anton, ni a qué se dedica. – Eso era más o menos cierto-. Como él no está, y Nicholas se encuentra en el hospital, no tengo recursos en los que confiar. Tendré que valerme por mí mismo cuando esté más o menos recuperado.

–No parece que pudieras confiar en los recursos que tenías. Eres tan asquerosamente cuidadoso... ¿Cómo pudiste contratar a un hombre tan capaz de traicionarte?

–Sería mejor preguntarse si había forma de saberlo. Los hombres que siempre son leales son personas que nunca piensan por sí mismas. Son útiles hasta cierto punto. – Fotis bebió otro sorbo de café, que ahora ya estaba templado-. Ahora bien, los hombres que hacen algo más que cumplir tus instrucciones, asumen riesgos y confían en su

parecer son los hombres verdaderamente útiles. Siempre son hombres con ambiciones, que algún día procurarán para sí mismos. Es algo natural.

—¿Y cómo puedes controlarlos?

—Reduciendo sus opciones para causar problemas. Tener a otros hombres menos creativos para que los controlen. Despedirlos cuando conviene. No fui lo suficientemente cuidadoso con Anton. Fui muy lento.

—Anticipaste esos problemas.

—Con el tiempo, chico, anticipo problemas en todo el mundo.

—¿Qué tipo de hombre es mi Papou?

—Andreas... El mejor. El mejor y el más extraño, es una persona leal y al mismo tiempo despiadada, y más lista que el demonio. Desde luego, al final también él demostró no ser digno de confianza.

—¿Por qué me dijiste que lo llamaban la Serpiente?

Fotis volvió a acercarse la taza a los labios, pero sólo quedaba el poso del café. No tenía sentido negarse, porque Matthew sabía demasiado. Sólo le faltaba saber cuánto más.

—No fue un gesto amable. Quizá traté de castigarlo por haberme puesto ese nombre a mí.

—Tal vez no quisieras reconocer que fue idea tuya vender el icono a los alemanes.

—¿Idea mía? No, fue de Müller. Un oficial alemán. Todos esos hombres eran ladrones, peor que los italianos. La obsesión particular de Müller era el arte religioso, y se había enterado de la existencia del icono. Quizá lo supiera desde el principio. Los nazis sentían una gran fascinación por lo místico, estoy seguro de que ya lo sabes.

—Continúa -emplazó Matthew con impaciencia.

—Confieso que teníamos un canal abierto de comunicación con los alemanes, aunque luchábamos contra ellos. Müller se acercó a mí y me propuso la venta. Yo me quedé horrorizado, pero necesitábamos armas, de modo que le comenté la idea a Andreas, el hombre en quien más confiaba. Me convenció de que debíamos hacerlo. Ideó un plan.

¿Puedes imaginarme quemando una iglesia, paidemou?

Matthew no dijo nada. La incertidumbre nublaba la expresión de su rostro. Fotis prosiguió:

–No, sólo un ateo podía hacer algo así. Su hermano pereció en ese incendio.

–Eso no es lo mismo que decir que lo mató.

–Lo dejó entrar en un edificio en llamas, quizá incluso lo alentó a ello. Como ya sabes, eran hermanastros, y nunca se gustaron.

–Ahora llora la muerte de ese hermano.

–Es posible que el sacerdote colaborara con los alemanes, y tu abuelo no era un hombre que olvidaba con facilidad. Tampoco era un hombre a quien le gustaran las medias tintas.

–Eso no me sirve, Fotis.

–Estoy cansado. Tal vez podríamos terminar el interrogatorio por hoy y dejar que el prisionero descanse.

–Todos estos remiendos no añaden credibilidad a la historia que me contaste en Nueva York. – El joven insistía, y su voz reflejaba verdadera indignación-. Fue una historia muy fea, mentir es diez veces peor.

–No era una mentira, sino una exageración. Una manipulación, lo confieso, aunque asentada en datos reales. Debes entenderlo. ¿Cómo pude idear ese plan, quemar la iglesia y vender un objeto de tanto amor sagrado y belleza al enemigo? Yo no hice eso. Lo entiendes, sé que lo entiendes. El icono pertenecía a Grecia. Tú tenías la capacidad de incidir en esa decisión, pero necesitabas un empujoncito. Yo te lo di. Mientras tanto, simplifiqué excesivamente las cosas. Obré mal, pero no cometí la clase de actos de los que me acusas.

Se reclinó en su asiento, agotado por el reguero de palabras. Matthew no parecía convencido, de eso se daba cuenta, aunque su padrino quizá lo había hecho dudar.

–Y supongo -apuntó Matthew lentamente- que la trama con el padre Tomas tampoco fue idea tuya.

–Tomas es... un tipo complicado. Pero, en realidad, ha representado a la Iglesia griega en numerosas ocasiones. No tenía razones para dudar de él.

–Él no soltó novecientos de los grandes. Era tu dinero.

–La Iglesia me lo iba a devolver.

–¿Y aceptaste el trato?

–Es una práctica habitual. Su burocracia es lenta, se requieren almas comprometidas para forzar la situación. Evidentemente, Tomas se pasó de la raya, pero la Iglesia habría cubierto gran parte del coste. El resto lo habría aportado yo como regalo. Era un riesgo, pero valía la pena correrlo.

Las palabras le brotaban suavemente de la boca, y parte de la verdad cubría las mentiras. En realidad, la Serpiente se había convencido a sí mismo, antes de que se desarrollaran los hechos, de que tenía intención de entregar el icono a la Iglesia; al final, cuando hubiera sacado todo el provecho que quería sacarle. No podía dejar de pensar en el falso robo, pero no fue hasta que Nicholas (un tipo leal) le contó acerca de aquel coleccionista, Del Carros, cuando Fotis se dio cuenta de que debía moverse. Del Carros tenía prevista una acción con Nicholas y con el antiguo jefe de Anton, un ruso llamado Karov. Anton, y quizá también Nicholas, todavía estaba en el bolsillo de Karov, y si Del Carros hubiera tenido suficiente dinero, los rusos lo habrían traicionado. Fotis utilizó su codicia contra ellos. Les pagó para robar el icono de su casa antes de que lo hicieran para ese coleccionista sudamericano, añadiendo uno o dos giros ocultos a ese plan. Era peligroso, pero había funcionado, salvo por la herida al pobre Nicholas, en quien Fotis no acababa de confiar para que siguiera con el plan. Anton y los otros hombres que Karov había proporcionado tenían que estar fuera de la casa antes de que Nicholas regresara de dejar a Fotis en el aeropuerto, pero debieron de ser lentos al volver, y el querido y estúpido muchacho trató de detenerlos.

–Eso suena muy convincente -respondió finalmente Matthew, mientras situaba mentalmente a Fotis en el momento actual-, hasta que Tomas y el icono desaparecieron.

–Tomas robaba fondos, pero ésa es otra cuestión. – Resultaba extraño que la verdad sonara tan sospechosa.

–Bueno, me temo que entonces sólo quedas tú.

–Te olvidas de Anton.

–¿Niegas que no hayas querido ese icono desde hace sesenta años? ¿Desde que mi Papou te lo mostró en tiempos de guerra, antes de que su hermano lo ocultara? ¿Sólo tardaste una hora, unos minutos, eso fue

todo, verdad? Y te quedaste prendado del objeto para siempre. Querías tenerlo.

–¿Estás hablando de mí o de ti? – lo interrumpió Fotis, a quien le sorprendió el comentario.

–Sí -asintió Matthew, impasible-. He notado su energía. Por eso lo sé.

¿Qué estaba pasando? ¿El chico era un rival? La situación era más grave de lo que Fotis había imaginado, y no sabía si podría sacar partido de ella. Pero no, no debería verla de ese modo porque se trataba de Matthew.

–Estoy muy cansado. Mañana seguiremos hablando de ello.

–¿Qué ocurrió la noche en que se incendió la iglesia? ¿Dónde estabas? ¿Por qué no estabas con los hombres que Andreas envió a sacar las armas?

–De modo que Andreas, finalmente, ha hablado.

–¿Sabías que Kosta le contaría a Stamatis dónde se escondía el icono y que trataría de quedárselo? ¿Esperabas a que saliera? ¿Estoy más o menos en lo cierto? – El chico se encontraba muy cerca de la verdad. Era incansable, y no dejó de mirar a Fotis en ningún momento-. O quizá fuiste tú quien envió a Stamatis, y luego él decidió traicionarte. ¿Fue así?

–Te estás trastocando, hijo mío. Estás creando fantasías. Este tema te viene muy grande. Ya es hora de dejarlo correr.

–¿Dejarlo correr? – Con una repentina y furiosa energía, Matthew tiró la bandeja del desayuno al suelo y se inclinó sobre el anciano-.

¿Dejarlo correr? ¿Cómo demonios crees que puedo hacer eso? Estoy con el agua al cuello por este asunto, y tú me metiste en el fango. Me debes algunas respuestas, viejo bastardo.

Fotis se asustó; no por Matthew, sino porque los fragmentos dispersos de la verdad estaban cobrando forma. Por un momento, tuvo la impresión de que era Andreas quien estaba delante de él.

–Me has traicionado -susurró-. Todos me habéis traicionado.

–¿Quién te ha traicionado? ¿Cómo?

–Uno va a comerciar con el icono, el otro lo va a vender. Armas, dinero. Yo sólo lo quería por lo que era, para ponerlo a buen recaudo. Tonto, ¿no lo ves? – Fotis asió a Matthew por la camisa y su rostro

pareció descomponerse con un baño de lágrimas-. ¿Lo entiendes, paidemou? Sólo yo puedo mantenerlo a salvo. ¿Me ayudarás?

La larga silueta de Taki apareció en la puerta, lo que hizo que Matthew y su padrino se volvieran. La interrupción acabó con la magia del momento. Rápidamente, el anciano se sacó de encima a su ahijado.

–He oído el ruido -aclaró Taki con un tono de voz al tiempo molesto e irritado, mientras observaba los platos y la taza de café que yacían desparramados por el suelo.

–Matthew ya se iba -dijo Fotis con voz ronca-. Acompáñalo a la salida.

Matthew miró críticamente a Taki por un momento, aunque luego su actitud se volvió más distendida. No se pelearían. Obsequió a Fotis con una mirada larga -¿qué era: confusión, compasión o algo totalmente distinto?-, y luego se encaminó hacia la puerta.

–Hijo mío -suplicó la Serpiente. El joven se detuvo, la mano de Taki se había posado sobre su hombro, pero él no se giró para mirar-. El sábado por la noche. A misa en San Demetrios. ¿Me acompañarás, por favor?

Matthew le devolvió brevemente la mirada. – Pues claro -aceptó-. ¿Por qué no? – Hablaremos más de este asunto.

Pero Matthew ya había llegado a la escalera.

CAPÍTULO 15

Los árboles mojados de agua de lluvia que rodeaban la casa levantaban una fina neblina mientras el sol empezaba a caldear el ambiente. El efecto evocó una memoria sensorial en Andreas que no acababa de entender del todo; una cueva junto al mar, una pálida niebla matinal y el deseo de quedarse en aquel lugar húmedo a tomar el sol, donde dormiría. No descansó con el rifle a un lado, no volvería a unirse a sus compañeros soldados, sino que simplemente se quedó allí y desapareció en la niebla. ¿Cuándo había sido eso, y qué había ocurrido después? No podía recordarlo. Hacía mucho tiempo de eso. Había pasado antes de que su hermano muriera, antes de conocer a Maria, años antes de que nacieran su hijo y su nieto, que tanto lo preocupaban en aquellos momentos.

Había dejado el pesado abrigo y el sombrero y de algún modo se sentía expuesto, a pesar de que en el jardín de su hijo estaba a buen recaudo. Alex se apoyó sobre la verja que había a su lado. Parecía nervioso pero dueño de sí mismo, y empezó a fijarse en los troncos sombríos de los árboles.

–¿No pudiste evitar que se fuera?

–No lo sabía -respondió Andreas-. No me lo dijo. – La policía creerá que está implicado.

–Y lo está.

–Ya sabes a lo que me refiero. Que él y Fotis planearon esto juntos. Todo. También el robo.

–Esperemos que no cometan ninguna locura. Los movimientos de ese día no tienen sentido si fuera su cómplice.

–¿Por qué no has corrido tras él?

–No quiere que lo ayude.

–¿Y vas a consentir que se enfrente solo a ese maquinador?

–No confía en mí, Alekos. Tú y Fotis lo sabéis perfectamente. – El hombre joven parecía que iba a protestar, pero se contuvo-. Yo también soy responsable de ello, desde luego -apuntó Andreas.

–¿Has hablado con él?

–¿Sobre el icono? Sí, pero hablamos demasiado tarde.

–Debería haberse quemado en aquella iglesia. Nos habría ahorrado mucho sufrimiento a todos.

–Eso es algo en lo que yo también había pensado. Alex se volvió ligeramente para mirarlo.

–¿Te preocupa? ¿El hecho de que se lo dieras a los alemanes? ¿Alguna vez no has podido dormir por ello?

Andreas negó con la cabeza. Se estaría haciendo esa pregunta durante el resto de su vida.

–Una vez vi cómo Fotis le arrancaba los dedos a un prisionero alemán. Era joven. No sabía las preguntas que le formulaba Fotis, pero eso no importaba. Después, le rajó el cuello. – Andreas revolvió la tierra mojada con la punta de su zapato-. En otra ocasión, disparé a un guerrillero comunista en las colinas que están sobre Tsotili. Lo ejecuté por haber difundido calumnias y por ser comunista. Es una buena razón para matar a un hombre, ¿no? ¿Ya has oído todo esto antes, verdad?

–No lo he sabido por ti.

–Vi a un periodista norteamericano que rescataron en el puerto de Salónica; tenía las manos atadas, el cráneo partido, y todo porque había hablado con las personas incorrectas. Vi a docenas de hombres, jóvenes y viejos, que recibían palizas hasta que confesaban hechos que no habían cometido. En una ocasión, incluso vi que cogían a una mujer...

–¿Por qué me cuentas todo esto ahora? He estado haciéndote preguntas durante muchos años y nunca me has dicho nada.

–¿Por qué crees que te lo cuento?

–No lo sé. ¿Para que diga que todo está bien, que lo entiendo?

–Tu perdón -replicó amargamente el anciano, y Alex apartó la mirada-. ¿Sabes cuánto me importa tu perdón? Tú, que has pasado toda la edad adulta en este país blando y opulento? Hay cosas para las que sólo pido tu perdón, Alekos, son muchas cosas, pero no éstas. Nadie puede perdonarme, y no busco perdón. ¿Pero puedes creer, en vista de lo que te he contado, que una maldita pintura significaba algo para mí? ¿Crees realmente que es eso lo que no me deja dormir por las noches?

–De acuerdo. Pero aquí estamos de nuevo los dos. Y mi hijo está metido en un buen lío.

–No es culpa mía.

–Pero tampoco lo impediste.

–¿Qué querrías que hiciese?

–Encontrarlo.

–¿Encontrarlo? ¿Y luego qué?

–Quemarlo, enterrarlo, devolverlo a la Iglesia, no me importa. Que no se entrometiera en la vida de Matthew. Mi hijo corre peligro, tanto si encuentra el icono como si no.

–No va a ser fácil.

–Claro que no. Si lo fuera, lo haría yo mismo. Requerirá a alguien con tus habilidades.

–¿Qué habilidades? ¿Matar, mentir, plantar tomates?

–Cazar.

–Yo cazaba hombres, no obras de arte.

–Atrapa a los hombres que tienen el icono.

–Eso está fuera de mi alcance. Puede tenerlo cualquiera.

–Utiliza a tus amistades.

–Eres igual de malo que Fotis, me sorprende que imagines que dispongo de contactos útiles. Tengo muy pocos amigos, y no hacen caso a un anciano como yo. La investigación de la policía nos llevará la delantera, y no puedo hacer nada para impedirlo.

–Y te cruzas de brazos...

–Yo no he dicho eso.

Alex se balanceó sobre sus talones con impaciencia, y luego volvió a mirar en dirección a la casa.

–Pues entonces, ¿qué?

–Matthew necesita estar lejos de cualquiera que crea conocer la ubicación del icono. Es posible que esté más seguro en Grecia que aquí. De todos modos, he procurado que alguien lo vigile allí.

–Uno de esos amigos que no tienes.

–El tipo está jubilado, como yo, y Matthew se lo pondrá difícil. Pero, al menos, algo es algo.

Alex miró de nuevo hacia los árboles, estrujando un palo de la verja con una mano mientras cerraba y abría la otra. – Gracias por ocuparte de ello.

–Es mi nieto. Cuando regrese, trataré de llevarlo a nuestro terreno, pero no será fácil. Es desconfiado, y tozudo.

–Igual que su madre -aseguró Alex.

–Y está muy nervioso. Afortunadamente, las cosas se resolverán por sí solas.

–¿No te importa lo que ocurra? Si Fotis está metido de lleno en el asunto, o si el icono no aparece...

–Las obras de arte robadas rara vez se recuperan. Sólo quiero que Matthew esté a salvo y libre de toda culpa. Tengo asuntos que resolver con Fotis, pero no sé si alguna vez lo conseguiremos.

–Mataré a ese viejo bastardo si lo vuelvo a ver.

–Sí, bueno, muchos han tratado de matarlo.

–Es como una enfermedad. Me sorprende que no lo mataras hace años.

Andreas miró a su hijo con cierto desagrado, luego asintió lentamente con la cabeza.

–Yo era su criatura. Cuidó de mí mucho más tiempo del que debía. Se suponía que tenía que arrestarme cuando los coroneles subieron al poder. Papadopoulos dio las órdenes. Pero él me mandó fuera del país.

–Fue un gesto muy leal.

–Lo fue, pero también peligroso. Él no ganaba nada con ello.

–Se aprovechó de tu buena voluntad hasta el día que te necesitara.

–Tal vez. Tal vez fue eso lo que se dijo a sí mismo.

–¿Crees que se preocupa por ti?

–Es posible, aunque contra su voluntad y entendimiento. De todos modos, no es un tipo fácil de comprender, y todo el mundo intenta saber quién es.

–Así es como mantiene el control. – Alex carraspeó, tratando de ser valiente, o al menos eso fue lo que Andreas supuso-. ¿Por qué me cuentas todo esto ahora? Todos esos hechos malvados; no giran en torno al icono.

–No lo sé. Quizá sólo quiera contárselo a alguien.

–¿Nunca has hablado de ello?

–Con tu madre, un poco. Sólo un poco. ¿Por qué molestar a alguien?

–Para aliviar tu carga.

–Contarlo no la alivia.

–¿Cómo lo sabes?

–Estas cosas no tienen sentido fuera del lugar y del tiempo en el que ocurrieron, digan lo que digan los moralistas. Gran parte del trabajo, incluso el malo, fue necesario. Nadie puede entenderlo, salvo las personas que se implicaron en los hechos, y estamos demasiado preocupados como para ayudarnos mutuamente. Y ahora, quedan menos.

–No es culpa mía si no lo entiendo. Tú me enviaste aquí.

–No tenía previsto que te quedaras y te casaras con Irini. Pensé que regresarías a Grecia. Pero es mejor que no lo hicieras. Mucho mejor.

–Probablemente me hubiera convertido en un comunista, sólo para disgustarte. ¿Por qué sonríes, padre?

–Me divierte la idea de que te intereses por la política, eso es todo.

–Tal como lo dices, no parece que me haya perdido mucho.

–No, fuiste listo. La política es un juego de necios.

–Me alegro de que hayas venido -contestó el hijo dulcemente-. Me alegro de que hayamos hablado.

Andreas inspiró el aire húmedo, y luego lo soltó lentamente. Esas palabras de su hijo era lo mejor que podía esperar, y trató de agradecérselas, de agradecerle ese momento. Cuando lo miró, se dio cuenta de que Alex ya no se apoyaba en la valla, simplemente la tocaba con una mano, la movía lentamente, pero el hombre se mantenía en pie.

–Tienes buen aspecto, Alekos -comentó contra los dictados de una antigua superstición-. Pareces fuerte.

Alex miró fijamente hacia la arboleda; parecía perplejo y desconcertado.

–Sí, me siento bien.

Sotir Plastiris vivía en uno de los muchos edificios de apartamentos de cemento que habían desfigurado la ciudad de Salónica. Al igual que muchos residentes, había llenado su terraza de plantas y flores vistosas, y el efecto general de todo ese color alegraba de algún modo el aspecto gris y monótono de los edificios. El interior de la vivienda estaba amueblado al tradicional estilo burgués, con paredes blancas, madera oscura, un plato de cobre grabado con el perfil de Alejandro colgado en la pared y una llamativa figurita vestida con un traje regional colocada

en una vitrina. Aunque todo hay que decirlo: no tenía ningún icono barato en una esquina con una vela votiva, lo cual sólo quería decir que Sotir no tenía una esposa para ocuparse de esos asuntos. A Matthew no le gustaba la decoración, pero en realidad el apartamento no era tan distinto del de su abuelo en Atenas, y se sentía cómodo en él.

—Yasou -dijo Sotir mientras le entregaba a Matthew una pequeña copa de coñac y levantaba la suya al tiempo que se sentaba en un sillón. Miré hacia la ventana con cierta indiferencia y tranquilidad, pero su compañero sospechaba lo contrario-. Será difícil llegar en avión -añadió Sotir al cabo de un rato en un inglés preciso pero con un fuerte acento. Todos los colegas de su abuelo insistían en hablar inglés, pensó Matthew. Sin duda alguna, como marca de orgullo profesional-. Los aeropuertos están muy estrictos. Sería mejor ir en barco. Hay más pasajeros, y más espacio. Puedes esconder una pieza pequeña en un contenedor grande. Las aduanas de los puertos se ven desbordadas por el volumen de las mercancías, y también hay mucha corrupción. Básicamente, tienen miedo de lo que sale del barco, no tanto de lo que entra.

—¿En el puerto del Pireo, o aquí?

—El Pireo es mejor. Hay más actividad.

—Todavía no habrá llegado.

—Pero llegará dentro de unos días. Desde Nueva York se tarda una semana, según las paradas.

Matthew asintió con la cabeza y bebió un trago del coñac. — Claro, pero también podría venir en avión y aterrizar en una pista privada.

—Claro, y podría llegar en tren desde París. — Plastiris sonrió, dejando al descubierto su dentadura gris-. Es posible que ni siquiera llegue. Sólo hablamos de lo que es probable, y no te conviene agotarte pensando en cada posibilidad.

En vez de eludir al perro guardián de su abuelo, lo que sería imposible, Matthew decidió utilizar a aquel hombre, y debía reconocer que le gustaba el estilo sencillo y anticuado de Plastiris. También tenía que recordarse en todo momento que el hombre era un miembro del grupo, un ex luchador por la libertad, un espía y un asesino. ¿Qué sabría?

–Lo más importante -continuó Sotir- es no perder de vista a Dragoumis, observar qué hace, quién entra y quién sale. No es tarea fácil, porque la casa está emplazada sobre una colina y rodeada de árboles.

–¿Cómo pudo comprar esa finca? Se suponía que estaba en el exilio.

–Tu abuelo allanó el terreno. Se hizo como un pequeño favor. Para visitar todos los años el país en Semana Santa. Evidentemente, no creía que Fotis obtuviera el permiso para construir una pequeña fortaleza, o para dedicarse a sus viejas actividades.

–¿Por qué él?

–Es el modo en que se hacen las cosas. La gente desconfiaba de él hasta el momento en que Andreas los convenció de que hicieran concesiones. Cuando se hizo, el historial delictivo de Fotis pasó a ser algo secundario y se olvidaron de él. Para los burócratas, las cosas deben ser blancas o negras. Si se le permitía volver al país, eso significaba que no debía de ser una amenaza real. Por otra parte, es un hombre mayor, y ahora todos son jóvenes. No se acuerdan de los coroneles. No se acuerdan de nada.

–Dragoumis no es asunto mío.

–No, al parecer es mío. – El joven esperó, pero Platiris no cedía-. Y Fotis también es asunto mío. De hecho, las dos cosas van juntas.

–Lo siento, Matthew. Estoy jubilado. Mis sobrinos me hacen favores de vez en cuando, pero no quiero que se acerquen a tu padrino. Es demasiado imprevisible.

–Pues entonces, estoy solo.

–¿Tratarás de verlo de nuevo?

–Hemos quedado en vernos mañana por la noche, en la misa de San Demetrios.

–¿Se encuentra bien de salud?

–Si decide acudir, no habrá nada que lo detenga.

–Claro. Y tú tratarás de enterarte de sus planes. Matthew se masajeó las sienes con ambas manos. – «Tratar» es la palabra. Ayer lo presioné mucho. Saqué te mas de la guerra, pero nada de lo que trama ahora.

–Es poco probable que te diga algo útil.

–Tendré que estar cerca de él, a ver si comete un error.

–Esperas pillarlo con el icono.

–Eso sería muy conveniente.

–¿Por qué crees que lo recibirá? Él no vive aquí, y la posibilidad de descubrirlo es remota. No tiene lógica.

–Es posible que estés en lo cierto, tampoco sé si recibirá el icono. Pero cuanto más tiempo pase en Grecia, más creeré que está aquí por alguna razón.

–Está enfermo.

–Sí, pero no creo que eso lo detuviera si debiera estar en otra parte. Si otras personas tienen el icono en Nueva York, aunque hagan negocios con él, se está arriesgando mucho sa liendo una semana del país. Esas personas pueden tener ideas. Él no es tan ingenuo.

–¿Y qué crees que hará con el icono?

–¿Qué hará? – Plastiris era más joven que Andreas, pensó Matthew, y mucho más joven que Fotis. La historia de la Virgen y lo que pasó durante la guerra (si es que alguien conocía la verdadera historia) era un secreto a voces entre los espías griegos, al menos, según su abuelo. Pero era una historia muy antigua. ¿Podía ser que Sotir no entendiera el poder que escondía el icono?-. Creo que quiere quedárselo.

–Pues eso es un problema, y tendrá que gastarse mucho dinero sólo para conservarlo. ¿Estás seguro de que no quiere venderlo?

–Jamás lo vendería.

–Lo siento, sé que es tu padrino, pero siempre he pensado que Dragoumis vendería a su propia madre si de ello sacara algún provecho.

–En este caso, no. El icono no tiene precio, y él cree en su poder.

–Pero en una ocasión quiso venderlo...

–Eso creo -dijo Matthew con cautela, recordando la vergüenza que el incidente seguía provocando en su abuelo-. Si hubiera sido por Fotis, no lo habría vendido. Creo que siempre quiso quedarse con la pieza.

–Sí -dijo Plastiris pensativamente, y luego soltó, enfadado-: Sí, a tu Papou le tocó hacer el trabajo sucio y cargar con las culpas. ¿Crees, con todas las cosas terribles que sucedieron después, con la guerra civil y los comunistas, que conoces la historia?

Matthew asintió con la cabeza, y Sotir continuó:

—Quizá pienses que todo el mundo se ha olvidado de ello, pero no es así. Los amigos, yo los llamo así, ohee, hombres que conocen a tu Papou perfectamente, quienes valoran su valor y su inteligencia, todavía escupen y se santiguan cuando oyen hablar de este tema. Muchos de ellos han trabajado para los alemanes. Por dinero, por seguridad, para sabotear a los comunistas, todo valía. Pero cambiar un tesoro religioso por munición era véveelos, ¿cómo lo diría?... Un sacrilegio. Y Dragoumis, con sus mentiras y sus horribles interrogatorios, con su amistad con los coroneles... nunca hablaban de él. Fue idea suya, sí, pero fue el capitán Elias, y sólo el capitán Elias, quien entregó el icono. Así que ya ves, tu Papou nunca estará tranquilo por ello.

Era mejor ser un ladrón que un hereje, pensó Matthew. Curiosamente, y a pesar de su desconfianza, le gustó oír a alguien que defendía, de algún modo, a su abuelo. El estoicismo de Andreas, su rechazo a explicar, a defenderse, invitaba al ataque, pero no era justo. Los dos hombres guardaron silencio durante unos instantes.

—¿Y cómo encaja el alemán en todo esto? —preguntó finalmente Sotir.

—¿El alemán?

—El alemán de tu Papou, el oficial de las SS en tiempos de guerra.

—Ah, él. No creo que encaje. Fotis sólo utilizó su fantasma para alejar a Andreas de lo que estaba haciendo. Incluso creo que contrató a un actor para que lo imitara.

Plastiris meneó la cabeza y sonrió.

—Ese hombre es el demonio. ¿De modo que Andreas ha desistido?

—No lo sé. Hace poco me enteré de que era una especie de obsesión para él. Nadie me había hablado del tema.

—Le perdió la pista antes de que nacieras. Debería olvidarse de ello.

—Todavía ignoro toda la historia, pero dice que hay indicios de que Müller está vivo.

—¿Qué indicios?

—Algunos de sus alias han aparecido en pasaportes para entrar o salir de Bulgaria, Turquía y otros países. Algunos han aparecido como compradores en dudosas transacciones comerciales de obras de arte.

—Tendrá unos noventa años. — También los tiene Fotis.

–Vaya -sonrió Plastiris-, pero él es griego. Los alemanes no son tan longevos.

–Algunos nazis, sí.

–Sí. Al parecer, el pecado parece ser un excelente conservador de la vida. Por eso espero vivir para siempre.

Los dos hombres levantaron sus copas en un brindis y se acabaron el coñac.

–Que pases una buena noche, Matthew. La misa de resurrección no acaba hasta pasada la medianoche, y tienes que estar muy sereno cuando trates con Dragoumis.

–Gracias por tu ayuda.

–De nada. Espero que me llames si necesitas ayuda. – Lo tendré en cuenta.

–¿Tienes velas para la misa?

–Estoy seguro de que las venden en un montón de tiendas cerca de mi hotel.

–No, no. Aquí tengo una caja. Al menos, en esto sí que puedo ayudarte.

CAPÍTULO 16

Cabello y ojos negros, piel aceitunada e inmaculadamente vestido con un traje negro de diseño italiano. Sería guapo -pensó Ana-, si no fuera tan falso y tuviera una actitud tan repelente. Desde el otro lado de la galería, se parecía a una estrella de cine europea, pero de cerca había algo en Emil Rosenthal que bien podría describirse como sórdido.

–Señorita Kessler, estoy encantado de verla. Tenemos varios amigos en común, y quería llamarla desde hace mucho. Fue una enorme sorpresa para mí recibir su llamada.

De hecho, Rosenthal había tratado de contactar con ella de diversas formas: invitándola a inauguraciones, y pasándole mensajes a través de amigos comunes. Ana había adquirido cierta reputación (ella creía que inmerecidamente) de gastar mucho. Sin embargo, compraba básicamente obras modernas, y aunque Rosenthal había comerciado con obras de esa época hacía tiempo, desde que heredó la galería de su padre se especializó en obras modernas europeas: arte medieval y del Renacimiento. Él iba detrás de la colección de su abuelo, de eso Ana estaba del todo segura.

–Permítame que le muestre las obras. Sé que no la entusiasman, pero es posible que despierten su curiosidad.

Las paredes oscuras y la tenue iluminación resultaban reconfortantes, y la sala se parecía más a un museo que a una galería. No había muchas obras, de modo que tardaron poco tiempo en mirarlas. Se fijaron en un alumbrado decorativo español del siglo XIV, después en un retrato de un mercader de flores holandés del siglo XVI, y finalmente pasaron a una vieja escultura de madera de san Jorge montado a caballo. Estaba desconchada, se le caía la pintura, pero resultaba hermosa de contemplar con su armadura de oro y la espada empuñada.

–Es de Siria -aclaró Rosenthal-. Ya tengo a dos compradores haciendo cola.

–¿Dos? ¿Cómo la dividirán? ¿Uno se quedará el caballo y el otro el santo?

El marchante rió sonoramente.

–No. Creo que uno de los dos se llevará toda la pieza. Es sana competitividad. El arte medieval está sumamente menospreciado. A veces, tenemos que recurrir a pequeños trucos. Tengo la mala costumbre de pagar más por una pieza, de modo que luego tengo que venderla más cara. Y, desde luego, cuando vendo a comisión, le prometo a mi cliente que obtendrá el mejor precio. Tratamos muy bien a los clientes.

–No me cabe la menor duda.

–Bueno, a veces no del todo. Nuestro éxito de los últimos años ha provocado algunos errores garrafales. Lo cual, a su vez, ha desembocado en absurdos juicios.

–Leí algo acerca de una investigación.

–Era imposible que no lo supiera, con toda la propaganda que le han hecho. Fue un fastidio, se lo aseguro. No descubrieron nada inapropiado, y tampoco lo descubrirán.

–De todos modos -añadió la joven-, tiene buenas compañías.

Rosenthal esbozó una sonrisa nerviosa. – ¿Perdón?

–Christies, Sotheby's.

–Ah, bueno -murmuró-. A diferencia de muchos, no tengo ningún problema con las casas de subastas, pero apenas cuento con otras compañías.

–Y todas esas investigaciones son absurdas, ¿no es cierto? Es decir, fijar los precios es una práctica antigua y habitual. Lo que realmente deberían investigar es la venta de obras robadas.

Rosenthal asintió furiosamente durante la larga pausa que siguió al comentario de Ana. Se quedó mudo ante la idea de que ella le sugiriera el tema de las obras robadas. Pero el hombre se recuperó rápidamente.

–Eso también es muy antiguo, me temo. Si investiga ese tema a fondo, tendrá que interrogar a nuestros amigos los museos, y eso sería muy bochornoso para todo el mundo. Dios mío, el MOMA tendría que alquilar metros de pared si tuvieran que devolver las obras de dudosa procedencia. Keith Haring obtendría toda una ala.

Los dos rieron maliciosamente. Luego, el marchante miró fijamente a Ana con sus ojos acuosos y marrones, como lo haría un amante.

–En realidad, me gustaría tener la oportunidad de borrar cualquier duda sobre lo que podríamos hacer por usted.

Ana mantuvo el contacto visual.

–Su oferta del icono de mi abuelo fue muy generosa.

–Pues parece que no lo fue bastante.

–No me refería a eso. Traté de hacer lo correcto. Pero, como otros muchos proyectos, salió mal.

Rosenthal movió la cabeza en un gesto de compasión. Eran dos veteranos de la guerra del arte, dispuestos a convertirse en almas gemelas. Ella percibió cómo se acercaba.

–Quizá deberíamos hablar en mi despacho.

Ana se fijó en la estancia. Había una joven becaria, que se dedicaba a etiquetar unas cajas y a atender el teléfono. – Póngase cómoda.

–Creo que los dos deberíamos hacerlo.

El despacho estaba más iluminado que otras estancias y amueblado con unas sillas beige de felpa. Rosenthal cerró la puerta y se acomodó junto a Ana, en vez de colocarse detrás del enorme y vacío escritorio.

–Lamento mucho lo del robo -comentó-. Espero que recibiera el dinero de la venta.

–Sí. Pero la idea era devolverlo a la Iglesia griega, de modo que estoy preocupada.

–Claro que sí. Y también está la pregunta de si ese tipo, el filántropo griego, trabajaba realmente con la Iglesia. Comprendo.

¿Cuánto sabía Rosenthal? ¿Sabría lo de Matthew? Ana Kessler no había ido allí para contestar a sus preguntas, sino para obtener respuestas.

–Había un representante de la Iglesia implicado en el asunto. Lo conocí. Desgraciadamente, ha desaparecido desde el robo.

–Y el hombre de negocios, Dragoumis, ¿también ha desaparecido?

–Creo que no. Está enfermo. De todas formas, todo eso lo he dejado en manos de la policía.

El marchante se reclinó en su asiento y cruzó las piernas. – Es lo mejor. Como usted dice, cobró el dinero, así que ya no es asunto suyo.

–En realidad, no es tan sencillo. Confío en que podamos hablar con absoluta confianza.

La repentina expresión de sinceridad que transformó el rostro de Rosenthal hizo reír a Ana, o aplaudir, pero contuvo el impulso. Por un

instante pensó que él le cogería la mano, aunque finalmente optó por tocarle la rodilla.

–Su confianza está bien fundada. Sin una extrema discreción, tendría que cerrar el negocio en una semana.

–Acepté bastante menos por el icono de lo que usted ofreció. Lo hice porque pensé que estaba haciendo lo correcto, y no quería abusar de la Iglesia. Ahora...

–Se siente defraudada.

–Exactamente.

Rosenthal volvió a menear la cabeza de forma compasiva. – ¿Puedo decir algo? Da igual, lo diré de todos modos. El tema se llevó fatal. No la culpo. ¿Por qué tendría que seguir el consejo de su abogado? Estoy seguro de que procuró su interés, pero el señor Wallace ya no es joven, y el mundo del arte ha cambiado mucho. No es un juego de caballeros, y siento tener que decirlo. Requiere contactos, astucia y cierta agresividad. Habría necesitado a un marchante experimentado para que se encargara de esa venta.

–En estos momentos, me parece algo evidente.

–No quiero parecer grosero. Hubiera ofrecido mis propios servicios, pero un coleccionista contactó conmigo para actuar como comprador antes de saber que la obra estaba en el mercado.

–Sí, lo sé. – La conversación marchaba sobre ruedas, así que decidió probar suerte-: Me gustaría saber quién era el coleccionista. Supongo que no podrá decírmelo, pero eso me dejaría en deuda con usted.

El rostro de Rosenthal palideció, pero Ana sintió que ese impulso le resultaba agradable, que compraba su lealtad, y al mismo tiempo luchaba con su tendencia hacia el recelo. Al cabo de un rato, el marchante empezó a reír con nerviosismo.

–Señorita Kessler, no se creará mis exigencias de discreción. Y no entiendo qué bien puede hacerle esa información, puesto que ya ha realizado la venta.

–Por favor, llámame Ana.

–Con mucho gusto. Y tú llámame Emil.

–Emil. Aquí hay varias cuestiones en juego. La venta del icono se realizó bajo ciertas condiciones que al parecer han sido infringidas. Si puede ser recuperado, tendré que reclamarlo.

–Entiendo.

–En ese caso, necesitaré un nuevo comprador. También tengo una serie de otras piezas medievales que podrían ser de interés para tu coleccionista.

–Ah, pero ése no es motivo suficiente para contactar con ese hombre tú misma. De hecho, para tu bien, no te lo recomiendo. Ese tipo de transacciones requieren la mediación de un agente experimentado. Por mi parte, sería absurdo proporcionarle información que me excluyera de esa transacción. – Eso no supone ningún problema. Podríamos establecer, como condición a cambio de que yo hiciera ese primer contacto, que tú te encargaras de todas las transacciones entre nosotros.

–Bueno, mi primera obligación es hacia el comprador. Él creará que me he comprometido demasiado asociándome contigo.

–Pero también puedes representarme a mí; aunque tendrías que cooperar con Wallace.

–No creo que Wallace acepte algo así.

–Él hará lo que yo le diga -aseguró Ana-. Mis abogados son clientes míos, Emil, no al revés.

Rosenthal sonrió y dio una palmada.

–Bien dicho. Confieso que me fascinas. Pero mira, tengo que ser honesto, y no creo que ese hombre estuviera interesado en algo que no fuera el icono. Y los dos sabemos que es muy difícil recuperarlo.

El marchante estaba siendo más cuidadoso de lo que ella esperaba. Necesitaba ofrecerle algo más.

–De acuerdo. La razón por la que necesito un acceso directo es de tipo personal. Tengo que formularle algunas preguntas a ese hombre. Tengo razones para creer que puede tener información sobre mi abuelo. Y no puedo decirte más. – Ana, al fin, había revelado un pequeño secreto.

–Ahora lo entiendo -respondió amablemente el marchante-. Parece que será mejor que contacte con él y le pregunte si quiere hablar contigo. ¿Te parece bien?

–Me parece razonable. Salvo que, si él se niega, entonces estoy igual que ahora. Mientras que, si puedo hablar con él directamente, creo que podría convencerlo para que cantara.

–Si hay alguien que pueda convencer a un hombre para que haga más de lo que pretende, ésa eres tú, Ana, de eso estoy seguro.

Ana necesitaría una ducha cuando regresara a casa. Mientras tanto, había llegado muy lejos.

–Esto significa mucho para mí, Emil, y tampoco te lo explicaré. Pero sí puedo ser más concreta. En algún momento, tendré más obras para venderle a alguien. Quizá sean muchas obras. Tú me has comentado, de forma elocuente, que necesitas una operación de venta, y que te has especializado en arte del alto medievo europeo. No puedo hacer ninguna promesa...

–Por favor, no la hagas. Antes de hablarme de tus riquezas ante mi codiciosa visión, tengo que contarte algo. Dispongo de muy poca información sobre ese hombre. Sólo un nombre y un número de teléfono. Básicamente, es él quien contacta conmigo. Ni siquiera sé si el nombre es auténtico.

Ana intentó no dejar entrever su desilusión.

–Bueno. Ya veo que no cederás en proporcionarme esa información. Si él no quiere hablar conmigo, no volverá a llamarme. De todas formas, te estoy agradecida.

Rosenthal se relajó. Luego rodeó el escritorio y cogió una tarjeta del cajón del medio.

–Me alegro de que lo veas de esta manera. Estoy de acuerdo contigo. El señor Del Carros ha tomado sus propias precauciones, de modo que no te preocupes demasiado por protegerlo. Y quizá le guste hablar contigo. ¿Tienes un bolígrafo?

Ella apuntó la información en un pequeño cuaderno de notas que guardaba en su monedero, pero de pronto le asaltaron las dudas. Del Carros. ¿De qué le sonaba ese nombre? ¿Se lo habría mencionado su abuelo?

–Muchas gracias. Tengo que hacerte otra pregunta, aunque corra el riesgo de parecer mal educada.

–No nos andemos con rodeos, Ana. Ahora somos amigos. – El señor Del Carros está dispuesto a pagar mucho dinero. El icono es una pieza única, pero nadie la tasaría en un millón y medio de dólares.

–No me interesan los motivos de ese caballero. Le informé de que la oferta estaba muy por encima del valor del icono en el mercado, pero él

insistió. El arte religioso tiene un extraño efecto en las personas. Hay gente que no pagaría nada por ello, y muchos otros darían lo que fuera para tenerlo. Creo que Del Carros podría pujar más.

–Tú tienes un nombre y un número de teléfono. ¿Cómo saber si ese tipo está al nivel que dice estar? ¿Cómo saber que no desaparecerá y nos dejará en la estacada cuando sea hora de cobrar?

Rosenthal se reclinó en su asiento y sonrió una vez más. – Puedo asegurarte que el señor Del Carros es absolutamente de fiar. Te doy mi palabra de que cumplirá con sus obligaciones. Él y yo ya hemos hecho negocios juntos con anterioridad.

–¿Café? ¿Agua? Después tomaremos un coñac para celebrarlo.

–Retira esa tela, quiero ver el icono.

–Paciencia, amigo mío. Todavía tenemos asuntos de los que hablar.

El grueso y canoso ruso sonrió agradablemente, pero el anciano que se hacía llamar Del Carros estaba impaciente. Si estuviera tratando con caballeros, ese hombre haría un esfuerzo de educación mayor, pero aquellos canallas con pretensiones artísticas le disgustaban. Aun así, tenían lo que él quería, y no debería mostrarse tan ansioso. Tenían que creer que se marcharía si las condiciones del trato no eran aceptables.

–Ya hemos discutido las condiciones del trato, señor Karov. Ésa es la única razón por la que estoy aquí sentado.

–Las circunstancias han cambiado desde que hablamos la última vez. Han surgido complicaciones. Seguramente, habrá oído que uno de mis hombres recibió un disparo.

–Entendí que era uno de los hombres de Dragoumis, y uno de sus hombres le disparó.

–Dragoumis no tiene hombres, sino cocineros y administradores. Yo le suministro sus guardaespaldas. Desgraciadamente, éste regresó antes de que mis chicos salieran de la casa, y se produjo un accidente.

–Mala planificación, diría yo. Karov se encogió de hombros.

–Estas cosas acostumbran a pasar. No importa, se trata de un gasto extra.

En realidad, Del Carros ya tenía previsto que ocurriera algo así. Eso suponía cien mil dólares adicionales sobre el precio acordado. En efectivo. El idiota había pedido dinero en efectivo, como si hubiera aprendido a robar en el cine. Como si todavía siguiera trapicheando en

su Rusia natal, robando coches y secuestrando burócratas. Ése era el día de su paga doble, y el codicioso cerdo trataría de regatear cada penique que extrajera de la transacción, incluso podría llamar a Del Carros para que fuera. Tenía que evitarlo, aunque eso no quería decir que tuviera intención de rendirse fácilmente.

–Ese gasto se debe a un error mío.

–El precio es muy bajo -insistió Karov, quien perdió la sonrisa. No discutirían, no cambiaría de parecer. La táctica era presentar un argumento hasta que éste fallara; luego se pasaba a otro. Abierto, sencillo, crudo. Así era el estilo ruso.

–Entonces, ¿por qué aceptó?

–Porque no sabía que usted le había ofrecido el triple a la nieta de Kessler.

Del Carros suspiró y observó a su compañero rubio de hombros caídos. Van Meer permanecía en silencio. En comparación con los dos inquietos colaboradores de Karov, el supuesto ase sor artístico (esbelto, con gafas y totalmente inocuo) de Del Carros parecía muy tranquilo. Incluso aburrido. El viejo coleccionista apreció la actuación de Jan, pero se preguntaba si tendría que haber sido más duro en su negociación.

–Un millón y medio era el precio establecido -continuó Karov-. Lamento saber que su opinión respecto al valor de la obra haya variado tanto.

Eso era lo que pasaba cuando uno trataba con hombres como Rosenthal.

–Eso hubiera sido una compra legal, señor Karov. Sin complicaciones. Ahora debo hacerme cargo de los gastos en los que ha incurrido. Hay algunas personas que perseguirán incansablemente el icono. Debo tomar ciertas medidas de precaución que posiblemente resulten caras.

Van Meer ya le había informado de que deshacerse de Dragoumis le costaría doscientos cincuenta mil euros. Una ganga, le aseguró Del Carros, porque eran amigos.

–Ya hemos hablado antes de esa cuestión, tal como usted recordará -dijo Karov-. Le gustará saber que ya he tomado mis medidas.

De hecho, eso era lo último que Del Carros quería oír. – ¿Cuándo?

Karov consultó el Rolex de plata que rodeaba su gruesa muñeca.

–Ahora, más o menos.

–¿Mientras sigue en Grecia?

–Mucho mejor así -insistió el griego-. Allí tiene muchos enemigos. Parecerá lo más normal del mundo.

El comentario era cierto, pero si la pifiaban y Dragoumis se escondía... no podrían hacer nada al respecto. Lo más importante era el icono.

–Pues entonces -prosiguió Karov-, añada la suma que había previsto para este asunto al precio previamente acordado. Me pregunto si eso no es razonable, después de todas las molestias que me he tomado por usted.

–Sería precipitado asegurarnos el éxito antes de hablar con sus hombres de Grecia. Fotis ha sobrevivido a muchos atentados en el pasado. Además, creo que todas esas operaciones fueron precipitadas. Tendrían que haberme dejado esa parte a mí.

–No fue claro respecto a si tenía intención de actuar o no.

–Estaba siendo considerado. – «Será necio», pensó-. Cuanto menos supieran, mejor.

–No soy un hombre tan sutil -se burló Karov-. Me gusta estar al tanto de las cuestiones importantes. El griego es un anciano, pero sigue siendo una víbora. Sabe que se la tengo jurada. Me hará daño, si puede. Yo no dudé en protegerme, y no me disculpo por ello.

–Estupendo. – Del Carros carraspeó, y lamentó haber rechazado el agua que le habían ofrecido, aunque no confiaba en la hospitalidad rusa-. Acabemos con esto.

–Muy bien. Odio las negociaciones que se alargan demasiado. Así pues, en vista de las pérdidas que he sufrido, y de los esfuerzos realizados para nuestra protección mutua, el precio que pido ahora es de un millón de dólares.

Lo cual quería decir que aceptaría menos. – Jan, ¿qué crees?

Van Meer se levantó de repente, como un estudiante al que lo despertaran de su ensoñación.

–No pretendo comprender esa acción de la que habláis -murmuró con su marcado acento holandés, haciendo ver que era un completo ignorante en temas de arte-. Pero es evidente, señor Karov, que la ha

emprendido por sus propios motivos, y en contra de los deseos de mi cliente. No hay razón alguna para esperar un incremento en el precio según su argumento. Medio millón de dólares fue la cifra que acordamos, y debo decir que es generosa.

El ruso parecía estar a punto de partir en dos al pequeño holandés.

–Le digo que no es suficiente.

–Es más que suficiente -insistió Van Meer-. Es demasiado.

–Escúcheme -dijo Del Carros, con una voz tan amable que apaciguó la tensión que reinaba en la estancia-. Debe entender, señor Karov, que el valor del mercado no motiva esa venta. Ciertos motivos personales, que no son transferibles, refrendan mi interés. Si no logro comprar esa obra, tendrá que venderla a un precio inferior del que estamos hablando. Debido a su forma de adquirirla, es posible que no pueda venderla.

–¡Mi forma de adquirirla! Escuche, usted es la causa de mi adquisición. Robé el icono por usted, ahora no me lo niegue. – Robó el icono a instancias de Dragoumis.

–Y él juró que se lo vendería a usted. Tenemos un acuerdo.

–Que trata de incumplir subiendo el precio. Entiendo que es usted un hombre de negocios. Perfecto. En esta maleta hay exactamente seiscientos mil dólares. Cien mil dólares más del precio acordado. Jan pondrá objeciones a ello, pero estoy dispuesto a pagarle esa cantidad para satisfacer sus inquietudes. Sin embargo, no puedo subir más. Si abandono esta sala sin el icono, no me volverá a ver. Es mi última propuesta, señor Karov.

Daba la impresión de que el ruso quisiera hablar varias veces más, pero se tranquilizó, y su abrigo negro de piel hacía ruido mientras él se movía nerviosamente en su asiento. Calculaba. Sin duda alguna, pensaba en llevarse el icono en su maleta. Tendría que deshacerse de dos cuerpos, pero eso tampoco suponía un problema para él. Del Carros sabía perfectamente que, si lo intentaba, habría tres cadáveres, y éstos serían rusos. Pero Karov no comprendía la peligrosidad de Van Meer. Sin embargo, Del Carros había insinuado la posibilidad de realizar otras transacciones en un futuro, en un nuevo mercado de Sudamérica: drogas, esmeraldas y objetos incas. Todo fachada, pero ésa era otra cosa que Karov ignoraba, y evidentemente prefería el

papel de hombre de negocios en vez del de ladrón. Al final, sus grandes ojos acuosos se centraron en la maleta, y alguien le devolvió la sonrisa.

—¿Quién diría que Vasili Karov no es un hombre razonable? Acepto su oferta. Y tú -le soltó a Van Meer- será mejor que aprendas la lección de tu patrón. Así es como hacen negocios los hombres razonables.

Compromisos. Anton, ve a buscar el coñac.

—El icono -interrumpió Jan, quien disfrutaba con su papel de aguafiestas. ¿Se sentía molesto por el hecho de que el acuerdo llegara a su término y de que no tuviera que utilizar sus habilidades especiales? Era una persona demasiado lista para que le tomaran el pelo-. Aún no hemos visto el icono.

—Anton. — Karov hizo un ademán con el brazo. El hombre de la barba negra cambió de dirección a medio camino de la vitrina de licores, se dirigió hacia el caballete y, sin pensarlo dos veces, retiró la tela que cubría el icono.

El pan de oro se había descolorido un poco, pero aún seguía conservando su brillantez. Se trataba de la hermosa curvatura ovalada de la cabeza medio girada de la Virgen. Tenía unos ojos grandes y expresivos, que destacaban por sus bordes oscuros, y una boca medio caída. Era una Virgen triste. El azul intenso de su ropa era casi negro, y presentaba unos tintes verdes en algunas zonas. Se deberían a la edad, o quizá a su deterioro. Los dedos eran artificialmente largos, estaban colocados en un gesto de oración y señalaban hacia el exterior del marco donde debía de estar colgado el inevitable Cristo que lo acompañaba. Era un Hagiasoritissa tradicional, una pieza muy trabajada, quizá no una obra de arte, pero estaba pintada con sentimiento. Y se conservaba extraordinariamente en buen estado. La habitación quedó en silencio por unos instantes.

—Hermosa -expresó Karov.

—Sí -coincidió Del Carros, aunque el enfado que delataba su tono de voz acalló su decepción-. Ésta no es la obra.

Al principio, el ruso no pareció entenderlo. — ¿A qué se refiere?

—Deben suspender el atentado contra Dragoumis.

—¿De qué demonios está hablando?

—Miren -insistía Del Carros, aunque era inútil. Era como pedirle a un perro que la contemplara. Un icono era un icono para aquel necio.

El griego había elegido bien su impronta-. Hay un error. El estilo es incorrecto. Es una obra tardía, del siglo quince o dieciséis, probablemente rusa. El icono que estamos buscando es del siglo ocho o más antigua, y además está en mal estado. Dejé muy claro que estaba deteriorada.

–¿Prefiere que lo esté?

La situación era intolerable. Mataría a aquel idiota, le arrancaría la vida a aquel rostro gordo y desconcertado.

–Prefiero que sea el icono correcto, el único que estoy buscando. Y éste no lo es.

–Era la obra que estaba en su caballete -se defendió Anton-. El día anterior había estado enseñándoselo a su ahijado. Estaba donde me dijo que lo encontraría.

–Pues, entonces, lo cambió por otro. ¿Viste la obra antes de cogerla?

–No. Permaneció encerrada en su estudio.

–¿Y por qué la cambiaría? – Karov exigía explicaciones.

–Porque sabía que lo traicionarías -respondió Del Carros, quien empezaba a entender el asunto.

Dragoumis sabía que robar el icono no le bastaría. Los rusos tendrían que robar el cuadro falso. Si Karov daba el cambiao, no tendría ni idea de la pieza con la que se quedaría. Si la vendía, era posible que el comprador no hubiera visto el icono original, y Del Carros sabía que la mayoría de las personas (incluso los coleccionistas) tendrían dificultades en determinar la antigüedad y el origen de los iconos ortodoxos. En ambos casos, el icono falso desaparecería, y ¿quién podría determinar que no era el original? Era un plan inteligente, aunque con sus fallos, y uno era que el griego no había previsto que el comprador conociera perfectamente el icono original. Aun así, con el cambiao había ganado tiempo. Además, ¿quién conocía el paradero actual de la obra?

–Interrumpe el atentado.

–¿Por qué? Quiero enviar a ese griego al infierno y colgarlo por las pelotas.

–Si lo matas antes de conocer el paradero del verdadero icono, es posible que nunca lo encontremos.

–¿Y a mí qué me importa? A la mierda con tu icono. Si me estás diciendo la verdad, quiero a ese tipo muerto. Además, es demasiado tarde.

El anciano sintió sus ochenta y seis años como una losa sobre los hombros que lo aplastaba. Había empezado aquella persecución cuando era joven y fuerte, pero el asunto se había alargado demasiado tiempo, y además estaba cansado. Con todos los éxitos que había cosechado hasta el momento, ¿por qué continuar con aquella batalla perdida? Porque su espíritu no conocía otra cosa. Cuando lo poseyera, el icono viviría en su interior, y sentía como si le faltara una parte de su cuerpo. Habían pasado más de cincuenta años. No tenía otra opción. Pensó que ese cansancio no era malo, porque ocultaba su desesperación. – ¿Qué debo hacer para convencerlos?

Karov lo miró atentamente, tratando de dilucidar si sus palabras eran una amenaza o una oportunidad.

Van Meer también prestaba atención. Todo ello no formaba parte de las posibilidades que habían previsto antes de la reunión, y entraban en un terreno complejo y peligroso. El holandés parecía más animado.

–Podría darme esa maleta -contestó el ruso después de hacer una larga pausa.

Jan se echó a reír.

–Creo que no -respondió Del Carros.

–Me debe algo por tantas molestias, maldita sea.

–Yo no le debo nada. Dragoumis ha jugado con usted. Nunca ha estado en posición de darme lo que quiero, pero estoy dispuesto a hacer un esfuerzo por conservar nuestra cooperación.

–¿Qué sugiere usted?

El ruso era un auténtico idiota, pero tendría que darle algo, de lo contrario acabarían muy mal. Además, tenía que convencerlo para interrumpir el atentado.

–Éste no es el icono que quería -murmuró el anciano-, aunque es una buena obra, y me siento generoso. Le daré cien mil dólares por ella.

–Eso no sirve para cubrir los gastos.

–Y cincuenta más cuando sepa que Dragoumis está sano y salvo. Cien mil más si pueden entregármelo vivo.

La agitación de Karov se había calmado un poco. Mantuvo el contacto visual con Del Carros mientras sacaba un enorme y caro teléfono móvil de su americana.

–Si puedo traérselo vivo, ya hablaremos de lo que vale. Veamos cuánto puede pagar.

–Haga la llamada. El tiempo es oro.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 17

Matthew se había pasado casi toda la noche en vela, y las pocas horas que había podido dormir antes del amanecer fueron confusas. Varias capas de sueño todavía parecían flotar en su mente: una ciudad a oscuras, esa otra Nueva York de sus sueños repleta de calles estrechas y poco iluminadas que se retorcían inesperadamente y se tornaban peligrosas en cada esquina. Conocía el lugar, había visitado la zona del puerto, los parques y los callejones durante centenares de noches; siempre lo perseguían, siempre buscaba un refugio, el sendero que condujera a casa. Él había sido el perseguidor durante la noche anterior, perseguía a la Virgen por oscuros callejones, por traicioneras esquinas, sin miedo ni incertidumbre, temiendo sólo la pérdida de la dama. Era lógico que alguien transportara el icono, pero sólo vio la imagen, un rostro más parecido a la Mona Lisa que a una santa griega, sonriendo ante la desesperación de Matthew mientras atravesaba puertas, subía escaleras o se confundía en la oscuridad de la noche. Al final, sólo sus ojos negros parecían captar toda la oscuridad que lo rodeaba, casi podía tocar a la Virgen, aunque nunca lo conseguía.

Medio día después aún se sentía envuelto por una extraña sensación. Recorrió la magnífica iglesia de San Demetrios como un fantasma, totalmente ajeno a las otras almas que había a su alrededor y que lloraban la muerte de la Virgen mientras también lamentaban la del hijo y esperaban su resurrección. Unos grandes candelabros iluminaron la estancia. La base de pintura dorada de la pared del fondo y el techo abovedado del santuario, profusamente decorado con imágenes de santos y ángeles, eran deslumbrantes en comparación con la piedra fría, blanca y gris y el mármol de las columnas interiores. Matthew visitó la capilla de Ephthimicms, con sus santos de halos rojos y sus fantasmagóricas figuras encapuchadas. El tiempo no había sido demasiado amable con los frescos, pero su falta de color les añadía un aire de misterio que a Matthew le pareció agradable, y se quedó contemplándolos. El frío lo despejó y obligó a su sangre y a sus músculos a ponerse en movimiento, y a volver a la conciencia. Faltaba aproximadamente una hora para verse con Fotis, pero trataría de

llegar antes. ¿Quién sabía las sorpresas que le depararía el anciano esa noche?

La misa, la última en una interminable procesión de celebraciones de Semana Santa, se celebró en la parte principal de la iglesia, de modo que Matthew se sentó en los bancos laterales cercanos a la tumba del santo, una tumba que sólo contenía un nombre. Se suponía que el cuerpo había sido robado por los cruzados. Habían devuelto partes del cadáver procedente de Italia veinte años atrás, y ahora descansaban en un relicario de plata en la nave principal del templo. Lo que se daba en llamar tumba era un sencillo ataúd vacío de mármol con un icono de plata en la parte superior. Matthew no sabía por qué siempre acababa allí, aunque era consciente de que el lugar era tranquilo y dado a la contemplación. El hecho de que ese espacio fuera más antiguo que la primera construcción cristiana, parte de los baños romanos, y que los restos del santo hubieran descansado allí desde hacía ocho siglos, daba a esa cámara una cierta solemnidad que faltaba en el resto de la iglesia, reconstruida en las décadas de 1920 y 1930 después de un gran incendio. Matthew pensaba que a Demetrios no le gustaría ese ataúd. Sin duda alguna, preferiría regresar a su tranquilo lugar natal.

Matthew se agachó cerca de la caja de mármol, puesto que no deseaba arrodillarse sobre el suelo frío y adoptar una postura suplicante. La oración, para él, nunca había tenido tanta intención ni capacidad de entrega. Cerró los ojos y recordó la basílica desde la perspectiva de un niño, recordó su aparente vastedad, y al magnífico anciano, a su Papou, alto igual que Dios, enseñándole todo. La historia que había detrás de cada santo se contaba con una sonrisa escéptica. Andreas no era una persona religiosa, pero quería que Matthew entendiera la cultura de la que surgía; que comprendiera su admiración y descripción del extraordinario y agotador trabajo de insertar miles de baldosas para crear un mosaico; cómo se conseguían ciertos pigmentos de los frescos, y qué perspectiva se necesitaba para que la pintura de la cúpula pareciera natural. Para un niño, todo eso era fascinante.

Matthew tardaría años en comprender la mitad de lo que le habían explicado, pero la semilla se plantó desde una edad muy temprana, y jamás pudo resistirse a su fascinación por ese arte. Sin embargo, no era

lo mismo. Su recuerdo de estar delante de aquellas imágenes hacía veinte años tenía un mayor poder emocional que permanecer en ese momento. Algo había cambiado en él. ¿Por qué, y cuándo? Podría ser la enfermedad de su padre; se habían torcido tantas cosas desde entonces... su interés por su trabajo, su relación con Robin y la confianza en los ancianos que tanto le habían enseñado. Pero culpar a la enfermedad parecía absurdo, y ni siquiera convincente, porque durante todo ese tiempo había tenido que vivir fuertes pasiones: Ana y el maldito icono. Mientras permanecía arrodillado, pasando frío, Matthew creyó más probable que esas nuevas pasiones borrarán las viejas, que se convirtieran en todo para él, y que esa enfermedad del alma procediera de separarlas. No sabía dónde estaba el icono; no podía volver con Ana sin encontrar la pieza. Tenía muy pocas posibilidades. Abrió los ojos para asegurarse de que estaba solo y empezó a recitar en silencio algunas palabras griegas, quizá una oración al santo, al Hijo, a la Madre, a quien estuviera de guardia en aquel momento. Rezaba para encontrar el icono, para devolverlo a su legítimo lugar, fuera cual fuese. Que los espíritus turbados, incluido el suyo, hallaran la paz. El griego le sirvió como a otras personas les serviría el latín. Eran unas palabras misteriosas y poderosas, y creaban una sensación de ritual que alejaba a la persona del proceso. Al pronunciar esas palabras, se adentró en el fluido río de lo sagrado y se sumergió en él.

Al cabo de unos minutos, se incorporó, subió los gastados escalones de mármol, atravesó las alfombras de rojo intenso del nártex y salió al frío anochecer. La fachada de la iglesia quedaba a oscuras, pero la luz del crepúsculo bañaba la torre cuadrada con luz naranja, con lo cual resaltaba el rojo de las tejas del tejado y hacía resplandecer la alta cruz. Se oían los cantos de los sacerdotes y los psátes del interior del templo. Todavía no había un gran número de feligreses, seguramente cansados de las dos últimas noches de esfuerzos emocionales. El jueves, el Cristo de yeso clavado en la cruz. El viernes, se saca, se cubre con una tela y se lleva tres veces a la iglesia acompañado de una lluvia de claveles y los llantos de las ancianas. Esa noche caminarían de dos en dos o de tres en tres hasta la medianoche, cuando una horda de personas se congregaría en la plaza principal delante de la iglesia.

«Ven, recibe la luz», y las velas iluminarían todas las manos. «Christos Anesti», diría el sacerdote, Cristo ha resucitado, y la multitud se encargaría de repetirlo. Conmover. La histeria colectiva de la misa de Semana Santa no era un momento de culto agradable para Matthew, pero cuando se participaba en este tipo de actos era fácil sentirse absorbido por ellos, sentirse unido a la comunidad espiritual ciega pero apasionada. La gente perdía la razón durante unas horas, y prevalecían la fe y la fraternidad.

Evidentemente, después, todo el mundo volvía a casa o se iba a un restaurante a celebrarlo. Pero eso también era natural; celebrar después del dolor, puesto que la comida y la bebida son símbolos físicos de renacimiento. Cuando estaba en Nueva York, rara vez participaba en todo el ritual, pero esa noche Matthew quería participar en él, quería que una apetitosa mesa a la luz de una vela y sus amigos estuvieran esperándolo. Lo quería de una forma que sólo alguien seguro de su alineación de la tribu humana lo desearía. Metió las manos en los bolsillos de su americana y rondó por las puertas de la iglesia como si fuera un vigilante, dispuesto a acabar con una maldición de su plan, a acabar con su codicia y su arrogancia, con su racionalismo y su fría visión del mundo. Le disgustaba ser un producto de ese linaje y no la criatura espontánea y comprometida que deseaba ser. La maldición moría en su lengua. Las acciones, no las palabras, eran lo importante. Tuvo que recordarse por qué estaba allí.

La figura vestida con un abrigo largo, que andaba rápidamente y con seguridad, no encajaba entre la muchedumbre, pensó Matthew, mucho antes de que se acercara. Tenía el pelo canoso; un rostro recio y cuadrado, y una sonrisa que normalmente se reserva a un antiguo amigo.

—Matthew. Eres Matthew, ¿verdad?

—¿Quién eres tú?

—Tu padrino me ha enviado. — El hombre le tendió la mano—. Puedes llamarme Risto.

—¿Para qué te ha enviado?

Matthew no aceptó la mano tendida y Risto apartó la suya lentamente, esbozando una sonrisa.

–Para llevarte a casa. Está muy enfermo para asistir a la ceremonia, pero quiere verte esta noche.

–¿Y por qué no me ha llamado?

–Esperó asistir a la misa hasta el último momento, pero es un esfuerzo demasiado grande para él. No creo que te sorprenda su estado, ya que hace poco que lo has visto...

–¿Qué relación tienes con él?

–Somos amigos.

–Entiendo. ¿Por qué no llamamos a Fotis y hablamos del tema?

–Es probable que no se encuentre bien para eso.

–¿Tan enfermo está que no puede hablar por teléfono?

–Podemos probar, evidentemente. – Risto se volvió y miró al otro lado de la plaza con cierta consternación. Matthew siguió su mirada. Luego, el brazo fuerte del hombre rodeó el hombro de Matthew y algo se hundió en sus costillas.

–No causes problemas, por favor. El coche nos está esperando.

–Pero ¿qué diablos...? – exclamó Matthew en inglés.

–Camina. Estás a salvo, pero debes caminar.

En realidad, ya estaban moviéndose, porque la fuerza de Risto los hacía avanzar hacia la ancha escalinata que descendía a la calle. Matthew siguió el paso para no tropezar y caerse es calera abajo, y respiró hondo para calmarse. Una vez más, todo se desarrollaba muy rápidamente. Tenía que pensar y actuar de prisa, y bajo ningún concepto entraría en aquel coche. Mientras Risto miraba de un lado a otro de la avenida, Matthew se atrevió a bajar la vista y se percató de que el objeto que le presionaba las costillas era en realidad una vela.

Llegaron a la acera y se acercaron al bordillo, donde estaba aparcado un pequeño compacto azul con un hombre al volante. Matthew fingió tropezar, y mientras Risto trataba de enderezarlo, él le asestó un codazo en el pecho. Se dieron varios codazos, y Matthew se percató de que perdía el objetivo, pero el hombretón protestó y se soltó por un instante.

Matthew logró soltarse, giró sobre sus talones y se balanceó. Tenía a varios hombres delante, pero sintió que una mano le pasaba por el cuello y le asestaban un golpe en los riñones. Empezó a caerse de rodillas, pero Risto lo sostuvo en seguida por los hombros y lo obligó a

entrar en el asiento trasero del coche. Como tenía el rostro pegado al vinilo, Matthew no fue consciente del griterío que siguió a su detención, ni del repentino peso de Risto sobre él, puesto que le faltaba el aire. Percibió una nueva voz aguda que dio estrictas órdenes. El coche se puso en marcha y luego se hizo el silencio, salvo por algunas respiraciones profundas. Mientras el peso se levantaba, Matthew se colocó en posición sentada, estaba dolorido y desorientado, y le salía sangre de las orejas. Risto se colocó frente a él e inclinó la cabeza en la parte trasera del asiento del conductor. Solir Plastiris estaba sentado a su lado con una pequeña pistola que empuñó contra la sien derecha de Risto. Delante, un joven sentado al volante tenía una pistola más grande que apuntaba a la cabeza del conductor, y el coche empezó su carrera entre el tráfico fluido de la avenida.

–Matthew, ¿estás bien? – preguntó Sotir con una mezcla de genuina preocupación y violenta insistencia, una actitud peculiar de los griegos.

–Sí. – Su garganta constreñida apenas pudo pronunciar palabra, y no confió en poder decir más.

–Aquí -ordenó Sotir al asiento delantero, y su compañero anunció un giro a la izquierda.

El conductor obedeció. El vehículo entró en una calle estrecha y adoquinada, y redujo de inmediato la velocidad. Estaban en un laberinto de callejuelas, y después de dar varias vueltas, se detuvieron en una calle corta. El silencio era más intenso cuando se apagó el motor. Los sentidos de Matthew, que renacían de una espesa tela de terror, parecieron repentinamente agudos, casi insoportables. Tomó conciencia del olor de cada hombre, de cada movimiento del coche, de cada tos y de cada aliento. El conductor era un hombre joven y estaba muy asustado, porque el sudor le manchaba el cuello de la camisa. El pasajero con la pistola grande también era joven, parecía aburrido, y su pelo rizado y negro y sus bellas facciones se parecían a las de Sotir. Uno de sus sobrinos, supuso Matthew, que se habían dedicado a observarlo sin su conocimiento, probablemente durante todo el día. La mano de Andreas estaba detrás de todo ese asunto, pero Matthew no podía sentirse ofendido por ello.

Sotir rebuscó en el interior del abrigo de Risto y, al cabo de un rato, sacó una pequeña pistola que introdujo en su americana. – ¿Quién? –

preguntó discretamente. Al cabo de varios segundos, cuando no obtuvo respuesta, golpeó fuertemente a Risto en la cabeza con su pistola. Salió sangre, pero Matthew miró hacia otra parte pensativamente-. ¿Quién? – insistió Plastiris.

–Livanos -contestó Risto.

–¿Taki Livanos? – preguntó Matthew, que de repente encontró su voz.

–Sí.

–El sobrino de Fotis -aclaró a Sotir, quien asintió con la cabeza.

–¿Y qué quieres hacer con el chico?

–Sólo llevarlo hasta casa -fue la respuesta de Risto. – ¿Y para eso necesitas una pistola?

–Siempre la llevo.

–¿Era necesario empujarlo y pegarle?

–Me dijeron que podría sospechar, pero que viniera de todos modos.

–¿Por qué?

–¿Cómo voy a saberlo?

Sotir le golpeó de nuevo, y Matthew se calmó un poco cuando lo vio protestar.

–¿Dónde está Livanos?

–Se ha ido, a las montañas, creo, con el hombre mayor.

–¿Qué pasa en esa casa?

–Permanece allí uno o dos días. No sé por qué, no me lo dicen. – Risto esperó otro golpe.

–¿Eso es todo? – preguntó Matthew-. ¿Así que me dejas ir?

–Sí -insistió Risto, y Matthew lo creyó. Fotis sólo quería tiempo suficiente para escapar. Evidentemente, Sotir también lo creyó, porque no volvió a pegar al hombre.

–El chico está protegido. No te acerques a él. Díselo a Livanos.

–No pienso volver a hablar con ese bastardo -suspiró Risto.

Matthew, Sotir y su sobrino salieron lenta pero cuidadosamente del coche, aunque los perplejos ocupantes no buscaban pelea. El sobrino abrió un ridículo cuchillo grande y pinchó metódicamente una rueda, sólo para asegurarse. Luego, los tres cruzaron las callejuelas hasta llegar al coche de Plastiris. A Matthew le temblaban las piernas. Tenía

dos nudillos hinchados en la mano derecha y le dolía la parte baja de la espalda. El gusto del terror permanecería varios días en la boca, aunque se sentía agradecido por haberse ahorrado males mayores. También se sentía estúpido por no haberse dado cuenta de que sus habilidades no estaban a la altura de ese juego. El sobrino le sonrió con condescendencia.

–Tu caída fingida estuvo bien. Pero la próxima vez, pégale en las pelotas, no en el pecho.

–Lo recordaré.

–Ahora llamaremos a tu abuelo -propuso Sotir-. Estará preocupado.

–Gracias por cuidarme de esta manera. Plastiris hizo caso omiso del comentario.

–Tardamos en llegar, pero me alegro de haber venido. ¿Sabes dónde está tu padrino?

–En este momento, no. Pero creo que ya sé adónde quiere ir.

Mientras conducían por una escarpada carretera que llegaba a Veria, Fotis estaba convencido de que los seguían. Taki se echó a reír. «Esto no es Estados Unidos, tío, y sólo hay una carretera.» Lo cual era más o menos cierto; una vía principal (estrecha y serpenteante) que penetraba en el corazón montañoso de Macedonia. Sin embargo, había algo en aquel Peugeot blanco que inquietaba al anciano, su matrícula medio oculta, su distancia de seguridad, incluso cuando Fotis le decía a Taki que redujera la velocidad.

Le había dicho a su sobrino que sacara el Mercury negro para ir a su capilla preferida, aunque primero se había asegurado de que otros dos coches quedaran aparcados a lo largo de la curva de la carretera, más allá de la cual el terreno caía y se abría un paisaje de colinas beige moteado de vegetación verde oscuro. Era un terreno cálido y estéril como el Líbano. No era como las colinas verdes de Epiro. Desde su discreta pendiente, de un blanco lechoso por efecto del sol crepuscular, la capilla dominaba todo el valle, y detrás se elevaba un abrupto acantilado. El Peugeot también se detuvo. El conductor sacó un palo de souvlaki y una cerveza para él, y no le ofreció nada a su compañero de viaje. El tipo comía despacio, yendo de un lado a otro desde el borde del acantilado hasta el coche, sin mirar en ningún momento en dirección a Fotis, a pesar de que se estaban retrasando.

La Serpiente tampoco parecía mirar a ninguna parte, aunque veía, como era habitual, por el rabillo del ojo. Pasó diez minutos enteros examinando la pequeña iglesia, disfrutó el momento, se quedó de pie dentro del diminuto vestíbulo, se alejó del sol mientras Taki husmeaba como una pantera y consultaba su reloj. La carretera sería peligrosa de noche, pero Fotis pensaba en otros peligros. Al final, el joven conductor entró en el coche y partió a toda prisa. Quizá fuera una coincidencia, pensó Fotis, pero obligó a Taki a esperar otros diez minutos antes de continuar.

En el asiento de atrás, acomodado con los pies ampliamente separados para no inclinarse cuando cogían las interminables curvas de la carretera, Fotis repasó sus documentos. Tres pasaportes: griego, turco y estadounidense. Hacía mucho tiempo que no viajaba con pasaporte falso, y probablemente tampoco lo necesitara ahora. Podría haber salido del país hacía horas en un vuelo comercial de Atenas a Salónica, en vez de aguantar esas malditas colinas, pero habría corrido el riesgo de ser descubierto por impacientes investigadores norteamericanos de Nueva York, o por sus homólogos griegos. El carnet de identidad falso le serviría, pero su rostro estaba en los archivos de todas las agencias de seguridad a ambos lados del océano, y si lo cogían con un pasaporte falso, tendría verdaderos problemas. Los griegos, especialmente, acogerían una buena razón para juzgarlo. Fotis suspiró, luego movió la cabeza ante la imagen de una improbable red de seguridad arrestando a aquel cansado y viejo ladrón. Los griegos eran muy descuidados, y los estadounidenses se preocupaban demasiado con las amenazas a nivel nacional. Sin embargo, su previsión lo había salvado más de una vez, y no veía razón para bajar la guardia a esas alturas de su vida.

El sol declinaba, y lamentó el retraso que obligaría a Taki a abrirse paso en aquella serpenteante carretera hacia el valle de Kozani durante el atardecer. Fotis tomaría una avioneta desde el aeropuerto privado de Kozani, con destino a Montenegro, o directamente a Brindisi, en Italia, lo que quisiera el amigo de Taki, el capitán Herakles. Después cogería un vuelo comercial desde Roma en alguna compañía aérea poco habitual, bajo el disfraz de un hombre de negocios turco. Eso le serviría. Estaba a punto de llegar a Roma. Tendría que confiar en el

valiente capitán Herakles, quien probablemente no había pasado de sargento. Herakles, qué nombre tan dulce. Esos pobres diablos, que tenían entre cuarenta y cincuenta años, con sus códigos secretos y sus hermandades, y un nom de guerre heroico, anhelaban otras épocas. Épocas donde sus brigadas tendrían una justificación patriótica, luchando contra los feudos turcos, o contra la ocupación alemana, incluso contra los comunistas. Pero ahora se dedicaban al mercado negro, a hacer contrabando con personas y bienes, a sobornar a oficiales, a almacenar armas... ¿Para qué? Lo más cercano a una guerra que habían vivido era el conflicto con Chipre, cuando los idiotas de los coroneles no habían conseguido actuar. Ya no entendía por qué Fotis se había relacionado con ese grupo, puesto que le había costado su tierra natal. Andreas había sido más listo en ese sentido.

Salió de su ensoñación debido a la aceleración constante del Mercury, peligrosa con esas curvas, y notó las tensas manos de Taki sobre el volante, con su mirada siempre puesta en el retrovisor.

—¿Qué? — preguntó Fotis mientras se movía en su asiento. — Una motocicleta. Se acerca rápidamente.

El anciano pudo oír el motor, un gemido profundo y variado, y después vio cómo desaparecía un vehículo del punto ciego del coche. Después, el camino se deshacía en un extraño lla no y encontraron de nuevo la motocicleta, justo a la altura de la ventana de Fotis. En ella viajaban dos personas con casco, y la que iba detrás señalaba algo.

Las puertas del Mercury eran blindadas, gracias a la diligencia de Taki. Los cristales antibala, difíciles de atravesar, y las ventanas tintadas llamaban la atención, de modo que quedaban bastante expuestos. El instinto le decía a Fotis que se alejara de la ventanilla, pero aun así podían verlo. El anciano decidió pasar al otro lado; se movió ayudándose con los pies y se colocó junto a la puerta. En el proceso perdió su sombrero de felpa.

De pronto, las dos ventanas de atrás saltaron por los aires, el disparo atravesó el vehículo y éste empezó a dar bandazos mientras Taki trataba de controlar el volante. Una lluvia de cristales cayó sobre el sombrero y el abrigo de Fotis. Eran disparos de calibre grande, quizá un cuarenta y cinco. Una motocicleta. ¿Era el 17 de Noviembre, un

asesinato político? Encajaba en ese estilo, pero estaban muy lejos de Atenas.

La moto se adelantó para evitar caerse en una curva, y Fotis no pudo ver más. Imaginó que el pasajero se retorció en su asiento, tratando de apuntar de nuevo. Oyó a Taki manoseando la guantera y maldiciendo en voz baja. El viento azotaba el coche. Fotis estaba tranquilo. Después, si sobrevivía, tendría miedo, pero ahora se sentía bien.

–Taki -trató de gritar, aunque sus pulmones estaban comprimidos por su difícil postura-. Para, haz que vayan por detrás. – Su sobrino dispararía cuando se hubieran detenido, y la puerta blindada le serviría de protección. Si es que el idiota lograba abrir la guantera.

El viento se llevó sus palabras, y Taki aceleró. Trató de hacer que redujeran la velocidad, pero no lo consiguió. Fotis intentaba volver a su asiento mientras oía varios disparos delante. Uno, dos, tres. El cristal de seguridad se rompió mientras el parabrisas se volvía blanco y la cabeza de Taki se echaba hacia atrás y manchaba el techo de sangre.

Fotis se agarró al cabezal del asiento ante él mientras el coche reducía la marcha, y utilizó el repentino cambio de ritmo para colocarse entre los dos asientos delanteros. No pudo ver nada, pero tiró del volante y se alejó de la infinidad de piedras, cantos rodados y restos oxidados de vehículos mal pilotados para subir la carretera hasta la cima de la colina. Era un mal menor. El repentino cambio de altura redujo la velocidad del vehículo antes de abandonar la carretera, dando bandazos, pero éste salió de inmediato a la pendiente. Los restos de polvo y piedras impactaban contra el capó y el techo. El motor se paró.

Fotis levantó la vista para observar el techo manchado de sangre, su torso encajado detrás del salpicadero, sus pies colocados en el asiento del acompañante, y no recordó cómo había llegado hasta allí. Le dolía el lado izquierdo de la cara, y también le silbaban los oídos, como si le hubieran dado un bofetón. No sentía el brazo izquierdo. El derecho parecía moverse. También lo hicieron sus pies, pero le dolían las piernas y la cadera. No obstante, nada de eso importaba demasiado, porque estaba seguro de que le dispararían. Distinguió el cuerpo de

Taki sobre el volante, pudo oler la sangre y el hedor intenso de los hombres asustados.

Curiosamente, no sucedió todo a la vez. Pasó un minuto antes de oír el motor de un coche, y Fotis se atrevió a pensar que otro coche había perseguido a los asesinos. Generalmente, esos tipos no cobraban lo suficiente para matar a transeúntes. Luego recordó el Peugeot. Se aproximaban unas personas que hablaban en voz alta y con cierto nerviosismo. Fotis percibió su angustia en la punta de sus dedos.

A pesar de lo tarde que era, otro vehículo podría acercarse en cualquier momento. Le molestaba no haber sido capaz de subir la colina, de complicarles el trabajo. Habían rodeado a medias el Mercury como si éste fuera a morderlos, incapaces de llegar a la puerta del asiento del conductor debido a la pendiente, incapaces de ver por las ventanillas rotas. En el primer impulso, Fotis se levantó y abrió la guantera. La pistola de nueve milímetros se tambaleó y cayó sobre su cabeza. El anciano profirió un insulto, pero agarró firmemente el arma y sintió la subida de adrenalina que acompañaba a la esperanza. Minutos antes, estaba dispuesto a darlo todo. ¿Había algo de malo en ello? ¿Por qué debía pelear tanto para conservar su triste y aburrida vida? No era una pregunta que debiera formularse en ese momento. Sin su mano izquierda libre, no podía asegurarse de que la pistola estuviera cargada, así que tendría que confiar en que así fuera.

Alguien tiró de la puerta del conductor, y finalmente la abrió unos centímetros. Fotis no podía ver con claridad, pero se dio cuenta de que miraba a Taki, y luego se percató del cuerpo boca abajo del asiento del conductor.

—¿Está muerto? — preguntó una voz a varios metros de distancia.

—Casi -contestó alguien más joven que estaba dentro del coche. Era un hombre seco y apenas conservaba el control de sí mismo, seguramente jamás había visto una herida en la cabeza-. ¿Y ahora qué demonios les vamos a decir?

—¿Qué hay del otro?

—No lo puedo ver, está en el suelo. Hay sangre por todas partes. Dios mío, esto es un desastre.

—Saca al conductor. — La voz del hombre mayor estaba más cerca.

—Está apretado contra el asiento.

–Sal de ahí, yo lo haré. Ve detrás y mira el asiento.

Ahora, el hombre mayor peleaba con la constitución recia de Taki, mientras que el joven luchaba por abrir la puerta trasera. Fotis se volvió y se dio cuenta de que sentía algo en el brazo izquierdo. Con gran desasosiego, consiguió llegar a medio camino del asiento del acompañante, mientras Taki era arrastrado a la carretera y el hombre joven conseguía abrir la puerta de atrás. Definitivamente, era el conductor del Peugeot. Vio a Fotis, que estaba entre los dos asientos, y aferró la pistola como si estuviera sosteniendo sus costillas. La Serpiente profirió un lamento medio fingido.

–¡Está vivo! – exclamó el hombre joven mientras se inclinaba hacia los asientos.

Más cerca, ahí. Fotis empuñó la pistola lo más rápido y fuerte que pudo, y apuntó al joven por debajo de la barbilla. El disparo le arrancó los dientes y el tipo cayó tambaleándose sobre el asiento de atrás. Luego, Fotis prestó atención a la puerta abierta del asiento del conductor.

El hombre mayor, un individuo con los ojos hundidos, bigote y vestido con un traje oscuro, dejó caer el cuerpo de Taki y buscó en el interior de su americana.

–No lo hagas -ordenó Fotis, apuntándolo con la nueve milímetros.

Habría disparado a los dos hombres sin rechistar, pero tampoco ellos habían intentado matarlo sin más. Debían de ser del gobierno, hombres de Andreas, o sabía Dios de quién. Lentamente, el patán cogió una voluminosa cuarenta y cinco milímetros de su pistolera y apuntó. Fotis disparó dos veces; a la tercera, el hombre cayó porque todas las balas habían dado en el blanco. El impacto de las balas fue menos ensordecedor de lo que esperaba. Bonita arma; gatillo fácil, y muy poco retroceso.

Hacía años que no utilizaba una pistola, porque pensaba que ya había superado esa etapa de su vida. El hombre del bigote cayó rodando por la cuneta hasta quedar inmóvil. El olor del disparo llenaba el coche.

Fotis volvió a fijarse en el conductor. Estaba en el asiento de atrás, sosteniendo su sangrienta barbilla, y tenía la mano libre extendida como un escudo. Habló de prisa.

–Espere, es un error. Sólo tratábamos de llamar la atención.

–¿Quién os ha enviado?

–Trabajo para él... -El joven gesticuló hacia el hombre muerto que yacía en la cuneta.

Fotis se apoyó en la suave piel del coche, extendió la mano derecha entre los asientos y colocó el cañón de la pistola contra la rodilla del conductor. El hombre joven temblaba y movía la pierna.

–Tranquilo -le aconsejó Fotis con amabilidad-. Primero una rodilla, luego la otra, y después te mataré. No te haré más preguntas, así que contesta a la primera. ¿Quién te ha enviado?

–No lo sé. – El conductor seguía temblando por el miedo o por el impacto, a Fotis no le importaba. Ya no disfrutaba con ese tipo de interrogatorios como antes-. Sólo oí por encima algunos comentarios. Es alguien de Nueva York, un ruso. No sé su nombre. Ni siquiera sé el tuyo.

–¿No sabes nada, muchacho?

–Eso es.

Podría ser verdad. De todos modos, la información que le había proporcionado era suficiente. Desde luego, Fotis ya sabía que Karov lo seguiría, aunque no se imaginaba que tan pronto, o que lo haría en suelo griego.

–¿Por qué dices que es un error?

–El ruso, o quien sea. Anuló la operación hace una hora y no pudimos contactar con los demás a tiempo.

–Los hombres de la moto, ¿dónde están?

–Tenían que asegurarse de que alguien los viera. Los coches que venían en dirección contraria. Han desaparecido.

–De modo que habría sido como un asesinato del 17 de Noviembre.

–Ignoro el motivo. Supongo que tiene razón. Sí, claro.

En otro tiempo, habría dedicado todos sus esfuerzos en encontrar a esos hombres y castigarlos. Ahora debería esperar, tal vez para siempre. Ni siquiera sabía si se había librado de ésta. ¿Estaría malherido? ¿Cuán peligroso era ese chico? ¿Podría conducir el Peugeot él solo, o necesitaría a ese pequeño bastardo?

–¿Dónde está tu arma?

–No llevo ninguna. Soy el conductor. Se suponía que sólo tenía que seguirlo. – El joven temblaba mucho, le chirriaban los dientes y estaba a punto de morir. Fotis había visto a hombres mayores morir de ataques al corazón en esas mismas circunstancias. Una muerte limpia, especialmente útil en ejecuciones políticas. El corazón del chico no sería tan fuerte. Y el miedo lo colmaba de desesperación.

–Debería matarte. No dudaré en hacerlo si me causas problemas, pero necesito tu ayuda. Quiero que entregues un mensaje al hombre que ordenó el asesinato. ¿Entiendes?

–Sí.

–Bien. Quédate aquí.

Era imposible que Fotis no se expusiera a recibir un disparo mientras se agachaba en el asiento del conductor y salía del coche, pero el joven ni se movió. El anciano se levantó poco a poco. Le dolía la pierna izquierda, pero podía moverse. El brazo izquierdo estaba entumecido. Una protuberancia pringosa sobresalía por encima de su ojo izquierdo, pero su visión estaba prácticamente intacta. Estaba vivo de milagro, aunque probablemente tendría que pasar una temporada en el hospital. Dejó que la fría brisa de la montaña le acariciara la piel y contuvo las ganas de vomitar.

El sol se había escondido detrás de las colinas, el cielo todavía brillaba en el oeste; en cambio, el cielo era azul, casi violeta, en el este. El capitán Herakles no esperaría para siempre. Tenía que darse prisa. Fotis hizo que el conductor tratara de arrancar el deteriorado Mercury, y lo consiguió al cuarto intento, mientras el pobre chico tosía y escupía. El vehículo había perdido los parachoques, tenía las ruedas pinchadas y trató de abrirse paso marcha atrás hasta que se quedó parado en un saliente. Luego, Fotis obligó al joven a cargar los cuerpos en el coche: Taki, al volante, y el hombre del bigote, detrás. Un trabajo truculento, la sangre y la gravilla del camino cubrían las manos y la americana del conductor. Fotis se lavó las manos con una botella de agua y arrojó la chaqueta por el saliente.

El griego entró en el coche y sacó la cartera del hombre bigotudo, luego colocó su sombrero de fieltro torcido sobre la cabeza del muerto. Como no quería marcharse con un pasaporte, prefirió sacar su cajetilla de cigarrillos turcos de la americana ensangrentada. El bigote gris

contribuía a crear el efecto que deseaba. Desde luego, el hombre debía de tener al menos treinta años menos que él, pero probablemente serviría para engañar a alguien y hacerlo creer que se había producido un accidente. Sacaría todas las ventajas que pudiera. La simple confusión le bastaría.

Fotis dudó por un instante mientras salía la luna llena. Taki no estaba del todo muerto cuando el conductor lo vio. ¿Y si todavía estaba vivo? Era el único hijo de su perturbada hermana. Fotis nunca había sentido aprecio por el chico, pero le había sido leal, y ahora el viejo se sentía invadido por una pena profunda y poco habitual en él. Algo parecido a la soledad. Al igual que el temor, sabía que ese sentimiento se agrandaría con el tiempo, pero ahora no tenía tiempo para esas emociones. Ya tenía bastante que hacer. Si Taki no estaba muerto, sería un armazón vacío, y a nadie le serviría. Probablemente lo estaba. «Que así sea.» Fotis hizo unas señas al conductor.

El joven se asió a la puerta abierta para no perder el equilibrio, entró y arrancó el vehículo. Apretó el acelerador con el pie derecho y giró a su izquierda. El Mercury dio bandazos y avanzó pesadamente sobre el saliente polvoriento, antes de dar brincos como un coche de juguete. Luego se alejó, levantando una nube de tierra. Oyeron un golpe, seguido de un impacto mucho más decisivo procedente de abajo. Fotis caminó tambaleándose hasta llegar al saliente, y se agachó para mirar a la oscuridad. Apenas pudo discernir el coche malogrado y lleno de aceite en su parte inferior, como si fuera un insecto patas arriba. No vio humo, y el depósito de gasolina no se había inflamado. Pero en ese momento, percibió unas luces que se acercaban desde el oeste.

Le hizo una señal al conductor del Peugeot y Fotis subió al asiento de atrás.

—Para en esa pequeña área de descanso de allí. Sin luces. El coche que venía en dirección oeste pasó al cabo de unos momentos, redujo la marcha donde había volcado el Mercury, pero después continuó. Fotis esperó, y la espera casi acaba con él. Le dolía todo y se le cortaba la respiración. El cansancio entumecía su mente y apenas podía pensar. Casi llegó a pensar que nada de eso había ocurrido, que la cabeza demacrada delante de él era su sobrino y que la Serpiente estaba

durmiendo. Había tenido una pesadilla terrible. Le temblaban las manos y tenía las mejillas empapadas en sudor.

–¿Y ahora qué? – preguntó el joven herido en voz baja. La respiración del anciano era pesada y húmeda.

–Tú eres el conductor, así que conduce.

1944 Epiro

El sendero era de una tierra tan dura que se estaba convirtiendo en piedra, y el capitán Elias no pudo localizar huellas ni otras marcas recientes. Pasó por la aldea quemada de Nikolaos, de la que no quedaban más de una docena de muros desconchados. En el más grande, un andarte comunista había pintado en grandes letras blancas: «¿Qué has hecho hoy por la causa, patriota?» El camino parecía acabar en la capilla de Santa María, que todavía se conservaba en buen estado. Sin embargo, el capitán pudo volver a retomar el camino a lo lejos. El paraje estaba desierto, tal como Giorgios había dicho. Elevado y rocoso, un terreno que no servía para las cabras ni para cultivar. Sólo era para Dios. Los religiosos siempre reclamaban ese tipo de lugares.

La capilla de San Gregorio era fácilmente visible a más de cien metros de distancia, aunque al principio Elias la confundió con un canto rodado. Era por el color de las piedras grises que la rodeaban, porque las paredes y la cúpula hacía mucho tiempo que se habían descolorido. Sólo el oscuro rectángulo de la entrada definía el lugar. Un sendero casi inescrutable discurría hasta sus puertas. No había árboles, sólo una enorme roca o dos, muy poca cobertura. La pendiente acababa abruptamente a ambos lados, de modo que tenía que seguir recto. La única ventaja del capitán era que la puerta daba directamente al sol acabado de amanecer, y la pequeña hondonada en la que se encontraba todavía estaba a oscuras.

La ira y el desatino propios del agotamiento lo empujaron a subir la colina. Elias ignoró el sendero, valiéndose de las rocas tanto como pudo, giró a izquierda y a derecha sin seguir un ritmo concreto para no ser un buen objetivo. Finalmente se lanzó detrás de la última roca que se interponía entre él y la capilla. Algo fallaba; o Kosta le estaba advirtiéndole de algo, o algo había impedido su objetivo. ¿Estaría herido? Elias sacó su pistola,

giró a la derecha y se arriesgó a caer por la pronunciada pendiente, aunque después gateó hasta la cúpula formando un ángulo oblicuo. Alcanzó el extremo noroeste del edificio sin tener que disparar. ¿Ahora qué? Podía echar a correr, disparar, pero eso le impediría encontrar las respuestas que buscaba. Podía tratar de negociar, pero Kosta nunca creería que le salvaría la vida. El disparo era su única pista. Dudó por un instante. – Kosta, baja el arma, me estoy acercando a ti.

Para su sorpresa, el capitán oyó dos voces en la oscuridad; discutían en voz baja pero con urgencia. Ésa podría ser su única oportunidad. Tres pasos rápidos y estaría en la puerta. Primero vio a la figura de espaldas, un monje encogido y vestido con sotana; también había alguien justo en el interior de la entrada, agazapado en la penumbra y con la cabeza encogida. Elias apuntó con la pistola, pero la figura se desplomó al suelo mientras el monje gritaba:

–¡No le dispare, capitán, por favor!

Elias fijó la vista mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad. La estancia era pequeña, no había escondite alguno, y en su interior sólo había aquellas dos personas. El hombre que estaba a sus pies parecía ser un niño de diez u once años, y tenía una pistola que sujetaba con poca fuerza entre sus temblorosos dedos.

–Kosta.

Se sentó detrás de una mesa pequeña y torcida. La sotana era realmente larga, la camisa le venía holgada y debajo se veían unas vendas manchadas y aplicadas de forma precipitada. Una decoloración rosa recorría su cuello y desfiguraba parte de su rostro, lo que le confería un aspecto fantasmagórico. Tenía el ojo derecho totalmente cerrado y de él manaba un fluido. También había perdido mucho pelo. Sólo el lado izquierdo de la cara conservaba la belleza que tanto gustaba a mujeres y hombres por igual hacía solamente unas horas. Había una botella de vino vacía sobre la mesa, y Kosta asía con la mano izquierda el resto del contenido de la taza, mientras sostenía pequeños fragmentos de algo, posiblemente tela o papel, con su mano derecha.

El icono estaba apoyado contra la pared que había a su lado. Los dos paneles estaban ligeramente partidos, pero por lo demás, la obra permanecía intacta. Los ojos de la Virgen María miraban fijamente al capitán, observándolo con ese doble poder de crítica y perdón del que

Mikalis siempre había hablado. Había tranquilizado al sacerdote. Ahora, el capitán sólo sentía indignación. «Todo esto por ti -pensó, volviendo a la pintura-. Mi hermano, el anciano, ese joven, ¿cuántos más a lo largo del tiempo? Eres una diosa pagana, porque siempre exiges sacrificios de sangre. Deberías haber perecido en el incendio.» Levantó la pistola, como si quisiera disparar contra aquellos malditos ojos, pero después decidió dirigirla a su traidor protegido.

—Espere -dijo Kosta en un tono de voz tranquilo. Colocó uno de aquellos pedazos en la mano derecha y se lo llevó a la boca; luego bebió un sorbo de vino. Se administró la comunión. Elias se resistió al impulso de apretar el gatillo-. Por favor, no mate a mi hermano -añadió Kosta-. No sabe lo que pasa. Elias volvió a fijarse en el chico que estaba boca abajo y la nota de Stamatis cobró sentido de repente. «Salva al niño.» No se refería a Kosta (sabía que su vida estaba perdida), sino a aquel muchacho. ¿Le habría hecho daño?, se preguntó Elias. Pero ¿por qué debía preocuparse? El chico le había disparado primero. Toda la familia estaba podrida.

—¿Por qué ha venido él?

—No podía caminar y llevar a la Virgen al mismo tiempo.

—De modo que tu padre mandó al chico... ¿Por qué no envió también a tu hermana? ¿Por qué no a toda la familia, si la pieza vale tanto la pena?

Kosta guardó silencio.

—Me has traicionado -continuó Elias con voz serena, como si hablara del tiempo-. Ningún hombre ha confiado en ti, salvo yo.

—Usted me envió para hacerle un trabajo sucio, y lo hice bien.

Había un tono desafiante en su voz. ¿O acaso había estado allí todo el tiempo, enterrado, liberado ahora por las llamas que habían quemado el cuerpo?

—Por supuesto. Robar y matar está en tu sangre. Te di un propósito y me has traicionado.

—Quizá estaba siendo leal a mi familia.

—Un cerdo como tu padre no puede exigir lealtad. ¡Lealtad! Bastardo, ¿por qué le has hecho eso a Mikalis?

—Nos vio con el icono.

—Tu padre todavía estaba en la iglesia.

–Tuvo problemas con la pared falsa.

–¿Le dijiste dónde encontrarla?

–Sí.

–Porque me oíste darle las instrucciones a Müller...

–Sí, pero no eran fáciles de seguir. Tardó tiempo en hacer un pequeño agujero. Pensó que oía a los alemanes, de modo que inició el fuego por delante. Todo el lugar ardía antes de sacar a la Virgen.

–¿Por qué salió?

–Quería salir por la puerta de atrás, pero usted y los demás ya estaban fuera. Oyó al sacerdote que hacía ruido, porque, de lo contrario, habría dado con nosotros.

–¿Por qué no utilizó la cripta?

El rostro quemado parecía estar haciendo un repaso al capitán, sopesando sus palabras.

–Lo intentó. Pero había alguien esperando allí.

–¿Alemanes?

–No.

–¿Quién?

–¿No lo adivina? – Mientras se movía en su silla, Kosta esbozó dolorosamente una mueca. Si el vino le había dado alivio, ahora éste se estaba esfumando. No había morfina, ni nada que pudiera aplacar el dolor de esas quemaduras. Sufriría esa desfiguración de por vida. Le haría un favor, pensó Elias.

–¿Tuviste que matarlo?

–No fue necesario. Estaba a punto de marcharse cuando mi padre salió de la cripta con el icono. Mikalis lo entendió. Luchaba contra mi padre por la pieza. Traté de arrastrarlo, pero empezó a disparar. Usted debió de oírlo.

–Estábamos disparando y no oímos nada. Pero eso no importa. Había visto lo que tú tramabas, tenías que matarlo.

–El primer disparo fue sólo para silenciarlo.

–Es una mala herida, normalmente mortal.

–No tenía tiempo para pensar. Aun así, él opuso resistencia. Las llamas nos envolvían. Tenía que volver a disparar. Él descendió la escalera hasta la cripta y seguía insultándonos. – La mirada de Kosta parecía revivir aquel momento-. Pensé que viviría.

–Pues no fue así.

Kosta asintió con la cabeza. La expresión de su rostro era tan triste como si su propio hermano hubiera muerto. «Somos unas criaturas muy extrañas», pensó Elias.

–¿Cómo saliste?

–El fuego nos llegaba por delante. Tratamos de alejarnos mientras nos abríamos paso entre las llamas.

El capitán recordó varias imágenes, como si fueran un conjuro de su memoria. Vio la pared en llamas, la muerte a un paso y la supervivencia a otro. Tenía que arriesgarse.

–Retiré la tela del altar y me envolví en ella -continuó Kosta-. Pasé primero, y luego mi padre. Había unos troncos de madera carbonizada y caí. – Su voz pareció quebrarse-. Mi padre...

–Te dejó.

–No, trató de ayudarme.

–Te dejó. – La escena se desarrollaba en la mente de Elias como una visión clara y absoluta-. Y lo que es peor, pasó por encima de tu cuerpo caído para ponerse a salvo.

–No. – El joven estaba deshecho, y temblaba de dolor y de pena.

–Es un perro, Kosta, mataría a su propio hijo por dinero.

–Me sacó de las llamas.

–Sí, pero después. Después de poner el icono a salvo.

–¿Usted lo vio?

–No. ¿Quién te curó las heridas?

–Mi tía. Creo que es una mala enfermera, porque este bálsamo no me alivia el dolor. Me arde la piel.

–No tenía mucho tiempo. Tu padre te hizo marchar, así, él se rezagaría y vendería el icono. Pero lo calculó mal.

–¿Cómo está mi padre?

–Esas heridas tardan tiempo en curar, Kosta. Es posible que nunca sanen. ¿Te has visto?

–He intentado no hacerlo. Debo de estar horrible, Ioannes no querrá mirarme.

El muchacho protestó al oír su nombre, trató de levantarse, se inclinó y vomitó. Entonces, Elias arrancó la pesada pistola del costado del chico. Estaba distraído y podía cometer un grave error.

–Mira, amigo mío, tu hermano está vivo. Me pregunto por cuánto tiempo.

–Eso está en sus manos, capitán. Sé que a usted y a su maestro les gusta jugar a ser Dios.

–¿Qué hay entre Dragoumis y tu padre?

Kosta sólo sonrió, una mueca torcida sin ninguna intención.

–Venga -se burló Elias-. Tu padre, al menos, es alguien a quien entiendo. No tienes motivo alguno para proteger a Dragoumis, y todas las razones del mundo para decir la verdad.

–Supongo que sí, salvo por el placer que me produce verlo luchar en la oscuridad. Ustedes dos pasan más tiempo guardándose secretos que luchando. Son hombres débiles.

–¿Quieres ver al niño morir antes que tú?

El hombre quemado se balanceó en la silla, la agonía de su carne muerta era inexorable.

–No lo matará, lo sé.

Elias miró al chico, que volvió la vista en un gesto de incompreensión. Él no mataría a Ioannes, aunque no estuvo seguro de ello hasta que Kostá habló.

–¿Cómo está mi padre?

–¿Y a ti qué te importa?

–Sigue siendo mi padre.

Quizá ésa era la solución. Kosta debería haber sabido que su padre estaba muerto, pero todo hombre tenía su punto débil. Elias buscó un lugar donde sentarse, pero no halló ninguno.

–La Serpiente está con él. Morirá, a menos que yo intervenga. Algo que no haré, salvo si me cuentas exactamente lo que pasó allí.

–Ya sabe lo que pasó. ¿Importan los detalles?

–¿Qué papel desempeñó Dragoumis?

–¿Ayudará eso a mi padre? Creería cualquier cosa que le dijera yo, un moribundo. Podría enfrentaros a los dos. ¿Para qué? ¿A mí qué me importa?

–Me siguen unos hombres. Puedo proteger a tu padre.

–Lo siguen a usted, pero temen a la Serpiente, no le llevarán la contraria. Tampoco creo que usted se la lleve, capitán.

–¿Crees que le tengo miedo?

–No. Mi capitán no conoce el miedo. Es un esclavo del deber. – Kosta empezó a reír, luego soltó-: Dios mío, cómo duele. ¿Por qué no me dispara?

–Contesta a lo que te pregunto, maldita sea, o empeoraré las cosas.

–La verdad, sí, le diré la verdad. Escúcheme: todo fue idea mía. La Serpiente no sabía nada. Mi padre sólo cooperó porque lo amenazó. Yo amenacé con contarle a usted todos sus macabros planes. No, espere, esto es mejor: robé el icono para evitar que usted se lo diera a los alemanes. Mi padre es un patriota, incluso un héroe. ¿Qué piensa al respecto, eh, capitán? Dígale lo que le he contado.

El chico se estaba burlando de él. Había llevado mal el tema. Ahora, Elias tendría que utilizar otros métodos, y su espíritu se estremeció al pensarlo.

–Kosta, te obligaré a hablar.

–Se lo he contado todo. Yo lo hice: robé el icono y maté al hipócrita de su hermano.

–¿Qué dices?

–Todos los sacerdotes son unos hipócritas, unos mentirosos. La religión es una mentira. Usted mismo me lo ha dicho. – La falsa sonrisa pareció solidificarse sobre la piel quemada-. Ni siquiera creo que su hermano le gustara.

–Bastardo.

–Es cierto. Pensé que le gustaría que lo matara.

–Cállate, bastardo. – Al capitán le costaba hablar porque todo su cuerpo parecía un músculo agarrotado.

–¿Por qué? Estoy más allá de las órdenes de los hombres. No temo a nada, ni tengo nada que esconder. – Respiró hondo-. Estoy condenado, y veré al bastardo de su hermano en el infierno, donde arde en estos momentos.

Fue una acción involuntaria, instantánea. El rugido y el impacto colmaron la estancia. La cabeza de Kosta se vino abajo con el disparo y una brillante neblina impactó contra la antigua pared que quedaba a su espalda, como si fuera un oropel sobre la imagen casi desaparecida del santo que había pintado en ella. El eco perduró largo tiempo en los oídos de Elias. Días y semanas. El brazo sostenía la pistola humeante, pero la dejó caer a un lado. Entendió de inmediato que habían estado

jugando con él, y probablemente lo había entendido antes de disparar. Los dos habían conspirado en aquel ritual de provocación y reacción, para evitar así lo que vendría después. Pero Elias no podía dejar de sentirse engañado. Había aprendido poco. Kosta murió protegiendo a un padre que ya estaba muerto, y Fotis guardaba sus secretos.

El capitán levantó el icono; una pieza demasiado pequeña y ligera para la reputación que tenía, o al menos eso le pareció. Un rayo de luz se filtró por la puerta e incidió en la superficie de la obra, iluminando la pintura dorada. La Virgen salió de la penumbra y sus ojos ya no tenían una mirada acusadora, sino que parecían más temerosos o tristes, como una madre consciente de que su hijo estaba condenado. Los dos paneles estaban desajustados, como si alguien los hubiera querido partir por el medio.

¿Se lo entregaría realmente a Müller? Su hermano había muerto tratando de salvar la pieza, ¿acaso no debería honrar esa acción valiente e inútil? ¿Tendría que quedárselo? Fotis o Müller lo perseguirían. Y morirían cuarenta aldeanos. En ese caso, Mikalis habría muerto para nada. No, lo único bueno que podía hacer era cambiar aquella obra por vidas humanas. Y las armas, no debía olvidarse de las armas, la finalidad original de toda aquella locura.

Le llamó la atención un sonido similar a alguien removiendo la tierra: era el pequeño Ioannes, con su cabeza amoratada y los ojos abiertos como platos. No miraba a su hermano asesinado, sino a Elias. No había forma de saber lo que había visto u oído, y ahora era un problema. Un testigo contra el capitán, que revelaría a cualquier número de destacamentos. Él último varón de su familia y, por tanto, el portador de una sangre enemiga. La lógica le dictaba un desenlace evidente. Fotis no habría dudado, pero él no era como Fotis.

Sacó al niño a plena luz del día, donde empezó a temblar descontroladamente. Después, Elias regresó y envolvió el icono con la vieja chaqueta de piel de oveja con la que había sido llevado a ese lugar. Kosta miraba con los ojos en blanco hacia el cielo. El capitán decidió cerrárselos.

—Regresaré a buscar a tu hermano -le dijo al pequeño cuando salió con el bulto del icono debajo del brazo-. No lo dejaré aquí.

El niño no dijo nada. Se quedó mirando al vacío, aunque había dejado de temblar.

–Camina -ordenó el capitán, y descendieron la colina juntos.

Cuando llegaron al sendero, Elias torció en dirección sur. Tendría que tomar pronto ese camino, pero había otra cosa que lo retenía. Debía dejar al niño en alguna parte, y pensó que había dado con el lugar. Aun así, se detuvo durante unos instantes, miró en dirección sur viajando con su mente a Katarini. Su pueblo. De una u otra forma, se sabía lo que él y Fotis habían hecho, y ya no sería su pueblo nunca más. Tendría que abandonarlo y no volver jamás. Pero eso no importaba. Su vida estaría en Atenas después de expulsar a los alemanes, siempre que los comunistas no se hicieran con ella. No podía esperar que los demás entendieran la necesidad de lo que hacía. El mundo estaba lleno de hombres insignificantes y eso lo entristecía. Sus antepasados habían vivido allí desde hacía generaciones. Los huesos de su padre descansaban en el pueblo, y ahora también lo harían los de su hermano. Pero los suyos, no. Los suyos, nunca.

El capitán Elias descartó esos pensamientos de su mente, cogió al niño por los hombros y lo encaminó en dirección norte.

Primavera de 2000

CAPÍTULO 18

Se encontraban en el bar del aeropuerto, rodeados de mesas vacías. Nadie sabría muy bien qué pensar de una historia tan rara, se dijo Matthew. No había querido dejar pasar la oportunidad de que Andreas acudiera al aeropuerto JFK para recogerlo, pero se había llevado al anciano al establecimiento más discreto y cercano posible para preguntarle qué parte de la historia seguía sin conocer.

–¿Se llevó a cabo el intercambio?

Andreas tomó un sorbo de ginger-ale antes de contestar. – Sí. Stefano comunicó el mensaje. Müller estaba dispuesto a hacer la transacción, incluso en esas circunstancias. El soldado que matamos en la iglesia no significaba nada para él, porque se llevaba sus tesoros. Muchos oficiales alemanes hacían lo mismo. Merten, que estaba al frente de Salónica, enterró cincuenta maletas de oro robado a los judíos en Kalamata, pensando que lo recuperaría después de la guerra.

–Sí, recuerdo que leí algo al respecto.

–A Müller no le interesaba el oro. El arte, especialmente el arte religioso, era su pasión. Había oído hablar del icono en algún sitio, probablemente a su padre. El robo de obras de arte era una tradición familiar. Me enteré de ello después, cuando lo buscaba. Había parado en Grecia para buscar el icono. Entre Góring, amante del arte, y la obsesión nazi con lo oculto, me imagino que la historia de un cuadro con poderes sobrenaturales le llamó la atención. Quizá enviaron a uno de ellos para birlarlo y regalárselo al Führer. ¿Qué crees tú?

El tono de voz del anciano era cínico, pero Matthew sentía la profundidad de sus sospechas y su desagrado. Sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo. ¿Sería la verdad tan estafalaria?

–Epiro estaba en la zona de ocupación italiana -prosiguió Andreas-. De modo que Müller tenía que aprovechar el tiempo. Cuando llegaron los alemanes, había muchos pueblos en todas esas colinas. Una aguja en un pajar, como decís ahora. A los griegos les encanta cotillear, pero nadie le decía a Müller la verdad sobre la Virgen. Muchos aldeanos tenían viejos iconos, y a todos ellos les gustaba decir que el suyo era famoso. Nadie sabía dónde estaba nuestra pieza. Después de vencer a los italianos, antes del ataque alemán, mi hermano había colgado el

icono en un espacio oculto cerca del altar, detrás del iconostasio. Sólo Mikalis, el carpintero y yo sabíamos dónde estaba.

—¿Fotis no lo sabía?

—No. Por eso tuvo que acudir a mí. Müller conocía la brecha política que existía entre las guerrillas. Los comunistas eran más fuertes, de modo que se crearon contactos entre los alemanes y otros grupos. También luchábamos contra ellos, especialmente en Epiro, donde ese gordo de Zervas dirigía a los republicanos. Pero, básicamente, Zervas vigilaba a los comunistas, a los realistas, a quienes odiaba aún más, hasta que hizo las paces con ellos. Mientras duró la guerra y supimos que los alemanes abandonarían pronto, todo el mundo empezó a pensar en política.

—Incluido tú.

—Sí. Yo era un republicano convencido, los reyes me importaban un carajo. Quería un presidente, como en Estados Unidos. Pero tu padrino y yo servíamos al gobierno en el exilio, y eso nos convertía en realistas. Mejor ser realistas, mejor ser cualquier cosa antes que comunistas. Eso era lo que creíamos Fotis y yo, y durante un tiempo nuestros pensamientos giraban en torno a esa idea política. Combatimos a los alemanes, aunque perdimos a muchos hombres buenos. Vimos arder pueblos enteros. Nuestra gente luchaba.

El anciano volvió a sorber su bebida y, por un momento, pareció ausente.

—Así que Müller contactó contigo.

—Con Fotis. Él era nuestro comandante regional. También era natural de Epiro, de Ioannina, y fue a estudiar a Atenas años antes que yo. Ya era instructor cuando ingresé en la academia. Un tipo muy listo, fuerte, duro, como yo quería ser. Éramos Patriótis, y por tanto nos hicimos amigos. Lo siento, ¿ya sabías todo esto?

—Gran parte de ello, pero sigue.

—Después de que los alemanes menguaron nuestro ejército, nos ofrecimos para volver a Epiro. El gobierno se marchó de Atenas y los hombres iban a cada región para organizarse de nuevo. La mayoría no lo consiguieron. Surgió una resistencia a nivel local y los comunistas se aprovecharon de la situación. Fotis y yo trabajábamos para los británicos, traíamos cartas y oro a Zervas. ¿Puedes creer que tenían

que pagarle para luchar? Pero actuó demasiado tarde. Fotis era paciente, pero yo quería hacer algo. Los hombres de mi zona habían formado una guerrilla y yo me uní a ellos. Perdieron a su capitán y me eligieron para sustituirlo.

—Eras muy joven.

—Mayor que la mayoría. Había estado en el ejército, y mi padre dirigió guerrillas contra los turcos, años atrás. Eso significaba mucho para esos hombres, padres, abuelos. Como si un héroe no pudiera engendrar a un borracho, o al revés. De todos modos, Müller contactó con Fotis. Eran dos hombres de mundo. El icono a cambio de armas. Fotis acudió a mí, convencido de que yo aceptaría. Necesitábamos municiones, las nuestras eran escasas y viejas. Zervas acumulaba lo que los ingleses le daban, y ni siquiera sabíamos de qué bando estaba. Pensábamos que el icono había desaparecido. A mí me parecía una especie de criatura mitológica. Yo era un hombre moderno.

Las palabras de Andreas eran amargas y la defensa de Fotis resonó en la mente de Matthew. «¿Cómo pudo ser idea mía? ¿Quemar una iglesia? ¿Vender una obra de tanto amor y tanta belleza sagrados?» Su padrino siempre le contaba alguna mentira que contenía parte de la verdad. Así siempre resultaba convincente.

—¿Quemar la iglesia fue idea de Stamatis? — dijo Matthew.

—Sí.

—Y Fotis nunca quiso entregarle el icono al alemán. — Matthew pronunciaba los pensamientos tal como éstos acudían a su mente, como si tradujera de su inconsciente-. Todo fue una excusa para descubrir dónde estaba la pieza; para que se lo dijeras. Según tú, fue él quien contactó con Müller, y no al revés. Andreas guardó silencio durante largo tiempo. Observó a Matthew, luego miró hacia una puerta traslúcida y a los pasajeros que estaban al otro lado de ésta.

—He pensado mucho en ello durante todos estos años -reveló al fin-. Lo sospeché desde el principio. Por eso yo ideé el plan, que se fue al carajo. Por eso me guardé la nota de Stamatis e hice el intercambio. Quería destapar el juego de Fotis, pero matamos a los dos hombres que podrían habérmelo dicho. Él, al padre; yo, al hijo. Y con el paso de los años no sabía si quería saberlo, puesto que, al conocer la verdad, le

hubiera imputado la muerte de mi hermano, así como la de muchos aldeanos. Y luego tendría que decidir qué hacer al respecto.

—¿Qué pasó con los aldeanos?

Andreas apretó los dientes una o dos veces más y éstos chirriaron.

—Müller les pegó un tiro.

—¿Y después le diste el icono?

—A la mañana siguiente. Cogió el icono y me dejó marchar.

Recogimos la munición esa misma noche. Un buen botín: cincuenta rifles, unas cuantas metralletas y montones de balas. Fotis no sabía nada hasta una vez terminada la operación. Me inventé que alguien había visto a Kosta, que había dado con él, y que tuve que actuar con rapidez para salvar a mis aldeanos. Él se enfadó mucho, pero fingió darme la enhorabuena. Todavía teníamos que trabajar juntos. A la mañana siguiente, Müller mató a veinte personas. Pudo retrasar la operación un día, pero sus hombres no querían dejar escapar una venganza. Era parte de su sistema, debería haberme dado cuenta antes. Probablemente pensó que era generoso, veinte hombres en vez de cuarenta o cincuenta. Dos de ellos eran primos míos, una era una mujer, a quien hoy en día consideraría una niña. Glykeria. Sus padres querían que me casara con ella. Murió de un disparo, junto con su padre. Otro de ellos era mi mensajero, Stefano.

Matthew pensó en las fotografías que había visto: unas figuras caídas y retorcidas en un campo de olivos. Prácticamente toda la población masculina del pueblo, fusilada. Un oficial alemán caminaba entre los cadáveres con una pistola, rematando el trabajo hecho. Ocurrió en Creta, recordó Matthew, pero podría haber sucedido en cualquier parte de Grecia. La muerte de Mikalis, el sacerdote, quedó absorbida en todas esas muertes, como una gota de agua en el mar.

—Por eso has perseguido a Müller durante todo este tiempo. No tenía nada que ver con el icono.

—Tenía que ver todo con el icono, aunque yo no lo buscaba, si es a eso a lo que te refieres. Lo del cuadro fue mala suerte. Cuando oí los disparos aquella mañana, habría destruido la pieza si la hubiera tenido delante. Ojalá se hubiera destruido en el incendio.

Matthew tomó un sorbo largo de cerveza y se imaginó el icono, la pintura desconchada, la mirada cautivadora, envuelta en llamas.

Ennegrecida y reducida a polvo. Si se hubiera quemado cincuenta años atrás, ahora no estaría pasando por todo eso. Su padrino y su abuelo no se llevarían tan mal. Él se habría ahorrado toda esa inquietante obsesión. Pero ¿quién podía determinar las vidas que había salvado la obra? Entre el desprecio de Andreas (una especie de antigua superstición) y la perversa reverencia de Fotis, Matthew sólo había visto los efectos negativos que causaba el icono, pero eso tenía más que ver con los hombres relacionados con la obra. ¿También su deseo sería tan impuro? Él quería el icono, sí, pero sólo para estudiarlo, para sentarse en actitud contemplativa dentro de su radio de acción. Otras personas debían de sentir lo mismo. La Iglesia había utilizado el icono como un símbolo de la fuerza del bien desde hacía siglos, sin que ninguna leyenda de muertes o discordias girara en torno a ella. Sólo era cuestión de devolver la pieza a las manos adecuadas.

–Es una historia terrible, lo siento.

–Sólo es una de tantas de esa época.

–¿Hubo muchas ejecuciones, verdad? Obligaban a pagar a la gente siempre que se resistían.

–Sí.

–Pero tú no dejaste de pelear por ello. El icono fue algo anecdótico.

–Matthew odiaba el tono que estaba adquiriendo su voz-. De todas formas, necesitabas la munición, ¿verdad?

–Por supuesto, las armas resultaron muy útiles para matar a nuestros compatriotas.

–Müller habría matado a muchas más personas si no hubieras cerrado el trato.

–Durante toda mi vida -dijo Andreas en voz baja-, no he sabido distinguir a los hombres. No siempre, pero a menudo he tenido que asumir las consecuencias de ello. Algún idiota me soltará una mentira y veré la verdad con absoluta claridad, como si la estuviera viendo. Igual que una película. He destapado muchos secretos de esta forma y he evitado graves errores. Pero en todo este asunto del icono me he comportado como un ciego. Sólo veo parte de la verdad y mis decisiones siempre son erróneas. En cada paso del camino he actuado mal.

–Papou, eres muy crítico contigo mismo.

—Creo que no. Las señales estaban allí, un hombre más sabio las hubiera interpretado bien. Conocía a Fotis lo suficiente para mantenerlo al margen de la operación, pero cometí un terrible error al confiar en Kosta. Y a mi hermano le costó la vida. Hice un trato con Müller que cualquiera habría visto que no podría cumplir. Murieron veinte hombres más.

—No pudiste salvarlos.

—Estuve persiguiendo un fantasma por todo Nueva York, mientras Fotis causaba problemas delante de mis narices y te implicaba a ti.

—Era imposible que lo supieras. Y tú no eres responsable de mis actos. Yo he sido el mayor idiota de todos.

—Te faltaba información. Y sientes debilidad por el icono. También aquí Fotis vio algo que yo no vi. Siempre me ha llevado ventaja. Y todavía me la lleva.

—Eso si no está muerto.

—Yo no apostaría por ello.

—¿No crees que viajara en el coche con Taki?

—Sólo tengo informaciones de segunda mano, pero la descripción, la edad del tipo y todo lo que me han dicho no encaja.

—Debería haber ido a identificarlo. Sotir me metió en el avión porque no quería mezclarme en ninguna investigación.

—Hizo bien, es posible que te hubieran retenido allí durante días o semanas.

—Pero ahora sabríamos qué pasó.

—Quizá no, el cuerpo quedó malherido. Me alegro de que te hayas ahorrado esa visión. Lo sabrán con seguridad en cuestión de uno o dos días. Comprobarán los dientes y las huellas dactilares. Pero no creo que sea él.

Andreas cerró los ojos y se quedó absorto en sus pensamientos. Matthew bebió otro largo sorbo. «Vio algo que yo no vi.» ¿Qué había visto Fotis? ¿Qué se imaginaba Andreas que había visto? ¿Que Matthew sería convencido, o inspirado por la fe? ¿Era eso cierto? ¿Esas extrañas manifestaciones de asombro y admiración podían considerarse fe? ¿Debería sentirse avergonzado por ello? Lo avergonzaba pensar en su padre delante del icono. ¿Qué esperaba, que la Virgen saliera de la madera, lo tocara en la frente y le dijera que

estaba curado? Quizá sólo esperaba que el hombre sintiera parte del misterio y de la alegría que su hijo sentía ante la imagen. Que los dos se unieran en una especie de silenciosa comunión en ese mismo lugar.

Ridículo.

–Ojalá supiera qué hacer ahora -admitió Matthew.

El anciano lo miró a los ojos por primera vez en varios minutos.

–No te he disuadido de esta caza en ningún momento. Te he ayudado en todo lo posible, ¿no es así?

–Claro. Sotir me preocupaba un poco, pero me salvó el pellejo, así que se lo agradezco.

–Pues ahora te digo que dejes correr este tema. Ya han muerto dos hombres. Otro está en el hospital. Se ha convertido en un pasatiempo muy peligroso, por una recompensa insignificante. ¿Qué harías tú con el icono?

–Darlo a la Iglesia griega, tal como Ana Kessler quería.

–No merece la pena. No es razón suficiente para morir o poner en peligro a otras personas. Ella recibió el dinero y está más segura sin ese icono. Si no se echa atrás, su historia te protegerá de cualquier acción legal. No hay razón para continuar. Por no mencionar el hecho de que carecemos de pistas.

–¿Qué hay de los rusos?

Andreas suspiró.

–Son gente peligrosa. No nos proporcionarán información fácilmente. Seguramente, se deshicieron del icono hace unos días, si es que alguna vez lo han tenido.

–¿Qué quieres decir? ¿Dónde está, si no lo tienen?

–Me refiero a que hemos subestimado a Fotis. – Andreas miró fijamente a Matthew-. Sé que no te he causado ninguna impresión. ¿Significa eso que no quieres abandonar la búsqueda?

Matthew se sentía atrapado, luego repentinamente enfadado, incluso furioso, aunque esa reacción le pareció absurda. No quería otra cosa que dejar pasar todo el asunto del icono: Le había asustado y enfermado. ¿Por qué lo había provocado para que Andreas le hiciera esa pregunta? «Lo dejaré estar, sólo debo decírselo.»

–Merecía la pena correr el riesgo cuando pensaste que encontrarías a tu nazi -fue su respuesta-. Pero ahora que no hay ningún Müller, no

merece el esfuerzo. ¿Así se hacen las cosas?

–El riesgo nunca valió la pena, especialmente para ti.

–Quieres saber lo que voy a hacer. Pero ¿y tú? ¿Lo vas a dejar estar?

–Quiero saber qué le ha pasado a Fotis. Si puedo dar con él, debo convencerlo para que me hable del pasado. Ahora me doy cuenta de que ésa debería haber sido mi prioridad desde el principio. – Andreas carraspeó-. Cuando te digo que lo dejes correr, no me refiero únicamente a la búsqueda física del icono. Me gustaría que te lo quitaras de la cabeza y del corazón.

Una azafata de vuelo pasó junto a ellos. Era alta, rubia y esbozaba una sonrisa profesional, aunque su agotamiento quedaba reflejado en su boca y en sus ojos. A Matthew le recordó a Ana.

–La policía nos pasará la mano por delante respecto a los rusos - hizo hincapié Andreas-. Ahí es donde han enfocado sus esfuerzos. Puedo investigar el tema y contarte lo que saque en claro. ¿Eso te ayudaría? ¿O te ayudaría más si lo dejara estar? Tienes que pensar en tu padre, en la mujer... Ésas son cosas más importantes en las que pensar.

Un atisbo de desesperación se apoderó del habla del anciano. Matthew cerró las manos en sendos puños, consciente de que su abuelo lo estaba observando. ¿Por qué, simplemente, no lo decía?

–El icono es veneno -susurró Andreas, ronco de la emoción. Hablaba en un tono de voz tan distinto de él que calmó la cólera de Matthew-. Envenena la sangre. Ha pasado muchas veces antes. Tú no eres el primero. Debes curarte de esa enfermedad.

–Tengo que ir al baño.

Matthew se levantó rápidamente y abandonó la mesa. Instintivamente, se dirigió hacia la parte trasera del bar, sin tener ni idea de dónde se encontraban los servicios. Tal vez iba en dirección opuesta. «Déjalo, desiste.» Palabras mágicas. ¿Por qué era incapaz de pronunciarlas?

CAPÍTULO 19

No era una buena idea, se dijo Ana. Lo pensó desde el momento en que el hombre con quien hablaba por teléfono sugirió un lugar, pero sólo ahora, mientras permanecía de pie en la nave oscura y cavernosa de la catedral, se percataba de lo estúpida que había sido. Esos marchantes clandestinos eran una panda de excéntricos, siempre preocupados por encontrar lugares seguros donde reunirse. Su abuelo había tratado con varios de ellos, quizá incluso con el que ella había quedado. Por este motivo había acudido a la cita, aunque no harían ningún intercambio de mercancías. No era necesario tanto secreto, ni reunirse en ese escenario aislado y gótico. ¿No hubiera bastado reunirse en una cafetería?

La catedral de San Juan el Divino era un desorden encantador. Nadie esperaba encontrarse con la mayor iglesia cristiana del mundo, a excepción de la basílica de San Pedro, en el Vaticano, sobre Morningside Heights, entre Harlem y el río Hudson. Al más puro estilo medieval, la obra se había construido a lo largo de todo un siglo, y todavía no se había terminado, probablemente nunca lo estaría. Ana no podía imaginarse aquellas torres cuadradas superando en altura a Notre Dame, aunque lo que se había edificado hasta el momento era extraordinario. Siempre daba la vuelta a la manzana para entrar desde la cara oeste. Subía la colina desde Riverside Park, a la altura de la calle Ciento doce, entonces la enorme y amenazadora fachada ocupaba todo el campo de visión, mientras la luz del sol incidía en el rosetón de quince metros y en cada curva y adorno, de modo que las hileras de enormes figuras de santos parecían miniaturas en comparación con el conjunto de la obra. Podría tratarse, como alegaban muchas personas sensatas, de una pérdida de dinero, pero Ana entendía el impulso de crear a tan gran escala, de impresionar al ojo, de tocar el alma con majestuosidad. Era un sustituto de la espiritualidad en estado puro que poca gente podía sentir con cierta regularidad. Esas obras se construían para personas como ella.

La ancha y vacía nave era lo suficientemente amplia como para albergar a un ejército, puesto que los pasillos quedaban iluminados por varios metros de vidrieras de colores. Tal como habían acordado, Ana

se dirigió hacia la parte delantera del Holocaust Memorial, un monumento plano y esquelético que se elevaba sobre el terreno. Era una figura poderosa, pero al mismo tiempo, fantasmagórica, y al cabo de unos minutos, Ana sintió un poco de vergüenza por permanecer tanto tiempo allí, como si Del Carros quisiera sugerir la parte más oscura del pasado de su abuelo. Era un lugar frío, y Ana se sentía sola; más de lo que lo había estado nunca, y eso era mucho. La iglesia vacía hacía de eco y servía para intensificar el vacío que habitaba en su interior. En realidad, había otras personas en el templo, pero la enormidad de la catedral parecía engullirlas. Sólo vio unas diminutas figuras a lo lejos.

Una de esas figuras caminaba hacia ella, en dirección al altar. Era alto, o aparentaba serlo debido a su delgadez, tenía el pelo corto y rubio, y llevaba unas gafas que dejaban entrever sus ojos azules y transparentes. Facciones suaves y una sonrisa cautivadora que no abandonó su rostro desde el momento en que vio a Ana y se plantó ante ella.

–Señorita Kessler. – Correcto.

–Jan Klee. – El hombre extendió su mano. Fue un apretón suave, europeo-. Trabajo con el señor Del Carros. La está esperando. ¿Podría venir conmigo, por favor?

Ana lo siguió, tratando de adivinar su procedencia por el acento. «Debe de ser holandés, con ese nombre.» Caminaba de un modo informal, aunque avanzaba más de prisa de lo que parecía. Ana tuvo que apretar el paso.

–Espero que no haya tenido que esperar mucho. Creo que he llegado a tiempo...

–Ha sido usted puntual, no se preocupe. El señor Del Carros siempre llega antes de tiempo, y es muy paciente.

–Qué bien. Yo siempre llego tarde, y soy impaciente. Jan rió afablemente.

–Yo también soy así. La paciencia llega con la edad, o al menos eso es lo que dicen. Aunque también es posible que ocurra al revés.

–¿Qué hace para el señor Del Carros?

–Muchas cosas. Básicamente lo ayudo a moverse. Es bastante mayor, como ya debe de saber.

–Por supuesto.

Pasaron por una bóveda de crucería muy ancha, donde se erigía la inmensa cúpula del templo. Era de color óxido y de escasa ornamentación. Los dos se detuvieron para contemplar la construcción.

–Cuarenta y ocho metros desde el suelo hasta la cúpula... -dijo Jan.

–¡Vaya! – exclamó Ana con un tono de voz algo ingenuo-. No lo hubiera dicho. Debe de saber mucho acerca de este lugar.

–No, sólo he leído el folleto. – El hombre reemprendió la marcha. A Ana estaba empezando a gustarle aquel tipo. Parecía que Del Carros tenía un asistente muy estudioso, y manejaba la situación con total normalidad.

El nombre la había atormentado desde el mismo momento en que Emil Rosenthal lo hubo pronunciado, y lo cierto es que había estado pensando mucho en ello. Su abuelo no escribía un diario, al menos que ella supiera, pero tenía enormes calendarios, unos volúmenes encuadernados en piel donde anotaba mucha información. Había encontrado la larga tira de libros negros poco después de la muerte de Kessler en una estantería de su despacho. Había cincuenta, todos ellos numerados y fechados. Ana tenía intención de echarles un vistazo, pero no había tenido tiempo de hacerlo hasta el día anterior. Sin pensarlo, consultó el año 1984, y al instante encontró lo que estaba buscando. El día 16 de junio estaba rodeado con un círculo, y en él constaban las horas de salida y de llegada de un vuelo de Pan Am con destino a Caracas; un avión que el abuelo de Ana nunca tomó debido a su enfermedad. Al final viajó su padre, con su avión privado, y al parecer se reunió con un tipo llamado Roberto del Karos, según indicaba el cuaderno. Al cabo de dos días, el avión de su padre chocó contra unas montañas. Los nombres se parecían, pero ¿se referían al mismo hombre? ¿Sería un apellido bastante común?

Subieron unos cuantos escalones hasta el pasillo sur, parte del conducto semicircular que rodeaba el coro y el altar, y se abrió en siete capillas. Jan se detuvo delante de una entrada que había en la pared de piedra, a mano derecha. A diferencia de las que estaban más adelante, que quedaban protegidas con unas contrapuertas de hierro, la capilla de San Jaime quedaba oculta. Ana miró a Jan, y aunque encontró algo desafiante en su sonrisa, vio una desesperante falta de brillo en sus ojos

que sólo era visible a poca distancia, ya que en esos momentos se hallaban muy cerca el uno del otro. Ana respiraba de prisa y su pulso retumbaba en el cuello. Era una situación ridícula, sabía que no debía tener miedo, puesto que el coleccionista sólo estaba siendo precavido.

–Aquí dentro -indicó amablemente Jan.

Ana atravesó la arcada. La capilla era engañosamente espaciosa, lo suficientemente grande como para ser una pequeña iglesia, parca en adornos, salvo por las ventanas, muy decoradas, y el altar de piedra tallada en el que cuatro santos flanqueaban una cruz. Un anciano de hombros encogidos estaba sentado en un banco de un pasillo; iba vestido con una gabardina negra y sobre su regazo había un sombrero gris. Tenía el rostro redondo, una mata de cabello canoso y los ojos azules y acuosos. En ningún momento apartó la mirada del altar, ni siquiera cuando Ana se sentó a su lado, dejando un asiento de separación entre ambos. Jan había desaparecido.

–Gracias por haber venido, querida.

El hombre se volvió hacia Ana; una tímida mirada antes de bajar la vista.

–Gracias. Eso fue idea mía.

–Pero no estamos donde habíamos quedado.

–No pasa nada. Me encanta este lugar.

–¿Ah, sí? – El hombre sonrió maliciosamente-. A mucha gente le gusta. ¿Le sorprende?

–En absoluto. Conozco un poco los problemas que sufren los coleccionistas.

–Claro, usted también lo es. ¿Hace las veces de marchante? ¿Se lo habría dicho ella? Quizá hubiera sido Rosenthal, porque tampoco era un secreto.

–Soy una aficionada en los dos campos.

–Pero su abuelo era un gran coleccionista.

–Ya conocía a mi abuelo.

–No del todo. Hicimos negocios hace mucho tiempo.

–¿Sería una grosería preguntarle de qué negocios se trataba?

–No es ninguna grosería. – El anciano volvió a bajar la vista, acomodando su sombrero sobre su regazo con sus manos largas y marchitas-. Pero los negocios son muy aburridos, especialmente los

antiguos, y además ya no recuerdo los detalles. Si no me equivoco, estamos aquí para hablar de negocios más recientes, ¿no es cierto?

¿Qué acento tenía? Ciertamente había un deje español, pero mezclado con algún otro. No parecía español. Ana se estaba distrayendo.

—¿Sabe?, estaba pensando en un negocio en concreto -repuso Ana-. Un intercambio de información. No quiero parecer una mercenaria, pero me gustaría que esto quedara entre amigos.

—No es necesario que se disculpe. Entendí las condiciones. Iba a explicar mi disposición a pagar mucho dinero por su hermoso icono. Iba a decirme dónde se encontraba aproximada mente. Supuse que el intercambio de recuerdos sobre su abuelo era algo complementario, típico de una conversación entre amigos. ¿Entendí bien?

Era un hombre muy seguro de sí mismo, y tenía que quitarse esa idea de la cabeza. Del Carros había planeado el encuentro mucho mejor que ella.

—Hagámoslo sencillo -continuó el anciano, mientras se inclinaba en dirección a Ana-. Cada uno hablará por turnos, hasta que ya no tengamos nada que decir. Yo empezaré. — El hombre volvió a mirar hacia el altar-. No hay una buena razón por la cual haya ofrecido tanto dinero por el icono. Es una cuestión de carácter personal. Mi padre también era coleccionista, aparte de historiador del arte. Se había especializado en arte bizantino. Había oído hablar de la Virgen de Katarini y leyó la poca bibliografía existente sobre ella. Después, entre las dos guerras, viajó a Grecia para verla. No fue fácil dar con ella. La obra había cambiado de ubicación con el paso de los años y varios pueblos alegaban tener el verdadero icono. Quizá se lo creyeran. Los griegos no son cuidadosos con la historia. Mi padre sobornó a un sacerdote y pudo ver el auténtico icono, la verdadera Virgen de Katarini. Le gustó tanto que se ofreció a comprarla. Creo que fue una oferta generosa, pero el sacerdote se negó. Los griegos no la venderían por nada del mundo.

—¿Cómo se llamaba su padre?

—William. Sería William en inglés. Años después, yo fui a ver el icono. También trataba de ser coleccionista, aunque tenía que hacer otras cosas para ganarme la vida. Mi familia no era rica, a pesar de los

gastos artísticos en los que incurría mi padre. Me enamoré de esa obra. Era... bueno, no es necesario que se la describa, ha tenido muchos años para admirarla. La envidio por ello.

–Al parecer, el icono no me afecta tanto como a otras personas. Tal vez no he pasado mucho tiempo observándolo de cerca.

–Es posible, pero el efecto suele ser inmediato, al menos en mi experiencia. ¿Puedo preguntarle si cree que Jesucristo es su salvador?

–Dios mío, menuda pregunta. Para ser sincera, no estoy segura de creerlo. ¿Es eso necesario para apreciar adecuadamente la obra?

–No estamos hablando de apreciación, sino de algo mucho más profundo. La capacidad del icono de conmover, ¿comprende? De sanar, de aliviar, incluso de enseñar. ¿La creencia es necesaria?

Probablemente, no. No como requisito indispensable, pero entonces es poco probable que alguien sienta esas caricias del espíritu y no se conmueva.

Por la forma de explicarse, Del Carros parecía un maestro de escuela. Sus palabras no escondían un fervor religioso, aunque al final delataban cierta admiración silenciada. Ana se sentía ajena a todo, aislada, sentía que le habían denegado algo a lo que todos esos hombres podían acceder.

–¿Cree realmente en todo esto?

–Yo creo en mi propia experiencia. No soy un hombre dado a las fantasías, se lo aseguro. Mi vida no ha sido fácil. He presenciado mucha crueldad, y tampoco estoy exento de muchos pecados. No estoy exento de muchos pecados -repitió, como si hubiera oído esa frase por primera vez. Sus manos apretaban violentamente su arrugado sombrero. Había perdido un poco la compostura-. En cierto modo, esta creencia es una carga para mí, pero no puedo huir de ella. Durante el breve período de tiempo en el que contemplé el icono, sentí una serenidad y un amor que siempre han perdurado en mí. Deseo volver a sentir esa sensación. Por eso hice esa oferta.

Había revelado más de lo que pretendía, eso era evidente, y sus palabras revestían una triste verdad. Ella creía en las razones de aquel hombre, aunque se había dejado mucho en el tintero.

–¿Sabe cómo llegó el icono a manos de mi abuelo? El hombre esbozó una triste sonrisa.

–Está ansiosa por conocer el pasado... Yo, en cambio, me intereso por el futuro. Le toca hablar a usted.

Él le diría lo que ella quería si dejaba que siguiera hablando. ¿Cuánta verdad le debía Ana después de aquella confesión? ¿Cuánto sabía aquel hombre de antemano?

–Mi abuelo tenía sus propias teorías sobre el icono -dijo Ana, sin motivo alguno-. Pensaba que era más antiguo de lo que todo el mundo decía, y que fue creado en Constantinopla en el siglo cuatro o cinco. Incluso que santa Helena lo encargó.

–¿De verdad?

Ana había esperado burlas ante un comentario como ése, pero sus palabras parecieron inquietar al anciano. Sus ojos acuosos la miraban fijamente. Habían perdido su timidez, y Del Carros parecía más tranquilo.

–Supongo que es ridículo -añadió Ana rápidamente-. Me refiero a que todas las obras tan antiguas fueron destruidas, ¿no es cierto? Por los incendios, los iconoclastas, los turcos o quienquiera que fuese.

–Sin duda alguna. Pero me pregunto cómo llegó a esa teoría. ¿Lo sabe?

–En realidad, no. Supongo que debió de leerlo en alguna parte. Quizá encontró una pista en la obra en sí.

–Ya veo. – El lenguaje corporal del hombre denotaba una increíble agitación, aunque su voz seguía siendo sosegada-. ¿Los expertos han examinado la obra?

–Que yo sepa, no. Mi abuelo no quería. Unos cuantos amigos suyos vieron el icono, y es posible que alguno de ellos fuera historiador del arte.

–Pero nunca se llevó a cabo un análisis exhaustivo, ni pruebas de pintura, ni de los marcos, etcétera.

–No, de eso estoy segura.

–Me alegra saberlo. Como bien sabe, esas personas no guardan ningún respeto por el arte sagrado. A veces, incluso causan daño a las obras mientras las examinan. Me imagino que su experto, el señor Spear, fue cuidadoso con la obra.

Una vez más, la implicación de Matthew no era ningún secreto, pero el hecho de que Del Carros pronunciara su nombre causó en Ana

cierta incomodidad. Al parecer, no había nada en aquel encuentro que no le pareciera inquietante.

–Fue muy cuidadoso. Sólo miró la obra.

–¿Y qué valoración ha hecho?

«Eso no es asunto suyo», quiso decir Ana, pero se contuvo. Tenía que sacarle más información. Le fastidiaba no poder averiguar qué buscaba ese hombre. Ella ya no tenía el icono, de modo que toda la información sobre esa pieza carecía de importancia para ella. A menos que él pensara que cierta información era valiosa, o amenazadora, al margen de la cuestión de su propiedad.

–El señor Spear trabaja para el Metropolitan, no para mí. Confirmó que la obra es antigua, posiblemente de la época del grupo de Santa Catalina. Eso fue todo.

–Pero él tiene un interés personal en la recuperación de esa obra, ¿verdad?

–Tendría que hablar con él.

–Muy bien. Vayamos al grano. ¿Dónde está el icono, señorita Kessler?

–Yo nunca he dicho que supiera exactamente su paradero.

–Ésa es su respuesta educada, supongo. Lo que ha venido a decirme.

Ana miró hacia el altar, procesando los hechos dispersos que se almacenaban en su mente para pensar en una respuesta que pudiera satisfacerlo de algún modo.

–Hay un hombre llamado Dragoumis. Es un empresario que hizo de intermediario para la Iglesia, o al menos eso dijo. – Sé quién es.

–La policía cree que podría haber robado el icono para quedárselo. La mafia rusa también estaría implicada. Utilizó a la Iglesia para obtener un buen precio, y luego lo robó para no tener que entregar la pieza.

El hombre asintió lentamente, pero con cierto desagrado. – Eso lo sabe cualquiera que lea los periódicos con atención. Aunque le agradezco que me confirme la información. ¿Algo más?

–Es posible que el icono esté en Grecia.

–¿Por qué lo supone?

–¿Para qué, si no, iba a viajar Dragoumis allí?

–Puedo pensar en varios motivos. Entiendo, así pues, que no tiene información fiable sobre si el icono está en Grecia o no.

Ana estaba muy orgullosa de su mente rápida. En ese momento, podía desenterrar numerosos datos que respaldaran su afirmación, pero también estaba segura de que Del Carros los conocería.

Permaneció en silencio. El hombre asintió una vez más y se recostó en su silla dura de madera, al parecer menos decepcionado con ella que con el mundo en general. Los dos miraron hacia adelante. Un visitante fornido y barbudo entró en la capilla desde la puerta del fondo y empezó a observar atentamente el altar.

–Dígame, señorita Kessler -preguntó finalmente Del Carros-, ¿a qué se debe su interés por la obra? Ya recibió una cuantiosa suma de dinero por ella.

–No estoy interesada en el icono.

–Me resulta difícil de creer. ¿Será que le ha costado separarse de él más de lo que había previsto?

–No se lo puede creer porque está usted obsesionado y piensa que los demás también lo estamos. Es una reacción egocéntrica y lamento tener que decírselo. – Las palabras de Ana tenían más intención de lo que había previsto. Había que andarse con cuidado-. Es cierto que no me importa el icono. Sólo estoy aquí porque espero averiguar más cosas sobre mi abuelo. Supongo que debería habérselo dicho desde el principio.

–Pues entonces, los dos estamos decepcionados -replicó con empatía Del Carros-. Lamentablemente, ahora carezco de todo incentivo para hablarle de este tema. Aunque tampoco puedo decirle mucho al respecto. Debo disculparme una vez más por molestarla.

La estaba despidiendo. Así, sin prolegómenos. Siempre le pasaba lo mismo cuando presionaba mucho, cuando hacía preguntas espinosas. Hombres... Su padre, su abuelo, Wallace, su miserable ex, Paul... Incluso Matthew. Si los presionabas, se colapsaban, se cerraban en banda, te echaban para preservar sus valiosos misterios.

–Creo que está siendo un poco injusto -le recriminó Ana, tratando de controlar su indignación.

–¿Ah, sí? – El hombre parecía divertirse.

–He intentado ser franca con usted. Y no me ha dicho nada útil. No tengo la información que me pide, pero creo que, si compartimos nuestras ideas, podríamos ayudarnos mutuamente.

–De modo que soy egocéntrico e injusto. – Del Carros no hizo caso de la salida de tono de Ana-. ¿Alguna otra cosa más?

–De acuerdo. No está siendo honesto conmigo.

–Y también un mentiroso.

–No me atribuya palabras que yo no he dicho.

–¿Por qué cree que he sido deshonesto con usted?

–Me da pistas sobre mi abuelo, luego me dice que no sabe nada, pero después omite información de lo que cuenta.

–¿Y eso es ser deshonesto? En mi negocio, a eso lo llamamos ser prudente. Y usted también lo ha sido, aunque ahora está siendo bastante descuidada.

–¿Cuándo viajó a Grecia para ver el icono?

–¿Qué importancia tiene eso?

–¿Quizá fue durante la guerra? ¿Llegó sin que nadie lo invitara? ¿O tal vez quería algo más, aparte de contemplar el icono?

Del Carros ya no parecía divertirse, y Ana sabía que había ido demasiado lejos, lo supo mientras pronunciaba esa última frase. Era muy mala con los juegos. Era rápida captando las intenciones de los demás, pero al mismo tiempo era impaciente.

–Alguien ha estado contándole historias -dijo lentamente el hombre, mientras contemplaba a Ana.

–No. Es lo que pienso. – Había oído decir que pensar demasiado era malo, pero que hablar mucho de lo que piensas es peor-. ¿Por qué no es sincero conmigo?

–Dígame qué le han contado y yo llenaré los huecos.

–No me han contado nada. Ése es el problema, ¿entiende? Seguiré recibiendo información incorrecta hasta que alguien me diga la verdad. Mientras tanto, Dios sabe con qué me encontraré.

Ana había tocado la fibra de Del Carros. Él se sentía amenazado por ella, lo cual era arriesgado, porque Ana no tenía que abusar de esa situación. Al final, la joven se quedó sin cartas.

–¿Cree que fui un especulador en tiempos de guerra, verdad? Porque hice negocios con su abuelo. – Del Carros bajó el tono de voz

mientras el hombre barbudo se acercaba a ellos, pero su susurro era seco y desagradable al oído-. Hacer negocios con un ladrón no te convierte en un canalla. Éramos hombres muy distintos, se lo aseguro.

–¿Está llamando ladrón a mi abuelo?

–Ya le he dicho que mis pecados eran horribles, pero al menos sé lo que son. Yo fui franco en mis acciones, y creía ciertas cosas, que luego resultaron ser correctas o incorrectas. Su abuelo no creía en nada, no tenía escrúpulos, y jugaba a todas bandas. Y todo ello, desde su cómoda postura de neutralidad.

–Pare. – Una cosa era tener tus propias sospechas, y otra muy distinta que atacaran lo que es tuyo-. No he venido aquí para escuchar insultos hacia mi familia.

–¿Ah, no? – El hombre parecía querer hurgar en ese tema. Su rostro redondo y arrugado se ruborizó-. ¿No había venido para sacar información sobre su abuelo? Me ha pedido que le hablara de ello. ¿Qué pensaba escuchar? ¿Le sorprende la opinión que tengo de él?

Jan apareció por la puerta del fondo y tapó al hombre barbudo que quedaba a unos diez metros por detrás.

–Sé que estuvo implicado en algunos asuntos turbios -respondió Ana-, y que tenía remordimientos al respecto. Pero creía de corazón que estaba salvando obras de arte que, de lo contrario, habrían desaparecido.

–Joven, no tiene ni idea. Los museos no aceptarían obras tuyas, y tampoco las aceptarían de usted, porque saben que están manchadas. Su legado es dinero sucio. Duerme entre tesoros robados. Lamento si soy el primero en decírselo, pero dudo que sea así.

Ana estaba profundamente conmovida y no podía pensar con claridad. Había roto el cascarón de su abuelo, pero no había encontrado lo que quería en su interior. El hombre barbudo se encaminó hacia la puerta más cercana y Jan regresó a la del fondo. Cuando Ana volvió a fijarse en Del Carros, su rostro recobró su placidez una vez más.

–Como sabe -comentó en un tono de voz muy distinto del anterior, que denotaba calidez y sorpresa-, ahora empiezo a creer que soy yo el tonto, y que usted es la chica lista.

–No sé a qué se refiere.

–Yo creo que sí. Es una mujer demasiado inteligente como para no saber quién era su abuelo. Me ha provocado deliberadamente, y yo he reaccionado. Y ahora, tal vez, crea que se ha enterado de algo. Pero la pregunta sigue siendo... ¿Por qué?

–No me he enterado de nada, salvo de que odia a mi abuelo.

–¿Esta información es para usted o para otra persona? Vamos, hable; no tema. Estamos intercambiando información, eso es todo, y es evidente que los dos hemos querido nadar y guardar la ropa.

Dos mujeres de mediana edad entraron en la capilla desde el acceso del fondo. Charlaban alegremente, pero su presencia no alivió demasiado el creciente pánico que sentía Ana. «No temas.» No podría haber pensado en palabras que la asustaran más.

–Creo que debo marcharme.

El hombre se acercó a ella y la asió por el brazo.

–Creo que deberíamos ir a otra parte. Necesitamos hablar en privado. Tengo intención de recompensar su inteligencia con respuestas, pero a cambio yo también le pediré algunas.

–En realidad, en breve tengo otra cita.

Del Carros la cogió suavemente del hombro. – Señorita Kessler, permítame que insista.

Ana se sobresaltó. El hombre ejerció poca fuerza en el brazo porque ella se soltó y se levantó rápidamente. Las sillas viejas hicieron ruido, y Ana salió corriendo y atravesó la cercana arcada de piedra.

Instintivamente, torció a la izquierda, hacia la parte delantera de la catedral. No había ningún peligro de que Del Carros la atrapara, pero recordó la energía y la actitud vigilante de Jan. Seguramente, allí no podía pasarle nada, con todas esas personas que visitaban el templo, aunque tampoco podía saberlo con absoluta certeza mientras caminaba lo más rápidamente posible sin correr. Descendió la escalera hasta salir a las bóvedas de crucería, pasó la zona acordonada que quedaba delante del coro y se dirigió hacia el pasillo central de la nave. A medio camino, de repente, el hombre barbudo apareció ante ella.

–Señorita Kessler -dijo-. Espere.

Ana se volvió e inmediatamente vio la entrada lateral, aunque también vio a Jan descendiendo la escalera que daba a la capilla. Le estaba pisando los talones. La joven empezó a correr. La adrenalina en

estado puro la guió hacia la salida que daba a la calle, a plena luz del día.

Una escalera metálica descendía hasta el extremo delantero de un vacío y sucio callejón sin salida entre la catedral y la sacristía. Ana giró a la derecha y se dirigió hacia la estrecha zona de aparcamiento que desembocaba en la avenida. No había nadie en la caseta de seguridad, maldita sea, sólo un joven fornido vestido con traje que estaba de pie en medio de la calle, fumando un cigarrillo y mirándola fijamente.

¿Cuántos hombres serían? Era una situación ridícula. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué razón había acudido a aquella cita, y además sola?

Una vez más, Ana giró sobre sus talones y corrió en dirección contraria. Cinco turistas asiáticos miraban extasiados uno de los asombrosos pavos reales que vagaban por los alrededores del edificio. Había un bullicio de cámaras, y una niña pequeña gritaba de alegría. Ana vio que no estaría segura entre aquellas personas y apretó el paso. A mano derecha, una escalera y un camino ancho desembocaban en una calle inferior que a su vez acababa en la avenida, pero había una rotonda y podrían verla. Se arriesgó a mirar hacia atrás, e inmediatamente se sintió como una tonta. El joven fornido estaba abrazando a una mujer, y después se alejaron cogidos del brazo. El pánico la había inducido a equivocarse de camino. Al cabo de un rato, Jan surgió de la esquina de una sacristía, sonriendo y haciendo un ademán, como si fuera un amigo que la instara a esperar. Ana se detuvo, confundida. Había estado muy susceptible desde que había llegado a la cita. ¿Se habría equivocado desde el principio? ¿Se disculparía Jan por la impertinencia del anciano? ¿Habría interpretado erróneamente toda la situación? Como estaba demasiado nerviosa para razonar, permaneció donde estaba mientras Jan se acercaba a ella.

El hombre barbudo apareció detrás de Jan, y éste no sonreía ni saludaba con la mano, sino que se acercaba a ambos con una violenta energía. Ana despertó de su ensoñación y se puso de nuevo en marcha hasta el final de la calle: había unos jardines cerrados a ambos lados. La escuela de piedra de la catedral se abría ante ella, y entre la escuela y los jardines había un estrecho camino que parecía discurrir hasta

Morningside Drive en ambas direcciones. Se dirigió hacia el camino, atravesando el pasillo que se abría entre los muros del edificio.

Al volver la esquina del edificio, Ana se dio cuenta de que había cometido un error. La zona ajardinada entre la escuela y la parte trasera de la catedral quedaba separada de la calle por una valla metálica; nunca podría atravesarla. No tendría tiempo de dar la vuelta. Como si fuera una niña, buscó un lugar donde esconderse entre la espesa vegetación. No, eso no le serviría. Dejarse atrapar en un rincón vacío del jardín debía de ser lo que aquellos hombres querían. Enfrentarse a ellos a campo abierto era lo mejor. Regresó corriendo por el sendero.

Jan estaba apoyado contra el muro de piedra del jardín norte, fumando. Se separó del muro cuando ella se acercó, pero no hizo ningún ademán de acercarse a la joven.

—Señorita Kessler, nos va a dejar a todos agotados. Creo que ha habido un malentendido.

Había espacio para pasar por delante de Jan, pero Ana se dio cuenta de que el holandés sería rápido. Un sombrero viejo de mujer revoloteaba por el jardín. La familia asiática se había marchado.

—¿A qué malentendido se refiere? Su jefe me amenazó. — Ana no pudo evitar que la voz le temblara ligeramente.

—¿Amenazar? — Jan parecía divertido ante la idea-. ¿Con qué, con morir de aburrimiento? Sólo quiere hablar.

—Sí, aunque sea a la fuerza. Tiene una idea equivocada y desea que yo se la confirme. Y no aceptará un no por respuesta.

—Reconozco que se ha vuelto un tipo muy difícil. Tozudo, y sus modales son horribles. Él y yo ya hemos hablado de ello. Lamento que la asustara. No quiero parecer frívolo, pero en realidad es un anciano inofensivo. Por favor, vuelva y hable con él. Estoy seguro de que se siente fatal.

Jan empezó a acercarse despacio a ella, y Ana comenzó a trazar un lento semicírculo alrededor del joven.

—No iré a ninguna parte con él.

—Claro que no. Pero no queremos acabar a malas con usted. Los dos caminaban en paralelo, volviendo sobre sus pasos. Ana se relajó un poco.

–Bajaré la calle. Si quiere salir hasta la acera y despedirse, bien.

–La acera bastará. Lo acercaré con el coche y podrán hablar por la ventanilla.

Las palabras de Jan se vieron interrumpidas por una enorme figura que salía del jardín y se encontraba con el holandés. Se intercambiaron unas palabras pronunciadas rápida y suave mente, luego ambos bailaron una breve danza, y Jan extendió el brazo para protegerse del otro hombre. Se oyó un fuerte golpe y el hombretón cayó de rodillas.

Ana se apartó uno o dos pasos de la escena, tratando de entender lo que pasaba. Se había producido un rápido y violento intercambio delante de sus narices y no había tenido tiempo de verlo. El barbudo se agarró el antebrazo con la mano derecha, la sangre oscura le manchaba la manga de la americana, y también le salía de entre los dedos. Sobre la acera había una enorme pistola negra, y un poco más cerca estaba Jan, que seguía de pie. Ninguno de los dos hombres se movió durante unos segundos.

–Señorita Kessler -dijo el hombre arrodillado, que no apartaba su vista del holandés-. Por favor, apártese.

Ana tuvo la sensación de que sobre sus pies llevaba piedras tan pesadas como el plomo. Trató de asimilar lo que estaba pasando. La expresión del rostro de Jan seguía siendo plácida, aunque pudo apreciar que sus ojos calculaban la distancia que lo separaba del arma, del hombre y de ella. También vio varios centímetros de cuchillo que le salían de la mano derecha, apoyada sobre su pierna.

–Se habrá dado cuenta de que este hombre me ha atacado - intervino Jan-. Yo, simplemente, me protegí.

–Ana -interrumpió el hombre barbudo con un tono de voz que denotaba urgencia-, Matthew me ha pedido que la vigile. Haga lo que le digo: apártese de nosotros.

La joven se distanció unos metros. Tenía la impresión de que el hombre que estaba en el suelo, aunque dolorido por la herida, sólo se había arrodillado para estar más cerca de su arma caída. Los dos individuos estaban en la misma posición. Ninguno podía alcanzar la pistola sin verse expuesto al golpe del otro, y tampoco podía retirarse porque eso sería entregar el arma a su oponente. Ana buscó con la mirada a algún policía.

Luego, Jan comenzó a alejarse. No descendió el camino, sino que siguió el sendero del jardín. Tenía la mano libre apoyada sobre su pecho, como si quisiera buscar algo en su americana, aunque no lo hizo. El otro hombre se acercó a la pistola, incluso extendió la mano para cogerla, pero tampoco hizo nada más.

–Señorita Kessler -dijo Jan-. Lamento que nuestros negocios hayan acabado de esta forma. Por favor, mantenga la mente abierta. Y tenga cuidado con ese hombre, evidentemente es peligroso. De hecho, por su seguridad, esperaré hasta que se haya marchado.

Al parecer, los dos hombres se preocupaban mucho por ella. – Creo que será mejor que se vaya, Jan. Antes de que ocurra algo peor.

–Muy bien. – Jan le sonrió-. Cuídese.

No torció a la derecha, hacia el jardín, sino que continuó por el camino y atravesó una arcada en la pared de ladrillo en la que Ana ni siquiera había reparado. Desapareció, Dios sabía adónde.

El hombre barbudo se levantó y cogió la pistola rápidamente, mirando hacia la arcada y a su alrededor. Ignoró a Ana. – Está sangrando mucho -dijo ella.

El individuo miró su manga empapada en sangre y asintió. – Estúpido. No sabía que sería tan rápido.

–¿Trataba de matarlo?

–No, eso hubiera sido fácil, estaba totalmente centrado en usted. Intenté inmovilizarlo, pero fue muy rápido. Por suerte, no me mató. Por cierto, me llamo Benny. Siento todo esto.

Él apenas la miraba. Ana se dio cuenta de que debería tenerle miedo, pero no era así. No sabía si esa reacción se debía al instinto o al agotamiento emocional.

–¿Matthew lo ha enviado?

–No; fue su abuelo, en nombre de Matthew. – Supongo que el chico la quiere o algo así.

Ana estaba aturdida, y luego sintió náuseas. Sin duda alguna, el impacto de la noticia la había conmovido. Tenía ganas de sentarse en la acera y echarse a llorar.

–Deberíamos irnos -recomendó Benny-. Podemos coger un taxi en la calle Ciento diez.

–¿Adónde vamos?

–Primero al hospital. Luego a un lugar donde esté a salvo. Ha levantado usted un desafortunado interés.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 20

El andén estaba más vacío de lo que a Matthew le habría gustado. No quería viajar en metro a esas horas de la noche, pero coger un taxi cerca de la estación Grand Central se había vuelto una tarea imposible, y naturalmente se encaminó hasta la larga escalinata del túnel subterráneo. Había unas cuantas personas en el andén superior que salían de los trenes o se dirigían hacia el oeste por el amplio pasadizo de la línea Times Square. Matthew descendió hasta el andén de Uptown, y vio que allí no había casi nadie; sólo un vagabundo corpulento vestido con unos harapos rojos que hablaba solo. Matthew tenía sueño y estaba nervioso, y caminó en dirección norte por el sucio andén de cemento.

«Debes sanar.»

Lo había dejado todo durante varios días para dedicarse a esa agotadora búsqueda. Pensó en su padre y en Ana, pero no lo suficiente para distraerse. No había escuchado los mensajes de su contestador automático desde que regresó de Grecia, y le sorprendió encontrar dos mensajes de su madre, enfadada porque no había llamado. También había uno de Ana. Se estaba dedicando a una investigación y quería comparar apuntes con él cuando regresara. Su voz no revestía ninguna calidez, sino más bien profesionalidad, aunque le alivió el hecho de que lo hubiera llamado. Se dirigió directamente a casa de sus padres antes de ir a su apartamento, y llamó a Ana desde allí por la mañana, pero no obtuvo respuesta.

A pesar de que su madre decía lo contrario, el padre de Matthew parecía más fuerte. Tenía más color y energía que la semana anterior, incluso regañó a su hijo por haber desaparecido. La visita fue tensa, pero al final ambos se sintieron mejor. Como Matthew tenía que ir a trabajar al día siguiente, sin falta, tomó de vuelta el metro para estar en la ciudad después de la cena. Su reloj corporal, que apenas se había adaptado al horario griego, todavía no se había ajustado al de Nueva York, y el cansancio, junto con los viajes y la tensión emocional, lo habían sumergido en un estado extraño y casi surrealista. Se le cerraban los ojos, pero su corazón latía con fuerza. Parecía que los colores, o la forma de una cara, destacaban entre la borrosa multitud. Necesitaba dormir.

Un grupito de niños que llevaban un radiocasete a todo volumen bajaron la escalera. Hablaban con afectación y maldecían, y con sus vaqueros caídos y sus gorras de béisbol presentaban toda la animación nocturna y artificial típica de los hombres borrachos. Matthew se apartó de ellos. A lo lejos, se oyó el ruido del tren número seis.

«Debes sanar.»

Casi sintió que debía hacerlo. Aquellos ojos cautivadores, aquel extraño misterio, habían quedado atrás, como si lo hubiera soñado. Sabía que el icono no estaba en Grecia, aunque tenía la impresión de haberlo dejado allí. Formaba parte de esa cultura, su belleza y su cualidad sobrenatural no tenían cabida en esa ciudad carente de historia. El pasado y el presente terminaban en Salónica. El pasado se había borrado de Nueva York, incluso su pasado personal, el suyo. Se había perdido, abandonado en algún lugar del conducto de equipajes. Nunca le había pasado, ese elemento mágico no existía para él.

La cabeza le daba vueltas y se sentó en un banco de madera para tranquilizarse. Esos pensamientos se debían al cansancio, a las engañosas divagaciones de un cerebro traumatizado, y no podía controlarlos. Trataba de librarse de una dolencia emocional a través de la fuerza de voluntad, y en ese estado delicado y sumamente sensitivo, casi creyó haber tenido éxito. Pero era un ruido blanco, sonido y furia, y carecía de sentido. Lo vería más claro por la mañana.

Matthew levantó la mirada y una enorme figura se acercó a él.

–Jesús conoce tus pecados. No puedes mentirle.

Matthew se inclinó hacia atrás y se golpeó su dolida espalda contra el banco. Unos ojos iracundos y encendidos lo miraban fijamente, y el hedor de ese cuerpo impactó a sus sentidos. Luego, el hombre empezó a gritar.

–Estoy seguro de que tiene razón -asintió Matthew.

–Tu Padre sabe cuándo mientes. Él ve en tu corazón.

Un estruendo colmó la estación y el tren de Uptown salió del túnel. No había forma convencional de pasar por delante del vagabundo evangelista, así que Matthew pasó los pies por encima del respaldo del banco y se abrió paso por el andén hasta llegar a la línea amarilla. La luz del sol se reflejaba sobre los azulejos blancos y rotos de la pared;

luego, el frontal cuadrado del tren pasó por su lado. La voz del predicador vociferaba a sus espaldas.

–Me ha hablado de ti. Eres uno de los casos perdidos. Tus pecados son graves, pero con Jesús todo es posible. Arrepiéntete y sé uno con el Señor.

Vio pasar vagones metalizados, con ventanas rayadas y luz fluorescente. Había muy pocas personas en los asientos naranjas. El tren redujo la velocidad y los ojos de Matthew se quedaron mirando los de una figura, o tal vez fueran los de un rostro detrás de una ventana. La imagen desapareció en seguida. Tenía unos ojos muy abiertos de color marrón intenso, parecían asustados o tristes, y la mitad del rostro estaba descolorida. Desapareció tan pronto como Matthew la vio, aunque quedó electrificado con esa presencia. Ya había visto antes ese rostro, esos ojos. Quizá en sueños.

El convoy se detuvo y una puerta se abrió ante Matthew. El joven entró en el vagón pero no se sentó; prefirió volver a mirar hacia el andén. El voluminoso vagabundo todavía estaba en el banco, y ya no lo miraba a él, sino que volvía a murmurar. Curiosamente, su conocida locura le pareció menos amenazadora que ese rostro de la ventana, y Matthew estuvo a punto de bajarse del tren antes de que se pusiera en marcha. Se agarró a una barra para no caerse.

No había nadie en el vagón, y sólo dos mujeres mayores en el de delante. Matthew se agarró con fuerza a la barra metálica y miró fijamente una sucesión de ventanas que fueron desapa reciendo en las puertas que conectaban ambos vagones, esperando a que el espectro hiciera su reaparición. O quizá fuera una nueva amenaza. Matthew lamentó toda la situación, cada incidente y cada decisión que lo habían conducido a esa persecución manchada de sangre, y que lo habían alejado cada vez más de su aburrida y cómoda vida. Quería volver a preocuparse por las políticas de personal, por alguna chica. No podía quitarse de la cabeza esa irritante obsesión, ese temor, esa triste paranoia. No había ocurrido nada. Simplemente había visto un rostro. Había sido acosado por un vagabundo. ¿Y qué? Cada encuentro se convertía en una experiencia cargada de un significado oculto.

Varios pasajeros también bajaron del tren en la calle Setenta y siete. Matthew subió la escalera y se adentró en la noche iluminada por las

luces como si lo persiguiera el demonio. La avenida Lexington, llena de floristerías, cafeterías y copisterías, estaba muerta a la una de la madrugada. Lo asustó el rechinar tras de sus pies, cuando un taxi que torcía por la calle Ochenta casi lo atropella. Las calles laterales, vacías, eran aún peor. Había hecho calor durante el día, pero ahora sentía frío; tal vez estuviera enfermo. Los restaurantes y las tiendas de ultramarinos abiertas todo el día habían creado un tráfico más humano en la Segunda Avenida, y eso lo relajó un poco. Cuando entró en el edificio de su apartamento, se le cayeron las llaves sobre los azulejos blancos y negros, las recogió de inmediato pero se le volvieron a caer, con lo que profirió unos sonoros insultos que retumbaron por toda la escalera. Despertaría a los vecinos, si alguno estaba en casa. Apenas conocía a las otras personas del edificio. No tenía a nadie a quien pedir ayuda.

Dos pisos más arriba, Matthew accionó las dos cerraduras y entró en su pequeña cocina. Tardó unos segundos en darse cuenta de que algo fallaba. Las luces estaban encendidas. Luego oyó movimientos en alguna parte, unos pasos que se arrastraban sigilosamente, el crepitar del suelo de madera. El joven empezó a buscar algún objeto que pudiera utilizar como arma cuando ella lo llamó por su nombre.

—Matthew.

Ana salió del dormitorio y se quedó en la puerta. Tenía el mismo aspecto que él: el pelo revuelto, bolsas oscuras debajo de los ojos y parecía haber dormido con la misma ropa que llevaba puesta. Matthew pensó que estaba muy guapa.

—¿Cómo has entrado?

—Benny me ha abierto.

—¿Benny?

—Ezraki. No me digas que no conoces a Benny...

Matthew recordó el nombre. Era un amigo israelí de su abuelo, que se dedicaba al marketing o algo parecido. Un ex agente del Mossad, como si todos ellos fueran ex algo.

—Sí, lo conozco. Pero nunca le he dado las llaves.

—Tiene un enorme juego de llaves maestras, y dice que puede abrir un ochenta por ciento de las cerraduras normales y corrientes de esta ciudad.

–Es muy reconfortante. ¿Por qué te ha traído aquí?

–Me he metido en problemas. – La joven trató de no mostrarse preocupada, pero se le quebró la voz-. Benny pensó que no debería volver a mi casa de inmediato.

Matthew se volvió para cerrar los inútiles cerrojos, y luego se giró de nuevo mientras ella corría hacia él y acercaba su frente a su barbilla.

–Lo siento.

–No pasa nada.

Permanecieron abrazados durante varios minutos. Él la abrazaba con fuerza, sus dedos tocaron las costillas de Ana. Era extraño sentir tanto alivio, ser capaz de darlo en medio de tanta desolación. Creía que jamás volvería a abrazarla. Su mente estaba colmada de todas las explicaciones, las justificaciones y las súplicas con las que recuperaría su confianza, aunque todas ellas le parecían insuficientes y poco convincentes. Pero ahí estaba Ana. Ninguna explicación, ninguna excusa. Sintió su cálido aliento en el cuello, y el aroma a aloe de su champú.

–Me siento como una estúpida -confesó al cuello de Matthew-. Y estoy asustada.

–Cuéntame qué ha pasado.

Ella lo soltó lentamente y ambos se sentaron a la pequeña mesa de la cocina. Matthew calentó agua para preparar un té que no tomarían mientras ella le hablaba de Rosenthal, de Del Carros y del incidente en la catedral. Cuando él terminó de contar sus desventuras en Grecia dieron las tres de la madrugada. Ambos se dieron las manos, sentados a la mesa; las de ella temblaban de cansancio.

–No puedo creer que salieras a perseguir a ese tipo después del sermón que me soltaste la semana pasada.

–Supuse que era simplemente un viejo coleccionista -contestó ella-. No me pareció peligroso. Pensé que me enteraría de algunas cosas.

–Lo hiciste, de acuerdo -rió Matthew.

–Bueno, sí, me enteré de algunas cosas. Tienes que tener en cuenta la identidad de la fuente. Luego tuve que abrir mi enorme boca, fingí conocer algunos secretos... Me pregunto si vendrán a por mí.

–Lo dudo, y más ahora que saben que hay gente que te protege.

–Quizá crean que conozco el paradero del icono.

–¿Qué piensa Benny al respecto?

–Lo que acabas de decir. Estaban dispuestos a atraparme cuando tuvieran oportunidad, pero no lo intentarán de nuevo. Sólo quieren el icono. No puedo deshacerme de ese maldito icono ni siquiera después de haberlo vendido.

«Eso ocurre porque me has dejado entrar en tu vida», quiso contestar Matthew, pero luego desistió de ello. Guardaron silencio durante unos instantes.

–Entonces, ¿se han ido, verdad? – habló de nuevo Ana-. El icono y tu padrino.

–Eso parece. En realidad, tengo una idea descabellada sobre el paradero del icono.

–¿Ah, sí? ¿Dónde está? No, no me lo digas:

–No tengo ninguna intención de decírtelo. De hecho, estoy tratando con todas mis fuerzas de abandonar esta búsqueda. Ana asió firmemente sus manos.

–Eso es exactamente lo que tenemos que hacer.

–Estoy tan cansado...

–Deberías dormir. Ahora me voy.

–¿Qué dices?

–Estoy segura de que estaré a salvo. Necesitas tiempo para aclararte las ideas.

–Tú no vas a ir a ninguna parte. No te perderé de vista.

–Vaya. – Ana le sonrió-. Pero no estoy segura de que pueda dormir. Me temo que tendré pesadillas con gente que me persigue.

–Creí que alguien me estaba siguiendo esta noche.

–¿Cuándo?

–Hace un rato. En el metro, de camino a casa. No te preocupes, no era nadie. Sólo ha sido una paranoia, aunque parecía que una presencia, o algo, me estaba persiguiendo.

–Esto va a acabar contigo. Por favor, dime que lo vas a dejar.

–Lo haré -confirmó Matthew, en un tono de voz que sonó bastante convincente-. Tengo que hacerlo, no estoy hecho para este tipo de cosas.

Ana rodeó la mesa y lo abrazó una vez más. – Prométemelo.

–Me lo prometo a mí mismo. – El joven cerró los ojos-. Sólo rezo para que nos dejen en paz.

–Podría haber sido él. Bien podría haber sido él.

Habían salido de la cafetería para ir al coche y para que Benny pudiera fumar. De todos modos, desde allí tenían una mejor vista de la calle de Matthew. Ni él ni Ana habían salido todavía, un dato que Andreas interpretó como una señal de reconciliación.

–Pero no puedes estar seguro -dijo Andreas.

–¿Y cómo puedo estarlo? – Benny cerró la puerta de un portazo y encendió un cigarrillo de inmediato. Un grueso vendaje blanco cubría su antebrazo izquierdo, por lo que sus movimientos eran algo torpes-. Sólo lo he visto en fotografías. Todos los hombres mayores se parecen.

–¿Qué te hace pensar que podría ser él?

–El rostro era muy parecido. Y tendría a alguien como ese holandés a su servicio. ¿Por qué un simple coleccionista necesita a un tipo así?

–No es un simple coleccionista, sino un hombre muy peligroso. Eso no significa que sea Müller.

–La nieta de Kessler cree que sí.

–¿En qué se basa?

–¿Intuición femenina? No lo sé, estaba demasiado asustada como para que la interrogara adecuadamente. Pero, al parecer, él admitió haber visto el icono años atrás. O algo más que verlo. Ella tenía la impresión de que había pasado tiempo con la pieza, y de que quizá en su día fue su propietario. Luego, cuando estaba a punto de librarse de ella, lo acusó de haberlo robado sólo para obtener una reacción.

–Lo que, al parecer, sucedió.

–Por supuesto. Después, su interés por continuar hablando creció espectacularmente. Él consiguió asustarla. Me imagino que, de algún modo, ella le había hecho lo mismo.

–No sabía que ella conociera la existencia de Müller.

–Es posible que, por el nombre, no. No es estúpida, habrá oído rumores. Su abuelo consiguió el icono como botín de un oficial nazi. No tiene que saber su nombre para darse cuenta de que puede ser el hombre.

–Por supuesto. Fue muy estúpida al provocarlo.

–No sabía con quién estaba tratando.

–Me alegro de que estuvieras allí.

–Y yo me alegro de que me pidieras que la vigilara. Ahora estamos de nuevo sobre la pista de Müller. Luego, todos los que hemos dudado de ti te pediremos disculpas. – Benny meneó la cabeza divertidamente y dio una calada al cigarrillo. Había algo en los ojos negros de aquel hombretón que incomodaba a Andreas.

–Lo habrías matado allí mismo en la iglesia -afirmó Andreas, en vez de preguntar-, de haber estado seguro de que era Müller.

–¿Por qué habría de mirar en las iglesias? Además, ese lugar se parece más a un museo.

–Así que la respuesta es sí.

–Si hubiera estado seguro de ello, ¿por qué no? Habría sido arriesgado. Habría tenido que cargarme también al holandés, y allí había mucha gente. Así que debemos preguntarnos: ¿cuántas oportunidades cabe esperar?

–Tu imprudencia es desconcertante. No sé si conviene que te involucres en este asunto.

–¿Imprudencia? – Benny lanzó una bocanada de humo al rostro del anciano-. Hasta el momento, sólo nos hemos dedicado a hablar. A asaltar habitaciones vacías. A seguir información errónea. Lo único insensato que he hecho es apartar a esa chica del peligro.

–Perdona, pero eso lo hiciste bien. Sólo ocurre que me creo tus palabras, y tus palabras han sido perturbadoras.

–No entiendo por qué. Los dos sabemos que ese hombre tiene que morir. De todos modos, no importa, porque lo he perdido, y quién demonios sabe si volveré a encontrarlo.

–No lo has perdido, sino que te has ocupado de la señorita Kessler. Hiciste lo correcto. Ahora estás herido, y yo no puedo ser de mucha ayuda en una pelea. Además, él tiene a ese guardaespaldas. El tema se ha vuelto muy peligroso.

Benny se lo quedó mirando durante unos segundos. – ¿Me estás diciendo que desistamos?

–Que lo dejes en manos de las autoridades. Es también lo que le digo a Matthew. Las probabilidades no están a nuestro favor y no vale la pena correr ningún riesgo por semejante objetivo.

–Los objetivos son distintos para cada uno de nosotros. Tu chico es muy inocente, persigue un cuadro que sólo le acarreará problemas, tanto si lo encuentra como si no. Haces bien en decirle que se mantenga al margen. Nuestro objetivo es mucho más sencillo.

–Querrás decir el tuyo.

–El mío, entonces. Sencillo, directo, justificable y soy capaz de llevarlo a cabo.

–Pero tienes el brazo vendado y ni siquiera sabemos si estamos persiguiendo al tipo correcto.

–Maldita sea -protestó Benny, mientras apagaba el cigarrillo en un sucio cenicero-. Ya hemos pasado por esto. Me mato por hacer lo que me dices. Habría sido mucho más fácil eliminar a esos dos.

–La próxima vez no será fácil. Ya te conocen.

–¿Tratas de convencerme a mí o de convencerte a ti mismo? Encontrar a Müller fue idea tuya. Ahora que estamos a punto de pillarlo, quieres dejarlo. ¿Qué demonios has estado haciendo todo este tiempo?

Algo debía de haber en su rostro que invitaba a hacer ese tipo de preguntas, pensó Andreas. No importaba cuántas veces revivía lo sucedido en aquel viaje, nunca obtenía una respuesta evidente. El sueño de enfrentarse a Müller había permanecido con él durante más de cincuenta años. Todavía perduraba como si fuera un reflejo inconsciente, como la respiración. Sin embargo, algo había cambiado. En algunas ocasiones, podía recordar a su hermano Mikalis, al niño Mikalis, con tanta claridad que era como si lo hubiera visto hacía unos días: ojos redondos y oscuros, brazos y piernas recios y torneados; correteaba por la plaza hacia él con el pelo revuelto, una pequeña cicatriz en la frente debido a una piedra que Andreas había lanzado sin querer. El feroz Mikalis de los años de la guerra, el joven mártir de la Iglesia, había alcanzado la turbia indistinción de ser un mito. Lo mismo pasaba con los demás: Stefano, Glykeria, el valiente Giorgios, el pobre y desgraciado Kosta. Todos esos muertos se habían convertido en vagos recuerdos. Los sucesos seguían anclados en su mente, sabía que eran reales, pero los actores se habían vuelto fantasmas, como si todo ese valor, traición y dolor nunca pudieran formar el verdadero material de nuestras vidas. Incluso el duro capitán Elias parecía un ser

insustancial, un papel que había desempeñado en el pasado y que luego desechó, lo cual era más o menos cierto.

Para él, ahora la realidad era el cuerpo enfermo de su hijo y la peligrosa aventura de su nieto. El joven y despiadado Fotis era una sombra; el viejo y manipulador Fotis -amable, irascible y desesperado por vivir- era el hombre con quien ahora luchaba. Era difícil mantener el espíritu de venganza durante décadas. ¿Quién sabía cuándo una palabra o un aroma lo transportarían a esa época funesta? Todavía seguía ocurriendo, aunque con menos frecuencia, y cada vez tenía que dedicar más tiempo y energía a los vivos, lo que era del todo correcto. Quería proteger a cada una de esas personas, prevenirlas del pasado y de otra gente, y aunque le parecía una labor imposible y loable, bastaba por sí sola.

—No quiero que nadie le haga daño a ese chico, Benny. Y tampoco quiero que tú salgas mal parado.

—No tienes en cuenta que la otra parte no dejará pasar esta cuestión, hagamos lo que hagamos. Todavía están buscando. El hecho de que se reunieran con esa chica demuestra que se han vuelto muy imprudentes. Ella no sabe nada, pero querían atraparla basándose en insinuaciones. ¿Qué intentarán después?

—Saben que vamos tras ellos. Serán más cuidadosos.

—No confíes en ello. Esos viejos no se comportan lógicamente con tal de conseguir el cuadro.

Era cierto, desde luego. Como les quedaban pocos años de vida, creían que no tenían nada que perder y que podrían ganar la inmortalidad, real o espiritual. Eran capaces de cualquier cosa.

—Tenemos que estar alertas. Y buscar la protección de la policía.

—Creo que nuestra mayor protección consiste en acabar nosotros mismos con esa amenaza.

—Amigo mío -dijo Andreas con amabilidad, puesto que dudó por un instante de lo que quería decir-. ¿Quieres a alguien, a una esposa, o a una amante?

—¿Qué demonios tiene que ver eso?

—¿Dónde está tu hijo?

—En Israel, con su madre, que es donde todos los buenos judíos deberían estar.

–¿Por qué no vives con ellos?

–Nos divorciamos hace años. Ya lo sabes. De todos modos, ya no puedo vivir en ese país, está hecho pedazos y todavía se me considera un tipo inestable. Ni siquiera soporto ir allí de visita.

–¿Tu hijo viene aquí?

–Sí. A veces viene a verme, y a veces no. ¿Adónde quieres llegar con todo esto, Spyridis? ¿Acaso crees que necesito amor? – La familia sirve de equilibrio. Los riesgos se toman en proporción a lo que podrías perder. Un hombre que cree que no tiene nada que perder tiene una arma muy poderosa, pero también peligrosa. Yo me sentía así cuando fui a visitarte hace dos semanas; ahora, ya no.

Se quedaron callados por un momento, mientras Benny fumaba su tercer Gauloises. Andreas lamentó haberle hecho preguntas personales, hablar en ese tono de sermón. Benny era muy mayor para que lo trataran de aquella manera. Le había hablado en esos términos sin previo aviso.

–¿Qué hacemos con esos dos? – preguntó el hombre fornido, señalando la calle con su barbilla bajada hacia el apartamento de Matthew-. No puedo seguir haciendo de guardaespaldas, tengo cosas mejores que hacer.

–La señorita Cessler debería dar parte del incidente de ayer. Eso le daría cierta protección. La policía incluso encontraría a Del Carros.

–¿Por qué? En realidad, él no hizo nada. Su hombre me rajó cuando le hiqué una pistola en las costillas.

–Podemos pedirle a la chica que omita tu nombre en la denuncia, si es eso lo que te preocupa.

–No me preocupo por mí. Tengo el título de investigador privado y mi arma está registrada. Pero es posible que no os convenga a los demás. ¿Por qué esa chica habla con compradores si ya ha vendido la pieza? ¿Por qué el abuelo de un sospechoso investiga a su novia? Yo no contaría con la protección de la policía. Son reacios a ocuparse de este tema.

–Matthew podría instalarse una temporada en casa de mi hijo. La chica podría quedarse con él, si quiere. Estarían más seguros allí.

–¿Volverás a llamar a tu hombre, a Morrison?

–Sí. Escuché su mensaje muy tarde por la noche. Lo llamaré esta mañana.

–¿Me dirás si ha descubierto algo interesante?

–Tal vez.

Benny echó furiosamente el humo del cigarrillo.

–No juegues conmigo, Spyridis, o me desentenderé de ti.

–Eso sería una tragedia.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 21

Esta vez fue Morrison quien quiso reunirse. Andreas se encontró con él en la esquina entre las calles Quince y Cinco, debajo de la amenazadora fachada de la catedral de San Patricio. Caminaron hacia el este, en dirección a la próxima cita de Morrison.

–¿Cómo está tu hijo?

–Creo que ha mejorado -contestó Andreas-. No puedo explicármelo.

–No lo intentes, eso ya es una buena noticia.

–Ya veremos.

–¿Cómo fue el viaje de tu nieto a Salónica?

–Robert, por favor, sólo tenemos unas cuantas manzanas para recorrer.

–¿Crees que hablo por hablar? Está metido de lleno, amigo mío. Han muerto dos personas en Grecia y tu colega Dragoumis ha desaparecido en combate.

–¿Formas parte de la investigación?

–No, sólo siento curiosidad.

–Te estás cubriendo las espaldas, ¿no?

–Claro que sí. Fui yo quien le dio permiso a tu nieto para abandonar el país. Ahora parece ser que las cosas se han complicado.

¿No crees que me debes algunas respuestas?

–De modo que no tienes información para mí.

–Tengo información. Yo creo en compartir. Soy un tipo generoso. Comparte conmigo, Andy.

Muy bien. Andreas reflexionó qué decir.

–Matthew ni siquiera estaba por los alrededores de donde se produjo el accidente. Alguien trató de asesinar a Dragoumis en las montañas. Al menos, dos personas resultaron muertas, una de ellas, el sobrino de Fotis. Las autoridades griegas sospechan de un Diecisiete de Noviembre, lo cual significa que no arrestarán a nadie. Yo también tengo mis dudas al respecto.

–¿Por qué?

Se detuvieron en una calle iluminada perpendicular a Park Avenue. Un mensajero lleno de tatuajes que montaba en bicicleta pasó muy de prisa por la calle Quince, cruzó y luego se alejó rápidamente hasta

adentrarse en el tráfico, colocándose delante de un enorme camión que rugía. Andreas creyó que las preguntas de Morrison eran pesadas.

—Al sobrino le dispararon con una cuarenta y cinco, y había una motocicleta, lo cual encaja con un Diecisiete. Pero Dragoumis es un objetivo demasiado mayor y oscuro para ellos, y eso sucedió muy lejos de Atenas.

—¿De quién sospechas tú?

—De todo el mundo. Fotis tenía muchos enemigos. En todo caso, estoy seguro de que tú sabes más que yo, así que ¿por qué no me lo cuentas?

—No sé demasiado -respondió Morrison mientras cruzaban la avenida-. Identificaron al segundo hombre. Estuvo una larga temporada en prisión por muchos motivos, desde extorsión a venta de armas. Estaba tan destrozado que al principio la policía pensó que sería tu amigo. Ahora piensan que el sombrero y los cigarrillos eran una especie de tarjeta de presentación de Dragoumis, para decirles a quienes planearon el asalto que había salido ileso.

—¿Y Fotis cómo se marchó de la escena?

—No estoy seguro. La policía encontró un coche abandonado cerca de un pequeño aeropuerto de Kozani.

—Vuelve a estar aquí -sentenció Andreas.

—Es posible. Supuse que se escondería.

—Lo hará, pero primero vino aquí. Robert, estoy seguro de que el icono nunca ha salido de Nueva York.

—Tienes razón.

—Y ahora, cuéntame tu información.

—El Departamento de Policía de Nueva York ha estado investigando a los trabajadores de Dragoumis, especialmente al que desapareció después del robo. Anton Marcus, alias Mar chevsky. Lo arrestaron en el aeropuerto JFK hace un par de noches. Llevaba un pasaporte falso y diez mil dólares en efectivo. En realidad, es un tipo duro, y no les dirá nada. Pero hay otro hombre para el que solía trabajar, Vasili Karov, un vendedor de alcohol al por mayor, de la mafia rusa. Al parecer, Dragoumis contrata a muchos chicos suyos, y hay dudas sobre si realmente abandonaron la órbita de Karov. ¿Me sigues?

—Todavía no chocheo.

—De todos modos, es posible que Karov esté metido en todo esto. Lo sometieron a un interrogatorio hace tiempo, pero no consiguieron sacarle nada. Esta vez, le han dicho que Anton ha cantado, pero algo habrán sacado de ello. Dos abogados y ocho horas después, cierran un trato y se lo cuenta todo. Se parece bastante a lo que dices. Dragoumis y Karov lo organizaron todo. Se suponía que el otro ruso no iba a recibir el disparo, pero nadie le contó el plan y se involucró demasiado en la pelea. Se llevan el icono para Dragoumis. Los rusos reciben otros tres cuadros que se llevan al mismo tiempo. Aunque Karov asegura que Dragoumis lo engañó y que le dejó el cuadro incorrecto para robar. De todos modos, Karov cree que fue su excusa para engañar al griego y venderle el cuadro falso a un nuevo comprador.

—No me lo creo.

—¿Por qué Dragoumis se tomaría la molestia de montar toda la operación para dejar el cuadro falso? ¿Y qué le importa a Karov, cuando el icono no es suyo? Creo que se está inventando una excusa para traicionar a su colega.

—¿Cómo se llama el nuevo comprador?

—¿Del Ríos? Algo así. Probablemente sea un nombre falso. La poli lo está buscando.

—¿Karov dijo cuánto pagó?

—Creo que ciento cincuenta mil.

No era suficiente. Era posible que los rusos no dijeran la verdad, pero algo de cierto había en esa historia. Del Carros -el nombre que seguramente trataba de recordar Morrison estaba dispuesto a pagar un millón y medio a Ana Kessler. A menos que fuera un completo idiota, Karov no lo vendería por tan poco.

—¿Cuándo se produjo la venta? — Hace cuatro días.

Antes de que Del Carros acorralara a Ana. Pero era evidente, a raíz de ese encuentro, que todavía buscaba el icono. Había comprado el falso sabiendo que lo era. ¿Por qué? ¿Para tener a raya a Fotis? De modo que el griego seguía en posesión del icono, jamás había partido con él. Andreas estaba seguro de ello. Cruzaron la Segunda Avenida y caminaron un rato en silencio. El anciano comprendió que había llegado el momento de revelar lo que sabía acerca de Del Carros, lo que creía acerca de Dragoumis. Quitarse de encima esa información secreta

y acabar de una vez por todas. Aun así, dudó. Morrison lo tocó en el hombro.

—Otra cosa. Un tal Félix Martín viajó a Newark desde Ciudad de México hace cinco días. Un ciudadano argentino. Probablemente no sea nada... Habrá cientos de tipos en Buenos Aires con ese nombre, pero es uno de los alias que utilizó tu alemán. Sólo para que lo sepas.

Andreas no dijo nada. Se había resistido a las palabras de Benny el día anterior y ahora deseaba ser un hombre que creyera en las coincidencias. Morrison empezó a andar una vez más y Andreas caminó tras él. Llegaron a la Quinta Avenida, donde la luz de una tarde soleada incidía en el edificio blanco y negro de la ONU. Un enorme buque de carga gris avanzaba por el río East.

—Hay un restaurante griego a una manzana de aquí. Iremos algún día de éstos. Andy, ¿no tienes nada más que decirme? Pareces estar pensando en algo.

—Trato de ordenar mis pensamientos.

—Dímelo si lo consigues. Tengo que darme prisa.

—Gracias, Robert. Te mantendré informado.

—Eso sería una primicia.

... Traído de Tierra Santa por Helena, la madre de Constantino. Sobre el manto había manchas de sangre sagrada de las heridas de nuestro Salvador, mientras éste yacía en brazos de su madre. Había muerto, pero pronto resucitaría. De esa tela se cortó un trozo que presentaba esas manchas y se selló entre dos paneles de madera de ciprés. Con ello, este tal Matthias, un monje del Studium, creó la imagen de la Santa Madre tal como se le apareció en una visión, de modo que todos los que miraban la obra sabían que era el verdadero rostro de la Virgen. Luego, la imagen se colocó en la iglesia de Blanquerna, sobre la urna de plata que albergaba la tela, y desde allí realizó muchos milagros, especialmente curó a los enfermos entre los familiares y los seguidores del emperador. De esa iglesia la imagen se sacaba en público en tiempos de necesidad, y se llevaba en procesión alrededor de los muros de la ciudad para alentar los corazones de sus defensores...

Cuando en ese maldito día en el año de Nuestro Señor, 1453, los turcos infieles, aprovechándose del cansancio de los defensores y la

falta de fe de sus aliados, atacaron la gran ciudad de Constantinopla, la iglesia de Blanquerna quedó afectada, y sus objetos sagrados fueron destruidos. Después, un monje llamado Lázaro se arriesgó a morir para entrar en la iglesia y sacar a la Virgen creada por Matthias de su marco dorado, que estaba colgado en la pared. Protegido por el poder de la Virgen, Lázaro atravesó las llamas y la devastación y abandonó la ciudad caída de Constantinopla para llevarse a la santa imagen hacia el oeste.

Por este motivo, Lázaro fue visto por todos los territorios del imperio caído durante muchos más años de lo que sería normal en un hombre, porque la Virgen del cielo protegía a los hombres de la Tierra, y allí por donde Lázaro pasaba, los enfermos eran curados, y los de espíritu agitado se calmaban. Algunos dicen que fue a Salónica, y otros que fue a Ioannina de Epiro, pero, en el día de hoy, nadie sabe a ciencia cierta qué fue de la Virgen.

Ioannes dobló cuidadosamente las páginas y las introdujo en el sobre. Le facilitarían el camino, tendría que confiar en ello. Al principio, fue el verbo. No podía saber hacia qué dirección esas palabras de Teodoro influenciarían al chico, pero tenía que hacer algo. Ahora, una voz se había separado del resto y se había vuelto cada vez más clara acerca de la necesidad de llevar a cabo una acción decisiva. Trató de rendirse a esa voz.

Después de estudiar el mapa, tomó el tren de la línea PATH en Nueva Jersey, se perdió en los brillantes túneles y plazas debajo de Pennsylvania Station, pero al final encontró el andén del tren número uno, el que lo llevaría a Columbus Circle. Desde allí, caminaría en diagonal por Central Park hasta su destino. También allí se perdió, al pasar por los serpenteantes senderos y caminos, pero no se preocupó tanto por ello. A principios de mayo, el parque estaba lleno de vida y vegetación. Exhibía narcisos de amarillo claro, tulipanes rojos acabados de florecer, dulces flores de manzano blancas y rosas, cerezos y lilas. No sabía que aquel lugar fuera tan bonito. Y entendió que debía apreciarlo, especialmente en esos momentos, en esa época de tanta confusión. Siempre era así: los momentos de exquisita belleza acompañaban a la oscuridad del alma. Era un regalo que no debía

ignorar ni rechazar, y Ioannes decidió respirar hondo y sonreír a todo lo que lo rodeaba.

Había despedido al inútil del investigador, Jimmy, y había dejado de recibir llamadas del obispo Makarios. Ni siquiera había devuelto una llamada del secretario del Santo Sínodo de Grecia. Habían convertido ese tema en un lío. Todos se preocupaban tan sólo de sí mismos y de sus insignificantes planes. Se necesitaba una visión más amplia, y Ioannes tenía cierta idea de lo que debía hacer, aunque no sabía cómo llevarlo a cabo. Sólo sabía que el chico era la clave.

La amplia escalinata del museo estaba llena de los habituales escolares, turistas y personas sin hogar que fumaban y bebían soda y disfrutaban del día. Ioannes se abrió paso entre ellos y atravesó la puerta principal y el enorme vestíbulo hasta llegar a una pequeña hornacina que había descubierto en su última visita. El ascensor estaba al final del pasillo. Tendría que valerse de una llave o una tarjeta para hacerlo funcionar, de modo que el sacerdote esperó a que se abrieran las puertas, como si estuviera precisamente en el lugar oportuno. Al cabo de unos minutos, una mujer se colocó a su lado; era de mediana edad e iba muy arreglada, llevaba gafas y una tarjeta de identificación cerca del cuello: Carol Voss. La mujer sonrió a Ioannes.

–¿Se da cuenta de que este ascensor es sólo para el personal?

–Sí. – Todo un mundo de pasillos y habitaciones se abría detrás de él, por debajo y entre lo que el visitante común veía. Como si se tratara de una catedral o de un monasterio. Era el santuario interno-. Debo reunirme con uno de los conservadores.

–Lo normal es que ellos bajen y lo acompañen. ¿Con quién debe reunirse?

–Con Matthew Spear.

–Oh, Matthew es amigo mío. Trabajamos en el mismo departamento. Lamento decirle que hoy no está en su despacho. En realidad, no sé exactamente cuándo vendrá.

–¿De verdad? Qué pena. ¿Dice que es amiga suya?

–En efecto.

Ioannes se había negado toda ayuda en esa investigación. No tenía esperanzas de encontrar solo al chico y debía depender de las circunstancias. Todo lo que pasaba tenía una razón de ser. La voz habló

amable pero firmemente: «Confía en ella.» Ioannes rebuscó en el bolsillo de su americana y sacó un sobre. Se lo dio a Carol.

–¿Podría darle este sobre cuando lo vea, por favor?

–Claro, no veo por qué no. – La joven cogió el sobre.

–Es sumamente importante que lo reciba tan pronto como sea posible. Y también es muy importante que nadie, salvo Matthew, lo lea. Confío en que me comprenda.

Carol era una persona tímida, como él, y percibió la urgencia del sacerdote por su silencio.

–Le prometo que seré discreta. Aunque debo decirle que no sé cuándo veré a Matthew.

–Confío en que regresará pronto. Tengo grandes esperanzas en ello, y también en usted. Que Dios la bendiga.

Ioannes se dio la vuelta y se alejó antes de que ella tuviera tiempo de decirle algo. El sacerdote le había causado impresión. No era el tipo de mujer que no cumple las responsabilidades que se le otorgan. El cielo sobre la avenida presentaba un color extraño. Seguía siendo azul hacia el sur, y se veían unas amenazadoras nubes grises en el norte. Ioannes no pudo determinar hacia dónde se movían las nubes, o qué tiempo le deparaba. Tampoco le importaba mucho. Caminaría una vez más por el parque, disfrutaría de su dulzura mientras pudiera, antes de que su desagradable tarea lo requiriera de nuevo.

Había algo conmovedoramente íntimo y, al mismo tiempo, sumamente claustrofóbico acerca de su obligado cautiverio con la familia de Matthew. Su padre estaba enfermo, aunque menos de lo que ella había supuesto, y seguía siendo un hombre atractivo, pero con un aire más sombrío que Matthew. Permanecía todo el tiempo en su despacho, leyendo o durmiendo, y de vez en cuando aceptaba alguna visita. Al principio, la madre dejó sola a Ana, cuando llegaron la noche anterior, pero pasó todo el día siguiente con ella. Trataba de alimentarla cada noventa minutos. Le hacía todo tipo de preguntas acerca de Matthew, como si fuera su esposa o su novia de toda la vida, en vez de alguien que había conocido a su hijo apenas unas semanas antes, alguien que creía estar enamorada de él sin ni siquiera conocerlo del todo.

–Le gustas -le dijo Matthew, cuando se quedaron solos un rato mientras su padre dormía y su madre había ido a hacer la compra.

–¿Por eso siempre me frunce el entrecejo?

–Es su expresión habitual. Le gusta hablar contigo.

–Me pide información sobre lo que está pasando. – No te preocupes, en realidad, no quiere saberlo.

–De todos modos, ¿qué diferencia hay si le gusto?

–Ninguna, pero le gustas. Confía en mí.

–¿Acaso crees que estaría aquí, sentada en la cocina de tus padres, después de todo lo que ha pasado, si no confiara en ti? Matthew acercó sus labios a los de Ana y su cuerpo respondió de inmediato, a pesar de todos los esfuerzos que habían realizado las dos últimas noches. Apenas pudieron llegar a la habitación de invitados del piso de arriba, que era el antiguo dormitorio de Matthew. Al joven le inquietaba hacerlo por la tarde en casa de sus padres, con su padre durmiendo abajo. Ella entendió perfectamente que había sentimientos de ansiedad y de alivio mezclados con lujuria, pero eso no hizo que el sexo fuera menos intenso o menos gratificante.

Matthew se quedó dormido minutos después, ya que arrastraba falta de sueño. Ana tardó un poco más en dormirse, mientras observaba cómo su pecho subía y bajaba, acariciaba el brazo de Matthew y respiraba su olor. Su amiga Edith decía que, en un hombre, lo mejor era olvidarse del aspecto, de la inteligencia y de todo lo demás. La atracción se basaba en el aroma. Ana se preguntó si eso sería cierto. Seguidamente, salió de la cama para acercarse a su bolsa de viaje y sacó una cajetilla de Marlboro y un mechero. Se sentó en el alféizar de la ventana y la abrió unos centímetros; luego encendió un cigarrillo. Ana expulsaba el humo hacia la brisa del exterior mientras trataba de ordenar sus pensamientos.

Lo que realmente necesitaba era pasar uno o dos días sola, lejos de todo el mundo, incluido Matthew, para pensar en todo lo sucedido. El nombre en el diario de su abuelo, las insinuaciones de Del Carros, su miedo a que ella supiera cosas, lo que le había hecho decir más de lo que debería... Ocho años atrás, durante otra grave enfermedad de su abuelo, él confesó medio inconsciente que el padre de Ana había muerto por su culpa. Eso no era nada nuevo, trató de calmarlo ella,

pero él se mostró inconsolable. «Tendría que haber sido yo», repetía una y otra vez. Como si su muerte no hubiera sido fortuita, como si alguien tuviera que morir. Ana lo atribuyó a un sentimiento de culpabilidad y a la fiebre, pero nunca pudo quitarse las palabras de su abuelo de la cabeza.

¿Qué podía hacer al respecto? Podía intentar reunirse de nuevo con Del Carros, pero eso sería una locura, y él no aceptaría. Podría dejarlo estar y esperar a que lo detuvieran, a que la verdad saliera a la luz de una forma u otra. ¿Estaba preparada para saber la verdad, fuera cual fuese? ¿No sería mejor que ese tipo desapareciera de nuevo, que todo siguiera siendo un misterio?

—¿Qué estás haciendo? — Matthew habló desde la cama. Su voz denotaba más atención de lo que ella esperaba.

—Bueno, sólo estoy cometiendo una locura.

—Se supone que de eso me encargo yo.

—Ya estaba loca antes de conocerte, cariño.

—¿Por qué no vuelves a la cama?

¿Y por qué no? Sin embargo, Ana permaneció un rato sentada, apuró el cigarrillo, pensando en Matthew y en ella, y si lo que había entre ambos podría sobrevivir más allá de las exageradas emociones de la crisis actual. ¿Se cuidarían mutuamente cuando todas esas emociones pasaran, cuando regresaran a la aburrida rutina, cuando el icono descansara en su sitio? ¿Quería ella saberlo, en realidad? Sería mejor disfrutarlo mientras durara. Apagó el cigarrillo sobre el alféizar exterior, cerró la ventana, se levantó y se metió de nuevo en la cama.

CAPÍTULO 22

El hospital de Queens no era tan impresionante como el de Manhattan. Era más viejo, anodino, y estaba peor organizado, si es que eso era posible. Andreas subió hasta el piso octavo en un ascensor cuya base vibraba alarmantemente. La cansada enfermera jamaicana que iba a su lado no pareció inmutarse al respecto.

Sus pensamientos volvían a ser confusos. Las informaciones de Morrison resonaban en su mente, como si pusieran a prueba su fuerza de voluntad. Era fácil convencerse de que no había cambiado nada, de que esa visita era simplemente, un último acto necesario para satisfacer su conciencia y su curiosidad. Era fácil decírselo, pero difícil creérselo. Lo importante era no implicar más ni a Benny ni a Matthew. De eso estaba seguro.

El pasillo verde y gris rezumaba el olor universal de las instituciones dedicadas a la enfermedad: aire viciado, orina, lejía... Le recordó el olor de centenares de hombres a los que había visitado y que ahora estaban muertos. Andreas no tardó en encontrar la habitación. Según había oído, había habido un policía haciendo guardia los primeros días, pero ya que el paciente estaba lo suficientemente lúcido como para interrogarlo, habían prescindido de ese servicio. Era su información lo que protegían, no su vida. Nicholas alzó la vista para mirarlo mientras entraba. Tenía el rostro pálido y demacrado, y sus ojos negros bien abiertos denotaban preocupación. Andreas entendió que el herido todavía no sabía lo que estaba pasando, y que su visita no era precisamente bienvenida.

–Tranquilo, Nicky -dijo en ruso mientras acercaba una silla a la cama.

El otro hombre se dio la vuelta debajo de las sábanas blancas, pero el gota a gota que llevaba en el brazo limitaba sus movimientos. Se veía un grueso vendaje en el pecho debajo de la fina bata de hospital. Alguien había colocado un jarrón con tulipanes amarillos sobre la mesita de noche. Un biombo separaba su cama de la otra que había junto a la ventana, donde otro paciente veía un concurso por televisión. Nicholas asintió con la cabeza, pero no pronunció ni una palabra.

–Estoy aquí por voluntad propia -Andreas empezó a hablar en inglés-. Quería ver cómo estabas.

–Estoy vivo. – Su voz apenas se distinguía de un susurro.

–Sí. Mi nieto tuvo algo que ver en ello. – Nicholas se lo quedó mirando, impasible-. Matthew. Fue a ver a su padrino aquella mañana, pero te encontró a ti, sangrando en el suelo. Te taponó la herida con una toalla hasta que llegó la ambulancia. ¿Nadie te lo ha contado?

–La policía me hizo algunas preguntas, pero no me dijeron mucho.

–¿No te ha visitado nadie? ¿Nadie de la operación que organizó Fotis se ha preocupado por ti?

–Phillip... Ya sabe, el que regenta el restaurante. Es el único.

–¿Fue él quien trajo las flores?

–No. – Nicholas sonrió tímidamente-. Mi novia.

–Bien. Me alegro de que no estés solo.

–Ahora está trabajando. Vendrá dentro de un rato.

–No me quedará mucho tiempo.

Nicholas carraspeó y volvió a moverse; era evidente que todavía sentía dolor.

–No sabía lo que Matthew había hecho. Se lo agradezco.

–Ahora está metido en un buen lío con la policía. Creen que puede tener algo que ver con el robo.

–¿Lo han arrestado?

–No, no tienen pruebas para detenerlo. Sin embargo, como Fotis ha desaparecido, es posible que se sientan frustrados y quieran cargarle el muerto a alguien.

–No lo entiendo. Ya han arrestado a Anton y a Karov. Mi novia me lo ha dicho. ¿Por qué buscan a otra persona?

–Vamos, Nicky, sabemos que hay algo más. Y la policía también lo sabe. Fotis metió a Karov en esto. Todos estaban en esto: Anton, Karov, Dragoumis. Todo el mundo menos tú. A ti te dejaron para recibir el disparo.

Nicholas puso mala cara y agarró la sábana con el puño derecho.

–¿Todo el mundo, verdad? ¿Y por qué no también su nieto? ¿Por qué no usted?

Andreas asintió diplomáticamente.

–No te culpo por el hecho de que sospeches de mí. Sabes perfectamente que Fotis y yo no nos llevamos bien y quizá creíste que había urdido algún plan. Pero estoy seguro de que se te ocurren más nombres aparte del de Matthew.

–Yo no sé nada. ¿Cómo puedo saberlo, si estoy en el hospital?

–¿No sabes quién te disparó?

–Llevaban máscaras, no les vi la cara.

–¡Bravosou! – exclamó Andreas en un tono de burla-. Tratan de matarte y todavía guardas secretos. ¿Eso es lo que te han enseñado a hacer, verdad? A guardar secretos. Eres un buen soldado, Nicky. Eso es lo que dirán de ti cuando estés muerto: «Era un buen soldado; una buena herramienta porque guardaba los secretos.»

–Váyase al infierno.

–Al menos tendrás a una mujer que llore tu muerte.

–¿Y a usted qué le importa?

–Te lo dije. El nieto.

–Sí, bueno, su nieto estaba con Dragoumis todo el santo día hablando sobre ese icono. Así que probablemente la policía tenga razón. Quizá tendría que decírselo.

Andreas se inclinó hacia adelante y bajó el tono de voz. – Fotis utilizó a mi nieto, del mismo modo que te ha utilizado a ti y me ha utilizado a mí muchas veces. Es su forma de ser. Lo sabes. Hace mucho tiempo que deberías haber dejado de defenderlo, y procurar por ti. Todos te han traicionado. Eres el único amigo que te queda, a menos que decidas confiar un poco en mí.

–¿Cree que soy idiota? Cuido de mí mismo. No me interesa protegerlos a ellos, sólo quiero permanecer vivo, eso es todo.

–Pero tu silencio no te protege. No hiciste nada malo y trataron de matarte. Ahora se han fugado. Dragoumis está escondido, Karov está bajo custodia policial y su operación está suspendida.

–Alguien lo sustituirá. No sabe cómo funcionan las cosas en mi vecindario. Si testifico contra alguno de ellos, nunca me lo perdonarán.

–Me pregunto si estás en lo cierto. Karov ha suplicado un trato y no hace falta ningún testimonio. Y no creo que nadie te culpe sobre lo de Anton, después de que te haya disparado. Pero yo no te estoy pidiendo que testifiques contra nadie.

–¿Pues qué me está pidiendo?

–Es muy sencillo. Quiero saber lo que tramaba antes de que lo subieras al avión esa mañana. Todo lo que puedas decirme. Como ves, no es una pregunta difícil.

–Hablar con usted puede resultar peligroso.

–Ya es demasiado tarde para evitarlo. Fuiste tú quien lo llevó al aeropuerto, ¿verdad?

Nicholas consideró la cuestión.

–Sí. Lo llevaba a todas partes. Anton conduce muy mal.

–A primera hora de la mañana...

–Muy temprano. El vuelo salía a las siete y media y nos fuimos de casa a las cuatro. Ya se lo he dicho a la policía.

–Yo no soy policía, Nicky. ¿Por qué tan temprano? A esa hora, se tardan veinte minutos hasta el aeropuerto Kennedy.

–Le gusta llegar temprano.

–¿Llevaba mucho equipaje? ¿Algo voluminoso?

–No. Sólo una bolsa de mano y una maleta.

Andreas guardó silencio durante unos instantes mientras observaba atentamente el rostro del joven. Quería recapitular. – ¿Por qué tan temprano?

–Ya se lo he dicho.

–Primero fuisteis a otro sitio. Parasteis antes de llegar al aeropuerto.

El ruso estaba cada vez más nervioso. Debido a que le costaba mentir, Nicholas sólo podía escoger entre ocultar la información o decir la verdad, y era evidente que no le gustaba ninguna de las dos opciones.

–Primero fuimos a la ciudad, a Manhattan.

–¿Por qué?

–Tiene unos cuantos apartamentos. Hay gente que a veces se queda allí, o hace negocios con personas que no quieren venir a Queens. Nos detuvimos en uno de esos apartamentos. Necesitábamos dejar un paquete.

–¿Qué?

–Un cuadro que vendió. Un abstracto. Lo ayudé a envolverlo la noche anterior. Lo dejó en el apartamento para que el comprador lo recogiera.

—¿Cómo era de grande?

—No lo sé. Lo suficientemente grande para que me rompiera la espalda al subirlo. Quizá un metro y medio o dos metros cuadrados.

—¿Y estuviste con él todo el tiempo? ¿En el apartamento?

—No, tuvo que hacer unas llamadas o algo así. No lo recuerdo. Yo regresé al coche.

—Entiendo. Ahora dime, ¿dónde está ese apartamento?

Tal y como había previsto Andreas, ésa era la cuestión que Nicholas quería evitar. No se negó rotundamente a contestarla, sino que simplemente se quedó callado un buen rato, mirando hacia la puerta. Andreas sabía que cuando llegara la enfermera, o la novia, se acabaría la conversación.

—Nicky, Matthew quiere que el icono vuelva a Grecia, a manos de la Iglesia. Para eso ha estado trabajando. Lo único que quiero es ayudarlo. Te ha hecho un favor. Los demás te dejaron morir y no les debes nada. Tu silencio no te beneficia, pero a nosotros podrías sernos de mucha ayuda. Podrías hacer un servicio a la Iglesia. Dime, ¿qué eliges?

—Maldita sea-dijo el herido en un susurro-. Habla como Dragoumis. No les creo a ninguno de los dos. Pero por el chico, Matthew, se lo diré. Calle Veintiocho, cerca de la Tercera Avenida. El edificio gris de la esquina noroeste. No recuerdo el número. La tercera planta, al fondo.

—Gracias.

—Y ahora, por favor, señor Spyridis, váyase. No quiero que esté aquí cuando venga mi novia.

—Claro. ¿Les contaste a la policía lo del apartamento?

—No.

—Me pregunto por qué no.

—No lo sé. Algo me decía que no debía hacerlo.

—Te lo agradezco, Nicky. Estaré a la altura de tu confianza. Cuídate, chaval.

—Ni siquiera deberíamos estar aquí. Tendríamos que haber salido ayer del país.

La voz de Van Meer transmitía una tranquilidad y una informalidad afectadas, como si nada le importara demasiado, pero el hecho de que repitiera ese mismo pensamiento dos veces en las últimas

veinticuatro horas remarcaba su desaprobación. Del Carros no temía que Jan lo dejara en la estacada, aunque tendría que hacer un esfuerzo por tranquilizarlo, apaciguar la conciencia profesional del joven. Jan creía que podía hacer las cosas al pie de la letra, pero Del Carros lo conocía mejor. El holandés se crecía en las situaciones caóticas, debido a su violenta juventud en Amsterdam. El perfeccionamiento profesional vino después, como un abrigo fino.

–No hay ningún peligro inmediato.

–Eso no hay manera de saberlo -insistió Jan, quien empezó a observar la calle por el parabrisas-. No conoces sus recursos. Y también tenemos que tener en cuenta a la policía. – Estarán buscando a un tal Del Carros. No me encontrarán con ese nombre.

–Fue una temeridad reunirse con esa chica. – Ya hemos hablado de ello.

No podía consentir que Van Meer le soltara una reprimenda, aunque él también pensaba que el encuentro con la mujer había estado mal llevado. Ella sabía algunas cosas, pero no dónde estaba el icono, de modo que el resto no importaba. No dejaba de cometer errores con esa familia, permitiendo que la ira hacia aquel anciano que le había robado enturbiara su pensamiento: Había cometido el mismo error con su hijo, Richard, el padre de la chica, cuando éste viajó a Caracas en lugar de su padre. El banquero era listo y se dio cuenta de todo. Sabía que el icono que le ofrecieron era falso y que el que tenía su padre colgado en la pared era, en realidad, el auténtico. Del Carros no tenía ninguna intención de engañar a nadie, sólo quería tener sometido a Kessler. El hecho de que su hijo lo reemplazara en el viaje no sólo echó sus planes por tierra, sino que las condiciones del acuerdo hicieron imposible la toma de rehenes.

Con sus planes frustrados, Del Carros hizo lo mismo que había estado haciendo todos esos años con la hija. Insultar al banquero, insultar a su padre, dejar caer insinuaciones sobre la obra, aunque con ello no logró enojarla ni hacerla hablar. En cambio, le dio la información para atar cabos sobre asuntos que nunca debería haber conocido. Después de la reunión, Del Carros se asustó y pidió un enorme favor. En ese momento le pareció necesario, el banco sabía demasiado, pero Del Carros no podía engañarse ahora como se había

engañado en aquel momento. Entonces, había perdido temporalmente la esperanza de conseguir el icono, y la acción sólo pretendía castigar al viejo Kessler. Un acto de pura crueldad. Algo estúpido en lo que no debería haber malgastado su vida ni su energía. Repetir los mismos errores con la chica, al cabo de dos décadas, era imperdonable.

–Ya hemos hablado dos veces de ello -insistió-. Ella pidió reunirse conmigo. No podía descartar el hecho de que ella tenía información útil.

–Spear es la clave -insistió Jan-. Él tiene una relación muy estrecha con Dragoumis.

–¿Dónde está?

–¿Esperabas de mí que cogiera ese tren y los siguiera? La mujer me conoce, y no puedes escapar de un tren. Por eso seguí al otro. – El holandés asintió con la cabeza mirando hacia el hotel que había al final de la calle.

–¿Estás seguro de que no te ha visto? Ya sabes que es muy perspicaz.

–Si es tan bueno, entonces no estoy seguro. Pero no creo que me viera.

–¿Salió esta mañana? – Sí, durante unas horas. – ¿Por qué no lo has seguido? – Esperaba a que regresaras, tal como acordamos. – ¿Pero ahora está allí?

–A menos que se pueda salir a la calle desde la cocina, sí. – Es posible.

Jan le dirigió la sonrisa más obsequiosa posible. – ¿Quieres que esté en varios sitios a la vez? Quizá tendrías que superar tu tacañería y contratar a más hombres. O confiar en la razón. Siempre ha utilizado la entrada principal. Te preocupas demasiado por cosas de las que no deberías preocuparte. Aunque con gran dificultad, Del Carros se contuvo. Era totalmente inaceptable que alguien le hablara de esa manera, pero Jan ignoraba las sutilezas de una relación entre jefe y empleado. Y el anciano tampoco podía descartar el hecho de que sus preocupaciones sacaban lo mejor de sí mismo. – Esperemos que estés en lo cierto. Es el último hilo que nos falta por seguir.

La paranoia era una enfermedad habitual en cualquiera que tomara parte durante mucho tiempo en aquel juego, y Andreas no era

inmune a ello. El hombre que bajó del vehículo que es taba aparcado en doble fila, a cincuenta metros detrás del lugar donde Andreas salió del taxi, podría no haber sido nadie relevante. Sin embargo, la paranoia también servía para salvarte la vida, y por tanto, el viejo griego pasó por la puerta por la que tenía previsto pasar y torció en la Tercera Avenida.

Era un vecindario extraño: restaurantes indios, tabernas baratas y, como mínimo, una pensión de beneficencia. No era una parte mala ni buena de la ciudad, sino un espacio por el que la gente simplemente pasaba; un buen barrio donde esconderse. Andreas cruzó rápidamente la avenida y miró hacia atrás para observar el tráfico que venía hacia el sur. El hombre del coche también giró hacia el norte a la altura de la Tercera Avenida, pero continuó sin mirar atrás.

Andreas torció por la calle Veintinueve a la altura de la Segunda Avenida mientras la luz del sol empalidecía y descendía. Perdió tiempo, pero no le importaba porque quería asegurarse. El hecho de que se encontrara en una posición más vulnerable de lo habitual (Benny no estaba e iba desarmado) alimentó sus sospechas. Sería mejor regresar al hotel, pero no quería desaprovechar el tiempo, y ya había llegado hasta allí. No quería verse derrotado por un miedo irracional. «Encuétralo -le había ordenado Alekos-, sácalo de la vida de Matthew.» Giró por la calle Veintisiete, regresó a la Tercera Avenida, subió la manzana y cruzó la calle Veintiocho hasta el edificio gris por el que había pasado antes. El coche aparcado en doble fila se había ido. Andreas todavía no tenía clara su acción cuando salió un hombre del edificio que estaba mirando. Era un tipo fornido, con patillas, y fumaba con ganas un cigarrillo. Cuando tiró la colilla y empezó a colocar en fila los contenedores metálicos de basura, Andreas lo interpretó como una señal y sabía que había dado con el hombre.

—Perdone, señor.

—¿Qué? — El tipo sospechó de inmediato. — Quiero ver uno de esos apartamentos.

—No hay apartamentos disponibles. Todos están alquilados.

—Entiendo. Necesito ver uno de los pisos alquilados, como parte de una investigación en curso.

El hombre trató de erguirse, aunque no acabó de conseguirlo.

–¿Ah, sí? ¿Quién demonios es usted?

Andreas se dio cuenta de que un policía habría enseñado la placa de inmediato. Aun así, el hombre parecía susceptible de cambiar de opinión; sólo tenía que saber la manera de provocarlo.

–El tercer piso, apartamento del fondo. El hombre que lo alquila es un compatriota.

Andreas buscó en su abrigo su viejo carnet del Ministerio de Asuntos Exteriores. La tarjeta impresionaba bastante porque era de piel grabada con letras de oro, y llevaba un sello oficial junto a su fotografía tomada diez años atrás. Dejó que el malhumorado portero le diera un repaso, confiando en que no supiera griego.

–Fotis Dragoumis. Está siendo investigado por mi gobierno.

–¿Y a mí qué? No estamos en su país. Aquí necesita una orden de un juez.

–Estamos en proceso de obtenerla. Las cosas van muy lentas en esta ciudad. Prefiero avanzar en el caso, es muy importante.

–Para usted, no para mí. – El hombre se mordió sus labios gruesos, luego encendió otro cigarrillo-. Vuelva cuando traiga una orden. – Soltó el humo en dirección a Andreas y retomó su trabajo.

–Es posible que pierda una oportunidad si me espero. También usted la perderá.

–¿Una oportunidad de qué?

–De ganar dinero.

Las palabras surtieron un efecto inmediato y el portero soltó distraídamente los contenedores.

–¿De qué dinero me habla?

–¿Quiere que hablemos de este tema aquí?

Entraron en el vestíbulo, aunque el hombre no abrió la puerta interior. Andreas era plenamente consciente de que su espalda quedaba expuesta porque daba al enorme panel de cris tal de la puerta exterior. Sacó su cartera del abrigo y extrajo cinco billetes de veinte dólares. Dudó.

–¿Tiene las llaves?

El hombre se encogió de hombros.

–¿Sí? ¿No? – Andreas subió el tono de voz.

–En teoría, no, pero hay muchos inquilinos que no aparecen nunca por aquí. Debo comprobar las goteras y ese tipo de cosas, ya sabe, por lo que tengo que poder entrar, ¿entiende?

–Entiendo. – Andreas le entregó el dinero. El portero se quedó mirando un buen rato el suelo cubierto de azulejos. El viejo sacó otros cinco billetes de veinte.

–No puede llevarse nada -insistió el portero-. Sólo mirar, ¿vale?

–De acuerdo. – Si encontraba algo valioso, ya se preocuparía después.

El apartamento era muy pequeño. Sólo tenía dos habitaciones, la segunda de las cuales era un dormitorio con un despacho deteriorado y una cama estrecha que no se utilizaba. En el dormitorio principal había un cuadro de tamaño considerable en cada pared, un paisaje y tres obras abstractas. También había una enorme y estrecha caja de cartón inclinada sobre un pequeño sofá, uno de cuyos extremos estaba abierto, y de él salía material de relleno. Andreas tuvo que pagar otros cincuenta dólares para convencer al portero de que esperara en el pasillo. Luego se dirigió de inmediato hasta la caja abierta. En su interior había un cuadro abstracto verde y azul, tan grande como la caja, que seguía envuelto. Andreas extendió el brazo cuanto pudo y palpó la parte trasera del lienzo, donde el marco ofrecía la profundidad suficiente para ocultar un objeto plano y pequeño. Nada. Sin embargo, daba la impresión de que alguien había extraído gran parte del material de relleno. ¿La Serpiente habría sacado el icono de la caja en esos últimos días? ¿Confió en que estaría a salvo durante toda la semana pasada dentro de una caja, en aquella habitación, sabiendo, además, que el portero no era de confianza? Eso no parecía propio de Fotis.

Andreas dio una pequeña vuelta por la estancia, repasando las paredes, el suelo, el techo y la luz que se filtraba por las ventanas estrechas y cubiertas de polvo. ¿Qué más? Miró en el pequeño armario, que sólo contenía unas perchas de metal, y comprobó que no hubiera paneles ocultos en las paredes y en el suelo. Se arrodilló para buscar debajo del sofá, levantó los cojines y abrió todos los armarios de la diminuta cocina. A cada rato que pasaba iba sintiéndose más y más estúpido. El portero lo echaría en cuestión de minutos. Allí había algo

que no encajaba y lo sabría si dispusiera de más tiempo. Silla, mesa de café, sofá, armario, cuadros...

Cuadros. El paisaje no encajaba con las obras abstractas. Ese dato no significaba nada, porque Fotis coleccionaba los dos estilos. Era más pequeño que los otros cuadros; pequeño, aun que con un gran marco que sobresalía unos cuantos centímetros sobre la pared. Se subió al sofá, balanceándose sobre uno de sus esponjosos cojines, y levantó el cuadro de la alcajata. Andreas estaba tan seguro de lo que hacía que el espacio vacío que dejó el marco lo dejó perplejo. Era exactamente el mismo tamaño. Incluso pudo detectar espacios donde el marco interior de madera había tenido contacto con otro objeto. El icono había estado allí. O algo había estado allí. ¿Qué otra cosa podía ser más que el icono?

El anciano volvió a colgar el paisaje. Se sintió invadido por el cansancio y se sentó. Casi creyó que se dormiría; reclinó la cabeza sobre los cojines de rayas y se dejó llevar por sus pensamientos. Otro de los objetos abandonados de Fotis. Una vez más, había sido demasiado lento. Jamás atraparía a la Serpiente.

El portero habló con alguien en el pasillo y Andreas se puso otra vez de pie. Rápidamente, levantó los otros lienzos unos cuantos centímetros de sus respectivas posiciones, sólo para darse cuenta de que no había nada tras ellos, y luego se dirigió a la puerta. Se le ocurrió, en el último momento, que debería pasar por alto las instrucciones del portero y abrió.

Un joven rubio, vestido con una chaqueta de piel y gafas ahumadas, entró sonriendo en el apartamento. Era el mismo hombre que parecía haberlo seguido antes. Y muy probablemente, intuyó Andreas con miedo y resignación, se tratara del holandés que había rajado a Benny. Andreas no podía salir del piso sin pasar junto al individuo, y éste sería rápido.

—Señor Spyridis, siento que hayamos llegado tarde. Probablemente ya habrá inspeccionado el lugar, pero le ruego que nos perdone mientras también nosotros lo inspeccionamos. Por favor, dese la vuelta.

Andreas esquivó con facilidad la mano que tocó su hombro, pero tardó demasiado en detener el puño que iba a golpear su estómago. No fue un puñetazo fuerte, o de lo contrario habría acabado tendido en el

suelo babeando como un pez fuera del agua. De hecho, la ligereza del golpe fue casi un insulto, porque se amoldó según la edad del adversario, aunque a Andreas le sirvió para quedarse arrodillado en el suelo, jadeando. El holandés se agachó para registrarlo y Andreas vio que tenía unas oscuras y grandes bolsas debajo de los ojos.

—Como ve, nos aseguramos de todo -murmuró el asaltante rubio mientras se incorporaba de nuevo. Después levantó suavemente a Andreas-. Escuche, no me costaría hacerle daño. Conozco sus habilidades, y por tanto estoy preparado para lo que esté dispuesto a hacer. Siéntese aquí y estese tranquilo.

Al cabo de un rato de permanecer sentado, Andreas se dio cuenta de que otra persona había entrado en la habitación. Era un hombre mayor que él, cubierto con un abrigo grueso como el suyo. Tenía los labios finos y unos ojos azules saltones. En momentos así, el tiempo parecía comprimirse, los años pasaban como piel muerta y la edad no era más que las arrugas que tapaban a los hombres jóvenes que habían sido, y que en cierto sentido todavía seguían siendo. No importaba que sólo lo hubiera visto de cerca en tres o cuatro ocasiones, hacía cincuenta y seis años. Andreas reconoció a Müller de inmediato. El anciano alemán le devolvió una mirada inexpresiva.

—Del Carros -pronunció Andreas sin razón alguna.

—Si lo prefiere así -respondió el otro hombre con una voz distinta de la que recordaba, con un acento enmascarado por el tiempo y los viajes-. Espero que Jan no haya sido demasiado brusco con usted.

Andreas pensó en decir algo en tono burlón, pero apenas podía respirar. Sabía que el temor lo asaltaría cuando se recuperara del susto, pero también esperaba mantener la cabeza fría y una actitud sosegada. Entendió que el holandés podría herirlo en cualquier momento, que probablemente acabaría haciéndolo, y Andreas se asustó, no por el dolor, sino por la vergüenza que le provocaba esa situación. En esos momentos, el silencio era su mejor aliado. No debía provocarlos, sino ganar tiempo y esperar a que se presentara la oportunidad.

Jan inspeccionó el apartamento con rapidez, fijándose en los mismos lugares en los que se había fijado Andreas, pidiéndole disculpas cuando se colocó a su lado para descolgar el paisaje de la pared. Él y Müller examinaron el marco interior durante uno o dos minutos.

–Estaba aquí -dijo el alemán, levantando la vista hacia Andreas-. Me pregunto dónde estará ahora.

Sus dos rostros expectantes irritaron a Andreas de forma irracional.

–¿Qué demonios estaría haciendo aquí si lo supiera? – replicó el anciano.

El alemán asintió.

–Pensé que estaban juntos en esto, usted y Dragoumis, pero ahora veo las cosas de otro modo. ¿Le ha traicionado, verdad?

Andreas se dio cuenta de que el muy idiota no se enteraba de nada, y, en el fondo, lo mejor era hacerle creer que estaba en lo cierto.

–Aun así -continuó Müller-, debe de conocerlo mejor que nadie. Creo que incluso imagina cuál será su próximo paso y dónde se encuentra.

Andreas negó con la cabeza en un gesto nada comprometedor. Müller pensaría lo que quisiera y Andreas se valdría de ello. Müller. Era increíble que se encontrara ante él. Le parecía tan irreal...

–Y si no lo sabe -continuó el alemán-, quizá lo sepa su nieto. Tal vez sea él quien lo sepa. Tal vez él y su novia le han ocultado información. ¿Qué cree? ¿No tiene nada que decir? ¿Por qué creo que ustedes tres podrían unir todas las piezas?

«Hay que andarse con cuidado -pensó Andreas. Era un terreno que temía pisar-. No muestres nada.» Jan susurró algunas palabras.

–Sí -asintió Müller-. Es hora de irse. Aquí no sacaremos nada más en claro. Usted vendrá con nosotros, capitán. Le daremos un poco de tiempo para decidir de qué manera nos puede ayudar.

Andreas no tenía más opción que acompañarlos. Al menos, así sabría desde dónde operaban. El holandés lo ayudó a levantarse, luego se colocó tras él. Müller fue el primero en salir por la puerta.

–Cuidado con el portero -advirtió Andreas-. Es un ladrón. Jan se echó a reír.

CAPÍTULO 23

–Tenemos que hablar, señor Spear. Matthew. No podemos esperar más.

Ana se había opuesto con todas sus fuerzas a que Matthew fuera al centro de la ciudad. Incluso sus padres, que ignoraban en gran medida los hechos, trataron de persuadirlo. Pero su trabajo no podía esperar eternamente; su jefe de departamento, Nevins, ya se había mostrado muy paciente con las ausencias continuadas de Matthew, y el comité jurídico quería hablar sobre el tema del icono, con lo cual podría ser suspendido de su puesto. Le había prometido a Ana que iría directamente del tren al museo, que procuraría no exponerse demasiado y que regresaría lo antes posible. Pero después de leer las páginas que Carol le había dejado en un sobre encima de su escritorio, su mente ya no podía centrarse en el trabajo, y las extrañas miradas y preguntas de sus compañeros lo obligaron a salir de su oficina y a adentrarse en la relativa calma del ala islámica. Allí, delante del brillante azul de un mihrab de Irán que cubría la pared, Matthew encontró al sacerdote.

–Padre John.

–Por favor, llámeme Ioannes. Me comentó que era usted griego.

La luz reflejada de miles de azulejos de color turquesa conferían al aspecto de aquel hombre una enfermiza palidez. Esta vez no sonreía, sólo se mostraba profundamente preocupado y trataba con todas sus fuerzas de evitarlo.

–Es cierto, sí -admitió Matthew-. Aunque me pregunto por qué. Soy norteamericano, por supuesto. ¿Le dijo alguien que me encontraría aquí?

–Uno de sus compañeros. No se preocupe, la gente se lo cuenta todo a un sacerdote. Al parecer, viene a menudo a esta sala. Ahora entiendo por qué, es muy hermosa.

–Y tranquila. Lamento que las salas bizantinas aún no estén terminadas. Mientras tanto, salto fronteras y religiones.

–Los ortodoxos y los musulmanes tienen mucho en común. Sólo un idiota lo negaría. ¿Ha leído el material que le he dejado?

–Sí.

–¿y?

–Me he desentendido del asunto. Es muy peligroso para un aficionado. Hay gente que ha resultado herida.

–También ha muerto gente. Y todavía morirán más.

–Tal vez, pero no puedo hacer nada al respecto. Sólo me arriesgo a convertirme en uno de ellos. Usted también, padre. Esos tipos no se fijan en quién matan. Y en el pasado han muerto sacerdotes.

–Eso no me interesa. No le pido que corra riesgos, sólo que hable conmigo. ¿Sabe dónde está su padrino?

–No.

Ioannes se quedó mirando a Matthew durante unos largos segundos. A pesar de que había sido sincero en su respuesta, el joven se sintió incómodo con la mirada del sacerdote.

–¿No tiene la menor idea?

–Mire, ¿qué cree que puede hacer usted? ¿Cree que puede mantener el icono a salvo? ¿Cree que puede devolverlo a Grecia sin que sea interceptado? ¿Cree que su Iglesia corrupta puede protegerlo?

El rostro sosegado del sacerdote no pareció ofenderse ante las crudas palabras del joven.

–No estoy seguro acerca de las respuestas a esas preguntas, pero mis temores son parecidos a los suyos. Por eso creo que se necesita una solución más definitiva. ¿Quiere que hablemos de ello aquí o buscamos un lugar más privado?

Matthew echó un vistazo a su alrededor, pero no vio nada. Había algo en las palabras del sacerdote que había calado hondo en él, y sabía que tenía que continuar con la conversación. ¿Dónde? ¿Qué cafetería sería lo suficientemente discreta y privada? ¿En qué lugar estarían a salvo?

–Antes necesito hacer unas cuantas cosas. Luego hablaremos.

Matthew se pasó otra media hora terminando un memorándum de adquisiciones y repasando la creciente montaña de informes y llamadas telefónicas que tenía que devolver ese día. La maqueta de las nuevas salas bizantinas reposaba en la mesa situada fuera de su pequeño y sofocante despacho, y Matthew se la quedó mirando por un momento mientras pasaba por delante. Aquél era el logro del que se sentía más orgulloso durante su estancia en el museo; ya habían empezado las

obras en las salas contiguas y directamente debajo de la escalinata principal. No podía ocuparse de ello, ni siquiera fingir interés. Nevins lo miró de mala gana cuando se marchó. Estaba seguro de que lo despedirían.

El padre John recorrió la enorme sala medieval hasta que Matthew acudió a su encuentro. El sacerdote no formuló preguntas mientras el joven lo conducía por las concurridas calles de Yorkville, hasta su apartamento. No se le ocurrió mejor lugar para reunirse. Al menos allí podría encerrarse y tener a mano el teléfono; había memorizado los números de Andreas y de Benny. Curiosamente, el sacerdote aceptó una cerveza, que procedió a beber a sorbos en un vaso de agua.

Matthew bajó las persianas y encendió una gruesa y breve vela de emergencia para reducir al máximo la luz y para que nadie pudiera observarlos desde fuera, lo que provocó un efecto más tenebroso de lo que le habría gustado.

—Así pues, ¿está convencido? — El padre Ioannes asintió delante de las páginas que Matthew le extendió sobre la mesa de madera de la cocina-. ¿Cree que se trata del mismo icono?

—Yo no diría que estoy convencido, pero es bastante probable que sea el mismo.

—¿Y eso no significa nada para usted?

—No cambia la naturaleza de la obra, ni su intención. Sanar, despertar la fe... Supongo que explica por qué las personas que conocen su origen estarían dispuestas a matar por ella. Es una pieza excepcionalmente antigua, construida en torno a algo más antiguo y precioso aún.

—¿Un oropel?

—Sí.

—Empapado con la sangre de Cristo.

La sutil reverencia que denotaban las palabras del sacerdote a la luz de una vela primero estusiasmó a Matthew, aunque después le disgustó.

—Si uno se lo cree, claro.

—¿Y por qué no creerlo?

—Porque hay numerosas afirmaciones al respecto: fragmentos de la verdadera cruz de Cristo, huesos de dedos de los santos, la corona de

espino, la lanza de Longinos... Sin duda alguna, muchas de estas afirmaciones son falsas. Y también es probable que algunas sean ciertas. El icono tiene cierto poder, y usted mismo lo ha sentido. Ese poder procede de alguna parte.

—De la fe -insistió Matthew-, ¿no es así? La imagen inspira fe y el poder es concedido por Dios. La imagen no tiene poder por sí misma, como tampoco lo tiene el cráneo de san Pedro ni los nudillos del dedo pulgar de Pablo. Creo que ustedes tuvieron una gran batalla al respecto hace mil y pico de años. Iconoclasia. La destrucción de imágenes. No soy partidario de ello, pero la idea tenía una razón de ser. Obligaron a crear una distinción. Proskynesis, el tipo de veneración que uno puede mostrar a una imagen, en contraposición a latreía, el verdadero culto a Dios. ¿Cierto?

Ioannes dejó sobre la mesa el vaso de cerveza.

—La lección no era necesaria. Entiendo lo que dice, pero su razonamiento es falso. Evidentemente, un icono sólo es madera y pintura, algo poco valioso en sí. No se puede comparar con la sangre de nuestro Salvador, como tampoco pueden compararse los huesos de un santo. Pero se cruza una línea cuando se trata con la materia de Cristo en persona. No hay nada más apreciado, ni tampoco nada tan terrible.

—Ha sido un error mío. Pero ¿por qué creer que es genuino? Existen, como mínimo, dos iconos famosos relacionados con la ropa que llevaba María, y los dos se han perdido. Éste tampoco parece corresponderse con lo que he leído sobre él, de modo que tendríamos un tercer icono del que nadie sabe nada.

—Era conocido. El fragmento de Teodoro Primero que le dejé. Se perdió toda información al respecto.

—¿Por qué Teodoro el Ciego sabía una historia que nadie más conocía? ¿Por qué no aparece en otras historias?

—Hay unas cuantas historias de esa época. A menudo tenemos que confiar en una fuente.

—Y, por cierto, ¿por qué nunca había leído ese párrafo antes, cuando leí las obras completas del autor?

—No figura en las traducciones estándar. Se encontró hace ochenta años en un manuscrito muy antiguo, en un lugar de Centroeuropa. Creo que fue en Viena. Lo descubrió un hombre llamado Müller. Fue a

Grecia años después para hacerse con el icono, pero no lo logró. El sacerdote con quien trató de negociar sospechó de sus intenciones y se lo comentó a otras personas del pueblo, incluido un monaguillo dado a la curiosidad y al hurto. El joven robó los papeles de Müller y se los dio al sacerdote, quien los cedió a un monasterio cercano para que los custodiaran. El hijo de Müller, un oficial nazi, también tenía una copia de esas hojas, o conocía su contenido. Años después, viajó a Grecia. Pero creo que ya conoce esa parte de la historia.

Matthew asintió con la cabeza. El sacerdote sabía mucho más que él.

—Y leyó esos papeles en el monasterio.

—Así es.

—De acuerdo. Supongamos que Teodoro escribiera la verdad y que ese trozo de tela se encuentre realmente en el icono. Tendríamos que confiar en que lo que Helena trajo de Jerusalén fue el vestido de María. Hay un lapso de más de trescientos años. ¿Quién guardó esa tela durante todo ese tiempo? ¿Quién puede constatar su autenticidad? ¿Quién, después de haberla atesorado tanto tiempo, estaría dispuesto a entregarla a la madre de un emperador pagano?

—Los árabes. ¿A ellos qué les importa?

—¿Y por qué tendrían que tenerla?

—Tenían la cruz y se la dieron a Helena.

—Si quiere creerlo así...

La vela empezó a parpadear con fuerza y Matthew se dio cuenta de que era su aliento el que lo provocaba. Ioannes miró la llama y levantó las manos en un gesto de rendición.

—Avanzamos en círculos. Este argumento empieza a parecerse a otro más básico. El hombre de la razón exige pruebas a cambio de su fe. El hombre de Dios también puede creer en la razón, pero sabe que con ella sólo llegará hasta cierto punto, que al final tendrá que dar un salto a lo desconocido. Piensa con su mente hasta que alcanza ese lugar inefable del misterio. Después piensa con el corazón, y avanza o se retrae. Usted es un hombre de razón. Bien. Pero dígame: cuando miró esa imagen, cuando tocó esa madera, ¿sintió un poder especial? Dígame la verdad.

Matthew casi había eliminado de su memoria la sorprendente experiencia de observar el icono. Había un elemento artístico en él, los ojos tristes, las sombras del atardecer... pero aunque la imagen estaba muy deteriorada no podía explicar con una dimensión exclusivamente artística la reacción que había tenido. Y no sabía nada de la tela ni de la historia asociada a ella cuando vio el icono.

–Sentí algo... Es difícil de describir o determinar su significado.

–No lo intente. Yo tampoco he logrado determinarlo.

–¿Ha visto el icono?

–Sí, lo conozco muy bien.

–¿Y eso?

–Me crié en el pueblo donde estaba. Al igual que su Papou, aunque yo era mucho más joven que él.

–Entonces, lo conoció.

–Creí que ya se lo había dicho. No lo conocí bien. Fue a Atenas cuando yo todavía era un niño y regresó para unirse a las guerrillas después de la entrada de los alemanes. De hecho, no recuerdo haberlo visto hasta la mañana en que nos encontró a mi hermano y a mí en la capilla abandonada.

–Santo Dios -susurró Matthew, quien comprendió de inmediato-. Usted es el hermano de Kosta.

–Veo que conoce la historia.

–Sé lo que mi abuelo me ha contado.

–Me gustaría saber lo que le dijo. Por favor.

–Su padre quemó la iglesia y se llevó el icono. Kosta mató a Mikalis, el sacerdote, cuando trató de intervenir. Luego su padre los envió a usted y a su hermano a esconderse en la capilla mientras él... no sé exactamente qué pretendía hacer. Cerrar un trato, o vender el icono más tarde cuando las cosas se calmaran. Le dijo a mi abuelo dónde encontrarlo a usted cuando se dio cuenta de que mi padrino, tarde o temprano, iba a decir la verdad sobre él. Suponiendo, claro, que Andreas le salvara la vida. Fotis mató a su padre. Mi abuelo lo encontró en la capilla, disparó a su hermano y sacó el icono.

El sacerdote permanecía en silencio mientras Matthew hablaba, y sus grandes manos asían el canto de la mesa. El joven pensó que, probablemente, el sacerdote oía parte de esa historia por primera vez.

–Ignoro toda la información que me comenta -dijo Ioannes lentamente-. Pasaron años antes de que me enterara de toda la historia, y la oí a trozos, de distintas personas. El incendio de la iglesia fue un misterio. Nadie sabía a ciencia cierta quién lo había provocado. Muchos decían que habían sido los alemanes. Otros acusaron a los andartes. Su abuelo estaba en boca de muchas personas.

–El ateo... Claro que le echarían la culpa.

–Sí. No descarto que Andreas diga la verdad y que mi padre también la dijera. Yo era muy joven para entender lo que estaba pasando. Recuerdo que disparé aquella enorme pistola contra su abuelo; parte de mí quería matarlo, y la otra mitad deseaba que se salvara. Kosta me obligó a detenerme, pero yo sólo seguía las instrucciones de mi padre: proteger a mi hermano. Tenía diez años y apenas podía sostener la pistola. Su abuelo era como un fantasma. Se decía de él que podía desaparecer a voluntad, y creo que tiene esa capacidad. Se desvaneció de aquella ladera pedregosa y de repente apareció por la puerta, como si fuera un ángel. Debí de sorprenderme, no lo recuerdo. Sí me acuerdo de que me desperté. Se pelearon, se insultaron y Andreas le disparó a Kosta en la cabeza. Simplemente le disparó.

–La escena debió de ser terrible. El sacerdote asintió vigorosamente.

–Había visto cómo los alemanes disparaban a la gente, a personas que conocía. También sabía de la existencia de los comunistas, de los estraperlistas, como mi padre, de los colabo racionistas, de modo que era consciente de que nuestra gente se mataban unos a otros, pero nunca lo había visto personalmente. Ver morir a mi hermano fue algo terrible, pero también extraño. Me habían disparado en la cabeza y estaba aturdido, de modo que al principio no sabía qué era verdad y qué no. Luego Kosta se quemó gran parte de su cuerpo en el incendio. Sufría agudos dolores. No sé si quería vivir así. Imagino que lo que su abuelo hizo fue un acto de compasión. Tal vez fuera intencionado. Eso me impidió que lo odiara todos estos años.

–Es asombroso que su hermano llegara a la capilla en esas condiciones. Usted debió de ayudarlo...

–No, no podía tocarlo debido a las heridas. Pero él se apoyó en mí con una mano, y llevaba un palo largo, a modo de bastón, en la otra. Se quejaba a cada paso. Qué pinta debíamos de tener... Un profeta loco y su discípulo, aunque creo que nadie nos vio. Yo llevaba el icono debajo del brazo y estaba cuidadosamente envuelto. Era un bulto voluminoso y lo sostuve durante varias horas; aunque parecía muy pesado, era extraordinariamente liviano. Recuerdo que lo desenvolví en la pequeña mesa del altar, en la capilla, poco después de que encendí la vela. Vi aquellos ojos cautivadores. Sentí su fuerza. Era algo superior a mí, casi algo mucho más grande que el hombre. Me asusté. Fue una buena preparación para lo que vino después.

–Andreas lo llevó al monasterio...

–Curioso, ¿verdad? El ateísmo fue una parte fundamental de mi fe. Podría haberme matado, eso hubiera sido lo lógico. Quizá fue el acuerdo con mi padre lo que lo retuvo.

–Quizá, simplemente, no fue capaz de matarlo.

–Sí, eso creí después, al pensar en ello. Pero me resulta reconfortante pensar que mi padre negoció mi vida. Es difícil despreciar a tu padre, pero es más difícil no despreciarlo en mi caso. El icono acabó con él. Él fue el monaguillo que robó los papeles del padre de Müller, y recordaba su contenido. Lo oí hablar de ello con mi hermano, aunque no me acordé de esas frases hasta que las leí por mí mismo. Mi padre había destruido a nuestra familia, se destruyó a sí mismo. Me pasó esa información antes de morir, a modo de obsequio, y le estoy agradecido por ello.

–Y se quedó en el monasterio -añadió Matthew con cierta sorpresa y deseo-. Se hizo sacerdote, después de todo lo que había visto.

–¿Qué otra cosa podía hacer? Volverme loco o encontrar a Dios. Todavía era demasiado joven para creer en un propósito superior detrás de los horrores que había presenciado. Había perdido a mi madre un año antes; luego, a mi padre y a mi hermano. Mis hermanas estaban casadas y habían abandonado el hogar familiar, no había nadie por quien tuviera que volver. Mi alma estaba desolada, pero mi corazón y mi mente estaban abiertos. Estaba preparado para la palabra de Dios. Tuve mucha suerte. Si hubiera sido mayor, me habría pasado al cinismo y a la crueldad. Le habría dado la espalda a Cristo, como hizo

su abuelo, como hicieron muchos jóvenes en aquella época. Cuando mi hermana me encontró en el monasterio, al cabo de dos años, no tenía ninguna intención de dejarlo. Me sentía como en casa.

—Pero sí abandonó el monasterio. Ignoro qué cargo ocupa dentro de la Iglesia, pero habla bien inglés y le han encargado asuntos delicados. No lleva la típica vida de un monje...

—¿Sugiere que es más parecida a la de un político o un espía? Le aseguro que esas cosas no se me dan bien. También tuve suerte con el mentor que me asignaron. Un monasterio puede ser un lugar duro para un joven, pero el abad era un hombre amable, y el abuelo de usted debió de contarle mi historia. No veo otra razón por la cual me hubiera aceptado. Se dio cuenta de inmediato de que no estaba preparado para el rigor de la disciplina religiosa, y me enseñó poco a poco. Aprendí inglés y un poco de francés. Incluso me dejaron leer algunos libros de filosofía religiosa cuando fui mayor. Los ortodoxos siempre han hecho mucho hincapié en el ascetismo y en la oración antes que en el aprendizaje. Mi abad era más cosmopolita y debía de saber que la vida monástica era un lugar que lo limitaba. Quizá pensó que a mí me pasaría lo mismo. O tal vez le atribuyo demasiados méritos. Puede que simplemente necesitara un protegido y allí estaba yo: un chico joven y listo para moldearlo a su antojo.

—¿Qué fue de él?

—Ahora está muerto, pero primero ascendió en la jerarquía eclesiástica hasta llegar al Santo Sínodo. Creo que quería que yo lo sustituyera, pero yo era una persona muy soñadora y poco dado a la política. Otro de sus pupilos fue ascendido y ése es el hombre a quien ahora sirvo.

—El hombre que lo ha enviado aquí.

El sacerdote pareció inquietarse e interrumpió el contacto visual con Matthew.

—Sí; me envió porque yo podía identificar el icono y porque me había ocupado de algunos asuntos relacionados con el tema en el pasado. Pero Tomas y su padrino nos llevaban la delantera, y entonces empezaron a sucederse los asesinatos.

—¿Más? ¿Quiere decir que hubo más asesinatos durante la guerra, o que ha habido más desde entonces?

–Me refiero a lo largo de su historia -siseó Ioannes mientras observaba la llama-. El icono ha dejado una estela de muertes tras de sí. Ya no sabemos cómo tratar un objeto tan valioso. La gente pierde la cabeza por él. Nos supera, nos posee, nos vuelve locos de deseo. Todos estos días que he invertido tras la pista del icono, buscándolo a usted, he tenido tiempo para reflexionar. Creo que todo ocurre por una razón, incluso los sucesos más espantosos. Me concedieron este tiempo para conocer las enseñanzas de mi propio espíritu. Mi misión ya no es la misma por la que me enviaron. He oído unas voces.

El tono de admiración volvió a reflejarse en las palabras del sacerdote. Ioannes hablaba de dos formas: como un hombre de mundo y como un creyente de ojos abiertos, y ambas estaban empezando a sucederse alternativamente con enorme rapidez. Matthew empezó a preguntarse si aquel hombre no estaría algo desequilibrado.

–¿Y qué le dicen esas voces? – Muchas cosas que debo interpretar. – Pero ya habrá llegado a alguna respuesta...

–No en términos absolutos. De todos modos, no es algo que usted desee escuchar.

–Cuéntemelo, padre. – Pero, mientras hablaba, Matthew se dio cuenta de que ya sabía lo que el sacerdote le diría. – Creo de todo corazón que esta lucha continuará, los asesinatos no cesarán siempre que ese icono exista para tentar a los débiles. Y la mayoría somos personas débiles. Ese objeto fue creado para otra época. Ya no puede existir en la nuestra, es algo muy poderoso para nuestra condición atea y moderna. Debe regresar al poder que lo inspiró.

–¿Quiere decir que debe ser destruido?

–Sí.

Los dos hombres guardaron silencio mientras la idea cobraba forma en sus mentes y la interpretaban como un puente o como un obstáculo. Matthew quería ser razonable, valorar la propuesta del sacerdote con imparcialidad, pero le resultaba del todo imposible. La idea era monstruosa. Incluso sacrílega. – Creo que se olvida de todas las obras buenas asociadas al icono -empezó a decir lentamente-, y concede demasiada importancia a unos cuantos ancianos codiciosos. ¿No da crédito a todas las curaciones milagrosas que se le han atribuido a lo largo de los años? Y aunque sea un simple caso de

autosugestión, ¿por qué no respetamos el objeto que inspira esas reacciones curativas?

—No me cabe la menor duda de que se han producido casos de curaciones milagrosas. De joven, vi cómo una mujer se curaba de artritis, y un hombre, un ateo, sanó de su ceguera con sólo tocar el icono. Básicamente, esas curaciones se producían en personas pobres y dubitativas, que siempre son los preferidos de Cristo, y su contacto con la obra fue fugaz. Compare esas experiencias con las pocas personas que poseyeron el icono durante un tiempo. Alí Pasha, Müller, Kessler... Son almas codiciosas que habrán vivido una vida larga, aunque infeliz. La lucha y las enfermedades los asolaban, veían cómo sus seres queridos morían jóvenes. Fíjese en todos aquellos que intentaron hacerse con el icono y en cómo fracasaron. Mi padre y mi hermano son dos claros ejemplos. Fíjese en las vidas que el icono ha utilizado y torcido. Su padrino... Fíjese en lo que ha empezado a causar en usted.

—No me meta en el mismo saco, padre. He tratado de desvincularme de este tema.

—Y es admirable, aunque no sé si podrá desprenderse realmente. Müller y Dragoumis se alejaron del icono durante años, pero siempre volvían a él. Necesito a alguien como usted, al guien que haya probado el poder de esa obra, que sea mi aliado, que me entienda. El icono trae la muerte.

—¿Cómo es posible, si contiene la sangre de Cristo?

—¿Y dónde está la contradicción? — se extrañó el sacerdote—. Cristo estuvo rodeado de muerte. La muerte persiguió a todos sus seguidores, salvo a los tímidos, y muchos millones han muerto en su nombre desde entonces. La promesa de Cristo es la salvación del alma, no la longevidad en esta tierra. Matthew trató de pensar una respuesta, pero su mente bullía de miedo y agitación, de modo que no se le ocurrió ninguna réplica lógica. Las ideas del sacerdote eran erróneas. No sólo eran equivocadas, sino que además eran peligrosamente simplistas, un resultado de su brutal experiencia. Algo comprensible, pero tenía que corregir su forma de pensar antes de que cometiera una locura.

El teléfono sonó y el ruido asustó a los dos hombres. Matthew tuvo la impresión de que era tarde, aunque el reloj no corroboró su impresión, a pesar de que la calle estaba totalmente a oscuras. La vela

se había agotado y era evidente que sólo servía para una situación de emergencia. Matthew sabía que tenía que dejar que sonara el teléfono, pero un impulso incontrolable lo hizo dirigirse hacia el mostrador de la cocina y atender la llamada.

–Sí.

–Señor Spear. Me alegro de que finalmente esté en casa. – Era la voz de un hombre mayor y desconocido, y Matthew supo de inmediato que había cometido un error al contestar-. Disponemos de poco tiempo, así que iré al grano. Hemos retenido a su abuelo y por tanto, es indispensable que nos hable del icono. Entiendo que no sabe exactamente dónde se encuentra, pero le ruego que me diga todo lo que sepa. ¿Lo ha entendido?

–Mi abuelo... -¿Qué demonios estaba pasando? Era una amenaza, pero ¿de quién?

–Sí, Andreas está con nosotros. Nos llevamos estupendamente, pero esas cosas no duran mucho.

–Escuche, ¿quién es usted? – No, era una pregunta idiota-. Déjenme hablar con Andreas.

–Claro, pero sea breve.

–Paidemou. – La voz del anciano parecía soñolienta-. No hagas nada. Ya les he dicho a estos príncipes que tú no sabes nada, pero son unos tipos muy obstinados. Diles...

–Bueno -la primera voz cogió el teléfono-, eso no ha sido muy constructivo, pero al menos ahora sabe que su abuelo está bien con nosotros. Bien, señor Spear, no puedo demorarme más. Por favor, hable conmigo.

–No sé qué decirle. – Matthew sabía que se encontraba en un buen lío porque tenían a su abuelo. ¿Serían las mismas personas que habían perseguido a Fotis y, después, a Ana? El joven apretó el auricular del teléfono con fuerza-. Deberíamos hablar en persona, ¿no cree? En algún lugar público, y traigan a mi abuelo.

–Creo que es una magnífica idea, siempre que me convenza de que realmente tiene algo que decirme. Primero debe convencerme.

–¿Y por qué tengo que decírselo por teléfono? Tiene que ser un intercambio, ¿de acuerdo?

–Eso depende del valor de la información. ¿Sabe dónde está su padrino?

–Tengo una vaga idea, pero sé que eso no es suficiente. Déjenme que lo compruebe y mañana contactaré con ustedes.

–¿Está en la zona metropolitana de Nueva York?

–Si estoy en lo cierto, sí. ¿Cómo puedo contactar con ustedes?

–No puede. Le telefonearé mañana.

–No estaré aquí. Le daré mi número de teléfono móvil. Matthew pronunció lentamente el número; cada dígito parecía abarrotar su mente asustada.

–Perfecto. Supongo que no hace falta decirlo, pero se lo diré igualmente: no inmiscuya a la policía ni a nadie más en esto. Estoy seguro de que lo entiende.

–Miren, mi abuelo no está implicado en este asunto. Mi padrino y yo lo metimos en él. Deberían tratarlo bien.

–No tengo ninguna intención de tratarlo mal. Hasta mañana, señor Spear.

El padre John miró compasivamente a Matthew después de que éste hubo colgado el teléfono.

–¿Sabe quiénes son?

–No. Podría ser ese tal Del Carros. Un coleccionista sudamericano que trató de atrapar a Ana Kessler hace unos días. O quizá otra persona.

–Debería ponerse en contacto de inmediato con la policía.

–Sí, pero me han dejado claro que Andreas saldría mal parado si los llamaba.

–Es posible que eso suceda de todos modos.

–Lo sé. Tengo que pensar algo... Tengo que hablar con alguien.

Matthew se esforzó por recomponer un mapa en su cabeza, el de las carreteras del norte de Westchester, el día en que Robin y él fueron a casa de Fotis. La negativa de la Serpiente a comprar aquella finca que tanto había deseado desde hacía tantos meses no había acabado de convencerlo. No lo convenció aquel día en el parque, ni tampoco cuando estuvieron a solas en su habitación del hotel de Salónica semanas después. Matthew creía saber a qué se debía esa negativa. Pero ¿podría encontrar de nuevo la casa sin la ayuda de Robin? No lo

haría en plena noche, sino que lo intentaría a primera hora de la mañana.

–Déjeme que lo ayude -se ofreció el sacerdote. Matthew se lo quedó mirando fijamente.

–¿Se refiere al tipo de ayuda del que antes me estaba hablando? Puedo vivir sin ello, padre.

–¿Quién más está implicado? Con mis palabras sólo he pretendido convencerlo de lo que yo creo. No lo forzaré a nada. Quiero que seamos aliados.

Matthew expulsó aire por la boca. Sabía que necesitaba amigos. Ana tenía que mantenerse al margen de aquel asunto. Le habría gustado que Benny estuviera de su parte cuando se enfrentara a Del Carros, pero Benny sólo sería una carga para hablar con Fotis. Tenía que confiar en aquel sacerdote chiflado. Y, curiosamente, eso le pareció muy apropiado.

CAPÍTULO 24

El calor del vapor lo despertó. La habitación estaba a oscuras, la persiana de la ventana del oeste permanecía medio levantada. La luz anaranjada del sol se filtraba por entre las copas de los árboles y a través de la mansión de estuco que había en la otra ladera. Durante el largo momento que necesitó para ser plenamente consciente de su entorno, Fotis se obsequió con esa cálida y plácida visión del amanecer, las ramas en flor desdibujadas por la luz del sol, el color del cielo, que pasaba de un intenso azul lavanda a otro más claro, y el canto real o imaginario de un pájaro. El amanecer era un suceso universal y podía estar en cien sitios distintos o ser cien hombres diferentes. Podía ser joven.

Luego se dio cuenta de que sentía dolor. Irradiaba de la base de la espalda y se extendía hasta los hombros, y emitía una especie de pulsaciones hacia el centro de los muslos. Una profunda incomodidad lo hizo regresar a su cuerpo, a establecer los límites y a aislarlo del resto del mundo. La calidad de la luz del exterior dejó de ser un bello espectáculo y pasó a ser una forma de determinar que eran las seis y cuarenta y cinco de la mañana sin tener que consultar el reloj de la mesita de noche. Apoyó los puños sobre el colchón y se sentó sobre la cama. No tenía fuerzas suficientes para moverse más, de modo que cogió la almohada cuadrada de entre sus desgastadas rodillas y la colocó detrás de su deteriorada espalda para apoyarse de nuevo en la cabecera. Las cañerías volvían a retumbar, hacían temblar el suelo, y la válvula del radiador que había junto a la cama empezó a sisear. El calor que emitía empezó a confundirlo. No era invierno, sino primavera, estaban a principios de mayo, pero las noches seguían siendo bastante frías, y por eso había mandado subir el termostato. Sus huesos ya no toleraban el frío.

En esos momentos, mientras pensaba en la ducha caliente, en las primeras pastillas que tomaría antes del desayuno y en la primera bebida antes del almuerzo, tuvo la sensación de que el dolor era soportable. Cuando ya no pudiera aguantar esa agonía con métodos sencillos, sabía que sus días amanecerían cargados de terror y que acabarían con desesperación. Aunque quizá no llegara a esos extremos.

La degeneración de su cuerpo había progresado muy lentamente hasta ese momento. Tal vez lo acecharía algo mucho más dramático antes de que la enfermedad lo redujera a un fantasma gruñón postrado en cama. O quizá la Virgen lo salvaría. No podía verla, pero sentía su presencia en la habitación. Sí, la sentía. Era la misma sensación envolvente de cálido bienestar que lo embargó cuando Tomas llegó con el paquete hacía casi dos semanas. Era la misma sensación que había invadido su cuerpo y su mente, que había hecho sucumbir los cimientos de su vida hacía cincuenta y seis años, cuando Andreas le había mostrado la obra. Desde entonces, ya no había vuelto a ser el mismo hombre. Ciertas preocupaciones, ciertas necesidades empezaron a obsesionarlo a partir de ese momento. Andreas le había hecho un magnífico regalo al enseñarle el icono en la iglesia vacía e iluminada con velas. Sin embargo, en cierto sentido, el icono había alterado su espíritu, su vida, y la peor parte de todo ello había sido que Andreas no se había sentido en absoluto conmovido por ese premio. El icono era una curiosidad que estaba dispuesto a enseñar a su amigo, pero no significaba nada para él. Sentía auténtica pasión por sus hombres y, posteriormente, por su esposa y por sus hijos, pero ante Dios, era un corazón de piedra. Andreas. A esas alturas de la vida no volverían a ser amigos, pero eso no importaba porque estaban inevitablemente unidos.

Fotis volvió a despertarse, y esta vez se llevó un sobresalto. Había percibido una presencia a un costado de la cama, pero allí no había nadie. No era enemigo ni amigo. No había nadie en la casa y tenía que obligarse a no pensar en todas las formas en que los ancianos podían morir solos. Incluso levantarse de la cama era peligroso. Ducharse sería una temeridad. Quizá debería evitarlo. La casa estaba caliente. Se vestiría, comería y luego vería si se duchaba o no.

El proceso fue lento; no tenía a nadie que pudiera ayudarlo. Roula había muerto antes de que él perdiera la fuerza que podría haber necesitado de ella. Le costaba pensar en los dos, en los años felices que podrían haber pasado. Ella quería desesperadamente tener hijos, pero Dios tenía otros planes. La jovencita que vino después no le fue de ninguna ayuda; sólo era hermosa, pero ¿de qué le servía? Ella quería convertirse en su esposa, pero él la rechazó, aunque le agradeció la lección de vanidad que le había dado, y no volvió a caer en el mismo

error. Su sobrina pertenecía a Alekos, quien lo odiaba. Sus hombres merecían su confianza, pero los había perdido a todos. Phillip regentaba el restaurante y mantuvo las distancias, según lo acordado. Nicholas estaba en el hospital, y el desleal Anton había huido. Taki, el único hijo de su hermana, había muerto. Fotis cerró los ojos y trató de cerrar su mente al dolor y a los remordimientos de conciencia que lo asaltaron.

Esa resistencia fue de suma importancia. Si no podía acabar con sus remordimientos de una vez, el pasado lo abrumaría de forma insuperable y todos los muertos se abalanzarían sobre él al mismo tiempo. Marko, estrangulado en un callejón, mirando fijamente desde la mesa del empresario de pompas fúnebres; Roula, tosiendo la poca sangre que le quedaba; el joven sacerdote, quemado y sangrando, retorciéndose de dolor en la oscura cripta. Todos ellos podían recriminarle algo. Y él, Fotis, enfermo, viejo y temeroso como un niño, condenado pero vivo. Noventa años de vida que se alargarían. Ridículo. Desagradable. Casi se dejó llevar por un odio insondable hacia sí mismo mientras arrojaba el jersey con el que se había estado peleando y se sentaba una vez más en la cama.

Mirar a la Virgen. Era su única salida. De ahí surgía todo el dolor y todos los problemas. Se dio la vuelta en la cama y la vio. La luz todavía no era lo suficientemente intensa para que la iluminara de lleno, pero bañó la estancia de un cálido destello naranja que captó las zonas más brillantes de la superficie. La región dorada superior y las partes amarillentas donde faltaba pintura creaban un contraste gracias al cual la tela granate, las largas manos marrones y los enormes ojos resaltaban. Los ojos mantenían al anciano en esa caricia hipnótica y compasiva, y no pudo evitar sentir que incluso en ese lugar, donde había estado la pintura, la mano del autor no contaba. La obra estaba desprovista de todo artificio, y esos portales surgían directamente del núcleo de la madera. Sus negras profundidades sonaron en una época anterior a la breve vida del artista, en el alma profunda y sagrada del original. Ella fue la primera, y fue anterior, incluso, al Hijo. Ella era el origen, la vida. En esa madera estaban los dos. La ropa de la dama, la sangre de Cristo y las lágrimas de la Madre.

Era imposible que un hombre no se sintiera empequeñecido delante de aquella maravilla. Fotis le dio la bienvenida, porque sus pecados se encogían con la insignificancia de su vida, de las vidas que había favorecido, perjudicado, acabado. Polvo. Un hombre tenía que vivir muchos años para sentirlo, para entender la lección tan bien como la entendía en ese momento, y no podía enseñarla a los demás. Requería el poder transformador de una claridad súbita y ardiente que el Señor concedía a unos cuantos afortunados. Cristo amaba a los pecadores. Por tanto, todavía albergaba esperanzas.

El tiempo carecía de significado ante semejante imagen, pero un hombre seguía siendo un hombre, y llevaba su correspondiente carga de necesidades. El hambre hizo volver a la Serpiente del jardín a su solitario dormitorio, que ahora dejaba entrar toda la luz del mediodía. No tenía idea del tiempo que había transcurrido, pero se obligó a levantarse, a ponerse el jersey gris y a bajar a la cocina. Sólo después de tomarse su café y sus copos de avena se permitió reconsiderar su postura una vez más. No era precisamente envidiable. Entre la compra y el soborno de Tomas, lo había gastado prácticamente todo para conseguir el icono. Guardarlo y encontrar la forma de vivir plantearía todo un desafío. Tenía algo de dinero en efectivo y cuentas ocultas en tres países. Había comprado la casa a nombre de Phillip y no se lo había dicho a nadie, salvo, al parecer, a Matthew. ¿Por qué se lo había contado? ¿Por la necesidad de compartir su placer con alguien? ¿Un simple desliz atribuible a la edad? La razón no importaba, ya estaba hecho. Le había dicho a su ahijado que la compra no se había realizado, aunque de todas formas el chico no sabía dónde se encontraba exactamente la casa, ¿no era cierto? Le resultó desconcertante no estar seguro de esos detalles. De todos modos, Andreas podría asimilar lo que Matthew sabía y descubrir el resto. Habría otras personas buscando, aunque Fotis había regresado al país de incógnito. La casa no podía considerarse segura. Ya había pasado allí tres días, tratando de recuperarse. Tendría que encontrar un alojamiento a corto plazo, y decidir otro a largo plazo. Algún lugar cálido, México quizá.

Fotis miró por la ventana de la cocina hacia la estrecha hondonada boscosa que quedaba al este. Semanas atrás pensó que facilitaba el

mejor acceso secreto a la casa, y decidió colocar sensores de movimiento, aunque todavía no se había ocupado de ello. Aún no había suficiente vegetación para tapar los sensores, aunque su vista ya no era tan buena como antes y no podría ver a un hombre a esa distancia. Alguien sigiloso podría acercarse a la casa, aunque la entrada le resultaría más difícil.

Entre la cocina y la escalera trasera estaba la despensa reformada que servía de sala de seguridad. La alarma de la vivienda se controlaba desde allí y podía programarse para que produjera el clamor típico de esos artilugios, o bien un tenue sonido junto con una luz parpadeante especificando el lugar de la entrada, situado en un panel de su dormitorio y en otro del dormitorio principal. Cuando Fotis estaba en casa utilizaba ese segundo modo. ¿Para qué molestar a los vecinos? Además, era mejor para sorprender a los ladrones. También había ocho monitores de vídeo para las cámaras emplazadas en varias partes de la casa y en el jardín. Eran pocos, pero como no había nadie que los mirara, resultaba inútil colocar más. Sencillamente, no contaba con el hecho de que iba a perder a todo el mundo. Al piloto, el capitán Herakles, no podía contratarlo para desempeñar una labor menor. El joven conductor del Peugeot habría servido, pero nunca hubiera confiado en él; además, ahora descansaba en aguas del Adriático. Eso le costó el triple con Herakles. Habían surgido muchas complicaciones.

Justo antes de abandonar la estancia, observó movimientos en el monitor que cubría la verja de entrada. Un sedán negro subía por entre los enormes pilares de piedra y avanzaba lenta mente por el sendero. Fotis miró el monitor sin pestañear mientras el coche desaparecía de la primera pantalla y volvía a hacer su aparición por el monitor de la puerta principal. Parecía el mismo vehículo que había visto conducir a Matthew en dos ocasiones. ¿Qué otra persona, de quienes lo estarían buscando, podría acudir hasta allí? A no ser que se equivocaran de camino. Fotis miró todos los monitores, con la mente totalmente despejada, y se arrodilló para abrir un pequeño archivador gris, del que sacó una bolsa del fondo. En su interior había una pequeña pistola negra, una vieja Walther de un amigo suyo del MI6. El arma había funcionado meses atrás y tenía el tamaño y el peso adecuados para su mano temblorosa. Cogió un cargador y se metió otro en el bolsillo de su

jersey. Por el momento, no tenía previsto organizar una pelea inútil. Probablemente no ganaría y, en el caso de hacerlo, tendría que vérselas con las autoridades. Pero Fotis era un tipo con suerte y su supervivencia implicaba tener varias posibilidades. Lucharía por su icono.

Las pantallas no revelaron más actividad. No había nada en la arboleda; nadie en el pequeño montículo que quedaba detrás de la casa. El coche se detuvo durante un minuto antes de que se abriera la puerta del conductor y Matthew saliera. Maldita sea, ¿por qué había venido? ¿Quién lo acompañaba? Sin duda alguna, no debía de ser Andreas, nunca permitiría una cosa así. Su ahijado se dirigía hacia la puerta principal y Fotis tuvo que enfrentarse al pánico que sentía. ¿Por qué Matthew? Y ¿quién iba con él? No quería causarle daño al chico, pero ¿cómo saber en qué juego estaba metido? Fotis podía negarse a abrir la puerta. Pero ¿y si el joven trataba de forzarla? ¿Podía dejarlo pasar, después de haber descubierto la casa? Tocó el rosario de suaves cuentas de jade que llevaba en el bolsillo. Tenía que dejarse llevar por el instinto. Desactivó la alarma de la puerta principal. Después, sin pensar en nada más, fue a recibir a su ahijado.

La sonrisa con la que su padrino lo obsequió fue toda una sorpresa, pero Matthew se dio cuenta de que no debería ser así. Cualquier reacción contraria a lo previsible era precisamente lo que cabía esperar de la Serpiente. La sonrisa no enmascaró el cansancio y la preocupación que se reflejaban en la boca y en los ojos del anciano, la creciente agitación que parecía doblar todo su cuerpo. La enfermedad, o tal vez las exigencias de sus turbios negocios, estaban acabando con Fotis.

—Excelente, muchacho. Debes decirme cómo me has encontrado, pero entra, entra.

¿Qué más cabía hacer? El sacerdote no le ofrecía una protección real, sólo una ilusión, y lo mejor que podía hacer era dejar un espacio entre ambos. Matthew sabía que Ioannes no tenía ninguna intención de marcharse ni de telefonar a alguien si las cosas se ponían feas, pero Fotis lo ignoraba. Sólo cuando Matthew entró en la casa vio la pistola que su padrino sostenía en la mano. Sin embargo, no había nada de

peculiar en ello; era una criatura perseguida, y Matthew había visto tantas armas la semana anterior que no se asustó.

—¿Quién está en el coche?

—Un amigo. En realidad, es un sacerdote.

—¿Sabe lo que está pasando?

—En parte.

—¿No entrará?

—No.

El anciano pareció satisfecho con la respuesta, cerró la puerta con llave y se encaminó pesadamente hacia la escalinata. Se detuvo unos instantes y luego reemprendió la marcha. La indecisión y la falta de amabilidad eran motivos lo suficientemente extraños como para inquietar a Matthew, aunque al mismo tiempo percibía una sensación satisfactoria detrás de esa fachada. No podía hacer otra cosa excepto seguir, primero abriendo suavemente la puerta una vez más. La casa se parecía a muchas otras que había visto en aquella zona: una combinación de piedra y madera, con el techo de pizarra, y de una extensión más amplia de lo que parecía. Las paredes interiores eran de color crema. Había varias estanterías y una serie de paisajes impresionistas y obras religiosas que tiempo atrás habían dormido en el sótano de Fotis. Hacía mucho calor en la casa y Matthew se quitó la chaqueta mientras subía la escalera.

—Debí de ser más específico acerca de la ubicación de esta casa de lo que recordaba -comentó Fotis.

—Creo que tendrías que interesarte más por el motivo de mi visita.

El anciano se volvió al llegar a lo alto de la escalera; su actitud divertida y alerta rayaba la locura. La luz de una ventana alta reflejó un feo moratón amarillo que tenía en la sien izquierda.

—¿Por qué? No hay secretos entre nosotros. Ambos deseamos lo mismo, sólo que espero que entiendas que mi necesidad es mayor.

El viejo se alejó pasillo abajo y Matthew sólo tuvo tiempo de gritarle por la espalda.

—No lo entiendes, Tkeio. No he venido por eso. Escúchame.

Mientras lo seguía, Matthew entró en un espacioso dormitorio situado al fondo de la vivienda. Las sábanas de la cama de matrimonio todavía estaban arrugadas y la luz se filtraba por tres ventanas. Un teléfono y

una extraña consola dominaban el enorme escritorio de roble. El padrino se sentó en una silla de cuero que había en la esquina y miró fijamente hacia una chimenea que nunca se utilizaba. Encima de ésta descansaba el icono. Era más pequeño de lo que Matthew recordaba. En realidad, le parecía más insignificante en todos los sentidos del término, y pensó que no merecía en absoluto la sangre y el dolor que había provocado. Los ojos de la Virgen parecieron darle la razón. Habían perdido su magnetismo, su promesa de que ciertos misterios se revelarían a su debido tiempo, y ahora su mirada parecía desesperada. De un modo perverso, Matthew creyó que esa nueva visión de la obra empezaba a generar en él una sensación de protección casi igual de intensa que la pasión por la revelación a la que había sustituido. Fue consciente del profundo efecto que las circunstancias de esa visión ejercían sobre su reacción. La presencia de Ana había provocado una especie de lujuria sagrada; la de su padre, un profundo terror y necesidad de curación. Y ahora, esa adecuada tristeza. ¿Qué era el icono para Fotis? ¿Simplemente un conducto?

—Te aporta tranquilidad -susurró el anciano.

—No -contestó Matthew, aunque no era del todo cierto. La Virgen parecía tocarlo de otro modo.

—Entiéndeme, muchacho. No me queda mucho tiempo de vida. Cuando muera, ella será tuya, pero quiero que esté conmigo para morir en paz. No me queda otra esperanza. Si hubieras visto lo que yo he visto, no me negarías este favor.

—¿Las cosas que has visto, o las cosas que has hecho?

—¿Quién más sabe que has venido aquí?

Matthew ignoró la pregunta de su padrino; ya estaba cansado de sus preguntas.

—Tienen a Andreas.

—¿Quiénes?

—No estoy seguro. Creo que es ese tal Del Carros. Trató de coger a Ana Kessler hace unos días. Estoy bastante seguro de que llegó a un acuerdo con tus rusos para hacerse con el icono. Fotis asintió.

—¿Estás seguro de que tienen a Andreas?

—Hablé con él.

—¿Y qué te dijo? Literalmente.

–No mucho. Creo que estaba drogado. Me dijo que no hiciera nada, y se refirió a «esos dos hombres», de modo que supongo que hay dos tipos implicados en el secuestro.

–Bien. ¿Eso es todo?

–Los llamó «príncipes». Me imaginé que estaba siendo sarcástico. – Fotis miró a Matthew durante un buen rato. El joven era consciente de que su padrino le estaba haciendo un repaso, pero conservó la calma porque sabía que no escondía nada-. Dijeron que me llamarían pronto - prosiguió-. Esperan información sobre el paradero del icono.

–¿No se te pasó por la cabeza que todo esto fuera una trama urdida por tu abuelo?

–¿Crees que ha fingido el secuestro?

Fotis asintió mientras seguía mirándolo fijamente. Matthew consideró seriamente esa posibilidad, lo que no era más que una muestra de que la paranoia de las últimas semanas lo había afectado gravemente.

–No. Él quiere que me mantenga al margen de todo este asunto. No se inventaría algo así para enviarme a tu casa. Deberías saberlo.

–Quizá sea una maquinación vuestra.

–Eso tampoco tiene sentido por esa misma razón. Estás pensando en voz alta y ni siquiera crees en lo que estás diciendo.

–Tal vez.

–Tenemos que ayudarlo.

–Claro que sí. – Fotis pronunció estas palabras sin convicción. Se quedó mirando fijamente, sin pestañear. Ya no miraba a Matthew, sino que seguía maquinando y ahorrando tiempo. – ¿Qué crees que significa «príncipes»?

–El «príncipe» -empezó a explicar Fotis lentamente- era como tu abuelo y yo llamábamos al oficial alemán del que te hablé. A veces lo llamábamos Pasha, porque le gustaba vivir bien y rodearse de tesoros perdidos. Es el hombre con quien Andreas hizo el trato, enviando la Virgen al exilio.

–Müller. El nazi que ha estado buscando durante todos estos años.

–El mismo.

–Del Carros es Müller.

–Podría ser.

–¿Qué pretendía al decirme eso?

–Sólo que lo supiéramos. O tal vez quería advertirnos que estamos tratando con alguien mucho más peligroso de lo que creía. Tu abuelo sigue siendo un tipo leal.

–Claro. ¿Y cómo le vas a pagar esa lealtad?

–No tengo forma de ayudarlo. Apenas puedo protegerme a mí mismo.

–Tienes el icono. No vale la vida de Andreas.

–Su vida ya se ha echado a perder. ¿No le has dicho nada a tu abuelo, ni a esos hombres, acerca de este lugar?

–Por supuesto que no.

–Pues entonces no sacarán nada de él. ¿Entiendes? Ha utilizado su última oportunidad para avisarnos. Si ahora les das la información, tu abuelo morirá, y es muy probable que también nos maten a nosotros dos. Y luego se llevarán el icono. Andreas se convertirá en el instrumento de nuestras muertes, ¿acaso crees que quiere eso? ¿Crees que quiere darle a Müller la oportunidad de traicionarlo de nuevo? Sería vergonzoso. Ellos sólo ganan si consiguen el icono. Nosotros podemos evitarlo. Tienes que ayudarme.

–Conozco a una persona que puede ayudarnos. Es un exagente del Mossad, un amigo de Andreas. No podemos dejárselo todo a él, pero tenemos que probar algo.

–No entiendes nada.

La ira pareció agitar el cuerpo enfermo del padrino y la mano que asía la pistola golpeó contra su pierna. Un leve sonido atrajo la atención de los dos hombres hacia el escritorio, donde una luz roja parpadeaba en la consola. Fotis se sobresaltó y luego se dirigió hacia ella.

–¿Crees que al sacerdote le ha entrado curiosidad? No. No es la puerta principal, sino la trasera...

Fotis se alejó un poco y apuntó con la pistola hacia la cabeza de Matthew. Su lenguaje corporal era tan amenazador que Matthew se encontró levantando las manos y retrocediendo dos pasos hacia atrás.

–Theio!

–¿A quién has traído? Dime la verdad.

–A nadie, sólo al sacerdote.

El viejo dejó caer la pistola a un lado una vez más y habló en voz baja mientras pasaba por delante de Matthew.

—No, los has traído a todos. Quizá sin que te dieras cuenta, pero te han seguido.

Mientras Matthew se recuperaba del sobresalto, siguió al padrino fuera de la estancia con piernas temblorosas. Fotis se dio la vuelta para acercarse un dedo a los labios y luego empezó a avanzar por el pasillo en dirección contraria por la que habían venido. Torcieron por un pasillo más corto. En lo alto de la empinada y estrecha escalinata, Fotis indicó con gestos a Matthew que se quedara quieto y luego empezó a descender. A veces, desaparecía por unos instantes mientras Matthew permanecía allí, callado e indefenso, observando el lugar adonde su padrino había ido. ¿Qué hacía? ¿Quién estaba allí? ¿Debería salir para comprobar dónde estaba Ioannes? Se sintió invadido por las dudas y al cabo de unos minutos oyó un leve ruido procedente de abajo. Fotis reapareció. La Serpiente subió pesadamente la escalera, pero se apoyó sobre el hombro de Matthew con una mano segura y acercó los labios a la oreja del joven.

—Lo oigo, pero no lo veo. Hay otro hombre en la puerta principal. Utilizaremos la segunda planta para defendernos. ¿Sabes usar esto?

Fotis sacó una enorme pistola y la sostuvo. Matthew asintió de mala gana. Su padrino la manipulaba con el máximo sigilo; colocó la primera tanda de balas y luego dejó el arma en la mano de Matthew.

—Aprieta fuerte el gatillo. Quédate aquí y dispara a quien suba la escalera.

Fotis empujó a su ahijado hasta la pared, luego sacó la Walther de su jersey y se dirigió hacia la parte delantera de la casa. El miedo por lo que pudiera ocurrir luchaba con la indignación de que los sucesos superaran sus intenciones, pero Matthew no apartaba la vista de la escalera. No quería distraerse con sus pensamientos, aunque éstos llegaban sin previo aviso. Si allí estaba Del Carros, o su compañero, tendría que actuar sin vacilar, tal como Fotis le había indicado. Pero ¿y si era otra persona? ¿El FBI, o Benny, o incluso Ioannes? Si esperaba a identificar a la persona, ¿tendría oportunidad de reaccionar? ¿Podría mirar a un desconocido a la cara y apretar el gatillo?

¿O tal vez era otro de los juegos de Fotis? Se apartó unos tres metros del descansillo para asegurarse de que el viejo bastardo no estuviera subiendo la escalera principal con el icono. Un leve ruido procedente de abajo lo hizo volver rápidamente sobre sus pasos. Luego, todos sus pensamientos desaparecieron cuando oyó unos disparos en la parte delantera de la finca.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 25

A Jan le desagradaba profundamente el plan, pero no tenían muchas opciones. Habían drogado a Spyridis, pero el viejo no había dicho demasiado y era evidente que no sabía dónde estaba Dragoumis. El chico era su mejor baza. Atraparlo habría sido el camino más fácil, pero Müller analizó el tono de voz de Matthew y se dio cuenta de que no conocía exactamente el paradero de su padrino, aunque podría encontrarlo si le daban tiempo. Las cosas podrían salir muy mal si Jan trataba de atrapar al chico y al sacerdote al mismo tiempo. Matthew incluso podría morir y, de todos modos, retener a tres rehenes era un asunto muy delicado para dos hombres. Uno ya era bastante. Lo mejor era que Van Meer siguiera al muchacho.

El holandés estaba disgustado, y eso era lo más cerca que podía estar de un enfado. Había vigilado el apartamento de Spear durante varios días y le sorprendió el hecho de que el chico cometiera la locura de regresar allí. Instó a Müller a atraparlo, puesto que resultaría extremadamente sencillo. Sin embargo, Matthew se salió con la suya, y seguirlo fue tan difícil como habían previsto. Müller lo siguió en coche y Jan a pie, y tuvieron muchos problemas cuando se dieron cuenta de que Spear pedía prestado el vehículo de un amigo y estaba a punto de desaparecer. El holandés consiguió seguirlo en coche hasta las afueras de la ciudad, subiendo por el Bronx River Parkway y pasando por las serpenteantes carreteras secundarias del norte de Westchester. Jan era bueno conduciendo y el joven no tenía mucha experiencia en seguimientos. Sin embargo, como el trayecto era tan largo, cabía la posibilidad de que Matthew se diera cuenta de que lo estaban siguiendo, lo que podría querer decir que iban camino de una emboscada.

Müller observó a Spyridis, que viajaba en el asiento de atrás, todavía inconsciente por la última inyección. Recibiría otra cuando el coche parara, y con toda probabilidad no se despertaría de nuevo en este mundo. El griego tenía las muñecas atadas con una cuerda, que Jan había ocultado colocando una sábana sobre su regazo. Müller volvió a mirar hacia la carretera y se dio cuenta de que había perdido de vista el vehículo de Spear.

–¿Dónde está?

–Acaba de parar ahí, junto a esa pared de ladrillos, frente a la verja.

–Pues entonces, ¿por qué hemos pasado de largo? Jan lo miró disgustado.

–Deberíamos ir tras él, ¿no crees? Podríamos entrar a tomar una copa.

Se alejaron de la verja unos cien metros, pero sólo veían los árboles y una pared, después perdieron de vista la finca. Jan viró el coche y volvió a pasar frente a la verja hasta que llegó a una hondonada boscosa situada a unos cien metros y aparcó entre las malas hierbas. Sacó su teléfono móvil, lo cambió a la función de walkie-talkie, para poder hablar con Müller, y luego abrió la puerta.

–Dame tiempo para entrar. Luego accede por delante, según lo acordado.

–Sí, claro.

–Bastarán unos diez minutos. Recuerda que no podré hablar cuando esté dentro de la casa.

–Lo tenemos todo previsto, entra.

–No seas impaciente. Estamos muy cerca.

Müller no tuvo que responder, y luego Jan desapareció entre los robles jóvenes y los arces como un fantasma. Müller respiró hondo y se acomodó en el asiento del conductor. Dejó pasar cinco minutos de reloj y arrancó el vehículo, luego comprobó si había tráfico en la carretera vacía y salió lentamente. Jan tenía razón («maldito sea»), no había razón para precipitarse ni tener miedo. Se estaban acercando a Fotis y no era el momento de cometer errores absurdos.

Mientras giraba para proceder a subir la cuesta, volvió a ver la pared de ladrillos, vieja y cubierta de moho. Vio los pilares de piedra a unos treinta metros que servían para encuadrar el camino. Aparcó en un recodo del camino cubierto de césped, sacó su teléfono móvil y esperó la llamada de Jan, mientras echaba un ojo a Spyridis una vez más. ¿Se había movido o era simplemente el vaivén del coche? Comprobó la carretera, los árboles y el muro. Luego vio una diminuta cámara en el pilar oeste que miraba hacia él.

Maldita sea, debería haberla visto antes; debía de haber cámaras por todas partes. Instintivamente, volvió a arrancar el vehículo y se adentró en el largo camino de grava. ¿Por qué darle a Dragoumis más tiempo para pensar? Con suerte, sólo el viejo griego les opondría resistencia. El teléfono móvil que había dejado sobre el asiento empezó a sonar, lo cual quería decir que Jan estaba dentro de la casa pero no podía hablar. Müller sintió que el corazón le latía peligrosamente y respiró hondo el aire viciado del coche. Aparcó en un ángulo lo más oblicuo posible en relación con las ventanas de la casa, salió y echó a correr hacia la puerta delantera.

No había nadie en el coche de Spear, de modo que el chico y el sacerdote debían de estar dentro. Müller ignoró la inevitable cámara de seguridad que había en la puerta y trató de manipular el enorme pomo de latón. Estaba abierto. O Jan lo había abierto rápidamente, o era una trampa muy obvia. Sacó la pistola del interior de su abrigo y abrió la puerta con la mano que le quedaba libre. No ocurrió nada de inmediato. Pudo ver una hermosa alfombra oriental azul y roja al pie de la escalinata y unos anchos arcos que daban a estancias iluminadas por la luz del sol a ambos lados de un vestíbulo. Müller entró rápidamente y buscó la escalera. El primer disparo lo sorprendió, pero cuando oyó el segundo se agachó y se movió hacia la derecha. El instinto superaba a la edad. Oyó, al menos, un golpe inconfundible de un trozo de madera. Tropezó con la pesada pata de algún objeto y se arrodilló mientras agachaba la cabeza debajo de una enorme mesa de comedor. Aunque no podía ver bien, se dio cuenta de que se encontraba en el comedor, fuera de la línea de fuego.

Comprobó si tenía alguna herida, pero había salido ileso. Los disparos procedían de lo alto de la escalera. Dragoumis (si es que el francotirador era él) había esperado hasta que estuviera dentro antes de disparar, pero no había apuntado bien. El alemán meneó la cabeza mientras su visión se volvía más nítida. Había tenido suerte. Le dolían las rodillas, tenía moratones en la cabeza y no había forma de subir aquella escalera. Al menos había entrado en la casa. Miró al otro lado del vestíbulo y vio un gran y lujoso salón en el que la luz se filtraba gracias a unas puertas francesas sobre un sofá blanco, una mesa de cristal y una alfombra gruesa de flokati. Le recordó a una habitación

de una casa en la que había vivido hacía mucho tiempo, un lugar donde había sido muy feliz. Pero ahora no podía pensar en ello. Había una puerta al final del comedor, contigua a una alta vitrina. Una casa como aquélla debía de tener una escalera trasera. Tenía que encontrarla, y también encontrar a Jan. Müller avanzó lenta y dolorosamente hacia la estrecha puerta.

La cocina era grande y tenebrosa, a pesar de las paredes blancas y las cortinas azules, y Müller percibió un leve olor a gas. Había un bol y una taza en el fregadero. La cocina tenía dos salidas, aparte de la puerta por la que había entrado él. La de la izquierda parecía más prometedora, pero tan pronto como pensó en ella, oyó un estallido procedente de esa dirección. El disparo había sido realizado con una pistola de un calibre superior a la de antes, en la parte delantera de la casa, de modo que debía de haber dos personas en el piso de arriba. ¿Dónde estaba Jan? Si habían matado al holandés, lo único que podía hacer era tratar de salir de allí con vida. Afortunado. Sin embargo, ésa no parecía una palabra muy apropiada en ese momento. Sólo existía una escapatoria para un hombre de su edad. No se iría sin el icono, fueran cuales fuesen las consecuencias. Müller se encaminó hacia el lugar en donde había sonado el disparo.

Un corto pasillo desembocaba en una pequeña habitación llena de archivadores y monitores en blanco y negro. El anciano vio los coches aparcados delante de la finca, varias imágenes de los alrededores, las escaleras principales y el sacerdote, que deambulaba por un costado de la casa. Las pantallas no ofrecían imágenes del interior de la vivienda. Al cabo de un rato, levantó la cabeza y vio que Van Meer estaba a su lado. Jan sonrió. – Has perdido el sombrero.

–Sí -susurró Müller, que, a pesar de haberse sobresaltado al verlo, contuvo una reacción-. Creo que sí. ¿Qué fue ese disparo?

–Poca cosa. Le faltó medio metro para alcanzarme, pero hay alguien ahí arriba.

–También hay alguien delante. Jan asintió con la cabeza.

–No estamos en una posición favorable. Somos dos contra dos, y ellos están en una posición elevada. Lo lógico sería que nos fuéramos.

–Imposible. Jamás volveremos a tener una oportunidad como ésta.

Jan asintió una vez más, y en cierto modo ya esperaba esa respuesta. Sus ojos se dirigieron por encima del hombro del alemán hacia la puerta de la cocina y, mientras hablaban, movió la cabeza para poder captar cualquier sonido. En determinados momentos, Van Meer parecía ser un hombre mecánico, puro cálculo, pero Müller pudo determinar que había despertado al hombre juguetón que había en él. Ahora no podía irse.

–Espero que me des una buena prima -sugirió Jan.

–Hecho. La escalinata principal es larga y recta. No nos sirve.

–Hay un ángulo por detrás. Habrá una distancia de cuatro metros entre el rellano y el francotirador.

–Pues entonces, vamos.

–Espera aquí.

Müller despreciaba el tono autoritario de sus subordinados, pero ya se estaba acostumbrando a ello con Jan, mientras vigilaba la entrada a la escalera y el holandés se adentraba en la cocina. El joven volvió al cabo de un minuto con un montón de trapos que olían a algo; quizá a algún líquido de limpieza. En la otra mano, Jan llevaba una toalla húmeda.

Avanzaron a hurtadillas hacia la escalera y luego subieron juntos los estrechos peldaños. El holandés sacó un mechero de plata de su bolsillo y prendió fuego al puñado de trapos mientras asentía con la cabeza hacia Müller. El anciano avanzó por la pared exterior, consciente del agujero del tamaño de un puño que había en el yeso a un metro de distancia. Antes de que recorriera el ángulo, sacó del bolsillo su temblorosa mano izquierda y disparó rápidamente tres veces. El sonido retumbó en el reducido espacio y Müller se marchó. Jan entró en el espacio abierto y lanzó los trapos en llamas hacia la parte superior de la escalera.

El aire olía a acre. ¿Incendiarían toda la casa?, pensó Müller, tembloroso. ¿Era miedo, o previsión de los acontecimientos? ¿Cuándo se había vuelto tan nervioso, tan débil? Jan se lo quedó mirando con aquella condenada expresión de serenidad tan propia de él. Oyeron que alguien se arrastraba por arriba, unos pies que trataban de alejar los trapos ardiendo. Jan se agachó y avanzó hasta la mitad del ángulo para disparar dos veces; luego se apartó. Oyó un ruido metálico y sordo en

la parte alta de la escalera. El holandés salió una vez más, echó a correr y se perdió de vista. Müller respiró hondo y lo siguió, cubriéndose la boca con la toalla húmeda.

A dos escalones del final había una nueve milímetros negra, así como una mancha de sangre en la esquina de la pared. Jan permanecía de pie en el pasillo repleto de humo, mirando a izquierda y a derecha. Müller arrojó la toalla húmeda sobre el montón de trapos ardiendo y la pisó varias veces. El suelo estaba desconchado, pero no había ningún objeto quemado. Había agujeros de bala por todas partes.

—Le has dado —susurró Müller.

—En la mano —siseó Jan—. Spear. Está cerca.

—Pero va desarmado.

Desarmado, herido y completamente aterrado. El alemán descartó mentalmente al chico. Ahora sólo quedaba Dragoumis, y todo parecía estar a su favor. El icono estaba allí, en alguna parte del segundo piso o, de lo contrario, el griego no habría abandonado la primera planta sin luchar. El pasillo en el que se encontraban conectaba con otro situado a unos cuatro metros de distancia que los conduciría hasta la parte delantera de la vivienda. Van Meer echó un vistazo a esa esquina.

—¿Y bien? —preguntó Müller.

—Nada. Muchas puertas.

—¿Puedes ver el rellano superior de la escalera principal?

—Sí.

—Bien. Pues, entonces, el griego no puede bloquearla sin que le disparemos desde aquí. Date la vuelta y acércate por delante.

Avanzaremos por ambos lados.

—Spear está en alguna parte.

—No te preocupes por él. Dragoumis es nuestro hombre. El holandés no parecía muy convencido, pero asintió con la cabeza, avanzó por el corto pasillo y desapareció sin hacer ruido por la escalera de atrás. Müller se colocó en la esquina y miró a su alrededor. Sólo vio exactamente lo que Jan le había descrito. Se estaban acercando por momentos. Probablemente, las casas colindantes estaban muy lejos para oír los disparos, y Dragoumis jamás llamaría a la policía. Lo tenían, a menos que cometieran un error, como, por ejemplo, perder la cuenta de los cartuchos. ¿Cuántos habían disparado? Sólo tres, de eso

estaba bastante seguro. Buscó otro cartucho en su abrigo, pero, en cambio, sacó un pequeño estuche de cuero que contenía la jeringuilla y el narcótico. Había olvidado administrarle otra inyección a Spyridis antes de salir del coche. No obstante, tampoco importaba demasiado, porque el hombre sufría el frío del exterior y además, estaba atado. Pero no podía permitirse cometer ese tipo de errores. Tenía que concentrarse. Tenía que hacerlo mejor si quería sobrevivir. No cometería más errores. Debía ser como Jan, se dijo, mirando sus manos temblorosas; como una máquina hasta terminar el trabajo.

El Nissan metalizado de Benny se acercó a la rampa a gran velocidad y apenas se detuvo para que Ana subiera, de modo que volvieron a estar en la sinuosa carretera al cabo de menos de un minuto. Lo primero que había hecho Ana había sido llamarlo. El mensaje de Matthew le había proporcionado muy pocas pistas; sólo quería que ella supiera lo que pensaba hacer, por si las cosas se torcían. Sin embargo, le había contado que tenía previsto buscar la casa de su padrino con su antigua novia, que se había criado en esa parte del país. Robin era la clave. Benny fue directamente al apartamento de Matthew y lo registró de arriba abajo en busca de una agenda de teléfonos, que en seguida encontró. Era típico de los hombres no apuntar nada en ese tipo de agendas, pero Benny halló a una tal Robin Sprague y su número de teléfono. Ana lo convenció que sería mejor que llamara ella.

Telefoneó temprano por la mañana y pilló a Robin preparándose para ir a trabajar. La mujer le respondió con suspicacia y Ana tuvo que proporcionarle varios datos personales sobre Matthew para demostrar su estrecha relación. Luego le contó que corría peligro; algo relacionado con el padrino de Matthew. Robin conocía a Fotis y no se extrañó por la noticia. Los detalles se habían vuelto algo confusos en el último par de meses, pero Robin trató de reconstruir el camino hasta la casa de Fotis lo mejor que pudo. Ana decidió no contarle a Benny lo que sabía, sino que insistió en que la recogiera por el camino. Él estaba conduciendo en dirección norte y el silencio de Ana lo enfureció. «Estás poniendo a Matthew en peligro», le soltó, pero el retraso sólo sería de unos minutos, y era información muy importante que debía ocultar. La chica tranquilizó a los padres de Matthew diciéndoles que iba a verlo, lo cual era cierto, y luego bajó la colina hasta Fennimore Road y

recorrió varios centenares de metros hacia el oeste, hasta llegar a la salida de la autopista de Bronx River Parkway.

–Como ves, no hay ningún problema -le replicó a Benny mientras éste aceleraba.

–El problema lo tenemos delante. Abróchate el cinturón porque no voy a reducir la marcha.

–¿Realmente crees que lo han seguido?

–Es lo que yo haría. Ahora dime adónde vamos.

Dejaron atrás la reserva de Kensico y se internaron por serpenteantes carreteras secundarias. Sería un paseo agradable para disfrutar en otro momento, porque ofrecía lagos, bosques y hermosos paisajes, pero Ana estaba muy tensa, comprobando todas las ambiguas indicaciones que le había dado Robin, tratando de olvidar que todo dependía de que ella encontrara el camino correcto. Al cabo de un rato, pasaron por una hondonada boscosa, luego vieron una cuesta que conducía hasta una pared de ladrillo y una entrada flanqueada por pilares. Ana sólo pudo distinguir el tejado de pizarra más allá de una pantalla de árboles.

–Es ahí; ésa es la casa.

–¿Estás segura?

–Bastante segura, Benny. La verdad es que no vengo mucho por aquí.

Benny dio la vuelta; perdieron de vista la casa y regresaron a la hondonada boscosa. Aparcaron donde las hierbas estaban aplastadas por la presencia de otro vehículo.

–Quédate aquí -le ordenó a Ana, a quien hizo sentar detrás del volante-. No le quites ojo a la carretera ni al bosque, y si ves a algún curioso, ten cuidado. No hables con nadie y bajo ningún concepto bajes del coche. – Benny le dio unas palmaditas en el hombro-. Hiciste bien en llamarme. – Luego desapareció entre los árboles.

Ana esperó unos cinco minutos largos; luego bajó del vehículo. Estaba asustada, pero aún lo estaba más ante la idea de permanecer sentada en el coche y no dejar de preguntarse qué estaría pasando en aquella casa. También estaba enfadada; era una rabia que la había consumido durante días. La sonrisa de satisfacción de Del Carros no dejaba de atormentarla. Las hojas de los árboles todavía no habían

brotado, aunque podía percibirse una peculiar neblina verdosa, y los pequeños troncos estaban tan cerca unos de otros que Ana no podía ver a través de ellos. Al cabo de unos treinta metros, cruzó con cuidado un barranco cercado. Después, el nivel de la tierra volvía a ascender gracias a una pequeña torrentera situada detrás de una discreta pineda, más allá de la cual se encontraba la casa, a unos treinta metros de distancia. Ana se llevó un susto de muerte cuando oyó unos disparos que procedían del interior de la casa. Todos debían de haber previsto un plan, pero ¿quién estaba disparando a quién?

Ana atravesó la pineda hasta llegar a la parte delantera de la casa. Había dos coches aparcados en el largo sendero de la finca y la puerta principal estaba entreabierta. La joven se movió rápidamente y se situó a cubierto detrás de los vehículos. Mientras iba de un coche a otro vio a una persona hundida en el asiento trasero del Marquis negro. Era un hombre mayor, vestido con una gabardina. Una sábana le tapaba el regazo y su sombrero de fieltro le cubría los ojos. Tenía la cabeza recostada en el asiento. ¿Estaría muerto? La joven levantó la manija metalizada y la puerta se abrió. Después, avanzó a gatas sobre el asiento hasta él. Ana sólo había visto a Andreas en una ocasión, pero lo reconoció fácilmente mientras le levantaba el sombrero. Tenía los ojos hundidos y una nariz recta. Dos días atrás, a Ana le había parecido que era un hombre demasiado joven para ser el abuelo de Matthew, pero en esos momentos sí parecía anciano. El hombre abrió lentamente sus ojos negros y trató de mirar a Ana, pero luego volvió a cerrarlos. Estaba enfermo, herido o drogado. La chica retiró la sábana y se dio cuenta de que tenía las manos atadas y los dedos blancos por la falta de circulación. No mostraba indicios patentes de heridas.

Tenía que entrar en la casa y encontrar a Matthew, pero pensó que no podía dejar solo a Andreas. En el suelo del coche había una botella de agua mineral. Ana la cogió y quitó el tapón blanco. Después dejó caer unas gotas en los labios secos de Andreas. El anciano las bebió y luego tosió.

—Señor Spyridis, trate de despertarse.

Ana le puso un poco de agua fría a ambos lados de la cara y el anciano murmuró una queja. Ella lo movió suavemente, y después, con más fuerza. Cuando le aplicó más agua fría en las mejillas, las manos

del viejo saltaron de su regazo, y, como estaban atadas, soltó un fuerte puñetazo que estuvo a punto de impactar en la barbilla de Ana. La joven se apartó unos centímetros.

–Señor Spyridis, escúcheme. Soy Ana, la Ana de Matthew. Su nieto está en esa casa. ¿Entiende?

Andreas la miró, confundido y a la vez receloso, pero estaba a punto de recobrar la conciencia.

–Matthew está en esa casa -repitió ella-. Y también Benny. Se han producido disparos... ¿Qué? ¿Qué ha dicho?

–¿Dónde está Müller? – preguntó Andreas con voz áspera.

–No sé de quién me habla.

–De Del Carros.

–No estoy segura. ¿Lo ha traído hasta aquí? ¿Jan está con él?

–Sí.

–¿Puede levantarse?

Andreas se encogió de hombros. Ana se movió rápidamente dentro del coche y lo sacó a rastras por la puerta más cercana a la casa. El hombre no podía permanecer de pie sin su ayuda y cayó sobre el vehículo. ¿De qué serviría el anciano en ese estado? Ana se puso nerviosa al tratar de entenderlo.

–¿Qué está diciendo?

–Armas... -dijo él con dificultad. – No llevo ninguna arma.

El anciano suspiró; luego inhaló grandes bocanadas de aire fresco y parpadeó.

–Busca en el coche -ordenó.

Pero Ana no encontró nada, ninguna pistola debajo del asiento ni en la guantera, ni tampoco llaves para abrir el maletero. Durante varios minutos trató de desatar la cuerda de las muñecas del anciano y percibió claramente que empezaba a sentirse invadida por el miedo, que éste se instalaba por encima de toda su agitación emocional.

Andreas se masajeó las manos liberadas y miró hacia la puerta principal, que estaba abierta.

–Espera aquí -susurró, luego avanzó hacia los escalones. Se tambaleaba y la escena resultaba ridícula. Ana estuvo a punto de dejarlo marchar, pero luego corrió hacia él, pasó el brazo izquierdo de Andreas por debajo de su hombro para que se apoyara en ella y juntos

se encaminaron decididos hacia la puerta, hasta que su avance quedó repentinamente interrumpido.

Ioannes estaba de pie junto a unos brotes de laurel detrás de la casa y vio al hombre fornido en la puerta de atrás. Lo había visto salir de entre los árboles y avanzar rápida y sigilosamente por el jardín, mirando en todas direcciones. Sin embargo, el otro no logró verlo a él.

Dos hombres más se habían detenido delante de la casa hacía unos minutos, justo en el preciso instante en que el sacerdote había salido del coche para estirar las piernas, y pensó que sería conveniente que nadie lo viera. ¿Cuántos hombres había en la casa en esos momentos y quiénes eran? No lo sabía, aunque se había percatado de que al menos había dos grupos que se disparaban entre sí. O nadie lo había visto a él, o a nadie le importaba que estuviera allí. A fin de cuentas, sólo era un sacerdote.

Desgraciadamente, pensó Ioannes, el chico debía de estar muerto. Esos tipos eran peligrosos y el joven Matthew era inocente. Probablemente, tendría pocas posibilidades de sobrevir en esa línea de fuego mortal. La historia se repetía. Tendría que buscar sus propias soluciones. Tan sigilosamente como pudo, el sacerdote siguió al hombre fornido hasta el interior de la casa.

De repente, antes de que Ioannes atravesara el marco de la puerta de la cocina, oyó dos fuertes disparos seguidos. El hombre robusto y barbudo se escondió en la habitación de la derecha, mirando rápidamente hacia adelante y hacia atrás. Empuñaba una enorme pistola plateada. Se fijó en Ioannes por un instante, pero luego pasó por delante de él, se volvió y entró de inmediato en la cocina. Después atravesó otra puerta hasta desembocar en el comedor contiguo.

Ioannes consideró la posibilidad de que se hubiera vuelto invisible para sus enemigos. Era algo que ya le había pasado antes, en situaciones extremas, y eso parecía reafirmar la necesidad de su misión. Ese tipo de poder no se concedía gratuitamente, y era evidente que no se empleaba para preservar la vida de un sacerdote débil y pecador. No, lo habían enviado a ese lugar, de forma totalmente inesperada, por algún motivo. Él era un instrumento. Todos ellos lo eran... Pobres diablos.

Su mente y su espíritu empezaron a funcionar al unísono. Sus pies lo llevaron hasta la cocina y se detuvo delante de la enorme encimera. Olía a gas y Ioannes se dio cuenta de que uno de los botones estaba abierto; el tipo de descuido que ofendía su sentido del orden. La voz de su cabeza le habló cuando su mano tocó el mando y el cura se detuvo un momento para asimilar el mensaje. Fue sólo un instante; el pensamiento era el destructor de la acción. Finalmente abrió el gas al máximo, luego giró los otros tres mandos y los cuatro fogones plateados empezaron a arrojar humo invisible. Ioannes esperó aproximadamente un minuto hasta que el olor a gas fue intenso, luego se apartó. ¿Sería suficiente? Se volvió e introdujo su brazo en el espacio que quedaba detrás del horno, tirando fuerte del estrecho tubo que pensó que sería la línea del gas, aflojándolo (¿había empezado a silbar?), aunque sin llegar a arrancarlo. Después apartó de nuevo el brazo. Junto al fregadero había una enorme botella de un producto de limpieza industrial, que Ioannes procedió a vaciar sobre la encimera de la cocina y el suelo. El fuerte olor del producto lo mareó ligeramente. ¿Qué debía hacer ahora? Guiándose por el instinto, se dirigió al comedor, adonde había ido el tipo barbudo.

El hombre estaba arrodillado debajo de una larga mesa negra, mirando fijamente hacia el vestíbulo que se abría ante sí. Era evidente que estaba allí desde hacía un rato, escuchando y esperando. Tenía que advertirle de lo que estaba a punto de ocurrir y Ioannes dio un paso adelante. El suelo crujía suavemente. El hombretón salió de su escondite y se dio la vuelta. Se llevó el dedo a los labios y la pistola que sostenía gesticuló enérgicamente para indicarle al sacerdote que volviera a la cocina.

El aire retumbó de nuevo con el estallido de los disparos. La chaqueta del hombretón comenzó a teñirse de sangre y Ioannes se dobló sobre sí mismo como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Ambos cayeron al suelo al mismo tiempo; el barbudo se retorció para disparar una vez a un tipo delgado que estaba de pie en el vestíbulo.

El sacerdote se dio cuenta de que le habían disparado cuando cayó al suelo, y esperó empezar a sentir dolor de un momento a otro. Se colocó de costado y observó a su desafortunado compañero. El hombre

fornido consiguió sentarse apoyado contra la pared, aunque sangraba abundantemente por la camisa y la chaqueta. Estaba enojado.

–Maldito hijo de puta -susurró mientras se toqueteaba la camisa con una mano y levantaba la pistola con la otra. Dispararon un par de veces más y las balas arrancaron trozos de yeso de la pared que tenían delante.

–Maldita sea. – El hombre se fijó en su pecho ensangrentado, luego miró a Ioannes mientras meneaba la cabeza-. Malditos sacerdotes.

Ioannes trató de extender hacia él una mano reconfortante, pero el dolor lo retuvo. El cuerpo del barbudo se estremeció y sus grandes ojos quedaron clavados en un punto a lo lejos. La pistola plateada cayó de su mano derecha.

–Maldito sacerdote -susurró de nuevo, y luego calló. Todo volvía a estar en calma una vez más. Ioannes empezó a sentir unas inquietantes palpitaciones que surgían del diafragma y se extendían por todo su cuerpo. Tuvo que luchar contra esa agonía y respirar superficialmente. Las pruebas siempre eran más difíciles de lo que creía, se recordó a sí mismo, pero le costaba ceñirse a ese pensamiento. Consiguió extender una mano para tocar el tobillo del hombre a quien había causado la muerte. «Que este servidor descanse con los santos, Señor...» El sacerdote no sabía el nombre de pila de aquel hombre, ni siquiera si era católico o no, pero esas cuestiones tendrían que resolverse en el cielo. Ahora se encontraba demasiado mal para dedicarse a llorar a otra persona, de modo que se esforzó por concentrarse en la labor que lo ocupaba. Todo ocurría por alguna razón. La herida sustituyó su agitación por un dolor que le aclaró la mente y le impidió toda posibilidad de huida. Poco a poco, con un dolor insoportable, Ioannes se incorporó ayudándose con los codos y caminó pesadamente hacia la cocina.

El olor a gas era intenso; no tan fuerte como le hubiera gustado, pero poco después Ioannes cayó desplomado al suelo. Había una cajonera junto a la encimera y se apoyó en ella mien tras percibía el rastro de sangre que dejaba a su paso. Tosió con fuerza y notó que la saliva le sabía a hierro. Sus miembros le pesaban demasiado, pero logró abrir los cajones para buscar algo. No tenía mucho tiempo. El hombre que le había disparado era probablemente el mismo con el que se había

encontrado el tipo fornido en el pasillo de atrás. Ambos habían rodeado la casa para tenderle una emboscada al otro, aunque el hombre delgado había ganado a causa de la intromisión de Ioannes. Ahora volvería a dar la vuelta y se encontraría con el sacerdote tendido en el suelo. Muy bien, pero primero tenía que encontrar lo que buscaba.

–Padre, perdóneme -dijo una voz abovedada procedente del pasillo-. No debería haberse situado tan cerca de ese hombre. Ha sido un accidente.

No existían los accidentes, pensó Ioannes, y por fin su mano palpó una caja de cartón cuyo tacto conocía bien. Lo invadió una oleada de tranquilidad y se sintió eufórico por la magnífica opción que se abría ante sí. El olor a gas era tan intenso que apenas podía permanecer consciente.

–Siento un enorme respeto por los sacerdotes -prosiguió el hombre delgado, esta vez más cerca-. Mi tío, ¿sabe...? Entonces percibió el olor y cruzó la estancia hasta la cocina. Ioannes vio su pelo rubio y su rostro estrecho, mientras los fríos ojos azules del joven lo observaban tendido en el suelo, apoyado contra los cajones. El tipo asió el primer mando de la cocina y lo cerró, pero abrió mucho los ojos al ver lo que el sacerdote tenía en las manos.

–No lo haga -lo instó el holandés.

–Lo perdono -dijo Ioannes, mientras encendía la cerilla.

CAPÍTULO 26

Matthew notó el estallido sordo a través de las frías baldosas del suelo del cuarto de baño. Desde hacía un rato, permanecía allí tendido con una toalla empapada en sangre alrededor de su mano derecha; un sudor grasiento le cubría el rostro y el cuello, y las piernas le temblaban de forma incontrolada, no sabía si a causa del miedo o a que se encontraba en estado de shock. Oyó unas voces que susurraban en el pasillo, y por debajo de la puerta cerrada percibió unas sombras que se movían. Lo encontrarían, de eso estaba seguro. Moriría como un animal herido, tirado en el suelo y temblando de miedo. Era un pensamiento aterrador, pero no podía quitárselo de la cabeza.

El ruido procedente del piso de abajo lo colmó de una perversa sensación de esperanza. ¿Sería posible que los atacantes hubieran causado aquel estallido? Pero ¿con qué fin? ¿Y por qué abajo? Era muy probable que alguien se hubiera unido a la pelea, o que algún artificio hubiera explotado antes de tiempo. Matthew no tenía ni idea de lo que estaba pasando, aunque intuía que el caos era su aliado. Esperó unos minutos para ver qué pasaba. Ya no oía ruidos en el pasillo, pero empezó a percibir olor a humo. Tenía que salir.

Lentamente, abrió la puerta del baño con la mano buena. La entreabrió unos centímetros, y luego un poco más. Nada. Al final, salió al pasillo a rastras. Un humo negro ascendía por la escalera de atrás hasta llegar al techo; Matthew oía el fuerte crepitar de las llamas. Arrastrarse con la mano herida era difícil, pero debido al humo tenía que avanzar agachado. Tan de prisa como pudo, se dirigió hacia la esquina para adentrarse en el próximo pasillo; luego se pegó a la pared para llegar hasta el dormitorio de Fotis.

En su interior, dos hombres mayores se peleaban sobre la alfombra. El que estaba encima, vestido con un traje gris, debía de ser Müller y se dedicaba a asestar puñetazos a la cabeza de su padrino, aunque tenía poca fuerza y no le hacía demasiado daño. La Walther asomaba por debajo de la cama. No había ni rastro de la pistola de Müller. Matthew supuso que debían de haberse encontrado frente a la puerta del dormitorio y habían empezado a pelear antes de que les diera tiempo a

disparar. Percibió, más que vio, que había otra persona en la estancia, aunque decidió ignorar este hecho por el momento.

Matthew se acercó a los ancianos y trató de apartar a Müller con la mano izquierda, pero una intensa oleada de náuseas y aturdimiento lo hizo caer de rodillas. Los dos hombres lo ignoraron. Fotis mordió la mano de Müller y el alemán gritó mientras asestaba un fuerte golpe en la sien del griego. Fotis se soltó y Müller siguió golpeándolo en la cara mientras Matthew le daba una patada en la espinilla. Vio que el humo llegaba hasta el techo; éste tapaba la luz que se filtraba por la ventana y el aire se hacía irrespirable.

Matthew miró en dirección al icono y vio a alguien junto a él. El hombre quemado estaba allí. Hacían una buena pareja: el hombre quemado y la Virgen deteriorada, ahora rodeados por un extraño destello. Tenían los mismos ojos y sus ropas eran del mismo color. El hombre representaba a Juan el Bautista, el tercer miembro del triunvirato, situado a la derecha. María estaba a la izquierda, con Cristo, el objeto de su veneración, invisible en el espacio que había entre ambos. Evidentemente, era una presencia irreal. Una ilusión de humo y luz, el engaño de una mente sobresaltada y un espíritu agitado. En realidad, cuando Matthew trató de mirar directamente a la figura, le pareció que perdía su sustancia. Fue sólo cuando su ávida mirada se posó en el icono que el hombre volvió a aparecer con fuerza, con los ojos abiertos, solemne y con una actitud de espera. Tenía que hacer una elección. Muchos hombres se habían enfrentado antes a ella. En esos momentos, los tres hombres vivos que había en la habitación se encaraban a esa decisión.

Müller se arrodilló a los pies de la cama. Había sacado su pistola y estaba buscando algo en su chaqueta, quizá balas; tosía fuertemente todo el rato. Fotis movió la cabeza en un intento por levantarse. Matthew se quedó mirando a los dos hombres, observando el espectáculo. El aire se estaba volviendo tóxico y tenía que hacer algo. El icono lo llamaba. El joven se levantó como pudo, la cabeza le daba vueltas, y se imaginó que cruzaba la estancia, apartaba a Müller, cogía a la Virgen y se marchaba por la puerta. Sería fácil, pero sus pies no se movían. El hombre quemado seguía mirándolo; no percibía crítica en sus ojos, pero tampoco ayuda. Matthew recordó las palabras de

Ioannes: el poder del icono era grande porque influía en las intenciones de una persona. ¿Por qué había entrado él en aquella casa? «Recuerda: fue para salvar una vida. No por el icono, sino para salvar una vida.»

Había perdido la toalla y su mano derecha sangraba abundantemente debido al agujero de bala de la palma. Matthew ignoró el dolor, se inclinó hacia la polvorienta alfombra para res pirar la última bocanada de aire puro y avanzó para que su padrino se apoyara sobre su hombro.

–¿Qué estás haciendo? – preguntó enfadado la Serpiente. Las piernas le temblaban por el esfuerzo, pero Matthew consiguió levantarse y su cabeza quedó inmediatamente cubierta de humo. Unos débiles puñetazos golpearon su espalda y el anciano dio unas patadas en el aire.

–No, a mí, no, chico. Salva a la Madre. Salva a la Virgen. Matthew salió de la habitación sin mirar atrás. El fuego había alcanzado la parte trasera de la segunda planta y la visibilidad era muy limitada. Fuera lo que fuera lo que los esperaba abajo, no sería peor que las condiciones a las que debían enfrentarse arriba. Fotis estaba histérico.

–¡Estúpido! Regresa y rescata a la Madre. ¿Qué crees que estás haciendo?

«Elegir a los vivos», pensó Matthew mientras empezaba a descender.

Andreas viajó a través del tiempo y de la distancia antes de que la chica lo despertara. No conocía algunos lugares, y otros los recordaba bien. La cripta situada debajo de la iglesia, y el niño Mikalis, mirándolo fijamente con sus ojos de anciano. La hermosa Glykeria, sonriendo mientras paseaban por las calles del pueblo. Unos niños que mezclaban barro y paja con los pies para hacer los ladrillos con los que reconstruirían sus hogares quemados. El balcón de su viejo apartamento, con Maria, joven y de cabello moreno, y Alekos jugando con los soldaditos de plomo a sus pies, entre el dulce olor a resina del atardecer veraniego de Atenas. Rememoró la capilla de la colina, a la que llegó acompañado de Kosta y Ioannes, y esta vez notó algo nuevo, algo que tenía que recordar para Matthew. Al amanecer, se fue a la casa bien protegida de Müller y observó el rostro del alemán cuando le prometió que no habría más ejecuciones. Estaba sentado entre los

manzanos viejos y combados a última hora de la mañana, comiendo pan, cansado por toda la noche de trabajo, y entonces oyó el traqueteo de veinte rifles. Le cayó el pan de las manos, porque sabía que había sido traicionado. Una vez más, aunque con menor intensidad, sintió que el horror se convertía en rabia, la rabia en tristeza, y la tristeza en determinación. Vio la tumba cavada precipitadamente y la cruz de madera en el cementerio argentino, el final del viaje.

Ya no sentía indignación. Cuando soñaba, no podía evocar esa emoción. El espectro blanco que había entrado en el apartamento de Fotis tenía los ojos de Müller, pero, por lo demás, parecía una mala imitación del alemán. Era un hombre cansado y desesperado. Andreas no podía sentir ni odio ni perdón; aquel tipo era, sencillamente, patético. Sería mejor que muriera, pero Andreas dudó que fuera él quien lo matara. De hecho, no tenía ninguna esperanza de ver de nuevo el mundo consciente hasta que Ana Kessler lo despertó. No obstante, le resultó muy difícil volver. Se había sentido ligero como una brisa en sus sueños, y fue capaz de ver y de entender sucesos que habían quedado velados por el temor, la indignación, la melancolía y la codicia. Sintió que se separaba de las preocupaciones más insignificantes. Qué difícil era volver al mundo, a esa forma débil y arqueada, a esa mente lenta. Cada morado, cada cicatriz y cada tensión, cada insulto al cuerpo y al espíritu que había recibido a lo largo de sus setenta y nueve años volvió a él en el transcurso de unos breves instantes. Esa acumulación brutal de experiencias conformaba su vida, y ésta todavía no había terminado.

Pero la Ana de Matthew era hermosa, y la belleza siempre era una buena razón para despertarse. La Ana de Matthew, así es como ella misma se había definido después de que casi la golpeó en la cabeza. El agua fría que le aplicó en el rostro surtió su efecto, pero en ese momento le pareció un acto de crueldad. Había algo que le oprimía las muñecas. Le sorprendía seguir vivo. No tenía ni idea de adónde había ido Müller, pero le pareció lógico que estuviera en aquella casa. Con Matthew, Fotis y otras personas. Su voluntad lo impulsó a levantarse, su cuerpo respondió y no opuso resistencia a la mujer cuando ésta le ofreció su hombro para que se apoyara en él.

El ruido de los disparos procedente del interior de la casa los detuvo, y esperaron un minuto antes de seguir avanzando, para ver

cómo se desarrollaban los acontecimientos. Cuando no ocurrió nada, reemprendieron la marcha hacia la puerta abierta, de la que empezaba a salir humo.

A mano izquierda había una sala de estar decorada con gusto. Delante, una escalera conducía a un pasillo lleno de humo. El humo también salía desde la parte trasera de ese vestíbulo inferior y se amontonaba en el techo de las estancias delanteras. A mano derecha, el humo se acumulaba en un comedor revestido de paneles oscuros y las llamas salían de una puerta situada al fondo. Había una persona ensangrentada apoyada contra la pared, cerca de las puertas francesas. Ana y Andreas reconocieron al hombre al mismo tiempo.

–Benny. – La joven corrió hacia él.

–Agáchate -le ordenó Andreas-; avanza por debajo del humo.

Ana le hizo caso y anduvo a gatas por toda la estancia. «Perfecto, que cuide de Benny», pensó Andreas; la quietud de su cuerpo le hizo temer que el hombre estuviera muerto, pero descartó de inmediato la idea. Se dirigió al comedor delantero de paredes blancas como pudo, a veces andando y a veces a gatas por la alfombra de flokati, y llegó a la puerta de entrada al despacho. Un humo negro colmaba la estancia y no había signos de actividad alguna, sólo el creciente crepitar de las llamas. Cualquiera que estuviera en la parte trasera de la casa habría sido alcanzado por el humo, y él no estaba en condiciones de ayudar. Regresó al vestíbulo; el intenso olor empezaba a irritarle las fosas nasales. ¿Dónde estaba Matthew? Levantó la mirada hacia la escalera. El humo sería más denso en el piso de arriba, pero no le quedaba otro sitio donde mirar. Aún podría aguantar unos minutos. De todos modos, no sería capaz de enfrentarse a Alekos si se iba sin Matthew. Ana trataba de sacar a rastras a Benny por el comedor.

–¡Ana! – gritó el anciano-. Déjalo y sal de la casa.

La joven no pareció oírlo y Andreas se dio cuenta de que si insistía perdería la oportunidad de subir al segundo piso. Confió en el instinto de supervivencia de la chica y subió la escalinata procurando no tropezar, consciente de lo fácil que sería caer al suelo debido a su estado de aturdimiento. A medio camino, se detuvo de repente como si una forma extraña surgiera del humo gris del piso de arriba. Andreas se

inclinó, avanzando un escalón cada vez, y vio a Fotis golpeando el hombro de Matthew. El joven se detuvo a unos pasos de su abuelo.

–Papou! Gracias a Dios.

–¡Venga, sal de la casa!

–No subas ahí arriba.

–No, no. ¡Vamos!

–¡Andreou! – gritó Fotis. Tenía el rostro encendido y los ojos saltones, y jadeó ante su antiguo camarada mientras pasaba junto a él-. Coge a la Virgen. Mikalis habría querido que la salvaras. El dormitorio... El Príncipe está allí. – El resto se perdió en un ataque de tos y Matthew bajó la escalera con la mano sangrando profusamente.

Andreas levantó la vista para observar el ardiente remolino de humo. «Déjalo. Deja que el fuego haga su trabajo», se dijo. No había forma de volver. El demonio bajaría por esa escalera, o no lo haría. En ese preciso instante, oyó que alguien tosía en el piso de arriba y otra persona surgió del humo. Dos piernas con un tronco cuadrado y unas manos blancas que se agarraban a los bordes. Unos ojos que Andreas no había visto desde hacía más de cincuenta años: unos ojos almendrados y negros sobre un fondo dorado, un oropel granate de tela. La figura se movía hacia adelante y hacia atrás, avanzaba hacia él, como un cuadro con patas. Poco a poco, el rostro de Müller empezó a distinguirse sobre el marco del icono, sus ojos miraban a Andreas desde arriba. Se detuvo, pero sólo podía seguir hacia adelante. El alemán estaba prácticamente paralizado por la tos, pero en un momento dado, una mano desapareció en su chaqueta y volvió a surgir con una pistola. Los ojos azules lo miraron fríamente. Müller disparó una vez y Andreas se estremeció.

Sin embargo, la bala salió disparada hacia atrás, no hacia adelante, y abrió un enorme boquete en el icono, justo por encima de los ojos de la Virgen. Müller se tambaleó y cayó al suelo. Rápidamente, el humo lo engulló y el icono desapareció con él. Andreas se volvió para ver qué hacía Ana en la planta baja. Había cogido la pistola de cuarenta y cinco milímetros de Benny y tenía los ojos muy abiertos porque no entendía qué estaba pasando. Andreas volvió a mirar hacia arriba pero no vio nada. De repente, notó que ya no podía respirar; sólo sentía calor y bajó la escalera lo más rápidamente que pudo. Ana lo detuvo en la

planta baja y dejó caer la pistola al suelo. Las lágrimas resbalaban por su rostro cubierto de hollín y parecía asustada.

–Matthew...

–Ya ha salido.

–Benny ha muerto.

–Lo sé, querida, tenemos que salir.

–No podemos dejarlo aquí.

–No hay más remedio. Ahora, vamos, rápido.

Se marcharon del mismo modo que habían llegado: agachados, tambaleándose y apoyándose el uno en el otro mientras abandonaban la casa en llamas.

Fotis yacía sobre el húmedo césped que había en el borde del sendero de acceso a la finca. Andreas estaba sentado a su lado. Ana pasó por delante de ellos y se dirigió hacia el lugar en donde Matthew se había arrodillado en la gravilla; tosía y tenía náuseas. El cuerpo de la Serpiente parecía debilitado, toda la tensión anterior había desaparecido en él, como si le hubieran cortado el hilo de su fuerza vital. Sólo el parpadeo de sus ojos delataba que en aquel cuerpo moraba alguien. Fotis tenía unas franjas negras de ceniza en el pelo, sangraba por la sien izquierda y tenía moratones por toda la cabeza: Sus miembros delgados y frágiles y su rostro demacrado presentaban el mismo aspecto que en aquella perturbadora cena celebrada semanas atrás, pero la vibrante energía que les infundía vida se había desvanecido. Ahora no era simplemente una persona anciana, sino que se estaba consumiendo; se estaba muriendo. Podría fallecer mañana, pensó Andreas, o en el plazo de unos meses. Pero moriría al cabo de poco tiempo.

–Bueno -susurró Fotis.

–Se acabó -señaló Andreas.

Fotis cerró los ojos durante un rato, luego volvió a abrirlos y miró fijamente al cielo.

–¿Lo has matado?

–No -respondió Andreas, sorprendido-. Lo hizo la chica.

–¿La chica? – En otras circunstancias, Fotis se habría echado a reír, pero ahora sólo le quedaban fuerzas para esbozar una sonrisa.

Oyeron un estruendo tras de sí. Las ventanas estallaban y las llamas engullían los marcos vacíos. La casa se derrumbaría al cabo de unos instantes. No quedaría nada salvo la fachada de piedra de la planta baja. Desde donde estaban sentados, los ancianos pudieron sentir el calor.

–También tú me has matado a mí -continuó Fotis-. Todos vosotros. Habéis destruido lo que necesitaba para vivir. ¿Y para qué? ¿Para que sea pasto de las llamas? ¿Era preferible destruir el icono a que lo tuviera yo? – Fotis pronunció estas palabras con amargura pero con poca pasión-. Me habéis matado.

Los reproches de su amigo agotaron a Andreas. No podía esperar que Fotis pronunciara palabras de paz o de sabiduría cuando estaba a punto de morir, pero eso no impidió que lo entristecieran. El icono no era más que un cuadro. Era un conjunto de pigmentos aplicados sobre madera y carecía de un corazón latente, de un espíritu o de una alma imperecedera. Él había sostenido esa obra en sus propias manos y sabía de qué estaba hablando. Todos ellos estaban locos.

–Te estás muriendo desde dentro, Fotis. Nadie puede ayudarte.

–Sí que puedes. Puedes acabar el trabajo. Tú fuiste quien me enseñó el icono, quien hizo que se convirtiera en una necesidad para mí. Luego me lo arrebataste en dos ocasiones. No entiendo por qué te has molestado tanto en destruirme, pero al menos remata la tarea.

Andreas miró a la pareja joven. Ana trataba de vendar la mano de Matthew con su bufanda.

–Haz que se marchen para que no vean nada -susurró Fotis-. Luego deja mi cuerpo en la casa en llamas. No tengo el suficiente valor para hacerlo yo mismo, Andreou. Debes ayudarme.

–No.

–¿Y si te dijera que maté a tu hermano bastardo?

–No te creería.

–Lo dejé morir. Yo estaba en la cripta, esperando a ese gordo de Mavroudas.

–Pero se abrió paso entre las llamas. Así que el plan era tuyo.

–¿Ya lo sabías?

–También sabía lo del incendio de la iglesia.

–No, eso fue idea de Mavroudas.

–Pero decidiste mal. Accediste a ello. De lo contrario, no habrías esperado que utilizara la cripta para escapar.

–De acuerdo. Prendí fuego a la iglesia de tu hermano. Lo vi bajar la escalera y caer desangrado a mis pies. Y no hice nada, lo dejé morir. ¿Cómo castiga eso un hermano?

–No podías hacer nada. Las heridas eran muy graves. Fue cruel dejarlo morir así, pero tú no lo mataste. Has pecado demasiado como para querer aceptar los pecados de los demás.

–Andreou -rogó Fotis-. Morir de cáncer es terrible. Y he tenido esos malditos sueños... Tengo miedo de hacer lo que debería hacer, por eso tienes que ayudarme.

Nada de lo que Andreas acababa de saber lo sorprendió, aunque sí lo conmovió. No quería que fuera verdad, lo había enterrado en su corazón y se había dedicado a buscar a Müller como forma de alejarse de la verdad. Su relación con Fotis no podía sobrevivir a esa noticia. Ya había perdido a su amigo. Y no podía imaginarse peor juicio que el que la naturaleza ya había decretado. No había nada que pudiera hacer por él.

–Mi castigo por Mikalis -dijo Andreas, asiéndose al hombro de su antiguo amigo por última vez mientras se levantabaes dejarte vivir.

Andreas caminó pesadamente hacia la pareja de jóvenes, dudoso de invadir su intimidad, aunque necesitaba hablar con ellos. Pudo oír unas sirenas a lo lejos. Un fragmento de su sueño, o de su recuerdo, o de lo que fuera, regresó de repente a su memoria. Era algo en lo que no había pensado desde hacía más de cincuenta años. Vio el icono apoyado en la mesa junto a Kosta; el espacio entre los dos paneles presentaba una magulladura provocada por alguna herramienta. Y luego, después de haber disparado al muchacho, vio unos pedacitos de algo sobre la mesa, unos trozos de tela beige tan fina como un papel. Se le ocurrió que había sido uno de esos trozos lo que Kosta se había llevado a la boca para tragárselo con el vino. El último sacramento. Tendría que decírselo a Matthew en algún momento. O quizá no.

Se oyó otra fuerte explosión y parte del techo de la casa se vino abajo, con lo que montones de chispas salieron disparadas por el aire. Andreas observaba atentamente la escena. No había nada que pudiera sobrevivir a ese incendio, aunque buscaría entre las cenizas hasta dar

con los huesos de Müller. El icono habría quedado reducido a polvo; no debía quedar ninguna prueba de su destrucción. Tendrían que confiar en la lógica. Tendrían que asumirlo en un acto de fe.

Verano de 2000

Epiro, Grecia

La iglesia de Katarini se había construido sobre las ruinas de su predecesora, que había perecido en un incendio, y si miraba con atención, Matthew podía distinguir los espacios donde la piedra antigua se unía con la nueva. Ya había estado en ese pueblo y en esa iglesia anteriormente, aunque habían pasado años desde su última visita. Nunca había ido allí pensando en los recuerdos evocados de su abuelo, o en la imagen de la Virgen perdida, tan vivos en su memoria. Según el sacerdote, la nueva construcción había seguido fielmente el modelo de la primera iglesia destruida, y Matthew se esforzó por imaginarse el pasado que todavía perduraba en ese lugar y que convivía con el presente. ¿Era aquélla la misma ventana por la que el andarte capitán Elias se había asomado en busca de su hermano? ¿Era ése el mismo suelo de piedra que había amoratado las rodillas de su devota bisabuela mientras rezaba, las de su tatarabuela y las de tantas generaciones? ¿Era aquel trozo de pared, detrás del altar, el lugar donde la Virgen había permanecido oculta durante tres años? Luego fue secuestrada, rescatada del incendio, para perecer finalmente presa de las llamas. Quizá su destino fuera consumirse de esa manera. Matthew no creía demasiado en el destino, pero en esos momentos prefería tener la mente ocupada en ese tipo de cuestiones.

La iglesia era grande en comparación con su parroquia, pero más pequeña de lo que Matthew había imaginado. Además, estaba suficientemente provista de las típicas mejoras modernas que impedían evocar su historia. El sacerdote activó un interruptor situado detrás de él y la brillante araña -un tipo de lámpara que se encontraba en todas las iglesias griegas contemporáneas- disipó cualquier rastro de fantasmas. Las imágenes del iconostasio (Juan, valiente y delgado, y María, dulce y triste; Cristo, vestido con una túnica blanca y la mitra de un obispo) estaban bien hechas, aunque carecían de edad y de misterio. En la nave había unos bancos sencillos, donde años atrás debía de haber habido unos cuantos asientos para las personas

mayores, mientras el resto de la congregación se quedaba de pie, en ocasiones durante horas, balanceándose medio dormida, drogada por el incienso y los cantos de los sacerdotes. Había un enorme reloj en la torre de la iglesia, un regalo de un magnate estadounidense; el tiempo había desaparecido del pueblo y se había refugiado en las colinas, en las montañas o en la cripta subterránea.

El sacerdote le hizo una seña a Matthew. El joven lo siguió por el pasillo que rodeaba el altar, donde otro estrecho camino conducía a las habitaciones de los religiosos. En la pared del pasillo había una puerta prácticamente invisible.

—¿Quieres bajar? — preguntó el padre Isidoros.

Matthew apoyó la palma de la mano sobre la puerta de madera.

—Claro que sí.

Se volvió y miró a su padre, que estaba junto al altar. El pelo de Alex había encanecido, lo que seguía sorprendiendo a Matthew cada vez que lo observaba. Pero su delgadez había desaparecido, y ahora el hombre caminaba con la misma postura erguida y el mismo paso decidido tan característicos de él antes de su enfermedad. Intentaba interesarse por la iglesia para satisfacer a Matthew, pero no dejaba de mirar constantemente el reloj, como si tuviera una cita en otra parte.

—Papá, vamos a bajar a la cripta. ¿Quieres venir? Alex negó con la cabeza.

—No, sólo he bajado una vez, hace años, y ya tuve bastante. Que lo disfrutes. Será mejor que vaya a buscar a tu madre.

—No se perderá en un pueblo tan pequeño.

—No la subestimes.

El sacerdote retiró el pestillo de la puerta, cogió una lámpara eléctrica que colgaba de un clavo que había en el interior de la cámara y los dos hombres descendieron por la estrecha escalinata. Una fría corriente de aire impactó en el rostro de Matthew y percibió un olor a tierra mojada, como si estuviera en un invernadero. Respiró hondo y descendió.

Habían enterrado a Fotis en un cementerio a las afueras de Ioannina. El anciano lo había dispuesto así años atrás, de modo que la logística del funeral no provocó muchos problemas a su albacea, Matthew Spear. En cierto momento, el joven tuvo la impresión de que

en el entierro sólo estarían él, su madre y el sacerdote, pero finalmente Alex aceptó acompañarlos. Andreas había viajado desde Atenas, aunque no los seguiría hasta el pueblo. Hacía décadas que no había visitado Katarini y no tenía intención de volver a ver ese lugar. Ahora era un ciudadano ateniense y moriría en Atenas.

Ana habría querido viajar con Matthew. O, en cualquier caso, se ofreció a ello, lo que fue un gesto muy amable por su parte. El incendio, las muertes y todo ese asunto del icono la habían traumatizado profundamente, y necesitó pasar unas semanas alejada de todo y de todos, incluido Matthew. Cuando volvieron a encontrarse, Del Carros, Benny Ezraki y la Virgen de Katarini ya no formaban parte de su conversación. La muerte de Fotis había despertado algo en Matthew, lo había liberado de una carga. Como respuesta a ello, o a la intensa terapia a la que Ana se había sometido, la chica también empezó a superar su estado de melancolía. Sin embargo, Matthew tardó un tiempo en aceptar su ofrecimiento. Tal vez porque intuía que él debía dar ese paso solo, Ana hizo planes para viajar a Roma con su amiga Edith. Ahora, Matthew sentía estar separado de ella, y se preguntaba si no habría cometido un error.

Los últimos escalones estaban muy deteriorados y pulidos por el paso de miles de personas. Ésa era la vieja iglesia. El padre Isidoros se movía lentamente, llevando la linterna de un lugar a otro. Matthew pudo sentir la pequeñez de la cámara, el techo bajo y los pasillos estrechos. Tanta historia en un espacio tan reducido. Se veían menos huesos de lo que esperaba. Los distintos compartimentos los escondían, o quizá se hubieran trasladado a otra parte. ¿Utilizaban todavía ese osario? En una esquina del fondo de la cámara, el sacerdote se detuvo y miró a Matthew.

—Aquí. En este lugar está enterrada tu familia.

El joven se fijó en los estantes, pero casi no quedaban huesos para ver, y los que había no parecían muy distintos de los demás. La conformidad de la muerte. Sin embargo, esos restos pertenecían a su familia, quizá eran almas que su abuelo había conocido en vida, no hacía tanto tiempo.

—Allí -continuó Isidoros, señalando hacia el suelo-, es donde murió tu tío abuelo Mikalis.

Matthew se arrodilló y apoyó la mano en el suelo polvoriento. Lo palpó un rato, como si todavía tuviera que existir un espacio cálido donde había reposado el cuerpo. Nada. Si notó una presencia allí abajo, no era algo que estuviera en un sitio concreto, sino por todas partes. Estaba impregnada en el aire. No obstante, permaneció arrodillado en aquel rincón durante un buen rato y, al final, el sacerdote lo dejó solo y absorto en sus cavilaciones. El joven no podía rezar en ese momento porque nunca lo había hecho, y además no le parecía necesario. No tenía nada que pedir, sólo una tarea que realizar.

Matthew sacó del bolsillo el pequeño rosario de jade que tantas horas había pasado en manos de su padrino. ¿Qué preocupaciones y secretos habría absorbido? ¿Qué podría hacer ahora por un hombre condenado por su propia conciencia antes de que falleciera? ¿Qué era la vida de un sacerdote en comparación con los siniestros pecados de Fotis? Mikalis había perdonado, o no, en los últimos momentos de su vida, y nada de lo que pudiera hacer Matthew importaba. Suspiró. Una fe tan evanescente no era fe en absoluto. Apretó las cuentas con la mano y pensó en su padrino. ¿Para Andreas? ¿Podría ser para él? Pero no, el anciano no le daría importancia y sería malgastar un gesto.

Serían como un recuerdo, como las flores que adornan una tumba. Eso tendría que valer. El sacerdote se había llevado la linterna y en plena oscuridad, Matthew dejó el rosario sobre el suelo de piedra y se levantó. Durante unos breves instantes, se sintió mareado y se apoyó sobre las urnas de sus antepasados para no perder el equilibrio. El aire de la cripta estaba demasiado viciado para los vivos, por lo que debían marcharse. Caminó con dificultad hacia la entrada, mirando la cámara una vez más, grabándola en su memoria. Se preguntó si volvería de nuevo, o si ésa sería la última vez que un Spyridis visitaba ese espacio ancestral. Pero ¿importaba acaso que esa conexión se rompiera con él? Sin duda alguna, a los muertos no les importaría que perdurara o no.

El sacerdote lo esperaba en la escalera, y juntos emprendieron el ascenso. Después de haber visitado la cripta, el estilo moderno de la iglesia sorprendió a Matthew. Pensar en el icono perdido abrió un rincón oscuro y doloroso en su corazón, como lo había hecho centenares de veces en los últimos tres meses. Sin embargo, ese pensamiento iba perdiendo intensidad. Respiró hondo y eso le sirvió

para recuperar el equilibrio, luego apartó la mirada del sacerdote. Lamentaría su pérdida durante mucho tiempo, quizá durante el resto de su vida, pero tal vez el padre Ioannes había estado en lo cierto. Tal vez no había lugar para una obra sagrada en un mundo tan comprometido. Salvo en un monasterio. Sí, ésa era la respuesta. Meteora, el monte Athos, Santa Catalina del Sinaí. El mundo seguía sin conocer todos los tesoros que se escondían en esos santuarios. La Virgen de Katarini habría estado a salvo en uno de esos lugares. ¿Por qué Ioannes o él no pensaron en ello cuando hablaban sobre el destino de la obra? Sin embargo, ahora, eso ya no importaba.

El sol de la tarde se había escondido tras las montañas cuando salieron al jardín, y Matthew pudo sentir que el calor del día desaparecía y que se acercaba un frío atardecer, como era habitual en esas colinas. Ana le había dado el número de teléfono de su hotel en Roma. Ella no esperaba que Matthew llamase, y de hecho le había pedido que no lo hiciera, aunque de todos modos le había dado el número. Nadie podía confiar en las palabras. El rostro sí decía la verdad, los ojos no mentían si sabías interpretarlos. Matthew recordaba el rostro de Ana el último día que la había visto. ¿Qué le había pedido?

Una luz naranja bañaba la cumbre de una colina lejana que llevaba por nombre Adelfos y que era la hermana pequeña de las montañas que se erigían por detrás. Le habría gustado subir a esa colina con su abuelo, pero tendría que hacerlo solo. Encontrar las cuevas, quizá dejarse crecer la barba y cambiarse el nombre, vivir como un andarte o como un loco ermitaño. Matthew sonrió ante la idea. Se prepararía para subir la colina, pero no lo haría ese día, no en ese momento. Antes tenía que encontrar un teléfono.

Este libro se imprimió en Mateu Cromo Artes Gráficas, S.A. Pinto (Madrid)

This file was created with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
03/12/2008

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/

OceanofPDF.com